

GRAN CAFÉ

PEDRO DE
LORENZO



Lectulandia

Es «Gran café» un monólogo. El autor se despoja, para su nueva novela, de las apoyaturas que le son características: el realismo lírico, su maestría al describir, su gusto del paisaje. Escribe en esta ocasión para los más, pero no se desentiende de las minorías que, siempre afectas, le han admirado y seguido. Ha dicho el autor que es «Gran café» libro compuesto como bajo un lema, un proverbio, de Antonio Machado:

«Da doble luz a tu verso:

para leído de frente,

y al sesgo».

La situación de España en vísperas de la guerra, los temas que a esa alta temperatura sacuden el alma de los hombres, el amor, la muerte, se condensan en un proceso de economía lingüística único en nuestras letras a través de las páginas, sencillas y apasionantes, de «Gran café».

Lectulandia

Pedro de Lorenzo

Gran café

Novelas del descontento - 3

ePub r1.0

Titivillus 30.03.2017

Título original: *Gran café*
Pedro de Lorenzo, 1974
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la memoria de Alfonso Albalá.

Ipsium solum manet...

Encabezaban las primeras ediciones de esta obra, publicada por de pronto sin nombre de autor, las solas líneas siguientes:

«Hay dos maneras de explicarse la razón de ser de este libro. O ha habido, en efecto, un legajo de papeles amarillentos y diversos en que se hallaran, registrados uno a uno, los últimos pensamientos de un miserable; o nos encontramos ante un hombre, un soñador, embebido para provecho del arte en la observación de la naturaleza, un filósofo, un poeta, ¡qué sé yo!, prisionero de la fantasía, que ha caído o, más bien, se ha dejado atrapar en sus redes y no ha podido liberarse más que volcándola en un libro. De las dos explicaciones, elija el lector la que prefiera».

Como se ve, por la época [1829] en que fue publicado este libro, su autor no juzgó a propósito el momento para decir todo lo que pensaba...

VÍCTOR HUGO
Le dernier jour d'un condamné.
Prefacio de 1832

BUENAS NOCHES, SEÑOR. ¡En modo alguno! Es su hora; le veo llegar, siempre puntualísimo. Miraba el periódico, me entretenía. Hubiera aguardado, pero... Es domingo. Las mesas todas, ocupadas. El mozo de este turno libra los domingos. Nos han dejado a David y está algo viejo: no se le ha ocurrido habilitar un velador. De verdad, ¿no le molesta? Gracias. Encantado de acompañarle. No se preocupe; ¿a usted le desvela? Tomaré otro café.

Hojeaba. Es día muy completo. ¡Ah!, ¿siguió usted la final por radio? Parece que no cabía en Mestalla ni un alfiler y que Zamora ha hecho la parada de su vida. En fin, los madridistas, ¿ustedes?, lo celebro, estarán tan felices. La séptima vez que se alzan con la Copa. Y frente al Barcelona, ¡ahí es nada!

Ea, pidamos ese café. ¿Solo? No voy a ningún sitio. No le diré que allá renunciase a una buena corrida. Seguro que en mi tierra no habría de ver un mano a mano como el de la Monumental. Mire, éstos son los toros; me gustan los nombres de los toros: *Cigarrón*, castaño claro; *Pelusito*, zaino; *Compuesto*, berrendo en negro; *Rebajado*, delantero y gacho; *Estudiante*, *Saladillo*... Y eso que era para temerse la suspensión. ¡Cómo caía! Yo no he soltado el paraguas. ¡Concho, Corrochano-Bienvenida! ¡Vaya tarde!

¿Nadie se lo dijo? Esta noche en Sol no se podría dar un paso. Ni sus alrededores. Inauguraron esquina a Mayor el Centro Segoviano. Ahí hace un momento contaban que la cosa estuvo pero que muy bien. Ya. Casas regionales, equipos regionales: eso es España. ¡Querría yo ver lo que jugaban Barcelona y Madrid, F. C. ambos, si entre los dos forman el equipo de la camisola roja!

Y me refiero a no sólo estos tiempos, con la campaña del Estatuto de Galicia y tal. No. De siempre. En América ¿qué cuenta? El Centro Asturiano, el Hogar Gallego, el Círculo Catalán... No deseo entristecerle; no entremos en detalles. ¡La vida, la política! Tengo entendido que la huelga de la construcción pasa de ochenta mil. ¡Tremendo! ¿Sabe? Quedan sepulturas para no más de una semana. Y luego, esos diez muertos de Villanueva de las Minas. Pues, he leído que de carbón, exactamente; a seiscientos metros. En Sevilla, sí, provincia de Sevilla: una lámpara rota y el grisú. De manera que... Vuelve usted la hoja, y otra catástrofe. Ya me dirá si es que no ve aflictiva la situación, el campo, con todo eso de las invasiones y los asentamientos.

No me responda si no participa de esta misma dicha: Madrid. ¿O habrá tertulia de provincias que no gaste sus tres cuartos de polémica en el ataque a Madrid? Obsesiona. Pero, en Madrid, lo que hay que saber se sabe cuarenta y ocho horas antes de que lo digan los periódicos; no me refiero por modo exclusivo a la noticia. Las canciones: años y años conocidas cuando nos llegaban como novedad, de Madrid naturalmente: *Rocío*, ¿eh?, *Mi jaca*...

*Er tronío,
la guapesa, la solera...*

Y ¿ésos? Ahí los tiene: tarde y noche en un local cuya muestra tan generosamente lo denomina Gran Café y, cuatro días que usted venga, se sentirá entre ellos, le tendrán como de familia. ¿Quién que es, no es forastero? Ésa, ésa, si me pide razones de la felicidad: que todos aquí somos forasteros. ¿En el pueblo?

Yo ni en casa podría hablar como le hablo. Tengo inquilinos; tengo un realquilado. Pero a nadie contaría lo que ahora le voy a contar, porque es usted amable y porque nos encontramos así, fuera, *neutral comer*, ¿no es esto? Perdón, ¿quiere ver las fotografías del combate de Nueva York, el viernes? Las trae *Ahora*; espléndidas. ¿Quién iba a pensar que Schmeling pondría *knock-out* a Joe Louis! Pues, ahí lo tiene: duodécimo *round*.

Aquellos que ve usted al ventanal de la esquina, son los bohemios: escriben, fuman, alzan los ojos, escriben. Vidas tristes, de acero por fuera: débiles. Escriben por inutilidad. El escritor de café, el profesor de café: inútiles. ¡A trabajos auxiliares! ¿Está conmigo?

No es que tampoco en mujeres sea cosa este café. Bajo la voz, escuche: ¿la mesa de la derecha? Normal. Putita, lógicamente. No molesta. ¿Y qué, si esto lo vieran en La Mota? Una así, en La Mota, estaría obligada a serlo. En todo instante: a ejercer. Usted y yo tan serios, este diván, mi paraguas en el perchero; al lado, en la silla, la cartera de papeles: dos hombres de negocios que el domingo, después de cena, siguen sus tratos, su trabajo...

En La Mota, vidas como éstas no se comprenden. No conoce usted a Catalina. Teníamos, yo veintiún años, uno menos Catalina. Fue un noviazgo —no le diré, rápido— inmensamente irreal. Perdóneme: a veces me expreso de manera insólita... Eran, las nuestras, familias encontradas. No había más que familias encontradas. Tuvo que venir todo esto: el cambio de régimen, la muerte de ¡pobre! mi madre.

Le digo, santa y parece una frase; no, no beata: era una santa. Su muerte precipitó mi matrimonio. ¿El amor romántico? Desde luego sí un casamiento romántico: en el treinta y uno. Mi padre la sobrevivió muy poco. A esas edades, lo ha oído usted: uno que se va y es la pedrada en el nido. Murió mi padre relativamente joven: sesenta años. Yo entonces liquidé los bienes, mínimos, del pueblo. ¡Caramba! ¡Que es usted paisano! Coterráneo... A ver si un día se acerca: Centenera, una roca en medio de un encinar.

Allá estuvimos en viaje de novios. ¿Más modesto? Y a la muerte de mi madre, aquel mismo verano, primeros de septiembre, me afinqué en La Mota, Mota del Ángel, la cabeza de partido. Tanteé; abrí bufete. Mi experiencia era nula. No mis conocimientos; creo haber preparado la carrera enérgicamente. Practiqué unos meses en la capital, pasante de un penalista celebrado. Me atraía el Civil. Pero...

Y abrí bufete con una carga inmensa de ilusiones, todo buena fe. La Mota es tierra de abogados. Sin embargo, en el momento de mi incorporación no tenía lo que se dice rivales. Había, sí, otros abogados, y de arraigo. Se llamaba, el más inquietante, Samuel. Juramos juntos. No hubiere más, y los cabales: pleito que fuere a uno, pleito

para los dos. O transacción hecha.

Ejercían otros abogados. Don Genaro, con ge. Se da en Alcándara, en su comarca: Gerónimos, Giménez, con ge. Le apodaban *Manitas*. ¿Tosco? ¡Oh! Traía unos ojos de agua, azules, blanco el pelo en caracoleo de melenas, rizo, de corte bajo, poblado en sienes y nuca.

Y ejercía don Josechu. De perilla, y ojos saltones; la calva roja poderosa. Y un jurídico de las fuerzas armadas, retirado con ascenso: Valverde, alto, delgadísimo, de dientes piconeros, tanto que le daban el mote de uno de Centenera: *Sandiente*. Los motes, como los nombres, también se repiten.

Me preocupaba el nuevo: rival en años y destino, Samuel Márquez. De los Márquez de La Mota; no le digo más. Una familia, regida por doña Inmaculada, viuda de Márquez. Y tres huérfanos: *Porro*, el mayor; de Peporro, quizá; pues, mire: nunca se me había ocurrido.

Y *Culadita*, Inmaculada hija, soltera y para serlo. Samuel era además hijo de los Luises. ¿Malicio, si le digo a usted: hijo predilecto?

Yo a don Genaro le respetaba y quería. Es don Genaro padre de una mocita a la que en tiempos, desde Centenera, cortejé. No se ha casado. Se llama Leonor. La conocí en casa de las Pueblas: doña Dolores, viuda de Puebla, y Angustias y Verónica Puebla. El tresillo en el saloncito, junto al piano; tan niños que en un sillón cabíamos y nos sentábamos Leonor y yo. Le hice versos. Pero a mí quien me gustaba es Verónica. Todavía tengo la letra de *Milonguera*, copiada por Verónica.

Vivíamos el momento del tango. El divo era Spaventa, Pancho Spaventa; como el bautista de Gardel. *Milonguera* lo he oído muy posteriormente en la voz de Carlos Gardel. Me encantaría echar una mañana de domingo al Rastro. Son muy pocos los discos de Spaventa; irán desapareciendo. Estuvo en Madrid, en el Eslava; de número fin de fiesta en la compañía Martínez Sierra: buen mozo, de frac, el estilo porteño, mucha la voz y tenora. Volvió con Catalina Bárcena en los años de la dictadura. Hizo provincias y en Barcelona causó sensación. Había estado en París; dos maestros españoles le escribieron el tango alusivo a su estancia: *El dolor de París*. Pero lo suyo era *Pingo mío, Padre nuestro...*

Me alegra que también a usted le atraigan estas evocaciones. Ya no a todos gusta el tango. Tuvo unos principios de espiritualidad, no sólo sentimentalismo. Incorporó la vida pena de los barrios. El gran número consistía en poner un *cabaret* en escena. *La copa del olvido* que se estrenó el año 21, es eso. Usted no pudo oír a la Ñata Gaucha, Azucena. Aunque... *Esta noche me emborracho* lo debió de estrenar Azucena allá por el 28. Dio mucho impulso al tango canción la plenitud de la radio. Y ahora empezamos a volver, preferimos aquellos de la vieja guardia: *El entrerriano*, *El choclo*, tangos del cambio de siglo.

Pues la madre de Angustias y Verónica las tenía en un puño. Partían de viaje. Se pasaban una semana aquí en Madrid, pensión no muy cara, y veían teatro; varias veces la misma obra, si las apasionaba. Dos funciones al día, si estábamos en época

de mucho cartel. Y se volvían tan felices, vagón de tercera, la noche toda en tren, conscientes de la aventura de un viaje así, de tres mujeres solas.

¡Quién se acordaba de aquello! Permanecí dos años en La Mota. Esos dos años es lo que le quisiera contar. Por lo menudo. ¿Va usted a ir a La Mota? Aguantará, y es tierra hermosa, poco tiempo. ¿Me consiente esta palabra? Se me pegan las palabras. Cada año usamos, abusamos, abusamos, de alguna palabra. ¿Cómo se decía? El año pasado, estraperlo. 1935 es el estraperlo. Ya éste nos vamos por, a ver si lo digo, el «catch-as-catch-can». Zbyszko llena todas las noches la plaza de toros: claro, campeón del mundo.

Es, la palabra que le iba a decir, tierra maravillante. No la he olvidado. Salí de allí el treinta y tres, solo. No me apresuré a poner casa en Madrid. Siento que mi inspector no esté mejor acomodado. Mi inquilino, mi inspector particular. Para abrir esa casa he tenido que renunciar a mucho de mí mismo. Cuando me los traje, Elvirita acababa de cumplir dos años; Ángel, uno.

Y... no me tenga por un derretido de Madrid. No se me oculta la realidad: Madrid es un artificio. Comprendo, y antes se lo decía, la actitud del provinciano: a una, contra Madrid. ¿Que por qué me vine? Bueno, ésa es la razón de que esté ahora aquí hablándole. Hablándole... La noche es joven. Todo se andará.

¿Ve usted este aparatito? Galena. Lo llevo siempre conmigo. Empiezo el día con «La palabra»; el diario hablado de Unión Radio. Se riza el rizo, en el uso de la voz. Usted quizá no conoció el saludo de los viejos monárquicos: sombrero verde en mano; *verde*, el anagrama de su vitor: Viva-El-Rey-De-España. Pero sí este otro, de muchachos dramáticamente alegres; es de su propio tiempo: *café*, es decir, Camaradas-Arriba-Falange-Española.

¡Se va a organizar, eh! En las paredes, en los excusados, ve usted svásticas nazis y la hoz y el martillo.

Y las parodias de aquel mitin del Escorial cuando el líder, señalando a sus masas, al modo de un Cisneros de paisano, exclamó:

—¡Éstos son mis poderes!

Los jóvenes de ese partido le aclamaron:

—¡Todo para el Jefe!

Y como luego el jefe perdió las elecciones, todavía hay en reservados y servicios de los cafés letreros con el grito: «No tirar de la cadena. ¡Todo para el Jefe!».

Ahí, hace un momento, un menestral, gracioso, protestó de la medida del café. Es el ingenio retorcido. Me lo ha contado David:

—Oye —le dijo—, que yo no soy monárquico.

Aludiendo a la corona que resultaba de no haberle enteramente llenado la taza de café.

¡Concho! Nos alejamos de La Mota. ¿Le hablé del otro? El letrado Samuel Márquez. No conocemos la intimidad de los seres. Vivíamos un clima mismo, un círculo que nos era común. En momento de expansión me confesó las cuentas de su

alcoba. Usted ve dos parejas, era ése nuestro caso, aparentemente iguales: mi compañero y yo; en edad, profesión, forma de vida: en todo, igual. Sólo que una de esas parejas ejerce, digamos, dos veces noche; la otra pareja, una a la semana.

A los treinta años, a ver, ¿me deja el periódico?, treinta por cincuenta y dos, cincuenta y dos, tres por dos, seis; tres por cinco... Y la otra, ciento cuatro al año, treinta años. En números redondos: treinta mil de diferencia. ¿Se da cuenta? Treinta mil, treinta mil... Y ¿dirá usted que somos iguales? Yo le reconvenía:

—Comercia más.

Y él:

—*Semens retentus...*, Santo Tomás. Toda creación proviene de eso: el *semens retentus*.

—¿Y cómo lo hacéis posible?

—Nos ponemos de rodillas en el tálamo —decía, tálamo— y rezamos un padrenuestro.

Uno a la semana, y tiene más hijos que yo. ¡A tiro hecho, señor!

Nos amábamos, Catalina y yo; nos queríamos. En nuestro sentimiento no había impureza; no había tampoco en la pasión prejuicio ante el sexo. Entonces, me dirá usted, a su felicidad ¿qué le faltaba? Podría hacer una frase: Arriesgarla... No, no hago frases; no ha oído usted esas palabras. El descontento me es natural.

¡La Mota! ¿Y que por qué me vine? Mota del Angel es un castillo y una puebla alrededor; no exactamente alrededor: a los pies del castillo. Localidad viejísima. A ver, ¿ese papel? No soy nada afortunado, pero podré ir de palabra supliendo los defectos de este croquis.

Es de cajón: en lo más alto, el castillo; una ancha escala en peña viva. Venimos para abajo, y la plaza: la ciudad. Más abajo, La Mota moderna. Tres como escalones de la cima a la salida, la carretera de Alcándara. Tres fajas, tres zonas de roca habitada.

Tiende el castillo, a uno de sus flancos, la placita de toros; singularísima plaza: cuadrada. Los tendidos son los escarpes mismos del castillo. ¡Viera usted qué nota de color al sol, la tarde, las dos tardes, de corridas de feria!

Al otro contrario lado, una ermita: la Virgen del Castillo. En el castillo, sin torre de homenaje, está, supongo que de lo peor instalado, el cuartel de la Guardia Civil: un teniente, en ocasiones un capitán, al mando de la línea: los puestos del partido. De esa ermita del castillo arranca un paseo, largo, quebrado, con bancos de granito y la sartén de arena, inmensa; parque natural de lancha y chaparra, hasta la otra ermita, la de imagen venerada bajo la advocación de la Soledad.

Extremo opuesto de la ermita del castillo, cien pasos de la plaza de toros, cae un talud abrupto: la Resbaladera. Es donde han izado el camposanto. En La Mota los muertos están en pie. Y todavía, aquí, debo indicar una placita: la del Altozano. Se yergue en esa placita la iglesia de Santiago. Toda esta tierra es un enclave de la orden militar de Santiago. Arranca de la plazuela el paseo del Campanario, que toma

nombre de la torre: una torre exenta, de escaleras de relojero, al aire.

Por bajo de ese escalón, el más antiguo de La Mota, y al que en las guías se llama La Villa —¿conoce Trujillo?: lo mismo, pero ¡ay si La Mota fuere Trujillo!—, viene La Ciudad: el conjunto de casas y de calles en tajo, centrado en la plaza mayor. Ahí, el Ayuntamiento; enfrente, la mansión de los Condes. No sé: los Condes. A su derecha, el Mercado; la Casa Grande, a la izquierda.

Esa callecita nos lleva al Casino de Señores; esta otra, al Círculo de Artesanos. En el Casino tenemos el teatrillo; una bombonera en un palacio de roca. Se han celebrado en ese teatrillo juegos florales, ya ve. El Círculo de Artesanos es colosal: un cuartel viejo, pues como de Felipe II, y da a una plaza ya a las afueras, hacia el levante, de la ciudad.

En esos arrabales destaca un caserón que es el convento de los franciscos; sobre la huerta de los frailes se alzan unas casitas alegres: Roma putaña, la putería de La Mota, señor. ¿Le escandaliza? Un cura, Francisco Delicado, que fue vicario en tierras extremeñas, cita para dedicatoria de *La lozana andaluza* estas divinas palabras: *Epistola enim non erubescit...* En latín, la lujuria se serena.

Desciende la Ciudad, toca aún en el barrio de Santa María, con su iglesia, y se extiende en torno a la Cruz del Llano. Inmediatamente para abajo, en sitio no risco, amplísimo, abre un parque, salpicado, en sus cercanías, de casas modernas. Es lo más reciente: hay villas residenciales y otra plaza que toma este nombre: Mártires.

Podríamos, junto a esa plaza, ver el rollo. Y ya usted se imagina que ahí acaba La Mota; los indicadores de la carretera mandan para Alcándara, para Centenera; con sus desvíos de largo alcance: a La Torre, a Madrid. ¿Qué tal?

¿Tendrá usted ocasión de patear todo eso? No pierda el croquis. Alguna vez, en el curso de la conversación, volveremos a estos lugares. ¿Le he dicho que, como a una legua, el pico más alto de la Sierrilla marca la divisoria entre Tajo y Guadiana? ¿Sí? He dicho mal: la divisoria está en la mismísima plaza mayor.

En la torre, que debe de ser siglo XIV, de Santiago, hay los más ostentosos nidos de cigüeña que pueda uno figurarse. Las tierras, desde el pico de la Sierrilla, pintan de pastos y alcornocales, con una que otra viña: esos vinos con madre, envueltos, de 17 grados para arriba... Si pasa más de un día en La Mota, no se pierda el paseo de La Quintana, la gran dehesa. No encontrará en tierra otra alguna paisaje de soledad tal.

En el pueblo, de techos de bóveda y tejas entre verdes y encarnadas, habla usted y la voz cobra una resonancia de liturgia remota. No consigo evitarlo, permíteme. Evoco, y la palabra se me imposta, como si leyera prosas en pergamino.

¡Ah, las familias! No todo va a ser encanto en Mota del Ángel; no me hubiera venido. Nos recibieron con cierta cordialidad distante. Mire: de La Torre, donde hay una casa de lapidario que surte los camposantos de también este partido, trajeron la muestra de mi bufete: un ancho mármol pizarra veteadado; enorme. Ponerla, entre la puerta y la ventana, en la fachada, fue obra de verdadera albañilería: *Alonso Mora*,

Abogado.

Mi padre había muerto, de pena, a raíz de la muerte de mi madre; poco más del año se llevaron: mayo 1931 mi madre; mi padre, agosto del treinta y dos. Nos instalamos en La Mota entrado el otoño, pero del treinta y uno: vivía mi padre. Pues el 28 de diciembre, día de los Inocentes, apareció la placa bajo una inmensa corona de laurel. Ingenua, Catalina lo tomó a honra cariñosa... Yo había visto que, para La Mota, me acababa de morir. Fue mi primera idea y concluyó por serlo fija, idea fija: desaparecer...

Y sin embargo, ¿no soy yo de Centenera, Catalina de padres vecindados en Alcándara? ¿Se nos podría mirar como forasteros? Sí: éramos el Forastero. ¿Qué teníamos de común con las familias, las estiradas familias de La Mota? Los Márquez, Pachecos, Pueblas, Rivas, Sánchez o Villegas... Ya las irá usted conociendo.

Yo empecé a darme cuenta, mientras para Catalina era todo como de estreno, felicidad todo. Yo iba al Casino; tengo mis debilidades: el café como institución, la tertulia. De tarde en tarde, por motivo de gusto más que de clientela, cambiaba el Casino por el Círculo. Alternaba.

El Casino es la salita de socios, el tresillo de señores, los notables de La Mota. El Círculo de Artesanos, café café. En Artesanos hay sala de cine; en el Casino, teatro. En el Casino, llegada la ocasión, se podía uno exceder a cencerros tapados; en el Círculo mandan las salas de dominó, el sótano de los billares, y un tablado en que, de cuando en cuando, congrega a la parroquia la presencia de alguna cupletista: animadoras, las empezaron a llamar.

La biblioteca del Casino yo nunca la vi abierta; en la del Círculo, se hallaba muy frecuentada la mesa, larga, de la prensa: periódicos de Madrid, *El Eco de Alcándara*, y la hojita local, un bisemanario, *La Opinión*, que salía más bien irregularmente, pero de cinco a seis números por mes; con la República, se fundó otro semanario: *La luz*, de cariz político, y que no sé si todavía se publica.

Artesanos, cada curso, los dos años al menos que yo viví de fijo en La Mota, cuidaba de programar actos culturales: conferencias y conciertos a cargo de algún pianista o piano y violonchelo, ambulantes de las Españas.

En Artesanos, en casi todas sus salas, pendían carteles prohibitivos. La prohibición más reiterada era ésta: la política. Y me parece natural: es lo único de que se hablaba en el Círculo. En el Casino, los temas, tradicionales, resultaban algo más amplios: caza, mujeres...

Desde luego en fiestas, y en los salones de baile, podía verse una que otra señora, algún matrimonio y, al anochecer, unas, pocas, parejas. Es como increíble y tuvo inmediatas consecuencias, funestas: en los festejos del treinta y dos, una de esas parejitas vino a ser el *Romeo y Julieta* de nuestro tiempo en la localidad. Monísima, Socorrito, de los Pachecos de La Mota; él, de los Rivas: Jacinto, ahijado de aquel don Jacinto Rivas, el farmacéutico de Alcándara. Eran, Pachecos y Rivas, los Capuletos y Montescos de la pequeña corte.

El amor en La Mota disponía de estos escenarios: el baile, jira de Pascua a los pueblos del partido, y el paseo: el Parque. Las señoritas en el Parque iban en grupo o seguidas de sus amas; cabía, lo más, el cruce de miradas, yendo, viniendo, bajo las altas copas de pájaros, entre los álamos. Le he dicho a usted, aquí, mire el croquis, el Parque; y éste, paseo del Campanario.

Luego, venía el amor ya concertado; catalogable también, de tres paisajes, sólo que de interior: el fino amor de reja, para los muy pocos, los distinguidos; amor de portal, de clases socialmente en descenso; y el amor consentido, a la camilla. ¡Este amor! En familia, de madre siempre cercana o niños a la camilla misma, el amor bajo las faldas hacía manitas; enrojecía la muchacha y si el acompañante era niño pero precoz, pensaba... Así noche tras noche, años y años sin palabras, sin otro mayor exceso, con la honra toda entre los muslos, a salvo.

Merino, el doctor forense, era padrino de Socorrito y lenguaraz. Las muchachas le temían y se le acercaban. Merino, en voz baja:

—Preciosa... ¿Has estado en el paseo?

—Sí, doctor.

—¿Se ha roto algo?

—No...

—¿No se te perdió nada?

—No, no señor, ¡qué cosas se le ocurren!

—¡Conque no teníamos virgo!

La muchacha, que lo veía venir o lo sabía, se le espantaba. Merino un día en que el azar me hizo testigo de fuerza del acoso, como quien no mata una mosca, bajito:

—Es la gran duda... —murmuraba—. *That is the question.*

Pero veo, señor, que no le chocan mis palabras. Ya quisiera, al hablarle del amor en La Mota, poner ante sus ojos otra más delicada realidad: episodios tiernos, arrullos ideálicos... Y sí que los habría, sólo que, tan íntimos... Yo apenas podré sino relatar el fin de aquellas relaciones contrariadas: ¡pobre Jacinto! Me permitirá que antes exponga, rápido, el cuadro de familia: los Pachecos.

Eran, y creo que lo siguen siendo, que todos a pesar de todo viven, tres Pachecos: Florencio, Laureano, Íñigo. A su vez, el mayor, Florencio, con también tres hijos; digo hijos reconocidos: Valentín, Emiliano y Socorro; Socorrito, la novia de Jacinto Rivas. No podían ni verse Pachecos y Rivas. Ya hablaré de los Rivas. El segundo de los Pachecos, Laureano, era juez; no juez de carrera, pero municipal y, *per accidens*, de primera instancia: el juez perpetuo de La Mota.

Laureano estaba unido en matrimonio con esta ricahebra: Nati, Natividad. Tenían un hijo: Valerio; para la muchachada, Vale. Pachecos todos, los padres querían el noviazgo de Socorro y Vale; pienso que quien lo quería era Florencio. Avasallaba Florencio a sus hermanos, sus hijos, su pueblo.

Íñigo, el menor de los Pachecos, casado, sin hijos, visitaba a Nati, su cuñada, y cuando Íñigo, ¡qué más natural!, se metía en casa de Laureano y de Nati, las vecinas

—y la cosa empezó porque un día Íñigo permaneció en la casa con la cuñada más de la cuenta— asomaban a puertas y postigos y se cruzaban toda suerte de malicias, de sobrentendidos. ¿Sería Valerio hijo fornecino?

Natividad no era de La Mota; esto ya puede poner un punto estimable camino del entendimiento. Natividad, recia y hermosa, venía de otras tierras. ¿Cómo la encontró Laureano? Trampeando, palideciendo, consiguió Laureano traerse un título de letrado y una mujer: Nati. No ejerció, no abrió bufete. Los Pachecos es familia de ricos, la que más de la comarca. Abogadillo, Laureano fue nombrado juez de La Mota.

Parece que Natividad en La Mota alegraba las reuniones, las fiestas de familia. Era la única de las mujeres no borrosa, noticable, de los Pachecos.

¡Cómo estas intimidades se pueden saber! Una siesta, en solo de hombres, Natividad entró a pedir dinero a Laureano. Rico y miserable. Estaban los hombres un punto pasados, bebidos. Laureano se resistía. Cómicamente. Escapó.

—Tú podrías sacar lo que quisieras.

El más para alante, Íñigo:

—Bueno, pues que se lo gane. Que nos enseñe la liga.

Nati se había sentado. Se echó atrás y de un golpe se alzó las sayas. Algo más que ligas se vería. Le diré a usted: he tenido ocasión, esto no es mérito, de contemplar los muslos de Nati. ¡Maravilla! Azuleaban.

Porquerías, ya sé. El pueblo gusta y el pueblo perdona las disipaciones de la carne. Las vecinas celebraban la llegada de Íñigo a casa de su hermano; salían de sus covachuelas, figaban. ¿Se le daba algo a Nati? Solía hacer cara, un momento, de pechos en el postigo. Era, pues, evidente que advertía el efecto en las vecinas, por rápido que éstas se volviesen y disimularan. No les sacaba Nati la lengua. No acusaba en su rostro temor, ni cinismo: se limitaba a mirar, arriba, abajo, el aire de la calle; a veces, se le dibujaba una sonrisa; y cerraba el postigo. Era el instante de apoteosis de la vecindad.

En fin, que me he perdido. Las escenas laterales me arrastran. Desde luego, si usted no se fatiga, tenemos para no parar; tenemos noche y asunto. Pero iba yo a una historia, una tragedia, que es la de los amores de Socorro Pacheco y Jacinto Rivas, ¡pobre!, un muchacho encantador.

Los Rivas traían un destino amargo, sí. Eran boticarios; su apellido, ya sabe, es marca de unos laboratorios famosos, instalados en la capital. El matrimonio Rivas vivía separado; amistosamente. Se dice «amistosamente» a la separación no judicial. La amistad no existía. Siguieron un tiempo en la misma casa; dos plantas de la misma casa. Y se comunicaban de cuando en cuando: se cursaban telegramas injuriosos.

Habían tenido dos hijos: Jacinto y una hermana de Jacinto, finísima. No la llegué a conocer; hablo de oídas; y, sí, de referencias: he visto una fotografía, de rostro delicado: una flor. Murió de algo increíble: difteria. Merino, el forense, compadre de los Pachecos, la acababa de visitar. Se llamaba, se llamaba... No sé. ¿Cecilia? No me haga usted caso. Yo no la vi nunca. El médico, le digo, venía a reconocerla: unas

anginas, unos toques de yodo y sudar. A la media hora, el garrotillo la asfixiaba. Un drama horrible. Merino hubo de ausentarse; tardó en volver al pueblo. El entierro, la indignación, unánimes...

Vivían en la Casa Grande, en la plaza, aquí, la madre de Cecilia y Jacinto, su ya único hijo. Don Teodomiro Rivas, los años se le pasaban sin acercarse a La Mota. Sus negocios los despachaba con el administrador, en Alcándara. Jacinto, yo no sé qué era: estudiaba. Una madrugada llegó la noticia de que don Teodomiro había muerto, asómbrese usted, en duelo: un uruguayo que se cruzó en su destino. ¿Que cómo que un duelo?

Fue las diversidades del idioma. No es uno mismo el castellano aquí y allá, orillas ambas del Atlántico. Allá, problema para lingüistas, se dice cabrón al dueño de un garito; hijo de puta les suena como aquel hi de puta y qué rejo tiene, de Cervantes. Jugaban un tablero en la peña de ajedrez: el Salón de Recreo, Alcándara, la podrida capital. El uruguayo era simpático; había sido senador.

Y explotó el senador en una catarata de su lengua «cervantina», entre el pasmo y aun regocijo de los mirones. Don Teodomiro se echó atrás y soltó una inmediata bofetada al uruguayo, una bofetada, me han dicho, que le arrancó del peluche de su diván. Solemne, el uruguayo dobló una tarjeta de visita y pidió la suya a don Teodomiro.

—No uso. Mi nombre, lo sabe. Vivo en la calle —no sé, no hace al caso la calle— tal, número tantos.

Le mandaría el uruguayo sus padrinos. Se levantaron todos, el Salón absorto, y salieron del café.

Aquella misma noche llegaban a casa de don Teodomiro, don Camilo, padre de Catalina, de andanzas muchas en el Nuevo Mundo, y el Militar retirado: el único general de la plaza. Convinieron el duelo a pistola y a la señal. Don Teodomiro no había tocado en su vida una pistola, pero todavía era menos a espada o sable.

Le instruyó don Camilo, padrino de adverso, en los capítulos de *Lances entre caballeros*, del marqués de Cabriñana, código del honor. Se trataba de ofensa gravísima, por vía de hecho. Acompañarían a don Teodomiro su hermano don Jacinto Rivas y un contertulio de las mesas de ajedrez.

De madrugada, en los altos del cuartel de la guarnición, a sus espaldas, se consumó el lance y principió la tragedia. No hubo sorteo de puestos; renunció a su derecho el senador. Sin sol a esas horas, sin viento de cara, don Teodomiro, que se había pasado la noche en vela —pensará usted, intentando adiestrarse, familiarizarse con las armas, la pistola que le dejó el propio Militar retirado, padrino del uruguayo, y con la que, en efecto, hizo unos disparos: tiraba a la biblioteca; ponía de blanco los libros de autores que le eran no gratos: Pereda, cataplún, pero le daba a Menéndez Pelayo; Palacio Valdés, a la cabeza—, no, pasó la noche ¡leyendo, divertidísimo, el Código de Cabriñana!, Madrid, 1910, y estaba lívido y sereno.

Se había despedido de la vida. Me decía mi suegro que, a medianoche, hizo

testamento ológrafo. Eran demasiadas sensaciones; se atropellaban los conocimientos: elección de armas, requisitos del Código... Don Teodomiro gastó las últimas horas embebido, prendido del libro, como ante una apasionante novela de fantasía.

Don Teodomiro pensaba: «Me da en el cuello; el proyectil me siega la carótida». Les habían prestado las levitas. Don Teodomiro no se alzó las solapas, no se cuidó en ese momento de tapar el blanco de la camisa. Al médico, le había dicho:

—Certifique muerte por accidente. Un parte muy meditado; no miente usted; no se compromete: Don... Pone al senador. O pone: «Don Teodomiro Rivas Domínguez, farmacéutico, ha muerto hoy en Alcándara, a consecuencia de un disparo de arma de fuego, en el cuello, a las seis horas del día». Algo así. «Recibió de inmediato la asistencia médica del que certifica. La herida era mortal de necesidad».

A la señal, se oyó un solo disparo. El senador había tirado al aire. Don Teodomiro sintió una fuerte sacudida íntima. Como para meterse fraile. Los padrinos levantaron acta según el formulario preciso del honor. Don Teodomiro se notaba mal. Era un puro calofrío. Fue trasladado a su domicilio de la calle —ahora caigo— de Artesanos. Aquella misma noche el senador desapareció. Una pulmonía, súbita, se llevó en menos que lo cuento a don Teodomiro.

La leyenda envolvía a la Casa Grande. Entonces la viuda, doña Manuela, abrió botica en La Mota. Quizá calculando que, en su día, la regentase el hijo. Los laboratorios no ofrecían una situación desahogada tanto como la que ella imaginó. Puso al frente de la botica a un mancebo.

Dice usted, mancebo, pero el mancebo de La Mota era mucho en años; y era alquimista. Los fondos de la botica, en su mayor parte de un trascuarto de los laboratorios de Alcándara, componían una decoración siglo XVIII: cerámica en la colección de tarros; desde aquellos de Talavera con su vivo de azul, al relieve el águila bicéfala, a los pomos y tinajillas de confecciones, polvorientos. ¡Curioso relicario!

Y en la rebotica, traspuesto el umbral, el reino de la alquimia: hornillos de chimenea, alambiques; en las paredes, comadreja, lechuzas, disecadas; morteros, almireces de hierro, de piedra y jaspe. En el dril de su guardapolvo, el mancebo, manipulando con el juego de dracmas, escrúpulos y otras pesas y medidas, a la mano su última lectura, pensativo de la alquimia.

Hijos únicos, viudas, mancebos, como signo de la farmacopea de Extremadura, aquellos tiempos de Extremadura: la estrella de la botica... Y que los Pachecos y los Rivas, tras la muerte de Cecilia, no se llevaran, se lo explica usted. Lo que ni usted, ni yo, nadie, comprendería es el punto de odio a que en un pueblo puedan llegar estas situaciones. Ya ve que, muerto don Teodomiro, los rivales para la familia Pacheco eran una mujer y un muchacho. Cánovas y Sagasta hubieran pactado, hubieran dicho:

—Un respeto, señores; nos encontramos ante una viuda y una cuna...

Ya Jacinto con sus pies un poquito fuera de la cuna, lo reconozco. ¿Quizá, por el

contrario, ante eso mismo, la viuda y su hijo, se crecieran? ¡Va usted a saber! También aquí cuenta el capítulo de intereses.

Pacheco, el mayor, Florencio, pretendía como usted ya sabe casar a Socorro con Valerio. Era Valerio, lo es, primo carnal de Socorrito. Pero, hijo único, hijo de Natividad y legalmente de Laureano, resultaba heredero de la mitad de La Quintana, la dehesa matriz de los Pachecos. No tenía parte en la finca Íñigo; no tenía tampoco hijos de su matrimonio; La Quintana permanecía en dominio indiviso. Y Florencio se afanaba en compensar las particiones con una concentración del patrimonio de familia. La vida toda se le iba en negocios como ése.

Y su desquite: el hombre orgiástico, la degeneración de ese hombre que alentaba en los Pachecos desde su asentamiento en La Mota allá en hora feudal. Para que se haga idea. Los Pachecos, los tres hermanos, casados, pero aún jóvenes, briosos lo han sido siempre, aparecían de noche en La Mota, en uno de aquellos automóviles primitivos, descubiertos, descapotables, de la capital. Traían uno, dos coches, cargados de putas.

Paraban en la plaza mayor con un estrépito de canciones, desafiantes y jocundos. Entreabría algún vecino la ventana, el postigo de la puerta. Los Pachecos desnudaban a las putas en medio de la plaza. Y cerraban a tiros puertas y ventanas. El escándalo avanzaba noche arriba, de bar en bar, hasta la salita de socios del Casino.

Había ya tema de conversación para meses, en La Mota y los pueblos del partido. Los Pachecos se ausentaban, se refugiaban en sus fincas, en el campo. Natividad permanecía en La Mota. De cuando en cuando, acudía a visitarla Íñigo. El escándalo derivaba, crecía en la maledicencia de la vecindad. Pero ni guardias, ni curas, nadie, se les atrevían.

En las fiestas de mi segundo año de La Mota se produjo el desencadenamiento, la catástrofe de la familia. Quiero distinguir; es tema delicado. Había en el pueblo, cuando lo había, algún turista; y estaba uno, que era nuevo, aunque no turista: forastero. Los matices en esta clasificación me parece de lo más importante.

Aquel año, por las fiestas de la Patrona, en que La Mota deja de ser pueblo y no se eleva a ciudad, apareció una pareja de portugueses, turistas. Ella —mire, la bailé— un tanto sosa, dulce en el quiebro, atractiva; su marido, muchacho alegre, corto en la experiencia de hombres y de trato difícil, a lo loco, porque basculaba del recogimiento a la temeridad.

Llevaban como un par de días en la pensión del Sol: aquí, ¿ve?, a la parte de abajo, esas ventanas que dan al Parque. Se les recibía con la obsequiosidad curiosa de los pueblos que se tienen por hospitalarios y no acaban de abrirse al corazón del forastero.

No eran, los portugueses, forasteros. El forastero único de La Mota era yo. No había entonces, como lo hay en Italia, por ejemplo, población turística. No hay turismo en La Mota. No lo hay en España. Eran visitantes. Se les invitó al baile de sociedad.

El muchacho bebía, con la imprudencia de los años, pocos, entre aquellos bárbaros, y un punto en descuido de su mujer, muy hermosa. Que en el baile de la fiesta del tercer día, la fiesta chica, estaba provocativa de tan bobamente hermosa.

Avanzada la noche, en los divanes del salón, se les arrimaron los Pachecos, padres, hijos, sobrinos y un que otro amigo, de lo incondicional. El baile era en el Casino de Señores. Animaba en la orquesta una bailarina, a la que invitaban a alternar. La sentaron junto al muchacho.

La animadora participó en los bailes, ya de últimas parejas, y concedió la portuguesa también alguna que otra pieza a los del pueblo. Era la hora de los casados. A la portuguesa empezaron a cultivarla en las piezas y en los descansos. La alejaban del joven esposo, muy entretenido con la animadora. Bebían. Alguna vez la portuguesa se acercó al muchacho y le habló en voz baja, un tanto alegre. Sonreían, felices y traviesamente, entre sí.

Los Pachecos acechaban. Yo antes de abandonar el baile para dejar en casa a Catalina, vi cómo Florencio, con todos sus años, con hijos hasta ese momento en aquel baile, asediaba suave, sin palabras, a la portuguesa. Y vi al muchacho cada vez más en sus apartes con la animadora.

Llevé a Catalina y me volví; tenía una cita —mi viejo compañero don Genaro—, y habíamos de hablar al juez, Laureano Pacheco, en funciones de primera instancia, a la busca de una transacción.

Al llegar al Casino, me los encontré en los pasillos, del salón de baile a la salita de socios. Me invitaron, muy efusivos. Era como un ¡va usted a ver!... Los portugueses parecían gloriosamente borrachos. No del todo ella, silenciosa, subida de color, ajena a los derretimientos de la animadora y el marido y a sus propias concesiones de Pacheco en Pacheco, dejándolos hacer, toquetear.

Ya en la salita, desalojado el Casino, casi al alba, sirvieron unas botellas. Y se produjo una pequeña conmoción: la animadora había desaparecido. En el desconcierto, alguien atinó a esta fórmula, increíble para los Pachecos mismos, pero eficaz: se la llamó a la pensión en que se alojaba, por el mágico procedimiento de mandarle con un camarero unos billetes de Banco.

La animadora, creo yo que más que nada divertidísima, reapareció ya vestida de calle, en la salita. El muchacho se fue a ella, entusiasmado. Se sentaron en un solo sillón, muy juntos. La portuguesa, a la camillita, bebía entre Íñigo y Valentín Pacheco. En mi ausencia, don Genaro se había retirado a descansar. Punteaba una guitarra, se tarareaba, hubo una copa vertida. Haber, habría como diez, doce personas. Al salir el camarero, no sé quién, quizá el camarero mismo, apagó la luz.

Vino un amago de griterío, y al dar de nuevo al conmutador, apenas uno, dos minutos, la escena era ésta: sobre la animadora forcejeaban el muchacho y Laureano. La portuguesa estaba en las rodillas de Valentín Pacheco, mientras Íñigo le derramaba una copa de manzanilla en el escote generoso. Sacudía su escote, entre chilliditos, la portuguesa; la animadora mantenía a raya a los dos entusiastas, hábil, sonriente.

Volví los ojos a la camilla y vi a la portuguesa defendiendo sus pechos, las faldas subidas, todavía en el acoso de Valentín, debatiéndose dulce entre los dos Pachecos. Cortó la animadora, de un brinco, la situación; rescató a la portuguesa y se fue, seguida de tres o cuatro de sus merodeantes y de mí mismo. Quedaban en la salita de socios del Casino los portugueses y la banda de los Pachecos.

Luego, supe que hubo un alto, ya casi con el nuevo día. Los llevaron a desayunar a una tabernita de las afueras, de toda confianza. Abrieron El Nido, la tabernita de un Celestino, viejo tahúr, favorecido de los Pachecos, de nombre Galán.

Íñigo en la taberna de Galán blandió un salchichón, obscenamente blasfemo. No se las tendrían del todo seguras con Galán, aún no despierto enteramente, obligado a los Pachecos, pero hospitalario, dueño de El Nido y conocedor de los desmanes de sus antiguos amos no menos que orgulloso de su oficio de tabernero.

O bien, porque lo que se sabe se ha sabido por Galán, testigo forzoso y, *testis unus testis nullus*, testigo inútil, recompondría la escena a su gusto: sus intereses. Dice que le mandaron a las cuadras por una jáquima y que, al regreso, Laureano Pacheco le tuvo a raya sin dejarle pasar del mostrador a la salita, puerta y ventanas cerradas, a la luz de unos focos altos, pálidos.

La portuguesa bailaba en una mesita, descalza, acompañada de palmas y pitos de los bebedores. Galán cuenta que, de golpe, la portuguesa se echó abajo, al suelo, y siguió taconeando, de talón, sin zapatos ni idea de lo que es el baile por bulerías. Pero que, en una de sus arrancadas, se sacó las tetas.

El muchacho arrojó de repente el vaso en que bebía y lo hizo añicos. Ella se asustó, se arremangaba las faldas mirando de no pisar los vidrios y diciéndole al marido sus enfados en un portugués que Galán no entendía. Se hizo un rasguño, un hilillo de sangre, y entonces Valentín la cogió en brazos y la alzó. Inmediatamente se echaron sobre el portugués otros Pachecos y lo ataron a la silla con la jáquima que Galán había subido.

Valentín trataba de desnudar a la portuguesa. La tenía ya muy vencida y le ayudaban otros de su misma mala casta. Vio ella lo que hacían con el marido y se puso furiosa; al marido le taparon la boca con un pañuelo. Como la portuguesa bramaba, Florencio, de eso Galán se acuerda perfectamente, tiró de cuchillo, un cuchillo de monte de tras el mostrador, y lo puso en la garganta del muchacho.

La portuguesa al verle así se rindió, pasó a suplicar y la dejaron suelta, ya medio desnuda. Íñigo, por detrás, con una tijerita de uñas, de bolsillo, le cortó las cintas de la combinación. El más gracioso era Laureano. Laureano al ver que se le caía la combinación a la muchacha, y la muchacha trataba de taparse los pechos, le dijo:

—¡Arriba las manos!

¡A ver! La muchacha no podía atender a todo. La consolaban diciéndole que no le harían a su esposo ningún mal. Que la cosa era para darles el mayor gusto. Los ojos desorbitados, el marido seguía los acontecimientos. El guitarrista, desde luego, había desaparecido. A Galán le amenazaron con encerrarle en el cuartito de aseo. Se iba

adentro y se asomaba.

En uno de esos juegos, Íñigo le corrió, frenético. No sin que antes él viera el principio del fin. La portuguesa en tierra, logró que la soltasen un instante porque le hacían daño. Y ella misma se quitó las bragas. Y las echó al aire, a una espetera. De allí las cogió Laureano y substituyó el pañuelo, ya fuera de la boca del muchacho, por las bragas de la portuguesa, tendida, sucesivamente montada de uno en uno.

Se lo hicieron todo, dice Galán, y dice que al tercero la «godida jozaba»... Como a Galán, que ganseaba con la geadá desde que hizo el servicio militar en Lugo, se le ocurriera pedir su parte, dos Pachecos, los más jóvenes y membrudos, le cogieron y cumplieron sus amenazas: lo metieron de cabeza, boca abajo, en la taza del retrete. Es un esperpento... Trágico, señor. Galán a solas ya en la taberna, encontró a los dos muchachos llorando y moviéndose como locos, amándose, en el mismo suelo.

Al otro día, no, esa mañana, que lo era y bien de día, los portugueses desaparecieron de La Mota. Yo no sé si estas barbaries las llegó a saber Catalina. Nos hemos conocido usted y yo aquí. Hablamos aquí. En casa, cómo hubiera yo podido contarle tanto desafuero... Ahí lo tiene.

La feria duraba tres días. Feria propiamente, no; por ejemplo, no había mercado ni, sobre todo, rodeo ganadero, que es la verdadera feria y que en La Mota cae a finales de mayo. En septiembre eran las fiestas de la Patrona, la Virgen del Castillo.

Principiaban con unas vísperas, de noche, de cohetería y todo eso. La imagen venía en procesión del castillo a la iglesia, una manera de recorrer casi todo el pueblo, porque la iglesia, la de Santa María, como en este mal dibujo ve usted, cae a la parte de abajo, entre la plaza mayor y el Parque. El ocho era el día grande. Los festejos continuaban el 9 y el 10.

Lo de los portugueses ocurrió el 10, día de la fiesta chica. La noche del 10 al 11, ¿cómo se me podría olvidar?, cayó ese año en domingo. Pues, mire: no le diré que yo sea como don Josechu, que se sabe el santoral, de corrido. Ya el doce, no le digo aquel 13 y martes, y tres o cuatro fechas o más, el pueblo no existía. Todo silencio, soledad, agotados de los tres larguísimos días de la fiesta. No veía usted sino caras de sueño, melancolía, ausencias, desánimo: una tremenda depresión.

Los Pachecos habían tenido suerte. La noticia empezó a conocerse en esa depresión. Como siempre que cometían un acto vandálico, a continuación se alejaban, se iban a las fincas: La Quintana, o el Coto de Íñigo, que era quien, de los tres, poseía indivisa, aparte, su heredad. Los Pachecos tenían estrella.

Y fue el domingo siguiente cuando esa estrella principió a palidecer. La ensombrecían de su misma sangre: la iba a nublar una Pacheca. El domingo, 18, a las doce, se produjo en La Mota esta estupefacción: irrumpieron en el Casino, juntos, y tomaron mesa, juntos, y aperitivo, Socorrito y Jacinto. Pachecos y Rivas, que es como si le dijera Romeo Rivas-Julieta Pacheco, desafiando el odio convenido, provocadores de la ira de los poderes sin ley. ¿Qué iba a pasar aquí?

El pueblo reaccionó con terror, pero con una cierta unánime secreta simpatía.

Admiración, por supuesto. Los Pachecos tenían estrella. Este nuevo hecho, y que a los ojos de La Mota representaba la venganza, o la rebelión, o el castigo de la Providencia encamada en ese amor romántico y tan en desacato, realmente favorecía a los Pachecos. Los condenaba, los penaba, y satisfacía las ansias de justicia, ¡toma, para que sufras, también tú, para que lo pagues!, de las gentes simples y sin maravilla. A un tiempo, el hecho nuevo insólito, y grato, borraba el anterior, tan vil, que en su vileza misma llevaba la propensión al olvido.

La Mota es un niño. Los pueblos es un niño. Con las sacudidas, ¿cómo lo hemos de ignorar?, crueles y repentinas del niño. Aquella noche Socorrito fue secuestrada por su propio padre y sumida en el fondo de la sierra: una casita de montería, con guardesa y vigilancia de escopeteros de munición de postas. Pero los detalles de esa operación el pueblo no los supo sino mucho después, en la reconstrucción de los hechos. De momento, parecía la victoria de los muchachos, la pareja enamorada loca, retadora.

Me va a permitir una vuelta rápida a La Mota. Mire: habrá como de mil quinientas a dos mil casas; piedra de arriba abajo; ya muchas de esas casas lo son a tres plantas. Las calles se llaman, como en todos aquellos pueblos, cuesta del Cura, pozo del Consejo, Peña redonda, Alta, Baja, pozo del Valle, Pradillo, Lectoral, General Margallo, Doña Sol... ya sabe usted. Hay una plaza grande, en rectángulo, cuyo nombre varía menos de lo acostumbrado en las mudanzas políticas: plaza de España, plaza de la Constitución... Y otras cuatro plazas, plazuelas, centros de barrio.

Tiene usted, junto a la iglesia de Santiago y el paseo, del castillo a la derecha, al opuesto extremo según mira ese croquis, tan elemental, la plaza del Altozano. A nivel, como ve; en la horizontal del castillo; arriba. En el medio de La Mota, la ciudad propiamente, de la plaza de España, ahora de la Constitución, vamos a llamarla como lo que siempre ha sido, y es, plaza Mayor, y a la derecha, más a la derecha todavía que la plaza del Altozano, viene la plazuela de la Soledad.

Seguiría usted a la derecha y al acabar el pueblo, en una ronda, abren las casas de mujeres. Dan las alcobas de esas casas a la huerta de un edificio inmenso; a las afueras, como todos los de su orden: el convento de franciscos.

No le he dicho estas otras dos placitas: Cruz del Llano, junto a la iglesia de Santa María, ya muy abajo, cerca del Parque; y a su izquierda, en el Parque mismo, lo más lejos del centro de la ciudad, la plaza de los Mártires, con el rollo o la piqueta de jurisdicción de La Mota, villa real. Iré de vez en cuando situándole en este esquema de plazas y de calles, los sucesos de la población.

Porque, de momento, no pasó nada. El invierno. Pasó el invierno. Con el lunes de Pascua, tras la semana de Nazareno y Piedad, elemental, dramática, como en los pueblos todos del partido... Piense usted: La Mota; pues, dos parroquias, una de arciprestazgo, y dieciocho clérigos, otras dos ermitas entre el castillo y Santiago, tiene su media docena de conventos y una tradición de religiosidad sombría,

penitente. Aunque para La Mota las cosas ahora en ese aspecto no van de lo mejor. Pero eso es otro cantar.

El lunes de Pascua, la mocedad sale de La Mota en romería: jiras, le llaman jira, la jira. Ese año, tocó Centenera. El camino de La Mota a Centenera es camino de herradura. Desde el castillo, preside La Mota un panorama amplísimo; usted sale a la explanada, no le digo sube a una torre, no hay torre de homenaje, las ruinas de ese castillo en un roquedo de líquenes, y mira: Higueral, La Fuente, Puebla de la Sierra, Villar, Arroyoseco, San Martín, Cervera, Tinaja, Los Hocinos, Centenera..., pueblos de no sólo su partido. Es una frase, pero la verdad: La Mota, balcón de Extremadura.

Y le contaba que aquel lunes de Pascua, tardío, más que mediado abril, la jira fue de La Mota a Centenera. Unos, los más, a caballo; alguna mula, y hasta borriquillos; me quedo corto, y así como tres docenas de parejas. Las monturas enjaezadas; las mantas, alforjas, atelajes, de moñas y fantasía. Llevé a Catalina. Estábamos casados, pero se trataba de bajar al pueblo; bajamos. Como una pareja más.

Se hizo un alto orillas de Tayuela, el bravo río, crecido como siempre entre marzo y abril. Nos acompañaban guitarras y un acordeonista de lo más fino: tocaba de oído y esa misma ignorancia de la música, para mí que valoraba su arte. En un rodal de encinas se celebró el almuerzo, temprano, y seguimos para Centenera. El pueblo todo en la calle, nos acogió, ya no le digo, era de esperar, a Catalina y a mí, a los motenses, con entusiasmo, con regocijo. Abrieron el baile.

Bueno, estuvimos de baile y di unas vueltas por el pueblo de mi niñez, con Catalina. Había dos leguas, cortas pero de camino de sierra, hasta La Mota. Y con todo, no faltó quien prolongara la estancia en Centenera; el baile se renovó de noche para la mocedad del pueblo. Catalina y yo nos quedamos. Volvimos al baile, tras una larga cena de familia, los restos de mi familia en Centenera. Y de pronto...

¡Qué mal me explico! Le he dado a usted la sensación de que también Catalina fue al baile. Yo solo, a medianoche. Catalina estaba muy fatigada. No criaba, pero había dado a luz hacía mes y medio.

Y de pronto, lo que vi es esto: vi a Socorrito bailando con Jacinto. Ahí lo tiene usted. Una Pacheca, un Rivas... Pues, sería de ver, al regreso, en La Mota. Anduve yo de amigos toda la noche. Habíamos devuelto el caballo, que nos prestaron, yo no tenía caballos, con los primeros en regresar. Volveríamos al día siguiente, en el coche de línea.

Ya en La Mota, el martes, pasé un momento por el Casino, minutos antes de cena. Y allí de rumor en rumor supe que la pareja Rivas-Pacheco no había tornado a casa. ¡Caray! Era noticia. Que se trataba de un rapto, que si tal y que si cual. Se aventuraban detalles y calculaban reacciones. Ahora no habrá más remedio que casarlos, eso era unánime.

A los seis o siete días Socorrito fue traída de la dehesa del Cornijal, donde habían permanecido, ocultos, en una posible luna de miel. No sacramentada. Habrá que casarlos; en esto La Mota era opinión sin divisiones. Curas y laicos, al unísono. Pero

¿y los Pachecos? Bastardos, descendientes del Gran Ladrón.

Los Pachecos eran rubios tirando a pelirrojos; altos, huesudos, descendientes bastardos del Gran Ladrón, aquel claverero Alonso de Monroy, último cismático maestro de la Orden de Alcántara, que hizo de La Mota nido de águila de sus correrías. Gigantón y noble, de él los Pachecos sólo heredaron las gotas de sangre de sus hechos, de forajido.

Aquí se le revela a usted el genio de la raza. Los Pachecos no admitían la necesidad de acelerar el casamiento. ¡Qué digo acelerar! Para los Pachecos ese chantaje ni los inmutaba. Nada de casamiento. La Mota era no un pueblo: era un pasmo. Socorrito apenas salía de casa; ni aun a misa. Y Florencio, Laureano, Íñigo hacían su vida de siempre: como si tal.

No se sabía de Jacinto. La última vez que le vi estuvo muy afable. Jacinto Rivas era sobrino, y ahijado de don Jacinto, el boticario de Alcándara; amigo de don Camilo por razón muy distante de la política: sus coincidencias en el deleite confitero. Prosperaba don Jacinto con su negocio de vacas, abastecedoras de los cafés de Alcándara, y pasaba las horas ante la inmensa bandeja de mitra gitana, caramelos de rosa, yemas de San Jorge, sultanas de coco y huevo, pasteles de tabuco y un espeso Oporto, de Málaga, veinticuatro grados.

Jacinto, el sobrino, me anunció su propósito de montar un negocio en Alcándara, quizá en Madrid. Si lograra convencer a su madre... Porque la casa de los Rivas es la casa de la muerte. Jacinto Rivas vio morir a su hermana. Llegaba él a casa y cayó exánime. Vio después morir a su padre, una de las pocas veces que vio a su padre, ausente en la capital de la provincia. Jacinto Rivas no acababa de terminar la carrera de Farmacia. Las boticas, dos boticas de La Mota, estaban regidas por titulares lejanos, servidas por mancebos de mortero y blusa blanca.

La señora viuda de Rivas vivía, se sobrevivía, en el sentimiento dramático de los lutos sin tregua. «¡Ay, Señor!», era el monólogo de la viuda, la enlutada. La señora viuda de Rivas simbolizaba y caracterizaba la negación de la alegría. Como en una corazonada de soledades sin remedio, de los pies a la cabeza en los negros dolientes de, lo primero, su fracaso matrimonial, abandonada; y su hija muerta; y el hijo, ese hijo ahora camino de perdición.

Para doña Manuela, viuda de Rivas, la perdición consistía en las relaciones de Jacinto con la casta de los matadores de la hija. Raza de endemoniados, en que veía a Jacinto y se le encogía el corazón de madre en un presentimiento de nuevos lutos y cuchillos.

Usted ¿ha pasado a solas, de noche, un olivar? En uno de los pueblos del partido, Arroyoseco, y era aún temprano, antes de cena, yo niño regresaba de la plaza a casa de una de mis tías: casa enorme, algo apartada, cerca de la cual corría la tapia de un huerto hondo, sombrío, un huerto de olivos. Nunca logré hacer ese trecho sin terror. Había como una premonición de la noche triste de Cristo, de prendimiento, de traiciones y angustia de sudor de sangre.

También las calles de La Mota, entre sus casas, tendían un que otro olivar. Aquí, mire, a las falsas de la casona de Florencio Pacheco, un olivar. Daba a ese olivar, salvando el jardinillo y los corrales de la casa, la habitación de Socorrito. Quizá Socorrito, mediada la noche, se dejara ver, asomara incluso al balcón, sobre las sombras de los olivos. Quizá más de una noche, desde la hondura del olivar, la contemplara Jacinto.

Habían pasado tres o cuatro fechas de la captura de la muchacha, a raíz de aquel escándalo de la jira en que no volvieron al pueblo. Nadie sabía dónde podía estar Jacinto. ¿La capital? ¿Madrid? ¿Escondido en su casa de La Mota? La opinión de un casamiento obligado era creciente. Pero ¿y si los Pachecos procedían en ley? ¿O no era un rapto? Y de menor.

En ninguno de los bufetes de La Mota tuvimos noticia de que los Pachecos movieran proceso. Vacante la titular, ejercía Laureano de juez de instrucción y primera instancia. Yo estuve con él, asistí a una vista, en la audiencia de esa mañana. Nadie habló del asunto.

Los Pachecos solían tomarse la justicia por su mano. Y la fechoría, impune; ya se habrá dado usted cuenta. Es la historia que en nuestra tierra se apellida Monroyes y Almaraces: un Monroy que alancea a un Almaraz; el hijo de ese Almaraz, que venga a su padre y mata al Monroy. Y así, sucesivamente. Hasta que un Almaraz y una Monroy se casan, en bodas de paz. Casamiento de Estado. Y es historia común de los tiempos y los mundos todos. Cuando las bodas no son de paz, sino bodas de sangre, es esta hermosa excepción, esta tragedia: *Romeo y Julieta*.

Socorrito y Jacinto habrían quizá también protagonizado la escena del balcón, antes de que ese balcón asomara al acto trágico. Se llevó Jacinto el secreto y Socorrito no estuvo a la altura de las circunstancias. No sólo falló la muchacha. Falló el pueblo. ¿O quién dijo?:

«¿Dónde están esos enemigos? ¡Capuleto! ¡Montesco! ¡Mirad qué castigo ha caído sobre vuestros odios!».

Enemigos públicos, *hostes*: enemigos de raza, el cacique de pueblo y el situado en la capital. Usted, ¿no lo ve así?

Cuando Socorrito abrió el balcón, bien de mañana, a sus ojos se mostraba este cuadro: en un olivo, milenario como los del huerto de la Pasión, de cinco pies, olivo sin fruto, de ramas al caminito que separa el huerto de las traseras de la casona, pendía un hombre. Socorrito no dudó: dio un grito horrible, un grito que oyó medio pueblo, y rodó al suelo, sin sentido. El ahorcado en la rama del olivo, a su vista, era Jacinto.

¿Que por eso me vine? No. Eso, además, iba a ser el fin de la tiranía de los Pachecos. Las cosas habían cambiado mucho. Mucho. Estábamos en 1933, primavera de 1933. Desde luego, caciques de tradición, los Pachecos se las arreglaban para seguir situados políticamente. La derecha copó los comités republicanos y aun el Centro obrero.

Socorrito había desaparecido. Quién dice si la vio en La Quintana; quién que no, que en el Coto de su tío Íñigo. Sé que algo se cocía en casa del abogado de los Pachecos, en casa de mi ilustre colega el licenciado Valverde, ese hombre alto y estirado, de un solo diente inmenso que le llenaba la boca toda en la sonrisa, fija, nacida no de su contento, hombre como lo era amarillo, apergaminado, aunque de huesos derechos, y del que se decía:

—Se ha tragado un paraguas.

Pero no era serio como de haberse tragado ningún palo, sino estereotipadamente riente, por lo que las verduleras le decían a la doncella de Catalina, que es que el licenciado tenía una tripa rota. Lo evidentísimo era su diente: tan espectacular, que el pueblo le apodó, como ya le he dicho, *Sandiente*... Siempre con su cartera de papeles, su cartera de mano.

Y se llegó a decir que en el despacho de Valverde tramaban el internamiento de Socorrito en la Casa de Salud, de La Torre, el otro vecino y grande pueblo, no pueblo, ciudad, cabeza de partido: lo que hubiera La Mota soñado, y para lo que le faltaba, si no del todo historia, desde luego población y riqueza y, no quiero ofender, hay quien piensa que estilo.

Lo que pasa es que no se decidían a meter en el manicomio a Socorrito. ¿Por lo que pudieran hablar? No creo. Ni en la caída, y era visible esa caída, inmutaban a los Pachecos las lenguas; no me pedirá usted que precise: malas lenguas. Los contenía el pueblo. El pueblo, no por la situación política, que la tenían de momento en su mano, y segura, sino el pueblo de siempre: los estallidos de un pueblo al viejo modo: Zalamea, Fuenteovejuna; el pueblo.

Y había precedentes como para que intentaran y no se atreviesen al internamiento de Socorrito. Sentimientos aparte; lo está usted viendo. El precedente era Miguel, Miguel Serrano, un mozo, digo mejor, un joven que se acababa de casar y a quien le dio en bullir con la República y esas cosas.

Iba a la capital, venía, gastaba una fortuna en coches de alquiler, se traía cohetes y en medio de la plaza celebraba sus propias alegrías o andaba las calles leyendo *De mi lucha*, o *En la lucha*, algo así, de Lerroux, y recitaba a grandes voces el final o uno de los párrafos más significativos del capítulo titulado «Jóvenes bárbaros, jóvenes bárbaros», y que decía:

«Entrad en los conventos, levantad el velo a las novicias y elevadlas a la categoría de madres».

Todo eso. Hasta que convencieron a la esposa, que vivía con su madre y de las tierras de su madre, de que Miguelito era un ser enajenado y peligroso que les podía vender las fincas y una noche cualquiera darles un susto. Y que lo mejor sería llevarle una temporada a La Torre.

En La Torre he conocido casos sorprendentes: un marido mete a su mujer, loca, en la clínica, habitación privada. No puede luego vivir sin ella. Le pasea la calle. Hasta que, un día, sube y la rapta. ¡Tipo curioso! Fui en cierta ocasión con otro amigo

a visitarle. Vivía en un chalé. Tocamos el timbre. Apareció tras la vidriera de la puerta. Era inconfundible: era él, su silueta. Y se retiró. Esperamos. Al poco, abrió una muchacha:

—El señor no está —dijo.

Cuidaba de su loca. Hasta que al fin cedió, la encerró. Y como no podía pasarse sin ella, acabó por raptarla. Los volvieron a la clínica, pero a los dos. Y felices de seguir, juntos, en el infierno juntos, los dos.

Yo algunas veces hablé con Miguel Serrano. Se me acercaba, en un guardapolvo como el del alquimista de los Rivas, seguido de lejos de la muchachada, que gozaba de oírle, y me hacía confidencias. Me decía que llevaba años discutiendo consigo mismo en alta voz, cosa que naturalmente los de su ignaro pueblo no entendían. Y que cuando se sentía feliz, se invitaba a sí mismo: se convidaba, se regalaba. Vivía en estado de diálogo.

Su gran amigo era un chiquillo rebotado del seminario y que le acompañaba a todas partes. El chiquillo se ufanaba de un revólver detonador, y una noche hizo uso de toda la carga y reservas al oído de Miguel Serrano, y debía de tener munición abundante; hasta que su amigo mayor se lo llevó a casa y decidió que se quedara a vivir con ellos.

Como eso no entraba en el hábito de las mujeres —esposa y madre de la esposa de Miguel— la explosión del exaltado fue un punto más allá de las acostumbradas. La emprendió Miguel a golpes con los vasares y cacharrería y se dispuso a hacer frente a los vecinos auxiliado del seminarista; menguada ayuda, porque al seminarista se le había agotado la pólvora del detonador. Como el seminarista aprovechó la confusión para huir y volverse con sus padres, Miguel se negó a comer en tanto que a su lado no estuviese el seminarista.

Le fueron a buscar y el seminarista empezó a gobernarle:

—Come —y Miguel comía—. Toma ese tazón de leche.

—¿Lo tomo?

—Tómalo.

Miguel se bebía el tazón de leche. Aumentó la biblioteca del lerrouxista en potencia y que se reducía al libro de los jóvenes bárbaros; el seminarista apareció una mañana con *El Anticristo*, de Nietzsche. Párrafo que decía uno, párrafo que el otro cantaba; uno y otro por las calles de La Mota, como en una diarquía rezadora laicísima.

La familia de Miguel Serrano odiaba a muerte al chiquillo. Y Miguel, una madrugada, en uno de aquellos viajes que hacía a la capital, no volvió. Se supo que su destino había sido, no la capital, como siempre, sino La Torre, y que se quedó allí internado en la casa de los locos.

Inmediatamente el pueblo se dividió: tomaron unos partido por Miguel Serrano, otros por la mujer y la suegra de Miguel Serrano. Unos y otros culpaban al seminarista; consideraban aquellos tiros causa del último arrebatado determinante del

encierro de Miguel Serrano.

La realidad la tuve en mi despacho. Se trataba de una declaración de pródigo instada por familiares de Serrano a quienes asesoraba o cuya acción legal dirigía mi colega Valverde. ¡Bueno, qué se le va a hacer! Vendidas unas fincas de aquellas mujeres, y ni que decirlo tendría, a los Pachecos, Miguel Serrano era a los pocos meses dado de alta y, con una prevención visible hacia el seminarista, se reintegró a casa, donde le habían puesto una tiendecita que empezó a llevar con minuciosidad y fortuna.

Le duró poco su mujer. Murió, ¡qué cosas!, en La Torre, en una clínica, y La Mota se hacía lenguas de la fidelidad y las atenciones con que fue cuidada por el esposo aquellos días, tras la operación, y el luto de enamorado que la guarda.

Con Socorrito la cosa no podía ser tal cual. Que diera muestras de locura, ya que la calidad de su amor no le había permitido una muerte de Julieta, era de lo unánimemente comprensible. Pero, la verdad, nadie la oyó, nadie la volvió a ver, ni yo he sabido de su existencia desde el asesinato de Jacinto.

Hubo quien, mirando a un lado y otro lado, en voz de confidencia, con el terror en los labios, le contó a Catalina que había sabido de la muchacha: que todas las mañanas se levantaba en una casita forestal, La Residenta, y bajito bajito tarareaba un tango; y que ya la jornada se le pasaba entera con la obsesión de esa musiquilla. Sólo que cada día mudaba de canción.

Tras el asesinato de Jacinto Rivas, las cosas se desarrollaron así: intentaron, claro que los enemigos de los Rivas, el entierro civil. Sería ésa la prueba de que murió suicida. El juez en funciones de instrucción movía los hilos de la tragicomedia. Suicidio, luego entierro civil. Y carpetazo.

No lo consiguieron; no se prestó el señor arcipreste a la culminación de la infamia: el *Inri*, que decían en La Mota. Hubo idas y venidas del capellán de monjas entre la casa arciprestal y la casa de Laureano, juez. El entierro se celebró desde el depósito legal, en auténtica manifestación de duelo. Ahí vi cómo los Pachecos acababan de venirse abajo.

Llevaron la caja a casa de la madre, doña Manuela, luto riguroso de la cabeza a los pies. Sin un grito. Sin lágrimas. El pañuelo a los ojos, estatua viva del dolor y la entereza en el dolor. Todos, a la tierra: su hija, en la flor de la edad; su marido, del que estaba separada, pero el hombre de su vida, tras un duelo quijotesco y a los finales ridículo; y el hijo que le quedaba, ahora...

Estremecía, verla. Yo la vi. Fue el único entierro al que he ido en La Mota. Ya dije a usted, ¿se lo dije?, que uno de mis actos reprobables era el no asistir a los entierros ni dar el pésame. A ese entierro, fui.

Y aquella noche, vueltos del camposanto, se organizó una cencerrada brutal. La cencerrada en los pueblos las desencadena un casamiento en segundas nupcias, un motivo risible, de jolgorio fustigador de quien lo provoca. El viejo o la zorra; y acaban, cuando no mal, cuando no a tiros de los cencerreados, en un convite de vino

con que los mozos se retiran, satisfecha la multa y prestos a la borrachería.

La cencerrada es algo feroz. Imagínese usted el silencio de las noches de un pueblo apartado, cerradas las casas, lo más media docena de jugadores en el casino o una ronda de mozos, algún idilio a la ventana. No se oye voz. El silencio es subrayado por el mundo mágico de los campos que envuelven y aprietan a la puebla: sapos, de sonería de flauta, dulcísima; grillos; ranas. No hay aldea que no tenga en su callejero este nombre: Cantarranas. La cencerrada apaga todo eso.

Y la cencerrada aquella noche se dio a las puertas, ¡pásmese!, de la casa del señor juez. Ahí triunfaban las vecinas curiosas del postiguito cerrado cuando de siesta, Laureano ausente, se colaba en la casa Íñigo, su hermano menor. Ahí las realidades ocultas o las maledicencias todas se condensaban para público deshonor y vejamen del cornudo. Terrible, ¿verdad?

Recuerdo, y los oídos se me ensordecen. Aullaban. Dominaban las cuernas, leiras creo que se llaman; medio cuerno de toro, en que el labriego lleva a sus campos en uno el aceite, el vinagre en otro, y así. Cuernos como apocalípticos para acompañamiento de los cuernos del señor Titular.

En la calle el pueblo, llenando la estrecha y corta donde vivía Laureano. Sartenes, colleras, almireces, latas aporreadas. Y los resonadores cencerros del manso de la vacada. Un solo de cencerro, y el estrépito que respondía en coro cochino formidable. Iban no únicamente mozos. Allí estaban las muchachas, las ruines muchachas guapísimas de La Mota. A ver si el capón se decidía.

De trecho en trecho, en uno de los silencios, alguien expresaba el temor de que apareciesen a tiros los otros Pachecos. Y la masa humana reflúa y se retiraba unos pasos. Pero de inmediato, y aun más ostentosa, y más puerca, volvía a la carga. Insultos y vocerío de frases bárbaras sobre el horripilante chocar de platillos rotos de las tapas de hojalata. Las injurias y las burlas se ensartaban sin tregua.

No se advertía en la casa del juez ni un respiro. Pero los de primera fila, o los cencerreantes de muy al principio, aseguraban que a su vista o su llegada había en la casa luz. Luego no se habían ausentado. La casa fue rodeada; se apostaron grupos: los más frenéticos, a las traseras y en las callejuelas de alrededor. No valía escapatoria. Y a ver qué se le ocurría a la ricahembra. Porque, lo que es a él: gran cabrito...

Hasta que bien cocida la soecería mayúscula de creación inimaginable del pueblo a las puertas de la casa, alguien arrojó una piedra. Primera piedra. La pedrea se generalizó; se preveía el asalto, el linchamiento. En pelota. Querían sacarla a ella en pelota. A ella. Todos a ella, lobunos. A él, con emplumarle, ya iba servido.

En ese momento, no es un decir, en ese crítico momento, se oyeron unos disparos de máuser; disparos al aire. Y por las cuatro calles lentos, serenos, a caballo el capitán de la capa azul —habíamos tenido teniente, pero La Mota ascendía: teníamos ahora capitán—, se acercaban unos números de la Guardia Civil. El gentío dio vivas a la Guardia Civil y mueras a los Pachecos. Y a esos gritos y mueras se echaron a recorrer, sin más música, las rondas de La Mota.

Con un pueblo así, en la calle, dígame usted si era cosa de encerrar en el manicomio a Socorrito. En cambio, y no es desvelar secretos de profesión, no tuve yo ese asunto en mi bufete, sino que conocí a algunos de los personajes, sí creo que Socorrito fue llevada a una casa de campo, porque a esa casa de campo iba y volvía a ir una bruja de la que tuve motivos para saber sus actividades. Los tuve con ocasión de la muerte de una muchacha, pobre muchacha, campesina atractivísima, víctima del amor y de unas hierbas borradoras de los excesos de su amor.

Ya. Llegaremos a ese episodio. Los abortos se encarpetaban, de siempre, en la secretaría de aquella instrucción. El juez sería cornudo, pero respetaba y con sus consecuencias todas el amor ajeno. Cuando no, cuando, no él, los suyos, se pusieron borricos porque les tocaba a la sangre, caso de Socorrito, ahí lo tiene. Porque yo había visto, niño, alguna cencerrada; las vi en mi pueblo: Centenera, ya sabe usted. Pero, como ésa...

A la mañana apareció en La Mota un juez especial. Fui a la fonda, a saludarle, y no hablamos para nada de lo sucedido. Frecuentemente sacaba del bolsillito relojero del pantalón una higa; precioso: un Quijote de oro.

—Me lo regaló en Bolonia un conde italiano —allí siguen siendo condes—, preñadoísimo de España; me lo daba como amuleto para los trances amargos de la profesión. Yo entonces bolonio, no me figuraba que acabaría juez. Y ahora, si usted fuese tan amable, ¿me podría mandar una tableta de aspirina?

Se la llevaron de casa, en el acto. Y no le volví a ver. Se llamaba Victorino, don Victorino Bote. Seguro que abandonó la judicatura.

Permaneció unos días en La Mota. Tomó declaración a un sinnúmero de amigos de los Pachecos. Tuvo encerrado en el despacho horas y horas al forense, ese doctor Merino que preguntaba a las muchachitas por el virgo perdido y que era padrino de Socorrito. No fue Merino quien certificó la muerte por suicidio de Jacinto; no consideró necesaria su intervención; dio válido y sin sospecha el parte, del médico de cabecera...

Llamó el juez a declarar a Lucía, la bruja de quien le he hablado, ducha en celestineos y en hierbas mágicas, a la que traté por otro asunto luctuoso. Acostumbraba llevar a mano una buenaventura escrita, que suscitaba la admiración de las gentes del partido o la sonrisa incluso de simpatía de los conocidos.

Visitó el juez a doña Manuela en su casa. Y fue comentadísima esa visita. Era de cortesía que no la invitara a declarar en el juzgado. Y a mí, que siempre me dio el que Socorrito donde podría haberse refugiado era en casa de doña Manuela... Ahora, esa Lucía; las idas y venidas de La Mota a La Residenta, de esa Lucía... No fue levantado el cadáver, no fue exhumado, y el juez de la higa de oro abandonó La Mota.

Los Pachecos habían cerrado sus casas. Eso era de trámite; no había vez en que, armándola, no se esfumasen días o semanas y hasta meses, de la localidad. Sólo que en esta ocasión se llevaron a sus mujeres y el servicio. Y tampoco se les supo en

tierras de su propiedad. Los Pachecos habían alzado el vuelo. Desde luego, Laureano no se presentaría, tan próximo el suceso, a las elecciones de juez.

¿Sí? Pues estuvo que casi me cuesta la vida. Como a cosa de un mes del crimen, aquella noche y por asunto de urgencia me presenté de súbito, en La Mota no se usa el teléfono, yo no tuve teléfono, en casa de mi colega el licenciado Valverde. ¿Sabe usted? Allí mismo, en rueda, yo como atracador o víctima irremisa, todos mirándome, severos, en silencio, cuando abriendo la puertecita del gabinete de Valverde por un mal entendido de la muchacha de servicio, quedé frente a ellos, en el vano yo de la puerta; la sorpresa nos enmudeció y paralizó creo que a todos por igual. Se me fijó en el recuerdo la cartera de mano, de papeles, de la que Valverde nunca se separaba y que, en efecto, la tenía de canto, en sus piernas, hundido él en un butacón.

Me dio la tentación de cerrar ante mí la puerta, de desaparecer; balbucí unas palabras a Valverde y creció la severidad y recelo de los congregados. Yo iba a que me dejara, el automóvil no, una lata de gasolina para un coche de alquiler en que había de trasladarme a Alcándara, esa noche, y no tenía el taxista gasolina ni se atrevía a pedirla al único que en el pueblo la podría facilitar: el licenciado Valverde. ¡Cosa más estúpida!

Me llevé en el coche a Catalina y tardé en regresar a La Mota. Fue la única manera que se me ocurrió de tranquilizarles y de alejar de mí una amenaza que es la amenaza del herido de muerte, porque los Pachecos estaban de caída, eso era público, pero en tanto no se les viera arrastrados y sacados del redondel de La Mota, el riesgo de sus cornadas, no lo digo por el pobre Laureano, era mortal.

Efectivamente, no se presentó Laureano a las elecciones. Por la primera vez en treinta años no era juez en La Mota un Pacheco. Le hablaré de política. Caídos los Pachecos, se encaramaban al poder los Márquez. ¿Recuerda usted a Samuel Márquez, aquel que juró conmigo el ejercicio de la abogacía? Ése, con *Porro*, su hermano, iban a regir los destinos jurídicos y administrativos de La Mota. ¿Pachecos? ¿Márquez? ¿No saldríamos de Málaga para entrar en Malagón?

¿Ve usted las limitaciones de un bufete en cabeza de partido? ¿Quiere usted ahora agregar a esas limitaciones el hecho, decisivo, de que quien ejercía era forastero? ¡Un forastero! ¿Me oye tal y como lo pronuncio? En mayúsculas. Eso es. El forastero en su vida de relación con los otros; impenetrables, los otros. Estoy, señor, viendo aquella rueda de rostros sorprendidos, cogidos in fraganti, de los Pachecos, a quienes nadie sabía en La Mota, alrededor de Valverde, ¡*Sandiente!* Deje que me desahogue: no increpo, me sumo al pueblo y le llamo por su nombre mejor, su caricatura: *Sandiente*, el licenciado *Sandiente*... ¿Le hace reír a usted?

La vida con el otro, y el otro es el imprevisible, el calculista. Porque hay hombres lógicos. Desapacibles, pero lógicos. Responden como el reflejo patelar; se distrae al paciente, se le hace que mire al techo; ea, ya están las piernas colgando; los músculos del muslo ya relajados. Da usted con el martillito en el tendón y el tríceps femoral se contrae.

El calculista, no. En el calculista ese reflejo rotuliano se halla abolido como en la ataxia de las enfermedades medulares. Cambia el calculista en la conversación según le conviene. Admito que haya intereses nobles: según sus intereses. Y el forastero es de natural espontáneo. Es, en mi caso, más bien irreflexivo. Todas las ideas, decía un célebre pensador de la Ilustración, se me ocurren al bajar las escaleras. Puede usted suponerse las planchas sociales que un hombre de este tipo cosecha en una sociedad, una ciudad cerrada... Voy a usar de término gastado: levítica; y ni siquiera ciudad.

Pero gustaría de no criticar; no, mucho menos, justificarme. Querría decir hechos, hechos. Una declaración de sólo hechos. Presentar los casos vividos en mis años de La Mota. Con el desorden de la confesión general que no se atiene a un buen examen de conciencia ni a las tablas de Moisés. No voy por temas. No llevo año tras año la cronología en que los viví. Al hilo de la memoria. Siempre que no le aburra a usted...

No he contado a nadie el episodio, por ejemplo, de mi irrupción en la sala de Valverde. No lo dije ni a Catalina, ¿para qué inquietar? Y habría que explicar los hechos, circunstanciadamente. Cuando medio pueblo se enfrentó contra el otro medio pueblo, y podría decir, cuando el levantamiento del pueblo ante la declaración de loco de Miguel Serrano, yo vi clarísimo que aprovechaban la exaltación política de un pobre hombre para quedarse con sus bienes. Me buscaron y no acepté el asunto. Aquel caso lo tenía que haber defendido el fiscal, la ley. Hubiera sido, la mía, una defensa inútil. Bueno, pues me aborrecieron sólo de saber que visitarán mi despacho unos lejanos parientes del presunto incapaz.

Y nunca los poderosos acudirían a mí. Me vería, me vi real y verdaderamente, postergado incluso ante cualquier otro letrado reconocido zote: Márquez, por citar uno. Samuel Márquez era hombre de juicio. Le conté a usted sus cálculos de alcoba, su débito conyugal. Ya están en el poder.

Márquez es familia bienquista en La Mota. Una hermana menor, horrible, barbada: *Cervantes*, dijo de ella Catalina, que jamás moteja. Un hermano mayor, congestionado, apoplético, silencioso, que en el Casino de Señores salía de la salita de juego y al cruzar el mostrador camino de los servicios, viéndole, ya le servían un vaso de vino; y le tenían, a la vuelta, en el mostrador, otro vaso, que *Porro* se echaba entre pecho y espalda, de un trago, sin respirar...

Samuel es fino de presencia, hombre que no se entrilla fácilmente ni se coge los dedos. No creo que sepa lo que se dice ni palabra de la profesión, pero vigila al procurador y atempera. Ni tampoco necesita del bufete: inmensamente rico, su mujer es como él acaudalada. ¡Qué quiere usted! Al cliente le gusta codearse con los notables. El llorar y el rechinar de dientes viene a solas, y después.

¿Quiere hacerse idea de lo que da de sí Samuel Márquez? Un día, en un Banco de Alcándara, que debe de ser una de las dos o tres casas que en Alcándara tienen ascensor, me pasó lo siguiente: se entraba a ese ascensor por un pasillito de la puerta principal a la derecha, bajo la amplísima, soberbia escalera. Venía a ser ascensor privado; sólo accedían al ascensor los iniciados de la casa, los que conocían la

existencia del pasillito —bien que se viera su arranque— y que se retorció ante una pared de espejo y macetero al pie, para las puntas de cigarro, expresamente, y acababa en el ascensor.

Mínimo: de dos personas. Bajaba solo; aguardaba usted un segundo, y abajo. Pues, esa mañana, al tomar yo el pasillito, me pareció ver a Samuel Márquez. La puerta del ascensor es de cristales, emplomados. Se distingue el bulto. Estoy seguro de que, de reconocermelo, Samuel hubiera abierto el ascensor para subir juntos. No, no me identificó. No es perverso. Claro que, para mí es evidente, notaría cómo alguien llegaba pisándole los talones. Yo no le llamé. No cometo incorrección tan palmaria. Y apreté el botoncito, con el apresuramiento y quizá el gozo de haber dejado en tierra a un semejante. ¿No le ha pasado a usted nada igual? Todavía no. Es usted muy joven...

Mucho le debió de costar, mucho, el hacerse cargo de la Administración, tras el poder de los Pachecos. ¡Oiga, oiga! Perdón. Ya noto que nos miran. Acabo de advertir una clave. Pasa uno seis años sin ver y, de repente... La noche de mi inopinada presencia en el despacho de Valverde, uno de los que allí estaban, ¿pero cómo es posible?, lo veo ahora, una de aquellas caras, inconfundiblemente, era Samuel. Allí se pactó el cambio de poderes.

¡Bueno, poderes! El bando de los Pachecos, que yo sepa, no ha tenido nunca el poder: poder directo. El poder que ejercían, y tan tiránico, les era delegado. ¿Que todo poder es delegado? Según: hay fuerzas vivas. No las confundo: no me refiero a las llamadas fuerzas vivas y que en La Mota denominaban «fuerzas vividoras». Hay tramados intereses, opiniones que se canalizan, enemigos que unen.

He dicho algo importante. Como rara vez digo algo importante, permítame que subraye: el enemigo es quien une. Eso es. Los Pachecos era el puro instrumento, impuro, tiene usted razón, instrumento impuro, de los políticos de Alcándara y acaso Madrid. Una familia de siglos enraizada en La Mota, con escudos, numerosa, impunes en el desafuero. Yo nunca vi dar golpe, digo que nunca supe en qué trabajaban los Pachecos. Sí, cazadores, borrachos, pendencieros. Y eran el poder porque los apoyaba el cacique de la capital y los caciques que se entretenían en jugar a los gobiernos. ¿Nos va a ir mejor?

Tampoco lo creo. Todo lo contrario. En La Mota, no sé, no he mantenido relación posterior con nadie de La Mota y fue tan corto el plazo de mi estancia allí... Pero estoy en que, La Mota, se verá hasta la coronilla, de los Márquez. Me entra una curiosidad. ¿Habrán ya puesto en hora el reloj del Ayuntamiento? En la fachada de las Casas consistoriales había un reloj, parado a las once y veinte.

Era ésa la de la noche en que los Pachecos entraron en La Mota con dos carros de putas y las desnudaron en la plaza. Como alguien asomó a ver qué pasaba, los Pachecos cerraron a tiros puertas y balcones. Uno, o muchos, de los tiros se cargaron el reloj. Desde entonces a nadie, ningún ayuntamiento, ni conservadores ni liberales, ni la Unión patriótica ni republicanos, se le ocurrió incluir en presupuestos el arreglo

o el cambio del reloj.

¡Ah! ¿Esta moneda? No es moneda, no tiene curso legal. Es una chapa. No, no: dentada; trapecio redondeado y alrededor, en resalte, los doce dientes del cerco: las doce tribus de Israel. Mire: fue contagio del juez de la higa de oro. En una almoneda, uno de mis viajes a Madrid, me quedé con ella. Puede que en su efigie o su reverso aparezca en esas monedas la estrella de David. Puede que sea, ésta es la chapa que llevo siempre conmigo, un redondel en arcos y el cordón festoneado de las doce puntas. Es un escudo rebajado, ¿ve? Un listel en óvalo, para la valoración contada en agurotes: una agora, cinco, diez, veinticinco agurot. Dentro del listel, escudo eclesiástico; unas espigas y el exergo en ángulo, a dos lenguas: árabe, hebrea.

No vale nada, naturalmente. La traigo, para entretenimiento. Echo suertes, si me noto demasiado solo. Me parece más cómoda y escandaliza menos que si llevase una baraja y me pusiera a hacer solitarios. Eso ahora lo hace doña Inmaculada, la madre de Samuelito Márquez. ¿Cómo? Se le pasan los días a la camilla, la mesa camilla, al brasero, haciendo solitarios. Esta moneda...

¿Usted me dice que estudió Político con Raimúndez? Don Agustín, *Zapatones*, le decían, ¿verdad? ¿Ah, no llegó usted a cursar con él Político? Pues nos contaba que don Fernando de los Ríos en una excursión por Granada mostraba a sus discípulos las flechas y el yugo de los Reyes Católicos profusamente inscritos en la ciudad. Y les decía que eso podía ser el emblema de un movimiento fascista. Lo es, ¿eh?

Esta moneda, si un día se viene abajo la predicción del inefable Manterola, el canónigo don Vicente Manterola, contrincante del Sinaí de Castelar, ésta puede ser la moneda de un Estado israelí. Y que Dios nos coja confesados. Porque se acaba el mundo. ¡Sí! Es bien sabido. Don Vicente Manterola era carlista, canónigo de Vitoria. Y dijo que renunciaba a todas sus creencias, que renunciaba a todas sus ideas si los judíos volvían a juntarse y volvían a levantar el templo de Jerusalén.

Entonces vino el discurso famoso de Castelar. No hay orador joven que no conozca la escena, las frases definitivas de aquella peroración:

«Pues, qué —replicaba Castelar— ¿cree el señor Manterola que los judíos de hoy son los que mataron a Cristo? Pues yo no lo creo; yo soy más cristiano que todo eso».

Y es cuando surge el párrafo del Sinaí:

«Grande es Dios en el Sinaí; el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan...».

Ese párrafo que todos los aprendices de orador recitan ante el espejo.

Pero yo ahora me digo, ¿cuándo ha nacido usted? ¡Qué casualidad! El 17. ¿Sabe usted que ese mismo año, el año de su nacimiento, es el de la puesta en marcha del Estado judío? En 1917 fue la declaración Balfour para un hogar judío en Palestina, es decir, la creación del Estado judío, el Estado de Israel. ¿Quién acertaba? ¿La voz de la tradición y de la Iglesia, Manterola? La voz del progreso y el riesgo, de Castelar. Si el día llega y se alza de su tumba, ¿el canónigo Manterola dejará de creer? Bueno, San Pablo dijo:

«Si no hay resurrección de entre los muertos, nuestra predicación es vana, vacía es nuestra fe».

¿Y pues qué diría Manterola, de levantar la cabeza? ¡Se volvía a morir! Es el error propio de la política de seguridad: dramático. ¿Atenúa usted? Parlamentario, dice usted. ¡Concho, que era un canónigo! Don Vicente Manterola, canónigo, diputado por Vitoria.

Claro que, sin esa controversia, Castelar no hubiera dado a todo principiante en la tribuna sus trenos del Sinaí. «Grande es Dios en el Sinaí...». Y lo tenía escrito; lo había publicado. Pero ¿quién leería la novela donde tantos años antes el mismo Castelar escribiera esas frases? Hoy, ¿se leen novelas? La biografía ocupa los escaparates. Ludwig. ¿Que prefiere usted a Zweig? De acuerdo: genial ambos; geniales.

Y se acaba el mundo. Me lo dijo una mañana, se presentó en casa, de golpe, a decírmelo, demudado, don Josechu. Le contaba a usted que don Josechu halló esa profecía. Terrible, amigo. Luego, los muchísimos pecados del Estado judío —me leía — engendrarán una guerra que será la última guerra: la destrucción del mundo.

¿No frecuenta la Biblia? Lo digo no en función de si usted es, o si no lo es, creyente. No pienso en la Biblia como en el libro de la oración. Pero usted, tan literato... Creo que si yo escribiera, no apartaría de mi mesilla de noche ese libro, único en las letras del mundo. Esos libros: la Biblia es 72 libros.

Pues en La Mota don Josechu, al despertarse, todas las mañanas abría la Biblia, al azar; miraba el versículo de la página a la izquierda, si era fecha par; miraba a la derecha los días impares. Tomaba el primer versículo aún no leído, para empresa de la jornada. Ese versículo le acompañaba, le guiaba a lo largo del día. ¿Que si tendrá para toda su vida? ¿Y las repeticiones? Cada año varía el orden: arriba, abajo, del medio para arriba, del medio abajo.

Aquella mañana acudió a revelarme, quizá por la atención y cariño con que yo escuchaba sus manías, ¡quién no las tiene, manías!, que acababa de ver en el Apocalipsis, la Apocalipsis, decía don Josechu, esa premonición: volverá a haber un Estado hebreo. Le seguirá una catástrofe, la última; en esa catástrofe desaparecerá el mundo... Pues el tiempo que a los judíos les dejen, usarán, si un día restauran su Estado, esta moneda. Por eso la compré.

Alegrías tales no lograban desempañar la vida nada gozosa de mis años en La Mota. Yo era el Forastero. El extraño. Tenía que creer lo que me dijeran, porque el forastero carece de elementos de juicio. ¿Qué apodo me habrían puesto? No lo llegué a saber; dos años seguidos y otros dos más bien cortos, yendo, viniendo, no dan para tanto.

No me hubiera molestado, de no ser claramente ofensivo. En Asturias, en las esquelas, publican junto al nombre o bajo el nombre de pila y apellidos, el sobrehúsa con que el extinto fue motejado en vida. Le digo el extinto. En La Mota había un bodeguero; tan dado a su cosecha, que le pusieron de mote *Don Tinto*. Figúrese, el día

en que se muera: ése sí que será el Ex Tinto...

Pero estoy seguro de que habría una pronta junta de graciosos y en esa junta se acordaría mi sobrenombre. Mis compañeros lucían éstos: Valverde, *Sandiente*; *Chivina*, don Josechu, por la perilla graciosísima que le alongaba su faz de hombre claro y bueno; don Genaro, *Manitas*; Samuel, *Tacones*, y bien se le podría apodar *Pitos*; iba siempre Samuel Márquez jugando los dedos como en un acompañamiento de baile de tablado.

Una tarde me alejé de paseo por el camino de Centenera. Al pasar el río, un río precioso que nace en la Sierrilla misma y sigue, dos leguas abajo, por mi pueblo, contemplé, con gozo, el cuadro de color de las lavanderas. Pues a un sobrinito, hijo de una de mis primas, que subió otro día a La Mota y a quien no le dejé permanecer entre nosotros porque era el día en que Guillén soliviantaba a los campesinos y se podía muy bien prever desórdenes, quién nos decía que no graves y aun luctuosos, le corrieron al regreso, no las pullas de esas lavanderas, sino las pedradas de los mozalbetes, mientras el chiquillo agachaba la cabeza al resguardo del caballo, penco, y trotaba lo que el caballo —de soñar los caballos— nunca soñara trotar, en alas del pánico.

Era un chiquillo. No le acertaron. ¿Qué sentimientos suscitaba un forastero sin nombre, sin más? ¿Y vaya usted a saber si le dan la primera pedrada y con él en tierra? ¿Ve usted el riesgo de que la fiera suelte un zarpazo y haga sangre? Despedaza al domador. Pues eso, en La Mota 1933.

Las criadas no paraban en casa. Catalina es señora. Catalina sabe mandar y, si es preciso, aun sabe no ver. Nada; allí no hay más que el terror y el dinero disputándose entre sí la primacía de los valores. Eso aparte —déjeme que apure la expresión: no aparte—, sobre esa base, el hecho de que la criada de turno era normalmente del propio pueblo. Conocida de las señoras del pueblo. Las cuales señoras la halagaban y hacían contar.

Con Catalina más madura en la vida de los pueblos, la pelota hubiera ido y venido: se habría hecho Catalina contar las historias vna por una de cada una de las señoras de La Mota. No, no vi remedio. No es que lo hubiere, inmediatamente. Tardé. Me confié. Pero un día se me reveló esta evidencia: llevara treinta años en La Mota y seguiría siendo el forastero. El que llegó sin blanca; y era verdad...

¿Le recuerda a Julio Senador? ¡Claro! He leído mucho a Julio Senador. ¿*Castilla en escombros*? ¿*La canción del Duero*? *Castilla en escombros*, sí. ¡Con qué de precisión y agudeza ve los entresijos de la vida! Los pueblos... Fue Senador Gómez notario en Extremadura, en la raya de Portugal.

Si me hundía, «¡vaya pelagatos!». ¿Que prosperaba? «No, si aquí somos como Dios nos ha hecho: mire ese desgraciado, que vino sin camisa y nos está poniendo el gorro. Y lo que no digo...». Todos a la escucha, incitándole, «¡qué!, ¡habla, hombre, habla, que no te van a comer por eso!». Así, generación tras generación. El sitio es poco, la tierra pobre, las cabezas indigentes: no hay más que para Pachecos, Márquez,

los de casa...

Quienes por mantener su dominio no dudan porque en la duda les iría el poder, se meten a forajidos. Si usted lo quiere, forajidos de guante blanco. ¿O no estuvo nunca en los pueblos?

La Mota era pueblo medio año a oscuras desde el atardecer; en una sierra condensadora de nieblas: las nieblas de la Mártir, le decían al forastero. Y decían una estupidez, porque esa denominación meteorológica la tomaban de La Torre, sólo que en La Torre era apropiada: nieblas, de su gran río, que se adensan alrededor del 10 de diciembre, por las fiestas de la Santa y mártir, la doncella Patrona de la ciudad, pero... ¿O qué pueblín Guadiana abajo no se tiene y se toma de este apelativo: Sevilla la Chica; y si es grande no pone en las torres el giraldillo que parece de cartonaje o turrón?

Mimesis aparte, si ha pasado tres noches en un pueblo y ha salido solo, después de cena, de la fonda al casino, o a ver el pueblo, no me dirá que no ha sido silbado y abucheado por los cuatro mozos, que se complacen viéndole desorientado, mirando en vano, y que sin duda va por usted, porque le habrán voceado algún vocablo alusivo al bombín, si lleva sombrero, o el chuzo si usa bastón, o el manteo si gabán o capa, o ¡vaya uno a saber!, y que le dejan estupefacto.

E inerme, porque actúan de lejos, en los oscuros y no en grupo único; de suerte, que usted se dirige indignado hacia donde le pareció que le ofendían, y ni le miran, inmóviles, atentos a su mejor o peor simulada conversación. Y cuando usted principia a confundirse, y va a pedir explicaciones, en ese instante, le llega otro rebuzno del lado contrario de la plaza, si está en la plaza; y cuando usted se retira, y no sabe a quién responder, y acaba por echar adelante, a su camino, el corrillo del que se apartó, ya alejado, estalla en una carcajada bestial, y como un eco a esa carcajada responde otra carcajada del extremo opuesto. Y así, alternativamente...

Bien. Le queda a usted un recurso: bramar y correrlos a tiros. Y ya está usted en el clan de los Pachecos. Naturalmente, sin la ayuda, ni las argucias, de los Pachecos.

—Pero ¿qué le pasó anoche, don Alonso? ¡Hombre, no haga caso! ¿Qué le han hecho? No se sofoque. ¡Cosas de la juventud!

¿De acuerdo? No, ¡qué tontería! No es La Mota una vida negra. No la veo yo con lentes ahumados. Es que es así. Más asombro les debí de causar con mis extravagancias que el que ellos han arrojado a las atarjeas de mi memoria. Desde luego.

¡Hombre, sí! ¿Ese que me saluda? Gran tipo. Nos habíamos conocido antes de mi marcha a La Mota. Aquí. En Madrid. Nos presentó César. ¿Que no le he hablado de César? Marchante. Catalina tiene una hermana: Eve. No, Eve mucho mayor. Eve es la mujer de César. Pues, ¡claro que le hablaré a usted! Y de ese tipo que ahora se acaba de sentar allí, al fondo, y vio usted que nos saludaba. Eve y César fueron a La Mota. En seguida: el primer año de nuestra estancia. ¡Huy, ya le contaré!

¡Curioso! Propugna César un mundo de amor, con distinción absoluta de valores:

uno es el instinto, otro el enamoramiento. Para César, sexo y amor concurren muy rara vez: privilegio de alguna pareja afortunada. Los demás, es decir, usted, yo, el vecino y el forastero, vivimos aspectos sólo, limitadísimos, de esa unión perfecta. Vivimos el amor físico. Vivimos el amor sensitivo. Y sobre el uno, o sobre el otro, cargamos la manquedad de nuestras limitaciones.

¡Ah, fascinante! Por eso, de repente, ahora mismo, un hombre se siente estafado por una mujer. No comprende. Y deseándola con los deseos todos del instinto, rompe el juguete: le suelta cuatro tiros a esa mujer. ¡De esto hay para dar y tomar! Sí que hablaremos. ¡Oiga! ¿A ver? Me molestan las palmadas. A usted también. ¡Oiga!

Éste es el tema. Naturalmente, el proceso de la narración, con todas sus interrupciones, dura varias horas. La forma es con frecuencia desconcertante... Pero así suele ocurrir en la realidad. Si un estenógrafo lo hubiere estado oyendo y hubiese copiado literalmente sus palabras, la narración resultaría un poco menos incoherente y deshilvanada que como yo la expongo; pero el orden psicológico me figuro que sería el mismo.

DOSTOIEVSKI
Krothaia, en *Diario de un escritor*,
noviembre 1876

LO QUE USTED PREFIERA. ¿Coñac? Coñac. Yo necesito más líquido. Me queda mucho que decirle. ¿Perdón? A mí, palomita: agua. No, nada de fantasía; agua y copa de anís.

Ahí los tiene: fabricando sus mundos; los mundos plateados, los pequeños mundos. Todo envoltorio es útil. Pero, el que más, ese papel plata de los cigarrillos americanos. La bola apretándose, aumentando, sobre el mármol de las mesas de café. No habrá ahora mismo un solo café donde no viéramos el ejercicio de la bolita de plata.

Ya lo creo. Sí. Ha saltado a las tablas: *La bola de plata*, de Quintero y Guillén. La Comedia me cae lejos. Todo está lejos, porque lo que está lejos es mi casa. Para el realquilado, no; es muy amable. Y todavía no se lo he dicho a Catalina. ¡Ya ve! Ni usted ni yo nos damos a la bola de plata. Durará unos meses. Vendrá otra novedad. Otro «yo-yo» de mayores...

Sí, frecuentaba este café: Gran Café. Me trajo Eve; César me entusiasmaba. Están en París. César ha conseguido que Eve exponga en una galería de vanguardia. Dudo mucho de su triunfo; para mí, Eve es fina acuarelista. No sé por qué la acuarela sea arte menor y, con todo... Aquí Eve y César centraban una peña de pintores de lo más divertido. Y eso que los artistas, pintores y escultores, no le digo a usted, los músicos, suelen ser en lo que no afecta a su genio un tanto anodinos: su rincón de café un mundo de silencios. Vea en cambio una peña de teatro, o de literatos: éstos sí que bullen, y gritan, y fantasean y animan.

Los días de Eve y César en La Mota, porque inmediatamente fueron a vernos a La Mota, me hicieron pensar. Mucho. ¿Qué habría de sentimiento en ese amor? En el dominio del sexo, bajo la exaltación de los instintos, se advertía la presencia del amor. Aquél, mire, mire, allí, al rinconcito, enfrente, usa tarjetas que dicen: *Miranda*; es profesor, el profesor Miranda; y dicen: *Miranda, vagabundo*.

En sus tarjetas, César debería suprimir *Marchante*; podría César haber puesto: *Inmoralista*. Y, sin embargo... En pocos seres, en pocas parejas he visto entendimiento de unidad tan cabal. Para su idea, para César, en el amor concurren la violencia, que eso es su goce, y la fidelidad. No lo dude: fidelidad. Le contaré un caso. De Eve, naturalmente: Eve y César, sus días en La Mota.

Aparecieron, sin previo aviso. Iban a La Mota, a visitarnos, a ver qué tal. Acababa el año. Se proponían celebrar en La Mota la nochevieja. César es madrileño. Madrid... Si digo, madridista, ¿se le tomaría por socio del Madrid, F. C.? ¿Le conoce? ¡Ah, que le ha tratado usted! Bueno, César, si cabe ser el no algo, sería el no seguidor de un equipo de fútbol. ¿De acuerdo? Me encanta hablar con usted.

Lo que ocurre es que, en La Mota, la nochevieja no dice nada. Lo pasan bomba en la nochebuena, con sus matanzas, su misa del gallo, todo eso. Y bailan tarde y noche la Navidad, el Año nuevo. Señal, Año nuevo, de que durmieron pacíficos la despedida. No hay en La Mota nochevieja.

Allí lo verdaderamente viejo era la casa, nuestra casa, una casa que enamoró a

César y en la que él hubiere gustado de vivir. También a mí la casa en que morábamos me agradó siempre. Por mil motivos: unos, parecidos, otros distintos de los que entusiasmaran a César.

Pero esa casa vieja y capaz, que era de las Pueblas y la habían alquilado porque se trataba de mí, y a mí doña Dolores, viuda de Puebla, y las muchachas, sus hijas Angustias y Verónica, me querían como de familia y aquí se repite un caso: el cariño que en mi pueblo, en Centenera, me tenían doña Natalia, viuda también y también madre de dos hijas, de Ignacia y de Laura, Laura Rubio, Laurín; esa casa, le digo a usted que la miraremos despacio y a su hora en punto.

En fin, era nochevieja. Cenamos en casa. Pronto. Catalina se negó a salir. La noche se presentía espléndida, helada pero de viento dormido, altas y limpias las estrellas... Propendo a la elocuencia, señor; soy, aunque mínimo, letrado... Acudimos al Casino; alguien habría.

Y les fui, en efecto, presentando a los futuros notables de la localidad: un maestro de escuela, pero de los que escriben en los periódicos y no sólo en *La Opinión*, el bisemanario de La Mota, sino en órganos de la provincia y aun el diario regional de la provincia hermana.

El maestro. Un joven propietario, *Siete Arrobas*, de herencia yacente, aunque con todas las de la ley. Un estudiante, para acabar y por libre en Veterinaria. El aprendiz de escultor, a quien, ¿le digo, donosamente?, con gracia gorda, apodaban *Sacachispas*. Un opositor al Timbre, que es lo que está bien, claro que mejor Registros, porque toma usted en Registros la excedencia y le sigue corriendo el escalafón... El elemento joven de La Mota, como en términos de casino se diría.

Eve pidió pipermín. César... Sugirió César que los —¿me corrige?, «los»; he repulgado la ese final por miedo a la fonética, nuestro acento extremeño— que los llevásemos —«mos»— a las casas llamadas alegres.

La estupefacción fue general. Se cortaba el silencio. Eve sorbía y paladeaba su vaso de pipermín. Les acompañamos a un bar que pomposamente —como esto, Gran Café, ¡Gran Café!— se las tenía de *cabaret*. Un bar, desde la venida de la República muy visitado por el candidato, diputado, diputado ya, del Congreso.

Las circunscripciones electorales se han fundido: no hay ahora diputados de partido judicial, sino diputados por la provincia, mayorías y minorías, en proporción mejor o peor concertada. Pero el aspirante a diputado —lo sea luego en su día, como lo fuera aquél; o porque en derrota ya atiende a la legislatura próxima— mima su circunscripción, la frecuente, recibe a los amigos y correligionarios, concede una cena, y acaban todos en el *cabaret*. Los electoreros, los muñidores del prohombre.

Ese *cabaret* era, y uso «era» porque no creo que se haya sobrevivido, bar de señoritas: una planta de varias salas, piso bajo de casa moderna, atendido por señoritas de importación, que servían y se podían sentar a la mesa del cliente y alternaban. He ahí el término: alternaban. Había una pianola y de copa en copa se salía al centro de la salita a bailar. Para César, ¡qué ridiculez!

Cuando por el *cabaret* caía un grupo, no tardaba en aparecer algún guitarrista, de bandurria —había mucha bandurria en La Mota— o un muchacho, tristísimo, zambo, que tocaba de oído, y muy bien que lo tocaba, el acordeón. De Pésaro le habían traído el último acordeón, maravilla de los mocitos de poca monta. La sala principal del *cabaret* abría a otras dos saletas, de rincones amables.

Aquella noche estaba en uno de esos rincones el diputado de Acción Republicana, tan reciente, letrado distinguidísimo, de una familia de derechas, de Alcándara, y lo acompañaban tres o cuatro, todas, las señoritas de la consumición.

Ocurrió un incidente, propio de *cabaret*. Una pareja en la que nadie reparaba:

—¿Te quemo?

—No eres capaz.

—Te quemo...

Puso ella el cigarrillo encendido, en la palma del hombre. Empezó a oler a carne torrada. Por eso nos volvimos y presenciábamos la escena. Le hizo un taladro; aguantaba él, impasible. Cuando la socia retiró el pitillo, pidió él una copa de coñac, el peor coñac. Vertió gota a gota el coñac, alcohol todo, en la quemadura. La desinfectó. Asustada la moza, con un punto de rubor. Sacudió él la mano, para secarla, al aire. ¿Ya? Esperó uno, dos minutos. Puso a la golfa en pie, frente por frente. La miró, en una sonrisa atravesada. Y la derribó de una bofetada terrible. Nadie se movió. Salió él lento, y ella, acongojada, transida, como arrastrándose, tras él.

Avanzaba la noche. Se bailó. Eve, macho, empezó a timarse con la amiga del diputado en Cortes, el padre de la Patria; la que se quedó fiel a su mesa. César iba poco a poco pasándose, de imaginación y bebida. Nuestros acompañantes bailaban, menos el maestro, una tras otra, a las señoritas del *cabaret*. ¡Ay, ¿cómo se llamaba, Caballo Rojo?, las señoritas del Caballo Rojo!

Iban faltando señoritas. *Siete Arrobas*, el joven propietario, había desaparecido y no se fue solo. Las señoritas comentaban la escena de la copa y la hostia. Nada podría haberlas conmovido más; las arrebatava; era *Cartucho*, le llamaban *Cartucho*... Yo estaba casado; me sabía con la hermana de mi mujer. Y en esos momentos, yo me olvidaba, me sumaba al grupo de mi edad: *Sacachispas*, los estudiantes; el de Veterinaria y el opositor.

Regresábamos para casa. Llegamos al portal. César, bebido, pero que muy bebido, se volvía cada cuatro pasos con la obsesión de la amigueta, aquella amigueta que se timara con Eve y que habló un momento a César aprovechando una ausencia del diputado. El cual, obsequioso, nos envió a la mesa un cubo de champán. Y César en la calle acabó retrocediendo a la búsqueda imposible de la cabaretera.

En el portal de casa, Eve me rogó que cuidase de César. Con Eve, rezagado, quedó uno de los acompañantes del Casino: un muchacho que en toda la noche abrió la boca; por eso me fijé en él. Doblé unas calles y vi a César entre algunos de los amigos de aquella noche. Le dejé venir y me volví para casa.

Eve, en el escalón que subía, junto al pasillo, a las habitaciones de la planta noble, ya le pintaré al detalle la casa, mi único hallazgo en aquel valle de lágrimas de La Mota, Eve, en el escalón, abierta, se daba, en un jadeo sordo, al muchacho que la siguiera hasta el final. Lo vi y no lo vi. Vacilé. Pensé en César, que se acercaba. Salí a la puerta. ¿Dónde la fidelidad? ¿Hasta dónde, pues, Eve, de haberme visto, hubiere gustado de que apareciese yo, y no precisamente César?

¡Vaya! ¿A usted no? Me encanta la palomita: el agua, pero sin gas, el agua incolora y la corriente lentísima, opaca, opalina, dentro del anís diluyéndose, ramificándose, ¡mire!, hacia el fondo... ¡Preciosa! Hay quien la toma con agua de fantasía. Y no le niego que sabe mejor; lo que ocurre es que las burbujitas del gas alteran la pureza de la visión: ésta.

Cuando Eve aquella noche, borrachos todos, se entregaba en un escalón del portal, no traicionaba a César. ¿Sabe usted si le complacía? No me escandaliza. A edades mayores, si la vida pone en nosotros unos años más, quizá estas cosas parezcan, no le diré que encomiables, ni aun normales, pero las comprenderemos: admitiremos la realidad de su presencia sin grandes aspavientos.

Para César sólo contaba el gusto del instante, las sensaciones del amor placer. El hombre, en esa línea de instinto; hasta el agotamiento. Con radical indiferencia del mundo. La comedia termina y el público es mortal: como uno mismo. Tenía este lema: *Todo pasa*. Y ¿ante sí? Este otro lema: *Todo es poco*. El hombre, ese tipo, representa, asume este papel: el abandono de la responsabilidad.

La pareja Socorrito-Jacinto, vamos a suponer que en elementalidades de amor apasionado, lleva a la muerte. Alza el inmoralista en el ejercicio del amor bandera de vida. Para César el amor es irresponsable, si es amor perfecto. Un irresponsable, por el camino romántico se llega a la única puerta de salida del amor: la muerte. Por el camino que a César le es propio, camino del inmoralista, amor tal, le abre esta otra puerta: la vida. *Todo es poco, Más de lo justo*: la exaltación de los goces de la vida.

¿Que para usted no hay diferencia entre esa actitud y la feudal de los Pachecos cuando cierran a tiros la calle para correr putas, o fuerzan a una extranjera ante los ojos del marido? No, no: yo veo en esas conductas los extremos opuestos. La una es atavismo, barbarie inconcebible en 1932. La otra, es que no ha llegado, no se ha universalizado, de tan civilizada y nueva: bebo con usted, gozo con usted, y amar amo a mi amor; no comercio, no me comprometo, mañana no hay más que hablar, no hay de qué arrepentirse. Hemos echado un baile, nos hemos movido y apretado un poco más juntos, un poco menos vestidos. Y ahora, los otros bailes, para él. ¿Le horroriza? ¡Pasen unos años, ya me dirá!

Y por supuesto, creí que no era preciso: no defiendo esa postura. Preguntar si participo de ella, sería ofenderme. Por ejemplo: ¿llegó a saber Catalina la violación de la portuguesa? Sí y no. Lo sabía el pueblo. En casa nunca hablamos del tema. Catalina es la pureza; no pureza; en la mujer, y mujer casada, no hay pureza: es la espiritualidad. Estas cosas, la conversación de esta noche, en casa, con el realquilado,

yo no las hubiera dicho, no habría podido hablar de ello como con usted. Por eso estamos aquí, en solo de hombres, ante esta mesa, este rinconcito.

Y sí que en La Mota, y quizá desventuradamente no sólo en La Mota, esas cosas trascienden. Le aniquilan a uno en el concepto de los demás. Uno es el forastero. No entiende del todo. De momento, es todo nuevo para uno; nuevo para quien es lo que es: el siempre nuevo, el forastero. ¿Lo pagaría? ¡Que si lo pagaría! Pagué.

Sólo que debo ser justo: a César no le falta razón. La gran prueba del amor es la muerte, y a la muerte no se va por el camino del amor apasionado; a la muerte de amor lleva este sentimiento, el único sentimiento no sentimental de la existencia: el sexo. La maté porque era mía: eso, lo dice el amante de amor físico. ¿El enamorado?

Invoca usted ¿Romeo y Julieta? A Jacinto Rivas lo mataron; Socorrito no se mató. Romeo y Julieta si conmueven es precisamente por la rareza del caso, por su excepcionalidad. Yo creo que César tiene razón. El instinto, el sexo: ése es el novio de la muerte.

Bueno, y a todo esto no le he dicho quién es aquel tipo, el que dice usted que nos saludó al entrar y no le vi. Aquel de la ventana, a la derecha. Le contaré. Yo, a este café, vine por Eve. Vivían con un amiguito: ése. De ahí que su llegada nos haya largado otra vez a La Mota y nada menos que a la nochevieja del treinta y uno. Pero es un tipo, ya lo creo. Subió un día a casa. ¿Le hablo de él? Acépteme alguna prevención: es poeta lírico.

Subió a casa. Aquí, en Madrid. Me encontraba yo solo. Catalina estaba al llegar. Y no tardó. Ya el visitante me había expuesto los motivos de su venida. Catalina dudó, al presentarlos. ¿Se conocían? Yo sí le conocía, de años atrás, años antes de mi estancia en La Mota, muy recientes y aún no autorizadas mis relaciones con Catalina. Vine a este café por Eve: le traía un saludo de Catalina.

Vivía Eve con César y no se les despegaba el amiguito. Les acompañé a este café. Yo aquellos días me hallaba en Madrid, solo, enviado por mi padre, a unas gestiones de su situación militar. Los últimos años mi padre se negó a salir de casa. Y me mandó a Madrid. Telefoneé a Eve; nos citamos para el café. ¡Como que fue ésa mi primera entrada en Gran Café!

Hablar es maravilloso. Unos piensan, al hablar. Los que no pertenecemos al gremio del genio verbal, asociamos, reencontramos por la vía de la reviviscencia. Catalina, pues, le conocía y no le conocía, pero aceptó la presentación. Él, ¿y cómo se llama? Se va, lo estoy viendo, a acercar. Dijo usted que me saludó, y en cualquier momento se nos acerca. Se llama, se llama... Es poeta lírico, pero se llama Jaime; ésa era mi prevención: Jaime. Permaneció, al presentarlos, inmutable.

¡Tipo qué curioso! Tuvo una amiga. Vivieron años, pues no sé cómo atenuar, ni si es obligado el atenuar, unos años, juntos Jaime y su amiga. Se distanciaron. No volvieron a verse. Jaime se trasladó a París. Jaime es poeta y ya usted comprende: necesita vivir. A mí me visitaba para ver qué posibilidades habría de pasar termómetros, sí, termómetros clínicos, a Portugal. En Francia trabajó de representante

de unos laboratorios.

Y estaba en París. Vio de golpe a una mujer y se puso a seguirla y piropearla. Sólo que la mujer se iba al metro y Jaime es alérgico al metro. La abordó: trataba de hacerla ver que él no se desentendía, sino que había hecho juramento de no bajar en su vida al subterráneo. ¿Qué cree usted que pasó entonces? Pues que la mujer seguida y requebrada era su querida de cinco años antes en Madrid. ¡Jaime! ¡Y no la había reconocido! Pero se ve que es constante a una mujer determinada, tiene usted toda la razón. ¡Oh, fabuloso!

Al final de un viaje de Badajoz a Madrid, no encontró a César en casa. Llegaba muerto de hambre. Se había metido en el expreso que sale de Badajoz a las ocho o las nueve de la noche. Contó con que un expreso y que parte a esas horas, llevaría coche restaurante. Y no. Ni se detenía en las estaciones lo suficiente como para pedir un bocadillo; o en las que se detenía, no era ya hora de fonda ni veía una cantina abierta.

El tren llegó a Madrid mediada la mañana, al día siguiente. Muerto de hambre. No estaba César, no estaba Eve. El servicio doméstico de Eve no solía sorprenderse de la rareza de amigos de la casa, pero cuidaban de no abrir la despensa fácilmente. Jaime no se inmutó. Esto, ¿son nardos? Se había ido a un jarrón, y se puso a comer los nardos del jarrón.

De aquéllas, se quedó una temporada con César. Acordaron una función para exteriores: Jaime sería el ayuda de cámara del grande hombre. El grande hombre que hay en César resplandece no sólo en el café; hay que verlo de marchante.

Un arte extendido. Se compran cuadros para inversión, como se compran acciones o tierras. No interviene más el gusto que la rentabilidad. El coleccionista ha dado paso al especulador. Los cuadros acrecen el capital de su poseedor mientras cuelgan de belleza sus paredes. La comercialidad se intensifica; se adquiere lo que valdrá más. Hay que adivinar. Ha de aprender el comprador a distinguir entre lo que es moda y lo que va para siempre.

Una tarea que no se puede hacer en solitario, por mucha que sea la sensibilidad del comprador. La crítica tampoco acierta a jerarquizar comercialmente: no es misión suya. El inversionista, desorientado, acude al marchante: un género de vida nuevo, representativo de estos días. Apenas habrá dos, tres en España. Uno, César. Esa mezcla de místico y aldeano...

Trajo esa idea, como quizá la otra idea del amor goce, de sus viajes a París. En París el marchante es distinguido, reconocido. Llegará a España. No se trata del vendedor de cuadros que alquila una galería y cobra sus comisiones. El marchante es el que tiene visión anticipadora, como Castelar en los asuntos del posible futuro Estado de Israel. Yo no tomaría de marchante a Manterola.

César sabe cuál es el cuadro que mañana valdrá, el que descubre a un artista desconocido; y se arriesga a lanzarlo. Tras él vendrán las grandes firmas comerciales que ya no se limitarán a la adivinanza: imponen el arte, crean un pintor, un estilo de pintura para una clientela: la pintura que esas firmas comerciales tengan en almacén.

Se especula con la rareza. En todo. También, Jaime, en eso era cotizable.

Y a la noche, Jaime, guardando todas las distancias, como en un teatro:

—¿Qué traje para mañana, señor?

César, que es muchísimo en bohemio, cien veces más que su novicio de mayordomo, y que andaba aquella temporada muy bajo de armario, respondía, solemne:

—El otro.

César no tenía más que dos trajes... ¡Hombre! Yo conocí en La Mota a un caballero, *El Medallas*, el nuevo rico de las cruces, superviviente de la política *ancien régime*, cargado de condecoraciones y que identificaba sus trajes por el emblema de solapa de cada condecoración. Así que, al vestirse, pedía no el Gales, o el ojo de perdiz o pata de gallo; decía:

—El Carlos III.

O el Católica, y podría decir: el Epidemias, el Alfonso XII, el Agrícola, los que mostraban en su ojal, bien la miniatura o la roseta, de las tales condecoraciones. Sí, eso mismo le preguntaban, insolentes, los jóvenes en el Casino:

—Y para la gran cruz del Mérito Civil, usted, ¿qué ha hecho?

Impasible, sonriente, halagado del interés de la juventud, unas veces narraba sus días y trabajos. Hasta que, en alguna ocasión, molesto, eligió la vía rápida: ¿qué ha hecho? Contestó:

—Gestiones.

Pero, me desvió. Veo de nuevo y uno a uno los instantes todos de aquellas jornadas. Catalina y Jaime, claro que se conocían: acababan de verse abajo, camino Jaime de la escalera. Catalina le miró, pensó quizá: viene a casa. Y Jaime la dijo algo, me ha contado Catalina, algo, no sabe, no le entendió. Pues, un requiebro. En mi presencia, disimularon.

Lo supe tiempo después, como anécdota, o como aviso, de labios de Catalina. Vio Catalina que seguía viniendo a casa: me previno. El terror de Catalina es el de ser confundida. Su punto negro se llama Eve. Ser tomada por Eve. Yo creo haber llevado estos asuntos con cierta circunspección.

Y no; en estas cosas, las mujeres no se equivocan. El día de su primera visita, Jaime enredó en los libros; una biblioteca, mínima en lo literario, pero al día. Le tendí una obra de Crommelynck. ¿La conoce usted? ¿No le han hablado? *Le cocu magnifique*. Hay versión castellana; no recuerdo el pie editorial. Traduce un escritor muy fino que es ahora gobernador civil y hace turno para director de Bellas Artes.

El estupendo cornudo fue hace años estrenada en Madrid. Armó, ya por sólo el título se lo figura, un escándalo. Espere: el 14 de enero de 1933. Fecha como ésa no se olvida. ¡Sorprendente! Se estrenó en el teatro Cervantes. Se interpola en el *Quijote* *El curioso impertinente*, novelita que Guillén de Castro escenifica y también es un *cocu*, es, ¿quién dice que no?, precedente literario de esta pieza, tan mo-der-ní-si-ma, del flamenco Fernando Crommelynck. ¡Qué cosas! Una especie de *cocu* siglo XVII,

un consentido... Cervantes lo tiene todo. Lo más actual. ¡Todo! Todo en él es como de ahora y nada nuevo bajo el sol.

Pues bien: Jaime no me ha devuelto el libro. Quizá a usted esa lectura le turbara; quizá no le sosiegue el tema. ¿Jaime? La pieza de Crommelynck es el caso César, poetizado. Muy poetizado. Un celoso que, ante la duda, prefiere la certeza de la infidelidad. Te lo consiento, para que no me engañes.

No lo discuto; por ese camino va uno al inmoralismo. Yo sí: me siento más cómodo junto al inmoralista que no entre los impúdicos. ¿Que qué es para mí el hombre impúdico? Pero déjeme que le resuma *Le cocu magnifique*.

Un amor exaltado líricamente y una muchacha impresionable, atractivísima. La aman el boyero del monte y el conde del castillo. El marido canta las hermosuras de la muchacha a los ajenos: sus intimidades; enciende el deseo de los otros. ¿No basta? Hace que ella les muestre sus encantos; le ayuda, le saca él un seno. Que sepan cuán bella es. Y cuando ve en otro una llama de deseo, surgen los celos. ¿Entonces?

Hay estas fases: primera, la exhibición; que la gente, dice, te admire y te desee; en seguida, los celos; la tercera fase es la publicación del proceso. Ríe ella, ríe muy alto en un corro de jóvenes que la asedian. Él la atormenta. Inmediatamente, se apiada. La secuestra. Espía. Piensa: o la duda me mata, o yo mato la duda. Sobre la fidelidad de una mujer no se pueden tener más que suposiciones. Pero sobre su inconstancia se puede poseer una prueba absoluta. El protagonista posee el remedio contra esa duda...

—Para no dudar más de tu fidelidad, necesito estar seguro de tu infidelidad... Así, pues, tú me engañarás hoy mismo. Aquí, delante de mí.

Ella se resiste. Cuando accede, razona de este modo:

—Pero acuérdate de cuánto te amo, para atreverme a engañarte.

Perseguida por la turba de enamorados, besada, cogida al vuelo —«¡Escoge o te remango las faldas! ¡No lleva nada debajo!»—, acardenalada, saqueada toda, piensa:

—Me humillaría que después de agotar la aldea, no llegara a creerme... No sé —dice—, yo no elijo nunca.

Hay escenas de violencia. El pueblo. Los mozos se jactan. Las mujeres se ofenden:

—Pasearla en un burro, desnuda... ¡Al río con ella!

Y viene un final de astracanada.

—Estoy maldita. Soy la mujer adúltera... Creí que debía obedecerle sin chistar. Quise hacerlo demasiado bien, y ya no amo a Bruno.

Y le engaña, al fin, con él mismo.

Es obra de gran belleza literaria: es un poema. Pero me preguntaba ¿quién es el impúdico? El niño es impúdico. El viejo es impúdico. Para mí, el hombre más impúdico es el narciso. ¿O no es un onanista moral el narciso? El inmoralista goza de su deseo. Hay un tocayo de César, un joven periodista, Ruano, y estoy en que ni se conocen, porque ese Ruano, César González-Ruano lleva años en el extranjero, de

cronista, de un país a otro; no, seguro, no tienen nada que ver. Pues ese Ruano, según una de sus crónicas, luce un lema, una empresa del marquesado de Cajigal, exmarquesado le dirían ahora en *Heraldo*: «De mi deseo gozo». ¿Eh?

¡Y no se lo he contado! Es uno de los golpes, tremendo, del amigo lírico; Jaime. Bajo la voz; no hace más que miramos. Me alegra tenerlo ahí esta noche. Ya nos daremos la mano; se lo presentaré. Me alegro, le decía, porque llevaba tiempo sin saber de él. Estuvo muy enfermo. Le atendió el doctor Marañón. Marañón es una monja de la caridad. Lo es, ¿comprende?, para los hombres de letras. Pues le recibió en su consulta Marañón. Le reconoció:

—Usted es hombre clínicamente muerto.

Jaime al salir, en la calle, vio que a su mano, por la calzada, venía un coche de la funeraria; alargó el brazo; gritó:

—¡Taxi!

Debía de ser la tisis. Le noto ahora más grueso. Casi todos esos que vemos ahí, están o han estado o van a estar tuberculosos. Le haría la lista. César, desde luego. Interminable. He sentido muchas veces la aprensión del mal. Pero, no; de serlo, escribiría. Y me atraería mucho más el sexo. ¿Que no hablo de otra cosa? ¡Oh, no le molesta! ¿Y de qué quiere usted que uno hable?

Política, ya sé. Toda esta primavera es la apoteosis de la política. ¿Me lo va a negar? No existe la economía, la vida. No se hace nada. Abre usted el balcón, al levantarse: acaban de pegar un pasquín en la fachada, enfrente. Política. Da usted al botón de la radio: y política. Telefonea, ¿qué tal la noche?, al primer amigo: política. Le pasan el periódico: y política de la cabecera al pie de imprenta. Política el desayuno y el cigarrillo que enciende usted y la carta que le han echado por debajo de la puerta. Es primavera y España toda política, política a la española, que es una manera, la más radical, de negación de la política.

Hablaremos de política. El político gusta del instante, decíamos. El inmoralista. Distingue entre sentimiento y sensación. Para el inmoralista, el ideal de la vida es el hombre ejerciéndose hasta el agotamiento. Y la indiferencia del alrededor. Representa César su papel, lo vive, indiferente a los demás, y admite que los demás le vean y le juzguen y condenen.

Allá en la tierra, junto a Centenera, hay una finca hermosísima: las ruinas de un castillo, y un suelo muy pateado por mí en años de infancia. Era de un viejo amigo de mi padre; voló el castillo y abandonó España. Ahora lo tiene una baronesa. ¿La exbaronesa, va a decir usted? ¿No será como aquel profesor de provincias, y de la derecha, que, cuando estornudábamos, en vez de rezar, «¡Jesús!», exclamaba: «¡Lenin!»?

La baronesita suele pasar primavera y otoño en la finca. Y gusta de las cabalgadas entre los analfabetos núbiles del Torviscal. Los hace antes fregarse. Los adiestra en el amor. En Centenera están que braman. El hombre de pueblo condena, implacable. Y ridículo. A Fulanito, le dicen a usted, lo estropeó. ¡Qué tontería! Es como cuando nos

prevenían de niño: masturbarse mata. No odiamos la naturaleza. Es cosa de moral, usted lo ha dicho: de —*mor, moris*— costumbres. Pero en asunto de costumbres, mañana será mañana; no tenemos hoy las costumbres de ayer.

¡Y sí, ni lo dudo! Cualquiera día queman el Torviscal con la baronesa dentro. Es un odio estúpido. Y es política. La matarán, no porque sea cabalgada de sus analfabetos; la matará la política. Me quedo con el inmoralista. Me parece menos inmoral.

Aunque no piense así, aunque sienta de otra manera, radicalmente opuesta a la manera que esta noche, para usted, caricaturizo, un forastero está más cerca del inmoralista que no del situado, el enraizado. El forastero es de natural espontáneo; irreflexivo en sus relaciones, en sus convenciones, sobre la tierra no suya. Y es, usted lo está viendo, un punto charlatán...

Yo en La Mota era el hombre sin familia. Los propios hijos me nacieron en Alcándara. Esto allá lo creen decisivo. Las mujeres de La Mota acuden a parir a La Mota; no importa que vivan a cientos de leguas; hacen lo imposible; pero, sus hijos, de La Mota. En La Mota no hay casa de maternidad; los niños son traídos a domicilio: el de sus padres; el de algún pariente, si los padres, como esos imposibles que le digo, tienen la casa en tierra ajena.

¿Por qué el pueblo se asombra, por qué condena al inmoralista? El pueblo admite inmoralidades crónicas; casos de amancebamiento, incluso eclesiales. ¿Violencias?

Una tarde en La Mota, un viernes santo, se hallaba una parejita en las afueras, al sol, en un paraje delicioso de canchales. Pasaron unos mozalbetes, unos cafres. Volvieron sobre sus pasos. Se llegaron a la pareja. Ella era una chiquita y se echó un pañuelo a la cara. Los rodearon. El muchacho ni se movió: no comprendía. Los moralistas se fueron a la chiquilla, le alzaron el pañuelo de la cara, le alzaron las faldas. Y ya, todo. Salvajemente. Impunemente.

Tuve ese negocio en mi despacho. Piensa usted: serían detenidos, juzgados. Las pruebas se volcaban contra el muchacho. El asunto no pasó de las diligencias previas, que se instruyeron en pura concesión a mi sensibilidad. Nada hubo que sobreeser; no se abrió sumario. A esa jovencita le será, le habrá sido, muy difícil seguir en La Mota.

Claro que la diferencia entre el hombre de pueblo, arraigado en el pueblo, y el forastero es insalvable. No advertir esa distancia me acarreó desencuentros increíbles, fiascos sociales que me desacreditaban y nos indisponían. Porque mi descolocación repercutía sobre Catalina, implacable. Había una agravante atroz: nadie me acusó a cara descubierta, nadie se me acercó amistoso, confidente. Pero los puñales se me clavaban: los cien puñales ocultos.

No se alarme. La cosa resulta más bien simple. Un notario, casado; el notario, no hay otro; hombre de principios, mayor. Pues se llevó a vivir a su casa a una monja; a vivir con él; con su mujer y con él.

El hombre de La Mota no viene a Madrid sino por operación a vida o muerte, operación quirúrgica, o negocio ineludible, o diversiones, en el caso de las tres, cuatro familias poderosas. El notario, Villegas, don Santiago Villegas y Villegas de la

Jara, fue traído, en efecto, entre la vida y la muerte. Le intervinieron. La convalecencia se hizo larga. Y se enamoró de la enfermera. ¡Bien! Pero se la llevó al pueblo. La metió en su casa.

Le debo a usted una explicación. En todo esto, he mentido a mi inquisidor particular, he fabulado. ¿Por prudencia? Es usted muy generoso, es comprensivo. Por fastidio. El episodio es auténtico; las circunstancias varían. Le he contado a él que allá, en Centenera, el médico, don Quintín, ¡pobre!, que ya podría llamarse don Quintón o, por la propiedad de peso, don Quintal y corrido, protagonizó ese lío con una enfermera. En el caso concreto yo no estaba forzado a mentir. Mentía relativamente: atribuí a un médico, de pueblo, el jaleo real y verdadero de un notario, de otro más grande, cercano pueblo.

Porque el asunto yo no me lo inventaba: es el del notario de La Mota con una monja a la que sacó del sanatorio donde le operaron, en Madrid, y a cuya monja el notario se llevó a su casa de La Mota en ejercicio de la secularización de vivientes. Aunque el notario Villegas es republicano desde el 14 de abril, como tantos directores generales, republicano por gubernamental, de los de ya venida la República, y en la primera ocasión votaría por la CEDA; como la monja, cuando dieron el voto a la mujer.

Antes, incluso, de la consumación del proceso, la gente advierte, como con un sexto sentido, el alcance de las cosas de amor. La gente de La Mota sospechó en el acto la irregularidad de las relaciones del notario, que decía cómo por gratitud y por caballerosidad había sacado, ¿de qué clausura?, a esa monja y se la había traído a La Mota donde los aires tan puros la repondrían de su quebrantada salud.

¡Vaya! El notario nos buscaba. Amistamos, rápidamente. Nos visitaba mañana y tarde. Hablábamos, él de Madrid, enamorado de Madrid; yo de temas profesionales: aprendiz de jurista, debía tantearlo todo, inquirir de la experiencia. Le caímos bien.

Y un día nos metió en casa a la monja. ¿Qué le voy a decir a usted? No soy el inmoralista; no debo, por eso mismo, ser inconsecuente. Acepto el inmoralista; luego... Esto, yo entonces ni lo pensaba. Celia, ¿y de los dos nombres —el civil de nacimiento, el de su toma de estado en religión— cuál es el que usaría?, Celia no era gran cosa, vista en Madrid. Ni aun en Alcándara. Pero ¿La Mota? En comparanza con las señoras de La Mota, con la propia esposa del notario, doña Federica, resultaba un encanto.

El notario habló del asunto muy rara vez y conmigo a solas. El notario se esforzaba en probarme que no tenía con la monja otra relación sino la paternal y de dignidad herida ante la vida infamante de Celia en su orden de Madrid. Bueno: Celia era monja enfermera de una clínica... A mí todo eso me traía sin cuidado. Pensé que incluso podían no acostarse juntos. Yo a mi realquilado no le hablé nunca de La Mota. Este inciso ya lo justificaré, le contaré a usted. ¡Ah, y yo sigo sin saber si se acostaban o no se acostaban juntos!

Era yo el caso, la excepción. Aunque tarde, se me hizo evidente. Se trataba

entonces de la pura indiferencia. Y aquí vienen dos indicios. Supiera yo narrar, y le diría: dos anécdotas. Una tarde merendaron en casa. Hablamos de mil pequeñeces. Nos animamos. La tarde era espléndida, una de esas raras tardes de otoño, de cielo altísimo, el aire calmo, el sol declinante, sosiego todo y paz. Salimos.

Paseamos el pueblo, como dos matrimonios; dos parejas, mayor una, otra menor, la que sube, la que se retira, símbolo del sentimiento burgués de la existencia. Dimos una, dos, qué sé yo, muchas vueltas a la herradura en el paseo del Campanario. Cansados y felices, nos acercamos al Círculo de Artesanos. En la puerta, Celia se echó atrás. Hasta ese momento no me di cuenta del escándalo que habíamos protagonizado. Se la llevó, con mil torpes excusas, el notario.

Y pasado algún tiempo, el notario otra tarde me preguntó si iríamos al teatro, a una platea; preguntó con sumo cuidado si iríamos juntos. No dijo quiénes, sino juntos; lo recuerdo muy bien. Me encargué de las entradas. No quedaba palco libre. Saqué tres butacas de patio. El notario tembló. Vino con Catalina y conmigo, pero no hacía sino preguntarse por Celia. Yo no había recordado para nada la tarde del paseo. No. Se me había olvidado, simplemente, la existencia de Celia. Y Celia nunca perdonó.

¿Era un irresponsable? Era un muchacho absorto en mi mundo, que no daba importancia a las cosas que sigo viendo como sin importancia. Ellos son los calculistas. Es natural. El forastero pasa, no deja huella. Y la ilusión psicológica es en esto unánime; es patentísima. Llega el forastero a una de esas mínimas ciudades donde todos se conocen y se acechan. Siempre a la defensiva. En la envidia y el amor. De ahí lo ridículo del caballero de provincias: carece de naturalidad. Y la dama de provincias: horrorizada de la corrupción de las costumbres, los peligros de la corte... Excorte.

¡Hipócritas! ¿Sabe usted? Porque le digo: llega a una de esas pequeñas miserables localidades un forastero y conquista en amor hasta sus últimas consecuencias. Hay menos amor y más libertinaje; esto es lo que hay: impunidad. Ante el forastero la mujer no teme las consecuencias de una relación que pueda ser sabida y la desacredite. No teme el compromiso; con guardarse en ese momento, está a salvo de toda maledicencia. Él es el desconocido. ¿Quién conoce a un desconocido? ¿Es ella ligerita? Pues, cosa hecha. Y con el éxito de quien se atreve, sobre la que se deja. Al fin, viene otro día y el que la tuvo en sus brazos toma las de Villadiego: se va.

Hablo del forastero de paso, de ocasión. Yo estaba y ¿quién no me dice y dice a La Mota que acaso para siempre? Al recién llegado se le acercan los pocos hombres amables de la población: el tonto, el malicioso. Y, sobre todo, el inadaptado. A la forastera, el conquistador local a quien ninguna muchacha del pueblo hace ya caso. Si es señora, la correveidile, pronta a complacer la curiosidad insidiosa de sus corrillos, las aburridas señoras de la sociedad.

Hay en los pueblos la esfera impenetrable. Ahí donde jamás entrará el forastero ni la familia del forastero hasta la tercera o la cuarta generación. El pueblo es una gran

familia; llena de odios, de diferencias, de intereses. Pero de conciencia común: la conciencia de la comuna que, tácitamente, les impone lavar la ropa en familia. No, jamás dar tres cuartos al pregonero.

¿Ve usted un matrimonio amigo? Usted va por su casa, la puerta abierta, y los encuentra tirándose los trastos a la cabeza. ¡Cuerno! Usted no puede agacharse, pasar de largo. Usted es un hombre y ellos sus amigos o conocidos. Interviene, trata de poner paz, una tregua en la discordia. ¡Ay de usted! ¿No le he contado la fábula de las cigüeñas de su tierra? Mi tierra.

Extremadura central, de Tajo a Guadiana, es paraíso de cigüeñas. No es que haya cigüeñas; haberlas, en todo campanario y no sólo Extremadura. Ahí es que la cigüeña domina y puebla y preside campos, ciudades, de tal manera que podríamos decir Nuestra Señora la Cigüeña, tótem de Extremadura.

La cigüeña de ciudad es cigüeña blanca; la cigüeña más conocida. Pero hay otra cigüeña que no es blanca y no habita las ciudades; trae el vientre claro y el plumaje negro; anida en los árboles; se alimenta de los peces de charca. Alguna vez esta cigüeña negra campera se acerca a un pueblo; las cigüeñas blancas del pueblo se arrojan contra la cigüeña negra del campo de ese pueblo. Si en la pelea —la cigüeña vista de cerca es un bicho horrible; y es feroz—, cuando luchan blancas y negras, aparece otra, forastera, blancas y negras se unen y persiguen y, se les da, matan a la cigüeña, sea blanca o negra, forastera. En las guerras entre países viene a pasar lo mismo.

No sé si estoy poniéndome demasiado grave. El camarero, ¿ve?, personaliza su trabajo: no sirve igual a un cliente que a otro cliente. Este camarero, David. Estamos hoy en el imperio de la *d*: el del otro turno, aquel de allá, tan joven, se llama Darío. A nosotros nos ha atendido David.

Véale pedir en la barra, lento, la bandeja como la gorra de plato en la mano del oficial a la orden, y cómo a medias se vuelve y murmura. Se refiere, digo yo, al cliente a quien va a servir. No comenta con el tontito del mostrador: habla para sí. Le reprochará o alabará lo que haya pedido, o el tono con que lo haya pedido. El barman, mire cómo se hace cargo, con qué ternura y condescendencia, a hurtadillas, sigue los gestos de David. ¡Sí, señor!, ¡sí, señor! ¡Qué cáscaras va a hacer uno! ¡Sí, señor!, se estará diciendo David. Como si lo oyera.

Y créame, no fue La Mota tan sensible a los cambios de política. Si los Pachecos hubieren sido menos vándalos, todavía teníamos Pachecos en La Mota. Porque, vamos a ver: ¿qué es lo que cambió?

El nombre de algunas calles y para el caso es igual: la plaza mayor de La Mota no se ha llamado nunca plaza de Alfonso XIII ni hay quien la llame plaza de Alcalá Zamora, que, por cierto, ya le habrían cambiado de rótulo desde que el mes pasado, ¿o fue el otro mes?, echaron a Alcalá Zamora. La gente continúa diciendo: la Plaza. Cierto que en Madrid esas cosas se notan. ¿En los pueblos? Pues que si una tienda se llamaba La Corona, como no se llamaba La Corona por nada específicamente

dinástico, sigue llamándose Ultramarinos La Corona. Y como no hay teatro de la Princesa, y nadie sabría quién es Ruiz Zorrilla, y tal...

Mire: a los pocos días, la semana y algo de la República, subí con mi padre a La Mota. Ese viaje me aficionó, me hizo pensar que muy bien podría yo abrir casa en Mota del Ángel, porque el casado casa quiere, y en Alcándara, como abogado, ¿qué iba yo a hacer? En Alcándara hay cien abogados y ejercen, con bufete, con lustre, no más de media docena. Además que el pleito de mayor cuantía se va para el notario o el magistrado excedente, en fin...

Íbamos al Registro, de notaría y registro, a legalizar las propiedades de Centenera; las menguadísimas tierras que nos quedaban, porque mi padre lo mejor lo vendió cuando nos trasladamos a la capital. Pero había muerto mi madre y queríamos dejar los asuntos en regla; de modo que nos acercamos a La Mota a firmar la escritura de partición y adjudicación de bienes. Entonces fue cuando mi padre me otorgó un poder de emancipación. Mi padre, tras aquel acto, se desentendió de todo. Ya eres mayor; haz lo que te parezca.

Recordaba yo un viaje años atrás, muy niño, de Centenera a La Mota, a caballo por la sierra, con mi padre. Aquel día sentí despegarme de la infancia. Éste era muy distinto viaje, mucho más triste: viejo mi padre, afectadísimo por la viudez, los dos en el cochecito que hacía el correo y partía de Alcándara a las tantas de la madrugada por esa carretera durísima. Llenos de frío y sueño, enlutados, seguramente a él partiéndosele el corazón.

Volví varias veces a La Mota. El poder no me servía, sino el compromiso: llevaba siempre de mi padre instrucciones drásticas, rara vez razonables. Me alojaba en la fonda, que es un sitio de lo más grato. No que se vaya a pedir confort de capital, pero amplia, fresca, limpiísima, alegre. Presenció la toma de posesión del Ayuntamiento provisional de la República. Imagínese, en primavera, de noche, con las prisas...

Se trataba de la comisión gestora: tres hombres, clase media. De los tres, uno, republicano histórico, dueño de un comercio de telas, encaminaba pistola en mano al secretario de la corporación calle arriba, hacia las Consistoriales. El secretario, que lo fue con todos, era una especie de don Perpetuo. Sabía resistir. Pero los años, o las habilidades que se le torcieron, le acababan de poner en situación difícil, venida la República.

Aunque desviándome un momento, le diré que principiaron sesiones borrascosas. Había un alcalde mal hablado. Y un concejal intolerante. Palabreja que soltaba el alcalde, el concejal interrumpía, clamaba:

—Que conste en acta.

A la sesión siguiente, no figuraba en la lectura la palabreja, y el concejal, implacable:

—Falta el carajo del señor alcalde —y se negaba a la aprobación del acta...

En fin, aquella noche en la toma de posesión, le iba a usted diciendo que uno,

republicano histórico, conducía al secretario, a punta de pistola, para que abriera las puertas del ayuntamiento; en el bolsillo de la americana llevaba doblado un periódico. ¿Cómo se acordará uno de estos detalles? Era *El Sol*. Me hablaron en todo sitio muy bien de aquel republicano: un buen hombre. La calle oscura, en cuesta, con paradas y protestas del secretario, la temperatura de casi verano, gratísima en La Mota. Calle arriba... Me quedé unos días.

Al siguiente de esa escena, también de noche, y en casa de un labrador de algunas yuntas, padre de cuatro muchachitas preciosas a las que al pasar de la fonda al Casino saludaba yo y con las que charlaba, nada, la alegría comunicante propia de los años, pocos, que teníamos, llegaron unas voces terribles.

Salimos y nos encontramos que Nuño, el viejo, padre de las muchachas, estaba enzarzado con un grandullón, muchísimo más joven, y al que Nuño increpaba por su servicio a los hombres del régimen caído. Los separaron. Volvió el viejo a su casa, todos nerviosos oyéndole y aún más nerviosos de que, de repente, se quedara como recogido en sí, como un resorte y pronto a saltar. Que no, que iba un momento a casa de... Total: se echó a la calle.

Yo aquella noche me había metido en casa del viejo, sin más, y me hallaba agustísimo con Juanita, Adela, Elena, Maruja. ¿Cuatro, verdad? Juanita era la mayor, sosona, los ojos grandes, traslúcida la piel. Perdóneme. ¿Que lo digo como un novelista?...

Adela, segunda de las hijas de Nuño, era la más de mi edad, chaparra, un punto estrábica. Cuando le hablé de ella a mi inquilino, di otro nombre y la situé en Centenera; siempre hago esas cosas... Las otras, que se llevarían de uno a dos años, las teníamos como a niñas en el implacable mundo de la mocedad. No me decían nada.

Seguí al viejo. Había muy poca luz. Será broma, pero es fama que La Mota, los días, las noches de luna llena, no enciende el alumbrado público. Quizá una de las causas de infelicidad en la provincia sea ese menosprecio de la luz y el calor: se pasa frío, se escatima la iluminación. Es algo atávico: en verano corren cortinas, cierran puertas y ventanas, como si al disminuir la luz bajasen los termómetros; si el provinciano viaja en coche de línea y el coche es moderno, cómodo, o va en tren, le verá usted cerrar inmediatamente las persianas, aunque se prive del más hermoso paisaje de la creación.

Pues había en la calle, a dos o tres manzanas de su casa, apenas luz. Y distinguí, ya casi encima, cauto él también, a Nuño, siguiéndole los pasos al grandullón con quien antes se peleara y que le había rebasado y aun había dicho «¡Buenas!», al pasar. Eran medio vecinos. Uno y otro, llevados a sus casas, se habían desasido de los familiares y habían vuelto a salir.

Y de golpe el viejo, lo estoy viendo, pequeño, con sombrero, se lanzó a la carrera, dio un salto increíble y otro salto mayor el sombrero, y un mazazo, un puñetazo terrorífico en la nuca del grandullón. Lo tiró por tierra y se encaramó a puñada limpia

encima del caído. Movía los brazos como un molinillo.

Conté yo luego eso de molinillo, y creo que le ha quedado para siempre. Así que si un día va usted a La Mota, pregunte por el *Molinillo*: el *tío Molinillo*. No lograba yo sino recibir empujones y hasta una coz del caído al intentar apartarlos. Lo que ocurre es que en La Mota, como en Centenera, no así Madrid, siempre que hay gresca acude medio pueblo y aquello no fue nada.

Con muy contadas excepciones, en La Mota eran todos republicanos desde el 14 de abril. En cada partido, en su fase al menos de partido gobernante, se formaban dos comités. Los dos, comités locales representativos de La Mota. ¿Que cómo es posible? Eso me preguntaba yo.

Instalado poco después en La Mota, coincidí con uno de los comités en un viaje a la capital. El coche de línea es lentísimo y las paradas en los pueblecitos del tránsito se eternizan; es obligado apearse y tomar algo en las cantinas. Estos convites, y mi curiosidad por el fenómeno de la duplicidad de directivas, me llevaron a prometerles una visita a la asamblea provincial que se celebraba en Alcándara. Yo creo que pensaban ponerme de testigo de su razón. Posiblemente.

La asamblea había comenzado. Era un salón oscuro, inmenso, como de garaje, a las afueras; concurrían representaciones de casi todos los pueblos de la provincia. Me pareció que un jovencito daba su golpe de estado en la aprobación de credenciales; cada intervención del jovencito suscitaba un escándalo formidable. La comisión, de la que el jovencito era portavoz, recusaba las credenciales no afectas; quedaban en la mesa, para ser discutidas.

La táctica era saladísima: como quienes habían de aprobar o no aprobar las credenciales en cuarentena eran aquellas representaciones acreditadas sin discusión, es decir, las de la banda de la comisión cuyo portavoz era el jovencito, se ponía a discusión la credencial de La Mota, por ejemplo; pasaba a votación el debate y, si a la comisión no le interesaba esa credencial, había sufragio negativo: daba por no válida la representación de La Mota. Con las comisiones admitidas, se aseguraban la mayoría y elegían comité provincial.

Todo pueril, pero repercutía en los pueblos. El Centro Obrero —y al que no acababan de llamar Casa del Pueblo— de La Mota lo manejaban los Pachecos. Afiliaron en masa a sus servidores y pusieron de cabeza del Centro a un analfabeto; un caso parecido al de Centenera, porque también uno de los hijos de ese líder, ¿por qué no líder?, tenía la cara misma de Valentín, el mayor de Florencio Pacheco. El presidente obrero había sido guarda en La Quintana.

No todo lo vea tan penoso. Cuando advino la República hubo su fiesta en La Mota. Yo las pasiones de Nuño no las entendía aquella noche, porque me encontré en su casa, y en la pelea con el grandullón, sin experiencia ni noticias de La Mota. Resulta que a la venida de la República, Adelita, hija segunda de Nuño, la más bien guapa y aun levísimamente estrábica, había sido izada a una carreta, Adelita de pie y envuelta en una colgadura rojo y gualda porque aún no había en La Mota la bandera

tricolor, y Adelita iba en la carreta recorriendo el pueblo seguida de la muchachería, que la aclamaba reina de la República.

Yo eso lo vi en Centenera y ahora los recuerdos se me confunden y no acierto a decirle a usted si la bizca era Adelita o si Teresina, la reina de Centenera, Teresina, una muchacha del jefe de la facción liberal en derrota. Y tenga entendido, amigo mío: ni una sola de mis palabras las digo al servicio de la ironía. Es el encanto de la provincia. ¡Pero si tampoco usted es madrileño! ¡Claro que me entiende!

Cuando asenté en La Mota, quiero decir, cuando pasé en La Mota el primer año, las cosas habían cambiado. Ya los obreros tenían líder. Sus mandos propios, si prefiere usted seguir recusando ese vocablo. ¿Que ahora no? Líder. Estupendo. Luego, la sanjurjada provocó mítines, solemnizados por políticos de fuera, prohombres de Alcándara y aun de otras capitales, futuros candidatos a diputado, que es el primer astrágalo de la escalera principal de la política: diputado a Cortes, director general, subsecretario, ministro... Y vuelta a empezar. Pero desde la meseta.

Al margen de esos mítines, de más o menos valor entendido, unos gubernamentales, de la oposición otros, todos en el juego, debo señalar la presencia en La Mota de un hombre joven pero hecho, listo, que se movía entre bastidores una mañana de agitación campesina en la plaza del Ayuntamiento y que lanzó una hoja impresa en *La Luz*: un manifiesto con todas las de la ley, autorizado, y esta firma: Guillén.

Los obreros iban muy de mañana a la plaza en espera de contrata de la jornada; no había trabajo y esas mañanas de la plaza eran lo más parecido a un zoco, entre los puestos de verduleras y el aire de mercado moro que a esa hora tomaba en aquel punto la localidad. ¿Ve usted? A *La Opinión*, el bisemanario que salía de cuando en cuando con los ecos de sociedad de La Mota, le contraponían otro periodiquito: *La Luz*.

Eran en *La Luz* muy celebradas las coplas de un médico fuera de ejercicio, fácil imitador del coplista Luis de Tapia.

—¡Qué cosas tiene este Mendo! —exclamaban, divertidas, las señoras de los notables al hojear *La Luz* cada sábado, en La Mota.

Pues no había trabajo para todos. Entonces a Guillén se le ocurrió una idea fabulosa: la huelga. Y los parados de La Mota se declararon en paro; proclamaron la primera huelga revolucionaria de La Mota.

Mi padre había muerto; estábamos en el otoño de 1932. Habían acaecido graves sucesos en la última feria: la de la aparición de la Virgen del Castillo; terminaron aquellas fiestas con la violación de la portuguesa. El hombre enloquecía: avanzaba por sus pasos la oposición de fondo, la rebeldía ante las cacicadas de los Pachecos.

Se había acercado a España con ánimo de afincar y de en su día morir en La Mota un indiano. Hablé mucho con él. Era indulgente, viejo más de lo que aparentaba, y nadie en La Mota sabría dar razón de su origen y entroncamiento. No soltaba él palabra. Sino que regresaba del otro mundo con la ilusión de una vida nueva en

España, porque era español, estaba solo, tenía algún dinero y quería acabar no lejos de la patria. Don García se llamaba.

Coincidimos una de aquellas noches. Hasta las tantas. Hablar, hablar... No quiso ir al Casino. Le gustaba más el clima de Artesanos; había sido artesano. Y en el Círculo —le divertían, dentro de su serena tristeza, las novedades de la República en La Mota— me contó sin tregua ni fatiga cosas de allá.

Me dijo que en el país de donde venía, y debía de ser una república centroamericana, se prohibió la existencia de las avispas. Le había picado una avispa al presidente. Y el senado dictó una ley prohibiendo en el territorio nacional la vida de las avispas.

—Y ya lo ve —concluía—, estamos en República; no se concibe allá régimen que no sea el libre y democrático de las repúblicas.

Pero no: comenzaba la cosa a cambiar. Era todo agitación y vísperas. Un día, en la calle de los Postes, calle estrecha y retorcida, sin apenas calzada, defecto que los moteños subsanan suprimiendo las aceras, y que arranca de la Plaza entre el palacio de los Condes y el Mercado para ir buscándole las vueltas a la calle del Toro, y ésa sí que es calle, la que une la Plaza y el Círculo de Artesanos, pues en los Postes, mire cómo se lo pinto, estoy viendo, aquí, la casita de aquel hombre todavía joven, listo como él solo, que se llama Guillén.

Y viendo a Guillén, porque la calle, al final, ante su casa, hacía rinconada y alzaba un pretil pequeñísimo ya a punto de perderse para abajo, estoy otra vez viendo una salita, y en la salita a Guillén. Conocía yo esa salita. Ahí, a la reja de la salita, sobre el rellano protegido por el pretil, se despachaban las entradas para la corrida de ferias.

Entraban y salían, iban, venían entre la salita y la Plaza hombres de pueblo. Guillén los recibía rodeado de sus fieles y, creo no equivocarme, un par de guardaespaldas. Les hablaba. Escuchaba, atentísimo, desviando la mirada; y al hablar, miraba con fijeza el entrecejo de su interlocutor.

De allí partían las órdenes y los enviados a la Plaza, a la que Guillén llamaba en su manifiesto Plaza del Pueblo, no de España ni de la Constitución, nombres que sucesivamente rotularan el muro del Ayuntamiento, sobre los soportales de piedra, en el cogollo de La Mota. De cuando en cuando, con el atardecer, acudían a la casita de la rinconada nuevos hombres de pueblo: los prosélitos cosechados en la jornada.

Permítame un desvío, rápido, como si le hablara al bies... Pero ¡qué preguntas hace! ¿Bies? Con be. ¿No es eso? Una noche, apareció el Anarquista. Llegaba de Madrid y dirigió la palabra en un salón de baile. Curioseé. Mi interés nacía de Luis, hermano de Catalina, Luis Peña, ¡ah, usted no le conoce!, un muchacho que colgó la Medicina por la causa de la libertad.

Y subimos Catalina y yo a la casa de enfrente, de balconaje al salón en que el conferenciante, que era un niño, en alpargatas, delicadísimo de facciones, hablaba y como una canción sinfín: tomaba impulso y seguía sostenido por el ritmo de su

propia melopea: decía frases, no palabras; se le hubiere podido cortar, y habría de volver al principio: no había una sola idea en su discurso; música pura. Y subrayaba los finales enfática, graciosamente: «la tierra, para quien la trabaja».

Aquella noche fuimos al teatro. Se representaba una obra de circunstancias: el *Galán* de Alberti; entre nosotros: teatralmente pobrísima. El niño anarquista, cuatro butacas adelante, sacó en el entreacto un ejemplar de *La Tierra*, o de *CNT*. Y el cabo de la Guardia Civil, que no era jefe del puesto, porque La Mota, cabecera de línea, tenía teniente, o quizá ya capitán, pero ni el teniente ni el capitán hacían esas cosas; el cabo, precisamente el cabo, de gafas, gordo, le llamó dulcemente; estaba entre el niño y nosotros; pude ver la escena a la perfección; una escena muda. El cabo le pidió, casi con un gesto, el periódico; y no se lo devolvió. Nadie, de los pocos que podían haberlo advertido, se alteró; parecía lo natural.

En la sala de baile donde se había celebrado esa especie de mitin, continuaron reuniéndose los seguidores de Guillén, que tal era el público de aquel niño: un público solemne, silencioso, acostumbrado a recibir semanal o quincenalmente lecciones de lo más vario: uno de los conferenciantes del Círculo, un ácrata, habló de la *virtú* renacentista y *El político* de Gracián. Entre semana, actuaba Guillén. Se renegaba de Dios y se pedía el reparto de las tierras.

Hasta que una mañana La Mota, absorta, presenciaba su primera tormenta social. Había yo pasado media hora antes por la Plaza. Iba de audiencia. Y no dejé de observar esos signos previos del desbarajuste. Tomé la calle de los Postes. Entraban los grupos en la casita de Guillén; salían; iban de la casa a la Plaza.

Cuando regresé del juzgado, ya no pude cruzar la Plaza. En ese momento la Guardia Civil a caballo cargaba sobre los concentrados, que vociferaban a las puertas del Ayuntamiento. Las dos mocitas del teniente de la línea contemplaban, como las hijas del Cid, la escaramuza desde un balcón del palacio de los Condes.

Eran muchachas espigaditas. Se llamaba una Quiquina, Francisca, y la otra se llamaba Flora. Quiquina, la mayor, un punto más alta que su hermana, traía la tez oscura y los labios abultados; una negra blanca. Finísima, Flora, un látigo de piel traslúcida en una belleza antigua. Peinadas ambas de moño, el cuello elevado, transido levemente por el poder de los hombros. Preciosas.

Yo al teniente, el padre de las muchachas, le había visto en Centenera una tarde, de visita de línea. Le acompañé al cuartel del pueblo; era yo un chiquillo y estas cortesías me encantaban.

—Hay —fue explicándome— tercios, compañías, comandancias; escuadrones, líneas, puestos...

Entré con él. No fumaba el cabo, comandante del puesto de Centenera; sacó de un cajón de su mesa de mando un estuche de panetelas, ¿no fuma usted?, tabaco seguro que canario, y obsequió a su teniente con un cigarro. Me acuerdo y ese cabo, en Centenera el comandante del puesto es unas veces sargento, otras cabo, pienso que llegará.

Lo de los cabos preocupaba en Centenera. Obsesionaba un hecho que aún no entiendo: un cabo asesinado. De cuando en cuando se armaba en Centenera una contienda de vecinos, un escándalo atroz que atraía a medio pueblo. Tomaban unos y otros partido y se echaban a la calle en una especie de guerra campal. Quién con estacas, o al arma blanca, se esforzaban en llegar a las manos. Y no lo conseguían. Hubiera habido muertos.

En ninguna de las peleas de ese pueblo se recuerda un muerto. Sino el cabo. Había siempre un muro, minuto a minuto más indesbordable, de vecinos y hasta vecinas que dramáticamente se interponían y evitaban el encuentro directo de los contendientes.

Y como todo ha de acabar, aparecía al fin la pareja; naturalmente, de uniforme, aunque de calle, pistola en mano. Rara vez de tricornio, corraje y carabina, que eso hubiere sido como ir a maleantes. Y metían a cada vecino en su casa. Todos lo celebraban y, ni atestado, ni juicio, ni más que hablar. A los muchachos nos encandilaba, como el espectáculo de los espectáculos.

Pero aquel cabo, Salcedo, cabo Salcedo, murió en una de éstas. Yo no llegué a conocer al cabo Salcedo. Las referencias eran frecuentes; lo he dicho: obsesivas. Había riña de borrachos y uno de los tales borrachos no era del pueblo. La cosa podía ser grave: la ocasión jamás desaprovechada para atacar al forastero.

Ahora, lo peor, es que el cabo Salcedo salió de chaquetilla, es decir, sin uniforme. Entonces, le pincharon. Y en paz. ¿A quién se le ocurre ir de autoridad y sin uniforme? Para nosotros, cuando oíamos el relato, y lo oíamos cada y cuando que en el pueblo se repetía el caso de una riña multitudinaria, nos parecía que el uniforme era así como la armadura, visible, contra bala y puñal. No. Era el respeto al uniforme. Bastaba. ¿Conque no vienes de uniforme, eh? Pues, ¡toma!

El teniente, ya viejo, padre de Quiquina y de Flora, iba a ser ascendido y trasladado a la capital de la provincia, la cabeza del tercio. A La Mota destinaban a otro muchísimo más joven, capitán. Le hablaré de este capitán, que llegó a los pocos meses de ejercer yo en La Mota. Para luego, para que nos acordemos, le digo: el capitán de la capa azul.

Cosa que indignaba y llevaba hasta el pataleo a un niño como de cuatro años, amigo de venir por casa y a quien se le pasaban las horas mirando a Catalina:

—¡Capa, capa azul! —decía—, Caperucita azul...

Con un cierto aire de entre desencanto y desprecio, porque interpretaba que ese capitán se vestía de Caperucita y no sabía, con ser tan capitán, que Caperucita era niña y no capitán, de capa y no azul: Caperucita roja.

Quizá el traslado del teniente y su ascenso lo motivaran aquella primera agitación del pueblo, y que no pasó de ahí: unos grupos de braceros sin empleo, movidos desde la casa de aquel Guillén, listo más que el hambre, y que se les había colado —¿cómo no iban a recelar del forastero?—, porque Guillén era no de La Mota, de La Fuente, uno de los pueblos del partido, y se metía a redentor en la cabeza misma del distrito:

la guarida de los Pachecos.

Para mí que éstos no eran los causantes de cuanto principiaba. Teníamos ya República, pero las cosas hubieran ido lejos aun sin la estupidez insufrible de esa casta de caciques. Representantes de cacique: los tres caciques de Alcándara y los caciques de aquí, la capital de las quinientas familias. Los Pachecos en sí no tenían fuerza, ni tan numeroso era su clan, ni de sangre reconocida.

¡Sangre! ¿Me lo deja decir? Mala sangre. Los Pachecos realmente no vivían la vida del pueblo. Yo, excepto a Laureano cuando no delegaba, los vi en contadas ocasiones. Terratenientes y no como para presumir dominios afuera, cazaban, avasallaban a través de terceros a La Mota y su partido, por la fuerza que les venía de sus mandantes. Eran el testafarro, esa palabra que ahora se lleva.

Y claro que si no es uno la portuguesa o el marido de la portuguesa o no es el pobre Jacinto Rivas, parecerían de risa: tomaban la fuerza de arriba, la pasaban abajo, no se personaban sino en las fiestas de la Patrona, Semana Santa y una que otra de señalar, pues, dígame usted a qué esos terrores y ese acatamiento.

Sí, de acuerdo, era esto: actuaban, cuando actuaban, como fieras. Y había un temor acumulado en la masa de la sangre, años y años, ¿años?, qué sé yo, siglos, enajenado el pueblo a ese poder mítico terrible: los Pachecos.

Ya a partir de la violación de la portuguesa y con los nuevos tiempos, se vio que las cosas empezaban a torcéseles. Permanecían no sólo ausentes más de lo acostumbrado; sino lejos; porque antes, de no encontrarse en casa, es que andaban de caza, o de ganado en las fincas: La Quintana, La Residenta, Coto de los Íñigos. Ahora, no. Por algún viajero de La Mota o por conversaciones con Laureano, que ya iba también entre licencias, delegaciones y tal, faltando de su despacho, se los sabía en Alcándara o en Madrid mismo.

El escándalo de la hija, la rebelión de Socorrito, su fuga, a los pocos meses, con el muchacho de los Rivas, no dejó de hacer que la gente pensara. Y es que era para pensar: el terror, aunque de muros adentro, se resquebrajaba. Me explico la barbarie. Siendo Pachecos como eran, no les cabía otra salida. Lo tomaban a deuda, y de sangre; no podían transigir. Aniquilaban al muchacho o a la muchacha.

Comprendo: ¿por qué no asimilar? Usted piensa como un hombre de su tiempo; se sabe usted en un mundo de caos, desorden y violencia; pero la cabeza de usted y su corazón viven la época en que vivimos, usted y yo... Los Pachecos, no. La cabeza y el corazón de los Pachecos se hallan parados en la hora Alonso de Monroy. O aniquilaban a la muchacha o al muchacho. Se aniquilaron todos. El pueblo se echaba a la calle. Ahí no valía ya fuero alguno.

Al campo. El pueblo se echó al campo. Los Pachecos eran dueños de una dehesa, la que más de La Mota. Le he hablado de esta dehesa: La Quintana. Y le dije cómo, a raíz de aquel conato de huelga, nos mandaron a un capitán, no un teniente, aunque al teniente le ascendieran, que fue el modo de suprimirle, porque el ascenso le trasladaba, le sumía en las covachuelas del tercio, la capital de la provincia. Hasta

ahí, la cosa tiene como un aire de buen gobierno.

El capitán nuevo era muy joven. Casado, y con mujer hermosa; pero muy joven. Se le veía en medio del pueblo, a solas, de uniforme, por los hombros airoso la capa azul. Entraba en las tabernas, las pobladas tabernas de los martes en que La Mota celebra su mercado.

Lo del mercado es el pretexto. El partido todo, los pueblos del partido, se dan cita ese día en La Mota. Yo no he visto lo que se dice mercado: ni mayor, de transacciones ganaderas, ni de puestos en la plaza o las calles. Era todo un ir y venir, llenando Casino y Círculo y las cuarenta —¿le había dicho a usted que eran cuarenta?, más o menos— tabernas de La Mota.

El capitán de la capa azul, en medio de la taberna, de pie, entre las mesas y los grupos, las rondas que entraban y salían y se acercaban al mostrador. De cuando en cuando también él se iba al mostrador: daba un sorbo, dejaba aparte su copa, sonreía, asentía, y gozaba de una sorprendente habilidad de repliegue, de sacudirse los aburridos y los importunos y patosos, que es en las tabernas elemento natural.

Yo no sé si le querían. A mí me resultaba gratisimo, y a Catalina. Más de una vez entré en un bar sólo por acompañarle, en silencio, sonriente, unos minutos. ¿Dice usted que cómo se llamaba? ¿Y qué piensa, de verdad, si le respondo: no lo sé? El capitán nuevo, el capitán de la capa azul... Figúrese lo que implica de tipificación, casos como ése, y de alejamiento. Me reconozco, sí, el forastero.

Creo yo que, matices aparte, mi sentimiento de cariño, el atractivo del capitán de la capa azul, lo compartían los muchachos de La Mota: los estudiantes. Le hablé de los estudiantes. Sí, la noche de Eve y César. Señalo ahora la presencia de los tales estudiantes en ronda alegre, al anochecer, y aun pasada la hora de cena, por la ruta húmeda, el barrio viejo, que es la llamada Villa en La Mota; portal sí, portal no, tabernita, y de ahí el remoquete: húmedo; bebedero, de mostrador en mostrador... El pueblo no habla nunca lenguaje directo.

Si la cosa alguna vez se prolongaba y metía en la medianoche, pocas mucho más, los estudiantes cambiaban un rótulo de establecimiento, una que otra muestra, y la gente comentaba, a la mañana, quizá sin indignación, que en la peluquería de señoras apareció una tabla donde leíamos Mondonguería, y en el estanco un letrero proclamando la venta de serrín.

Esto fue muy al final. Y no por ello dejé de ser el forastero. Los muchachos acudían a casa, a la tibieza de los jóvenes casados. Los acompañábamos porque aún no nos sentíamos a distancia de la mocedad.

Pero el capitán de la capa azul no pudo evitar lo inevitable. Le llevo a usted unos años. Cinco, ¿seis años? Bueno, todo esto es de cuando yo andaba por los veinticuatro. Y aun con diferencia tan escasa, viene por la fuerza de los tiempos a ser distancia sensible. Así, usted no ha vivido, con plenitud, situaciones como las del término de la dictadura, la vuelta a la normalidad, la alegría del 14 de abril. Apenas ha alcanzado el paso de la dictadura a la República, esa hora en que el mundo político

donde podría uno situarse, estalló.

Era yo entonces, no digamos un niño; yo era hijo de familia: un menor. Me atraían los libros de mi carrera, la primera novia, en fin... No miraba con ojos responsables las consecuencias de mis actos. No actuaba en la vida pública. Me vivían la vida. La huelga, en La Mota, la verdadera huelga revolucionaria, fue mi primer espectáculo de choque de clases, y de intereses. Me llamó la atención. Muchísimo. No me preocupó.

Estábamos en la primavera del 33. No faltaba mucho para el rapto, ¿le llamaríamos rapto?, de Socorrito. Y el asesinato de Jacinto. En otra época, a ese asesinato, vil, se le echara tierra; se habría cerrado el asunto con el informe o el visto bueno forense, como suicidio. El caso de amor en despecho: el joven contrariado, repudiado, que en un instante de exasperación se cuelga de un olivo, bajo los balcones de su amor imposible.

Pero los Pachecos bailaban en la cuerda floja. Principiaba el ocaso de la familia: su caída. Situaciones que se mantienen siglos y, en un abrir y cerrar de ojos, se derrumban. Eso es. ¡Qué último diabólico orgullo! ¡Mire si hubieren quedado lo que se dice bien, de acatar la realidad de los hechos! Y a casar a los muchachos. Era un adaptarse. Sólo que... Les pudo el atavismo de su voluntad feudal, los siglos de sangre mandante. La tragedia. Nadie escapa a su tragedia, su papel en la tragedia. La tragedia es eso.

Y andaban de caída. Aquel año, en enero, quizá febrero, fue La Mota noticia en los periódicos. Noticia, si usted lo quiere, pintoresca. Aparecieron en La Mota unos periodistas. Llegaban para informar a sus periódicos de este hecho insólito: en Madrid se rumoreaba que La Mota había proclamado el comunismo libertario. ¿Qué es lo que eso era? Pues a eso venían.

Una mañana los yunteros, ya sabe que en Extremadura existe, y que todavía existe, esta figura: el yuntero; el trabajador, no paria, sin tierra, que posee un par o dos pares de caballerías más o menos homogéneas: caballos o mulas y aun bueyes; incluso borricos. Y que se emplean en las faenas de una tierra no propia.

El pueblo pasó por estos momentos. No estuvo jamás en manos de los campesinos; los periodistas lo pudieron ver. Se trataba de un plante de carros. Las mulas y los aperos llenaban la Plaza, entre el palacio de los Condes, la Casa Grande, el Mercado y el Ayuntamiento.

Yo hasta ese día no supe quiénes fueran los condes del palacio de los Condes. Moraban en la mansión los Pachecos, la familia del mayor de los Pachecos: Florencio Pacheco. El juez, Laureano, se había ido a vivir algo más retirado, en la calle de Toro, una casa que ya usted conoce, porque es la casa del postigo que, cuando se cerraba, atraía la maledicencia de la vecindad, y porque en los alrededores de esa casa se dio una cencerrada inolvidable.

Aún, aquel enero o febrero, no había ocurrido lo de la cencerrada; no se había aún escapado Socorrito ni muerto Jacinto Rivas. Cuento en desorden, según los recuerdos

vienen a la memoria. Faltaba un mes largo, dos meses, para el episodio de la cencerrada.

Los condes eran condes de Dueñas, y propietarios de la mayor parte de las dehesas del término: doce dehesas el término; en el partido, treinta dehesas. ¿Se asombra? Eso es la tierra de La Mota. Grandes fincas, labradores pobres. Se soñaba en toda ocasión una varita mágica: la reforma agraria.

Los yunteros aquel día salieron de labranza. La Guardia Civil no los dejaba. Los labradores volvieron al pueblo y atravesaron carros y yuntas en los caminos, la carretera, las calles. ¿Para qué los querían? Subieron a la Plaza. Se los dejaron a un mandado: el alcalde. Y cada cual marchó a su casa. Los vecinos en cuadrillas tomaban el sol y leían los periódicos.

Buscaban periódicos de Madrid en la librería, la imprenta, dicen allí, de La Paloma: una imprentita y vestíbulo; al fondo, en la imprentita se hacen trabajos de encargo: tarjetas, invitaciones de bodas y de bautizos; y a mano, lentamente, se estampaba el bisemanario *La Opinión*. Atendía en el vestíbulo, tras el mostradorcito, una hija del dueño de la imprenta. Era, el dueño, secretario en funciones del Juzgado de primera instancia e instrucción y, ese vestíbulo, el destinado a corresponsalía y despacho de periódicos.

Había un precedente. Los yunteros salían, llegaban a las fincas, rayaban las parcelas, echaban la suerte y se ponían a labrar. ¿No los dejaban? Pues se volvían al pueblo. Sin mayor enfado. Cantando:

*Arre, mulilla torda,
campanillera;
a la hija del amo
quién la cogiera...*

Y se reunían en la sociedad: el Centro Obrero. Que sin permiso de los propietarios ¿cómo se arriesgaban, y trabajaban? No le he dicho a usted que en 1932, mediado enero, se lanzaron a roturar, invadieron alguna dehesa. La Guardia Civil levantó atestado. Se tramitó la denuncia. A los ocho meses, recayó sentencia: contra los roturadores, naturalmente; pero ya habían hecho la recolección. ¿No era como para insistir? Y, no sé: habría cuatrocientos braceros; no bajaban del centenar los carros.

Pues ese otro año de 1933, que es al que me refiero, otra vez se fueron a las fincas. Y otra vez la Guardia Civil mandó desalojar las tierras ocupadas. Había terrenos que no se cultivaban desde mediado el siglo XIX. Fincas de pasto y encina. La más parcelada ese año fue Las Golondrinas, lindera a La Quintana. Las Golondrinas es una dehesa enorme. Se les aconsejó, al echarlos, que aguardasen la reforma agraria. Y lo que ellos decían:

—Para entonces ya se ha pasado el tempero.

La huelga consistía en que los asaltantes, que llevaron sus carros y yuntas a la Plaza y calles alrededor de la Plaza, gritaban frente al Ayuntamiento. En el Ayuntamiento se encontraban algunos administradores de las fincas invadidas; los tuvieron retenidos hasta bien entrada la noche.

Los administradores se veían entre dos fuegos: de un lado, el pueblo y las órdenes gubernativas propicios al asentamiento; de otra parte, los intereses del amo, los propietarios, casi todos ausentes de La Mota. Quienes no vivían fuera, como los Pachecos, no sufrieron invasión. Aparte de que los Pachecos los hubieran recibido a tiros.

—Si me pisan la tierra, hay sangre —había dicho Florencio; se había dejado decir.

Los yunteros definían su acto, porque ¿cómo quiere usted que a eso lo llamemos huelga?, de revolucionario; los más agitados iban y venían de calle en calle, entre los grupos, y decían que la huelga era revolucionaria porque así lo había mandado el sindicato de Madrid. Alarmado, cerró el comercio. Se juntarían como mil trescientos.

Al caer la tarde subían a La Mota unas cincuenta parejas de la Guardia Civil y el delegado del gobernador. En una taberna, donde habría su par de docenas de labradores, se efectuó un cacheo. Entraban los guardias por una puerta y los labradores salían por otra puerta a las traseras.

—Ya sonará —decían, consolándose y animándose—: lo que tiene que sonar, ya sonará.

Y no hacían nada. En algún otro término del partido las cosas fueron a mayores. Fincas de muchas fanegas se vieron invadidas violentamente. Fincas en posío de siglos. Era a veces un disparate, y era visible: el subsuelo de Extremadura es pizarroso; por eso el agua, que la hay, no corre, ni se filtra; es pizarra impermeable. Y se forman las charcas, de las que viene con el verano el paludismo: tercianas, cuartanas, una malaria atroz. Esas fincas no se dejan labrar; no tienen suelo; es una lámina vegetal mínima, para sólo pasto.

Pero lo invadían y lo arrasaban todo. Fue muy comentado un artículo sobre la destrucción de un retamar precioso en Don Benito: «Las retamas». ¡Ah! Que usted lo ha leído... Un retamar para recreo y caza y que, de la mañana a la noche, quedó calcinado; arrancadas las cepas a pico y hacha, y finalmente en llamas toda aquella hermosura. Pero el artículo, ¿verdad?, tremendo; era del dueño de aquel retamar, un escritor muy fino, entonces nada de derechas, y que, como lo escribió con sangre, le salió de antología.

Lo peor era la violencia. Porque tenía usted el asentamiento de orden gubernativa, hasta de cien días, que en muchos casos eran la ruina. Asentamientos a lo mejor para limpiar de grama una tierra improductiva. Pretextos, ya comprende, quizá necesarios, quizá por sólo un reparto de parados.

No discriminaban. A mi padre, en las últimas de su hacienda y de su vida, le impusieron unos asentamientos. Al abandonar el pueblo por seguir más de cerca mis

estudios, se desprendió mi padre de las fincas: olivar y dos cercones de pasto y montanera. Se reservaba unas fanegas de leña, es decir, tierra de monte con encinas; y la bodega, las viñas. Nada, como usted ve.

Pues le conminaron a que explotara esas miserias, la encinera y la vid, plagadas de grama. Obedecer equivalía a quedarse sin las fincas: no podían producir, se hiciera lo que se hiciera; ni para gastos; no le digo si a ello se le suma el jornal de los asentados. Cuando mi padre vendió, para irse a Alcándara, el costo de vida de la capital no le consentía mantener la casa con sólo su paga de retirado. Lo que pudo, no lo vendió. Y a eso es a lo que entonces atacaban.

Claro, recurrió. Teníamos un gobernador general de Extremadura. En el oficio se le obligaba a mi padre a ocupar media docena de braceros, o a pagarles el jornal. Eso, la muerte de mi madre, mi boda y alejamiento, el golpe del diez de agosto en que viejos compañeros se implicaron y perdieron cuando no la libertad la esperanza, le quitaron toda ilusión a su vida. Se dejó morir.

Mes y medio antes de la muerte, cuando se agravó, estaba yo de exámenes, aprobaba las asignaturas del doctorado. En junio. El 32. Catalina, que había dado a luz en abril, se encontraba en La Mota; acudió a atenderle. Yo había seguido estudiando aquel primer curso de La Mota, de apenas asuntos en el bufete.

Usted no conoce el pueblo. Centenera, y, mire, aquí, camino de Centenera a La Mota: estas fincas. Si va usted un día por aquella tierra, no deje de hacer alto en Los Naipes: unas suertes de nada, en las que discurrió lo más grato de mi tiempo: mi niñez.

Creo que la viña se ha perdido y el olivar no es mucho. Podrá usted, si le dejan una montura, pasar la mañana o la tarde en paraje delicioso: monte de encina y alcornoque, y los bajos pasto de novillero. Todo lo demás, quizá le horrorice; se denunciaron unas minas de fosfato: rompieron la tierra; las minas fueron pronto abandonadas y se le mostrará a usted un país de escorias: ¡pena!

Todavía no le he dicho que el gobernador condonó a mi padre. Y es cuando mi padre se resolvió a desprenderse de todo. Por cuatro cuartos dio lo que aún quedaba de Los Naipes. Para eso me hizo ir cien veces a La Mota, ya mi madre muerta, a poner en regla las escrituras.

Sí, la roturación de las fincas es uno de los capítulos peor escritos de la lucha por la tierra en la historia de nuestra época. Hay pueblos en que la pugna es feroz. En Cervera y Tinaja y Los Hocinos, por no citar entidades del partido y por tampoco irme de lejos, se dio el ciclo completo: el asalto a las dehesas; cuadrillas de los lugares vecinos, a pico, hacha y azadón, todo arrasándolo. Y la roturación del desierto erial, grama pura. El descuaje y labranza de la vieja tierra y, al medio año de fatigas y de tensiones, ¿qué? Una cosecha nula. En Cervera no recogieron ni la simiente. Exasperados, los braceros pegaron fuego a la cosecha.

Mi padre era militar. Mi padre no participó en ningún levantamiento. ¿El diez de agosto? ¡Pobre! Estaba medio muerto. Naturalmente, mi padre no saltó a la calle

gritando viva la revolución. Él era Ejército. Yo, ni de unos ni de otros. He ahí algo verdaderamente reprobable, pensará usted.

Lo sería, reprobable, si es que mi abstención la debiera a conveniencia o a facilidad. No, reconozco que no ser, ahora mismo, de unos ni ser de otros, tiene su mérito. No estoy a la ventaja. De manera es que todos esos conflictos fueron, le digo, madurando en mí, sin darme yo mucha cuenta, la idea de mi venida. Ni unos ni los otros. ¿Sabe usted? Con esa idea me trasladé a Madrid.

Ir componiendo *Caput*, mi tesis, me abrumaba. Yo soy el que ha perdido, y para siempre, perdido, por lo que me quede de vida, la fe en la vida. Yo soy el vencido en una guerra, sin guerra. ¿Qué hacía en La Mota? ¿Qué intereses defendía? ¿Podría perder en el trasplante, ser menos en Madrid? Yo estaba sin dinero. Por lo demás...

Señor, es más de media noche y usted me ha escuchado hasta aquí con mucha paciencia y bondad. Voy a abusar de su simpatía...

G. DUHAMEL
La Confession de Minuit, 1920

NO HEMOS LLAMADO, pero la noche es joven. ¿Otra copa? ¡La penúltima! Ya. También se dice allí: la espuela. ¿Gusta de las charadas?

—¡Traiga, Darío! Vamos a ver si entre que va y viene...

Yo, ¡qué quiere usted!, no soy especialista. Los veo aquí, la cabeza en el periódico, metidos los ojos en la página, la misma página. A mi padre le hubiera hecho feliz el que se le consultara: era diestro en charadas. ¿Me permite?

Sí, lo que ahora se lleva: palabras cruzadas, fugas, jeroglíficos. Algunos periódicos incluyen, así como para intelectuales, problemas de ajedrez. Algún otro, enigmas. ¿Ha observado usted cómo el hombre no sabe con qué llenar su tiempo? Más que el trabajo, el gran enemigo es éste: el ocio.

¿Le sale? Pondrá de lo más contento al joven Darío. Se lo prometo: estaba deseando que David le cediera el tumor. Con nosotros lo pasa muy bien. ¡Ese nombre, Darío, y sumir la vida, treinta, cuarenta años de la vida en ir y venir del mostrador a las mesas! Y el día que le jubilen, se muere. Primero, se sienta en el cafetín del barrio; se sienta en el parque, al sol de la mañana; se sienta al brasero; o de verano, al fresco, a la puerta de casa; y un día no se levanta más.

Le atiendo, sí. Palabras verticales. Yo le digo. ¿Las tiene? Aunque le vamos a quitar el gozo de que sea su mano la que ponga la solución en esas haches, porque veo que es una clave en hache. ¿Y si las anotara en esta otra hoja? ¡Ya! ¿Qué echan en ese cine? *Romeo y Julieta*, Norma Shearer. Pues debe de estar bien, muy bien. Por detrás: escriba al dorso, ¿cabe? O escribo yo. No, no. Le sigo.

3, *Culpable*, Responsable. 4, *Para la campaña*, Prismáticos; ¡caramba!, es de lo más consecuente. 6, *Agrupación política*. ¿Es un tanteo? Socialistas. No sé, mi ignorancia, y mi admiración en cosa de acertijo, hacen pareja... 12, *Mansión*, Lar. ¿Lar? Pues dudo y muchísimo que Darío, hombre nada necio, hubiera dado con el sinónimo. Un día se inventará el diccionario de sinónimos. ¿Que está inventado? En Francia. Lo traducirá alguien, se lo apropiará algún académico. 13, *Actor*, Roa... Está usted en todo. ¡Caray! Me rindo.

Mientras usted llegaba he hojeado esta revista. ¿Sabe lo que yo desearía, a lo que me dedicaría, de otra vez empezar la vida? La erudición pintoresca. ¡Cantidad de expresiones que uno repite sin idea de su origen y desenvolvimiento! Por ejemplo: *la carabina de Ambrosio*. Exacto; con usted da gusto: ¡cómo afina! ¡La carabina *damasquinada* de Ambrosio! ¿Qué inútil sería aquel Ambrosio, que tenía la carabina pero descargada y colgada...? *Res nihili*... Perdone usted: le distraigo.

—Está ahora con la charada. ¡Claro que le salió! Darío: no interrumpa. Alguna se le resiste. Vaya poniendo las copas y, en seguida... O vuelva. Es un maestro, un genio de los pasatiempos.

¿Que por qué a la censura la llaman Anastasia? Tampoco usted lo sabe, ¿verdad? Vivimos a oscuras. Repetimos. Es el hombre papagayo. Pero ahí lo tiene: esos monos de Sileno, y a toda página, lo dan por sabido de los lectores. Usted sí sabe que a la censura la llaman Anastasia. Lo que los tres desconocemos, por lo que noto, Darío

también que nos sirve y nos escucha, es el porqué de esa atribución, ese nombre...

Aquí todo viene de Francia. Tenemos Mariana, Marianne, *Marián*, la República; con su himno: la Marsellesa. Pues tenemos *Anastasié*, *Dame Anastasié*, la *philippique*, la censura de animadversión, severa. ¡No me negarán que esta página trae su aquel! *Nuestra amiga Doña Anastasia, o la visita que no se va nunca*. Los está friendo, a los periodistas.

¡Perdóneme! La vida es estos momentos. Es a veces delicia, ¿por qué pueril? Mire, nos ha dejado la revista. Árabes y judíos luchan en Palestina. No sé dónde, el otro día leí que van a ser impuestas sanciones a Palestina. ¿Usted cree en las sanciones? La situación en el occidente asiático es crítica. ¿Recuerda la premonición del Apocalipsis? Se lo he dicho, ¿no? La encontró don Josechu: el pueblo judío se volverá a reunir, volverá a ser Estado. Y habrá guerra: la última guerra de los mundos...

No sé. ¿Habrá una última guerra? ¿Habrá guerra? Ahora tuvimos la de Etiopía. Ha terminado. El Negus ha huido: Haile Selassie. Me han dicho que le molesta, le ofende el que se diga Negus, y Abisinia. Aquí, a los extremistas de izquierda, ya la derecha los está llamando abisinios. Será por eso; cierto: solidaridad con Mussolini. La situación es fatal.

Dentro, parece que atendemos a un reajuste. ¿Sigue usted los acontecimientos? Repare en las novedades del léxico. Mire qué vocabulario: asentamientos, jurado mixto, bases de trabajo... Es como si fuéramos atentos a una reorganización. No me fío nada, ¿qué quiere usted? La calle, a tiro limpio. Y eso que... se sabe lo que se sabe. Porque bien ve que a los periódicos efectivamente los visita doña Anastasia. Lo único esperanzador es que las juventudes van a los juegos de agosto. La situación, se deduce, no será tan grave en Berlín, cuando organizan una olimpiada.

Se le resistía, ¿verdad? 2, ¿escribo?: *Maldito parné*; escribo: María de la O. Y no era cosa del otro jueves. Estamos en la apoteosis de las Marías: María Salomé, María Magdalena, María de la O, Maricruz...

*Ej Maricrú la mosita,
la maj bonita...*

Musiquillas que pueden dar para todo el verano. ¿Teatro? No, no voy al teatro. Y menos la Latina. Pero lo que desearía, no perderme esa Julieta, interpretación de Norma Shearer. Debe de ser de categoría.

¿No aprecia usted un signo favorable en los juegos de agosto? La olimpiada. Hace usted citas tremendamente agoreras: las jornadas de Viena, el asesinato de Dollfuss... Pero eso ha quedado muy atrás; es como si me habla usted del incendio del Reichstag, que ocurrió, lo recuerdo perfectamente, en enero de 1933. Y es que, aquel enero, yo estuve en Madrid. Ya se lo he dicho: cuando fue estrenado, en el

Cervantes, *Le cocu magnifique*; ¡la que se armó!

No le niego que el año 34 fue más bien tenso. Aquí, lo de Asturias; fuera de aquí... La orden de Hitler de ejecutar, y la ejecución, de Roehm y sus amigos. Pues vea la inconsecuencia de provincias: don Josechu. Como ya sabe, don Josechu no se aparta de la Biblia. Toma a diario su norte en un versículo, el que sea, de la Biblia. La Biblia es el libro del pueblo semita. Bien: don Josechu, fanático de Hitler, pone como registro, en la Biblia, una postal con la efigie del Führer... ¿Qué me dice usted?

Y no se hablaba, aquel año, que fue el último de mi estancia en La Mota, no se hablaba más que de esto: el peligro de guerra, el paro en América, Francia, Inglaterra; los problemas del campo, donde malvendían el ganado los campesinos porque no tenían con qué pagar sus arrendamientos. No pasó nada.

Dígame, si ha seguido la radio o la prensa atentamente: torturas en Alemania; ejecuciones sin proceso de antiguos diputados. Y no en Alemania, pero en función de Alemania, aquí mismo, cartas y telegramas a las embajadas en favor de Thaelmann.

Por de pronto, Alemania se salta el tratado de Versalles. Como se saltó Mussolini las sanciones de Ginebra: «Con Ginebra, sin Ginebra o contra Ginebra». Fue la frase del año. No sólo frase; que se salió con la suya. Y ahí el pobre Negus bajo su paraguas, de corte en corte, de parlamento en parlamento...

Pues vea qué panorama. Lo que llevamos de año. ¿De acuerdo? Lo que ocurre es que no tenemos ni idea de internacional. No hay en España quien sepa qué significa laborismo en Gran Bretaña, o la Acción Francesa, de Maurras. Lo más: que si Inglaterra quiere se hace esto; y si no quiere, a callar. Y eso se ha acabado.

¡Caray, qué año! Siete meses de «masacre», y los italianos ocupan Etiopía. El director de *La Voz* ya sabe usted que se niega a que los italianos tomen Addis-Abeba. ¡Qué irresponsabilidad! En el cuarenta y siete cumpleaños del Führer, los muchachos alemanes prestaban «la jura del puñal», en un verdadero delirio.

¿Y este mes? Ahí tiene el gobierno Blum, Frente Popular. Lo mismo que nosotros. Los obreros, instalados en las fábricas. La otra noche, el 11, se temía que los metalúrgicos irrumpieran en masa, que marcharan sobre París. Al día siguiente, los *croix de feu* intentaban constituirse en una especie de somatén. Hasta el lunes, ¿estamos a 21?, hasta el lunes, 15, no volvieron los obreros a sus puestos. Esto acaba mal.

No, desgraciadamente. No va tampoco de lo mejor, para nosotros. Desde las elecciones vivimos en un volcán. Provocaciones y atentados, iglesias incendiadas, asesinatos políticos. Todo el que puede huye del país. No sé adonde se pueda huir hoy. Aquí llegan los que huyen de los países a los que nuestros fugitivos van.

Mire, esta noche, esperándole a usted —porque no estábamos citados, ni nos tratábamos, pero yo estaba seguro de verle como tantas otras noches a usted—, se me acercó un desconocido: un extranjero, retratista errante. Me dijo que era alemán; venía aterrado. Seguramente es judío y de poca monta; si de mucha, no le hubiera sido tan fácil escapar.

Hacía retratos al carbón. Cobraba un duro. ¿Para qué quiero yo un retrato? ¿Quién soy yo para que se me retrate? Pero no me atreví a ofrecerle su tarifa sin nada a cambio. Me dejé retratar. Y es buena cabeza. Espere. ¿Eh? Hay parecido, hay carácter. Lo hizo sin un titubeo. Rapidísimo. Tiene talento.

Y yo pensaba: ¡pero este hombre se imagina que ha venido a un edén! Me acordaba de los últimos desórdenes: las detenciones, las huelgas, los heridos, el estado de alarma permanente en Madrid. Mal, mal, esto va mal. El mundo está barrenándose a sí mismo. Aquí no quiere nadie a la República. Me dirá usted, ¿Monarquía? Tampoco, nadie quiere la Monarquía. ¡Esto es el emirato independiente de Bagdad!

El primer bienio, de izquierdas, trajo la reacción del diez de agosto; el segundo bienio, derechas, la revolución de Asturias. ¿Ahora? En el poder la izquierda, se levantarán las derechas... ¿No quería que hablásemos de política? ¡Política!

Yo que usted, hubiese dicho, que es lo que le venía diciendo de La Mota: ¿y de dinero? Dinero, mal. Siempre mal. En España la creación no es trabajo productivo. Conforme: no es que la abogacía sea profesión eminentemente creadora. Eso, usted lo notará si vive el mundo de las letras. Llámelo como quiera: profesión, vocación...

Pero las letras, o no es nada o creación pura. Las tareas de pensamiento, las profesiones llamadas liberales, no producen. El dinero en España se lo llevan las actividades de especulación. No la creación, la especulación. De manera que yo, que además partí de cero, bajo cero, pues mal: dinero, nada. Siempre mal.

Cuando esta noche el retratista acabó su tarea, no me atreví yo a invitarle a café; y algo me dio que ese hombre no había comido. Tenía una nuez enorme. Tragaba saliva cuando tintineaban los platillos del camarero, o en la mesa de ahí, a su izquierda, vio una media tostada. Y entonces se me ocurrió: salí con él, dejé todo en ese velador, el retrato, estos papeles, y nos metimos en La Gloria, la tabernita de la esquina.

—¡Bien! ¡Vamos a celebrar su obra!

Le hice tomar algo y que le echara a la bolsa media botella de vino, por los elogios que había hecho de la copa a que le acompañé, pan y un par de latas de sardinas. Yo en La Mota me lo hubiera llevado a casa. O hubiera hecho lo que ahora, esto mismo; pero en el Casino, si es que nos dejaban entrar en el Casino: casino de señores. ¿Imagina usted lo que al día siguiente se habría dicho de mí?

Dinero. El poder es ése. La política es uno de los sinónimos que el hombre emplea, porque hay algo de envilecimiento en confesarse adicto del dinero, eufemismo puro. Y ahora, yo pienso en ese hombre fugitivo de su patria. No será, me digo, un agitador: le habrían protegido nuestros agitadores. ¿Le parece un razonamiento ponderado? Es usted muy amable. Irá, retratista ambulante, de pueblo en pueblo. Y rodará a una cuneta cualquier noche, porque se agitarán los frenéticos de esta España de usted y mía, y lo cazarán aquí. O lo devolverán a Alemania, a la tortura.

En mi infancia, un hombre así, sólo que español y locuaz, cayó en mi pueblo. Era

el maestro Monas, último bohemio de las calzadas de España. Yo estuve una tarde oyéndole arrobado en la cantina de la carretera. Y se quedó en mi casa, la casa de mis padres, iluminándola, enredando, llevándome de paseo, feliz, hasta la hora de su muerte. De corrillo en corrillo por el pueblo que, lo más, se había concedido el derecho al apodo: llamarle Monas, el Monas, pintamonas. Existía un sentimiento encantador unánime de hospitalidad. ¿Lo sabe? Donde comen tres, comen cuatro. No tendré que decirle que, lo de menos, el hecho mismo: ¿se comía? Era un pueblo en la pobreza.

¿Recuerda usted las luchas callejeras? Las viví en el pueblo; volvieron a mí en La Mota: aquel Nuño y el grandullón... Bueno, pues métase en disputa en la gran ciudad, y le formarán los mirones corro, como si estuvieran siguiendo una partida de naipes, o una riña de gallos: todos cuidándose, y mucho, de no intervenir. Pero ¡insisto! La riqueza, la felicidad, hace insolidarios a los pueblos.

La felicidad es avara de sí. Entramos en la era de la insensibilidad civilizada. Casi todos los días puede usted ver en los periódicos noticias como ésta: Norteamérica: un hombre arrollado por un automóvil en cualquier calle de la gran ciudad; sobre el cuerpo del caído sigue la circulación; nadie le acude. Sin detenerse.

El mundo, en esto, no me negará que se halla más adelantado que nosotros. Todos pasan por encima del abatido, el herido, el muerto... Ese progreso también nos llegará. Ya habrá usted visto los anuncios: se vende Ford; mil duros; a plazos. Empezaremos a rodar.

Y sin embargo, el dinero... Ésa era una de las causas de mi descolocación. Hubiere dispuesto de capital y no me equivoco: no por ello habría dejado de ser el forastero. No fue peor, no fue mejor mirado que yo don García, el indiano de que le hablé. Don García charló conmigo no muchas veces pero sí de largo cada vez.

Ya le he dicho a usted las sorprendentes cosas que me contaba de las tierras de allá, nuestra América. Una tarde, como yo tratara de rectificarle su expresión, *Latinoamérica*, porque, soy extremeño, aquello es para mí la América española, o Hispanoamérica; yo les diría: ¿puedo hablaros en latín? ¿Lo sabéis? ¿Y pretendéis que os hable en chibcha? ¿Soy de la tribu chibcha?

Me indigna mucho esa política de borrar allá nuestros vestigios; sobre todo, porque no pretenden borrarlos los de allá, sino los latinos, los rencorosos de la hora de España: los sometidos a España cuando España aún tenía para dar y tomar y organizó un mundo nuevo. Pues, don García, sereno, suavísimo, bajó la voz:

—Latinoamérica —dijo—: que también les toque algo de la ley contra las avispas a los franceses y los italianos y los civilizadísimos europeos...

Y era la suya una sonrisa encantadora, sutil. Estoy en que don García sólo ya deseaba afincar en España y acabar allí, en La Mota, pacíficamente los días de su vida. No sé con qué capital, pero sí lo advertí: era hombre de posibles. ¿Y sabe usted cómo se le recibió?

Don García es chaparrito, de noble cabeza blanca, muy poblada, cargado de

hombros, ágil para sus años que deben de rondar la sesentena. Había marchado a Centroamérica en una misión de gobierno; había ido, según deduje, a organizar en uno de aquellos países la administración local. No hablaba de sí fácilmente don García. No llegué a saber su naturaleza, fuera de que española de origen, ni su estado; me dio por el cante que era leonés y aun de la vega de Esla. No tiene mérito: en Centenera se habla fonética leonesa; ya muy desvirtuada con tanta intercomunicación, tanta confusión...

¿Que cualquiera lo diría? ¡Ah, que me dirán cavernícola! Le voy a hacer una frase: la confusión en las culturas es barbarie. No tengo en menos a los catalanes o los portugueses; pero si mi origen es leonés, de la Alta Extremadura de León, ¿por qué desnaturalizarse? Es el estatuto que yo pediría a los poderes, y no los fueros de privilegio de capitalismo chico o lo que en el fondo son los Estatutos de Cataluña y el Vasco y ahora, si se aprueba, el de Galicia.

Sospecho que a don García no le era grato regresar a sus tierras natales. No le quedaba familia en grado próximo; quizá eludía por motivo de amores; viejos amores de los que deseara no acordarse. Respeté sus silencios. Y le digo a usted que don García soñaba con vivir sus últimos años y morir en La Mota.

Poco a poco, por alusiones, fui conociéndole proyectos, de corazón generoso. Era de ideas progresistas: se proponía una fundación, unas escuelas... Concedía valor, suma importancia, a la economía en la marcha de los pueblos; me pareció un técnico en materia financiera, hombre de fe en la sistemática de la bolsa; balanza comercial, balanza de pagos, inflación... A la posibilidad del fascismo en España le oponía este argumento:

—No digo que no. Puede que las torpezas políticas de la democracia susciten una dictadura de signo fascista. Pero, escúcheme: la clase media, nutridora de ese fascismo, lo pasará peor que los comunistas. Y, ¿me sigue?, es decisivo, puede esto ser definitivo: la burocracia que el fascismo supone arruinará a la economía española.

Yo no soy desde luego un fanático de la economía; me parece que la economía está al servicio de la política. Pero no me atreví a contradecirle. Él se erguía sobre unos principios, creía en sus palabras. Gustaba de ir al difícil campo de la Sierrilla, en La Mota; le gustaba andar.

—El hombre —decía— ha de andar cinco kilómetros al menos cada jornada. Le va en ello la existencia misma: la vida de sus coronarias.

No fumaba, por el efecto del tabaco en las coronarias. No bebía. Nunca almorzamos juntos y si lo sé es de referencia: era vegetariano.

Condenaba el machismo de allá. Allá, con pronunciación de i griega, valía por el otro mundo, el nuevo mundo, el mundo centroamericano del que regresara. Debió de ser enviado, allá, muy joven. Concluida su misión, se quedó. Jugaba los bastones con elegancia, con naturalidad graciosa, y los escogía, para salir, como quien, al vestirse, elige la corbata.

Y ¿por qué, dirá usted, no ha seguido en La Mota don García? Antes, debo

contarle uno de los sucesos más comentados de su estancia en aquel pueblo. Don hablar. Prefería el Círculo de Artesanos al Casino de García hablaba con quien se le acercase o le quisiera Señores. Su sentimiento democrático de la existencia se le revelaba en detalles de ese orden.

—¡Señores, señores! ¡Y menos mal que no le han puesto Caballeros: Casino de Caballeros! Yo señoreo, ¿el qué? Yo no monto a caballo. Ando a dos patas. Yo soy un hombre. ¿Artesano? ¡Phs! Pues, artesano.

Y no salía del Círculo de Artesanos, luego de fielmente haberse hecho la legua de andadura de su cada día.

Hablando, hablando, alguien tuvo la idea de que don García ocupase la tribuna en Artesanos. De tarde en tarde, subía a La Mota un conferenciante ilustre y honraba el escenario de la bombonera, es decir, el teatrillo del Casino de Señores; o la sala de conferencias en el Círculo de Artesanos. Don García fue anunciado para hablar en Artesanos.

Era martes y las doce de la mañana. Se buscó en esa fecha y esa hora una concurrencia masiva y, sobre todo, la posibilidad de que acudiesen a oír al prohombre los pueblos del partido, concentrados, como todos los martes, en La Mota.

Estuve. No podía yo faltar a esa intervención del raro amigo, por tantos conceptos respetable. Se obsesionó don García en que le pusieran un vaso de agua, y servida el agua, en la mesita. Pude escucharlo todo, seguirlo paso a paso. Estaba yo con Catalina, en butacas de primera fila, frente por frente del orador.

Quien, hasta el momento de iniciarse el acto, permaneció junto a nosotros, en las butacas. Digo lo que vi. Con estos ojos. Y digo que una vez y otra, en cuanto se ponía a tiro alguno de los organizadores, don García recordaba: el agua, no olvidasen el agua; que la llevaran a su mesa de conferenciante, y le sirvieran el vaso.

La sala medio se llenó. Era un éxito para La Mota; la sala, de gran aforo, no solía llenarse sino en los conciertos. No iba nadie a las conferencias. Un mitin, y todavía... El tema de la conferencia me pareció no de lo más tentador para público inespecífico: «Las sociedades de cartera y su porvenir en los pueblos de capitalismo poco desarrollado». ¡Caray! Me había anticipado que hablaría de petróleos y tal.

Vi a Catalina interesadísima. Catalina y yo, expectantes. A las doce y cuarto, consumida la espera de cortesía, subió al tabladillo el grande hombre. Le precedía un directivo, aquel joven opositor al Timbre a quien traté en el Casino y nos acompañó en la nochevieja del 31, cuando la visita de Eve y César a La Mota y que ahora, perdidas sus oposiciones, se había pasado al Círculo de Artesanos y le habían hecho vocal bibliotecario; a su comisión, los actos culturales con que se esperanzaban de infundir vida nueva y prestigio al Círculo.

El todavía joven exopositor veía en Artesanos una plataforma para los intereses políticos, afán que tras las oposiciones empezó a colmar sus trabajos y sus días. Y se puso en pie. Cuando cesaron los aplausos, tomó la palabra; le correspondía presentar al conferenciante.

Al cual vi gozosísimo porque apenas su presentador se levantara a proponer, como lo estaba haciendo, con autoridad, con énfasis, el tema de la disertación, un camarero se había llegado a la mesita y, con mil cuidados, para no tropezar ni distraer al directivo en el uso de la palabra, había puesto en la mesita jarra y vaso. Don García aún le atrapó y le hizo que llenara el vaso. Pero, inmediatamente de servido, el camarero se llevó la bandeja y la jarra.

Don García nos había dicho a Catalina y a mí, en las butacas, poco antes, que el orador suele, al principio, necesitar agua; la emoción reseca las fauces. Y que el agua debe estar servida; la emoción hace temblar, momentáneamente, la mano y puede entonces el orador verter el agua, si es que él la sirve, con que ya la turbación y el ridículo no le abandonan.

Iba yo recordando esas precauciones, que no sé por qué no las recoge como tales precauciones oratorias la retórica, mientras el presentador hablaba y hablaba. ¡Concho! Y hablaba. ¡Oiga: el presentador aún no había dicho quién era don García! El presentador, eruditísimo, impávido, desarrollaba ante el público, convocado para escuchar a don García, el tema de don García: «Las sociedades de cartera...». Y nos decía qué son las sociedades, y a qué se llama una sociedad de cartera. El tema tantos de su programa de Mercantil, o sus monografías y cavilaciones.

No salía yo de mi asombro. Miraba, entre impaciente y ruborizado, a don García. Me solidarizaba íntimamente con su estupefacción y su padecimiento. ¡Cómo es posible! El presentador hablaba; tomaba de sus papeles, en la mesita, unas notas, y hablaba.

Apartaba, para mejor manejar las notas, el vaso de agua. Vi un instante palidecer a don García; hizo un movimiento, automatismo puro, hacia el agua que tantos sudores le costó conseguir. Y el presentador hablaba. Don García, disimuladamente, sacó un reloj de bolsillo y fulgió repentino en la penumbra el oro de la tapa del reloj. Un cuarto de hora, media hora, tres cuartos de hora... Cuando el presentador pareció disponerse a presentar a don García.

¿Sí? El presentador, implacable, inclinó la cabeza como para recoger los aplausos. Y llevando su mano a la mesa, tomó el vaso, el único vaso, y sin un respiro se lo bebió.

Don García, ¿llegó a tender los dedos al rescate del agua sustraída?, se puso en pie. El público se impacientaba; temía otra hora de un tema absolutamente ininteligible. Don García, las manos a media altura, en un gesto de petición de escucha, y paciencia y la venia de su ilustre nada presentador, se encaró con la sala, y dijo:

—Voy a ser muy breve, señores, muy breve... —señaló con el brazo tendido al joven directivo; hizo una pausa—: ha dicho.

Y se sentó. Hubo, primero, pasmo; se pasó a la chacota. Don García rápidamente había desaparecido; se había sentado en la butaca de primera fila donde permaneciera, con nosotros, hasta el momento de su no intervención. Pero en el

escándalo, yo oí el apodo *Minuto*, con que se le motejaba en La Mota a don García: ¡*Minuto!*... No era ofensivo. No lo merecía en ese acto, donde si alguien debió ser corrido era el ilustre presentador.

Quizá a don García no le molestase el hecho insólito; la ridícula actuación avariciosa de su presentador. Pero oírse apodado, le irguió, iracundo, sobre la silla, vuelto al público que desalojaba la sala y, mucho me lo temí, dispuesto al desafuero. Centelleaba, bramaba, mentándole a la madre de quien le había llamado a gritos por el apodo con que La Mota, como a todo forastero, inmediatamente le inscribió:

—Pero ¡ponte de pie, *Minuto!* —le volvieron a chillar.

Y me las tuve para evitar que don García no sacudiese el tambor de un revólver, con los seis tiros de traca final... Bueno, pues desapareció de La Mota. Era el indiano, ¿a qué vendrá aquí ese indiano?

El presentador se vio muy felicitado y en la primera junta se hizo constar en acta cómo la directiva se sentía honrada en la persona de su vocal bibliotecario. El cual fue designado presentador perpetuo de cuanto conferenciante hubiere de subir a la tribuna de la cultura, tan dignísimamente representada por el Círculo de Artesanos en La Mota.

¡Vaya! Con dinero contante y sonante, yo en el pueblo me defendería: podría corromper. No caería en el cepo de las veladas culturales. No me sacarían de mis casillas los apodos, ni *Minuto o Rompetechos*, si era de la estatura, baja, de don García, ni... ¡qué sé yo!, pues mire, no se me había ocurrido, ¿cómo en los años de La Mota se me habría apodado a mí?

Pensé entonces que yo era no sólo abogado, alta en cabeza de partido con juzgado de ascenso, como el Guadix de Pedro Antonio de Alarcón. Pensé: me hago doctor.

A cualquier otro debería, si digo doctor, dar inmediatas explicaciones: aquí doctor vale por médico, aunque raro será el doctor en Medicina que haya hecho estudios superiores a la licenciatura. En otros países, no recibirá usted tarjeta de visita sin que, si es hombre de carrera, no registre bajo el nombre el título en su grado preciso: licenciado, doctor. No bajo el nombre; de antenombre: licenciado García, doctor Alonso Mora. Aquí eso no cuenta. Se es don Fulano o don Mengano, o don García *Minuto*, o Valverde Sandiente.

¿Usted no? ¡Ah!, yo lo tomo por síntoma de lo más grave. Excúseme: es una desatención total de los valores de la inteligencia. Y vendrá el día en que ese extremismo desencadene pendularmente el otro opuesto extremismo, que nos cubra de ridículo, de que todos, como en Portugal excelencia, en Castilla sean licenciados, doctores... Doctores todos. Nuevo aspecto de una desconsideración misma a los méritos de inteligencia.

Doctor, yo lo era *in partibus infidelium*. Había estudiado, mucho, aquellos años de La Mota. En el bufete esperaba y abría un texto. Me engolfaba en el texto. Sufría. ¡Me contrariaba tanto la interrupción! La interrupción era la llamada del negocio a mis puertas... Ya ve.

Fui aprobando las asignaturas en la rama de Privado; esfuerzo ímprobo, porque yo no hice una licenciatura de base científica civil; había atendido al Penal, los Procesales... Pensaba ejercer. Y me veía en La Mota a falta sólo de la tesis. ¿Cómo compaginar? Me preocupaba el trámite de la tesis; no me parecía coronada la carrera sin la obtención del mayor grado. Doctorarme, ése era mi pío. Y la razón secreta, la más firme de mi venida a Madrid.

Había cursado en Salamanca. ¿Usted también? ¿Cómo lo celebro! ¿Y terminó? ¡Vaya, le felicito! Pues, ¡qué le voy a decir de Salamanca! ¿Que de momento no hace usted nada? Me parece prudente. Vivir. Ver para vivir. Me ha salido al revés, pero nos entendemos. Vivir para ver, tampoco: el sentido de la frase es distinto. Hablamos por frases; la palabra es nada. Digo que es usted muy joven todavía, gracias a Dios, y estoy abusando de su amabilidad. ¿Conoció a Tejero, el de Penal? Fabuloso.

¿Y a Galiano? ¡Ah, le tocó don Esteban! Galiano era incomparable. Lo era, sobre todo, en General: Civil, parte general. Un talento. No era: es. Lo que pasa, que fue trasladado a la Central. ¿No ha notado, sí, ese tremendo espíritu cicatero de provincias? Ahora andan irritadísimos, soñando con suprimir a la Universidad madrileña el apelativo de Central. Tonterías. No me explico que las provincias se ofendan de cosas como éstas.

Y hay, es verdad, una cierta rebelión de la provincia. Me refiero al estado de la calle; no los folletines, que no habrá usted podido conocer, leer al día, de Ortega en *El Sol*, allá en los años de la dictadura y bajo antetítulo de *La rebelión de las provincias*.

Me pone usted en duda. *La rebelión de las masas*, Rebelión.... ¿Redención?: *La redención de las provincias*. Mi memoria es fatal; la memoria es un campo de ruinas. Y quizá usted oyera la frase de Azaña cuando los republicanos perdieron sus primeras elecciones, en provincias. «Burgos podridos», eso es. Está muy al tanto. ¿El 28 de abril de 1933? ¡Claro que el 33! Se renovaban muchos municipios.

Despecho aparte, yo en la provincia veo una alianza de grandezas y de torpezas: la hondura del hombre de provincias; la desadecuación del hombre de provincias. Por supuesto, ser de Madrid es ser nada; el madrileño mismo lo acepta con cierta chunga, la gracia expresiva que le caracteriza. En todo caso, enorgullece de su barrio:

—¡Soy chamberilero, o de la Arganzuela, o el Avapiés!

Madrid está un poco sobre la arena; no hay piedra de historia, no hay raíces, en Madrid.

Mi padrino de tesis, Galiano, es el grande hombre de provincias. No ha conseguido, no se lo habrá propuesto, acaso ni lo advierta, vivir sin la mirada atrás; en vista de la tierra. ¡Curioso! Porque sabe usted que se trata de nuestro primer civilista. Exacto: pensador de la ley. Un maestro. Le admiraba yo, de sus clases en la Facultad. ¿Se acordaría de mí?

En eso también Galiano es hombre de provincias: la lealtad, la sencillez y relación de hombre a hombre propias de la provincia. Se acordaba, señor. Le felicite

desde La Mota cuando tuve noticia de su traslado. Le hablé de mis agobios en la cabeza de partido, el comercio de los hombres, tan enojoso para temperamentos como el mío. Bueno, ¿y a él, qué?

Ahí tiene usted un signo del hombre de especie superior. Galiano contestó, me escribió una extensa carta, conmovedora. Conocía hasta los recovecos, lo más íntimo de mi personalidad. Se hacía cargo. Me invitó a venir: he venido; a seguir: he seguido.

Seguí, primero, desde La Mota. Al cabo de algunas otras cartas, principié a trabajar como discípulo, a distancia; discípulo por correspondencia. Le hice miles de fichas de bibliografía. Me enviaba él textos y yo me ilusionaba de colaborar y le ayudaba con esos trabajos auxiliares. Vino después el someterme a pruebas: consultaba, me obligaba a informar. Fui por último quien tomó la iniciativa en repetidas ocasiones: lecturas de revistas, monografías que yo apostillaba y sometía a su criterio.

Se ha portado conmigo generosamente. A él debo el que, desde La Mota, un rincón del mundo, haya podido no detenerme, no limitarme al aprobado de las asignaturas. Para la tesis tenía este conflicto: preparado en penal, debía abordar trabajo de civilista. Nunca, ni civil ni penal me han parecido mis disciplinas propias. Me atrae del Derecho los fundamentos mismos, la filosofía a que tan dados somos los estudiosos de mi tierra, extremeña. ¡Supiera usted cómo he sentido la muerte de Mario Rosso de Luna! Rosso, con dos eses, al modo italiano.

Era de Logrosán, donde vislumbró la piedra mágica: la piedra negra, el estaño de las serratas de su pueblo. Exacto: de la quinta de Baroja o de Azorín. Publicó mucho en periódicos: firmaba *Rigel*, ese nombre de estrella, sí, una estrella beta de Orión, de las más brillantes, doble, azulada. Y hay un cometa que se llama Rosso de Luna. Todavía descubrió dos estrellas temporarias. Murió un domingo de noviembre el año 31, en Madrid. El último teósofo de España, era eso.

Representaba la dignificación de un tema muy extremeño: la brujería. No le había yo visto jamás. Conocía, no sus trabajos, su dedicación. Va usted a la facultad de Exactas y, de siete alumnos, cuatro son extremeños. ¿Que hay un escritor, no de tercera, en Alcándara, en La Torre? Pues aunque sea novelista, le verá inmediatamente atraído por el pensamiento. Tierra de abstractos, señor.

Y le digo, brujería. Sí. Brujas, adivinatoras. Curanderos o, al estilo de antes, saludadores. ¡Antes, antes! ¿Sabe usted los magos, cómo se los llamaba?: diableros. Es lo que es un teósofo.

El misterio me engancha, domina mis pocos ratos de ensoñación. Hay en Madrid una casa de ventas: Sobrinos de Herrera, ¿la conoce? Dejé en ella a Catalina, de compras. Fui a otra gestión. Al volver en taxi a recogerla, sufrí un accidente: cosa de nada; el puro susto. Proseguí, a pie, y Catalina aguardaba, junto a Herrera, a la puerta del establecimiento.

Pasaron unos meses. Regresaba Catalina de un viaje, de Extremadura. El coche

tuvo una avería; no pudo continuar. Trató de comunicar con Madrid y, de repente, en el parador, Herrera. No se atrevió Catalina a venir en el coche de Herrera... No, no jugar con el misterio.

Total, que elegí para tesis un asunto bifronte: la base, de Romano; la situación, pública: *Caput*; las consecuencias, civiles, de un acto de ciudadanía.

Galiano aprobó esa elección. No entraba enteramente en su órbita; comprendía que yo, en ese tema, podría moverme, sacarle irisaciones, sentirme a gusto y trabajar. En eso, ¿ve?, no es nada provinciano. Pero va usted a su casa. El mismo hecho de ir a casa: le lleva a su casa, le invita a un almuerzo de familia. Y el vino es cosecha de su pueblo; las cecinas le son traídas del pueblo. Las muchachas, el mecánico, de la tierra. En Madrid, Galiano es como el cónsul general de Extremadura.

No. De la provincia hermana. Aunque hermanas, no parecen de lo más avenidas. El extremeño no se reúne con extremeños, en Madrid. No hay Casa de Extremadura, ni Centro cacereño, o pacense.

¿Que sorprende? Pacense. Los gentilicios muestran siempre una punta de cultismo, de erudición barata y extravagancia. Un amigo mío colecciona gentilicios: los de Feria, coritos; en Fuente del Maestre, bacalones; agachados, Los Santos; Villagonzalo, galapazgueros; y no me he salido de la otra provincia. En la nuestra, a los de Peraleda de la Mata los llaman garvinos. ¡Oiga, oiga!: Ahillones, otro pueblo de la tierra, ¿sabe usted cómo se dice a los de Ahillones? ¡Imposible! El nacido en Ahillones se llama pahilón. Los demás son muy conocidos: de Cabra, egabrenses; bilbilitanos, de Calatayud... ¿Palos de la Frontera? Palenses. ¿No? Pues, no lo sé. ¡Caray: palermos! Ahí tiene un juego entretenidísimo.

No, los extremeños no componemos en Madrid, creo que tampoco en Barcelona, esas tertulias regionales que vienen a ser el partido, o criptopartido más eficaz en cuanto a pacto, el tácito pacto de no agresión y mutua ayuda... Galiano tiene para todo extremeño abiertas las puertas de su casa. Ésa es su grandeza. Y su debilidad. Sí. ¿Usted lo ve? Viste de provinciano; y en su provincia le vestía el mejor sastre; no me hago a que le siga vistiendo el sastre de su juventud. ¡Cualquiera sabe!

Evidente. No podía yo desde La Mota especializarme en privado. Escaseaban los pleitos. Para ir a pleito se necesita dinero. Y ya sabe usted: allí no hay sino calderilla. En cualquier caso, es primera instancia: sólo cabe cuidar los preparativos. Importante. Importantísimo. Como que ahí, de la demanda, acertada o torcida, le va la suerte al pleito. Es de comprender que en mi bufete los asuntos fueran en su mayoría de índole criminal. Y la intervención del letrado mínima, pues ¿qué se va a hacer en la fase de inquisición, en el sumario? Puede usted pedir: pedimentos, los que quiera; los que proceda; pero el sumario es secreto. ¿Entonces?

A ciegas, señor. Para esos casos, que son todos los casos, la situación del letrado, su puesto en la sociedad, sus relaciones, me parecen clave. ¡Pobre forastero! El apartado, el disminuido... Transporte esa posición, ese trozo de vida, y mi tesis: *Caput. La capitis deminutio*, de los romanos.

Hay una papeleta... Me la sé de memoria. Claro que mi memoria es insegura. Pero sin memoria, ¿se podría ejercer? Y algunos temas, escuche, no se olvidan jamás: «Infamados y disminuidos. Límites de la degradación. El entredicho. Exoneraciones».

Le estoy recitando el índice de mi tesis. Concluyo: «Elementos esenciales de la capacidad jurídica: la libertad, la ciudadanía, que integran el *caput*, aniquilado por la *capitis deminutio*. La destrucción de la personalidad por la pérdida del *status libertatis*, a título de pena, por cautividad de guerra: el *potestas hostium*, Romano».

Pero, permítame. Hablábamos de dinero. No insisto. En los pueblos no circula el dinero. Las familias más ostentosas, las de capital saneado, carecen de eso que don García, hombre de finanzas, y de neologismos, denominaba liquidez. No había en La Mota dinero a metálico. Como no lo hay en casi ningún pueblo. Sobre todo, pueblos no industriales. Los valores son otros. Un rico en La Mota vive economías muy bajas, está en lo material muchísimo peor que un modesto empleado de cualquier ministerio. ¿Que si me costaba cobrar los honorarios?

Lo primero es que todo cliente pretendía el beneficio de la pobreza. Aquí influye el temor a la ruina, a los gastos desconocidos, los imprevistos, y el tiempo del pleito: lo que te rondará, morena...

El expediente de pobreza horroriza al Juzgado. Es, de otra parte, lentísimo. Suele ser aliado de la mala fe: yo pleiteo por pobre y tú arriesgas; es el ¡a mí qué, para lo que tengo que perder! Irritaba yo al aceptar asuntos por pobreza; irritaba al situado. ¿Tenía otros? ¡A ver, señores situados, pásenme alguno de sus negocios! Al final, el litigante a quien se le había conseguido, acaso inmerecidamente, su beneficio de pobreza, despreciaba al abogado —lo que no cuesta no vale— y, a las primeras, transigía.

¡Cobrar los trabajos! Ése es otro de los puntos de mi desgracia en el bufete. Todos resistían el pago. No es que protestasen la minuta, pero no había medio de hacerla efectiva. El procurador no conseguía la habilitación de fondos. Se acumulaban a lo último los suplidos. Me vi forzado a proceder contra más de un cliente propio.

Situación de privilegio, pero no sólo desagradable; situación mortal para el abogado en área tan estricta como la de audiencia de partido: un pueblo donde nada hay que no se personalice y sepa y desfigure y comente. Se personaliza en contra del privilegiado, se sabe al momento, se desfigura maliciosamente, se comenta generalizando. ¡A qué quiere uno más!

Mi estrechez económica me obligaba a urgir, a proceder. Desencantaba a los pocos íntimos, incomprensivos como todo hombre en materia de intereses ajenos. El dinero de La Mota lo manejaba la Banca.

La Banca de La Mota es una casa de transacción, privada, y acumula las representaciones de los grandes monopolios en el partido: la Tabacalera, por decir uno de sus capítulos más limpiamente rentables. Surte la Banca de La Mota a los estancos de los pueblos del partido. En La Mota llamaban a la Banca, familiar, Casa

de Sandes, o de los Sandes.

Tuve una relación, no de lo más grata, con los Sandes. No me refiero al orden personal; los Sandes, sobre todo el mayor, don Abilio Sandes, me miraban —y no es ilusión mía, al cabo de los años, a esta distancia—, con un principio de curiosidad, simpáticamente.

Don Abilio Sandes era hombre atractivo. Metido en los sesenta, le veía usted a primera hora, pongamos las nueve, nueve y media de la mañana, saboreando un cigarro, la caja tendida al visitante que, lo más, tomaba el puro y lo guardaba, incapaz de echarse entre pecho y espalda el humo de un veguero a la hora del desayuno. En la mesa, a mano derecha, una copa de licor, un copón de cristal de talla, de agua pero rosada; nunca me atrevía a preguntar a don Abilio qué es lo que podía beber a esas horas. Y ni aun si bebía, porque la copa siempre que hube de visitarle estaba a su nivel más alto, como si la tuviera para el solo más civilizado gusto de los ojos.

Mediano de estatura, vestía de gris; a tono la corbata, el nudo «windsor». Magro, severo, se le agradecía la sonrisa como una condescendencia gratuita rarísima que, de él proponérselo, rendía en el acto al visitante.

Pero se me hizo amigo, súbito, un alto empleado de esa Banca. Don Abilio, sonriente, limitaba su agrado a los labios, entre los que asomaban unos incisivos crueles, muy blancos; los ojos de don Abilio permanecían desatentos a la sonrisa, como pertenecientes a otro ser, de rostro en dos mitades distintas y contrapuestas. Los ojos de don Abilio miraban fijos, duros, inmutables, y eran unos ojos claros, no comunes en el tipo de la tierra.

Le iba diciendo que a los pocos días, tras alguna de mis visitas a don Abilio, recibí de un alto empleado de su Banca, Bazaga, Carlos Bazaga, sugerencias y hasta una propuesta de negocios. Me había visto entrar en el despacho de don Abilio, y acechó mi salida: se me presentó. ¿Por qué no montábamos un consultorio, ésa era la palabra, consultorio, un estudio común, una gestoría, en La Mota? Gustaría de que hablásemos.

Y hablamos. También él había sido forastero. Se hacía cargo de mis problemas, mis dificultades. Preveía mis tropiezos. Hombre cauto, se me presentaba no desinteresadamente. Por el contrario: buscaba en mi alianza lo útil que le podría ser mi alianza. No era abogado. ¡Ah, si hubiera él podido estudiar! Porque, de leyes, ciento y raya que les daba a los hombres de leyes. Con perdón... Su violín de Ingres era el Derecho.

Y en efecto: le acompañé y vi en su casa ediciones varias de códigos y enjuiciamientos. Ni que decir, el Espasilla del letrado: los tomos de Medina-Marañón. Y una joya, que no se atrevía ni a ofrecer en venta ni a regalarme; era como si me aludiese a una herencia, para en su día: los volúmenes todos, en piel, a la valenciana, del Manresa. Mi sueño de estudiante. Le dijera, el Cantú o, para ponemos a la última, el Lafuente en cosas de la general Historia.

¡Demonio! Ahí tenía, bien a los ojos, el ejemplo que echaba por tierra mis

prevenciones: un forastero que llegó, vio, se situó... ¡Y cómo! Don Carlos había principiado, había arrancado de ser para los demás Bazaga y, sucesivamente, en ascenso del que la evolución de su nombre, el uso público de su nombre, da clara muestra, fue el señor Bazaga, don Carlos Bazaga, don Carlos.

Esto en los pueblos no es pura elocuencia; es una realidad, y costosa: no se gana a la primera. Don Carlos llegó a cajero de la Banca y hombre de confianza, el brazo derecho, de los Sandes.

Me oye usted. ¿Lo estaba esperando? Don Carlos, el Bazaga, era un desfalcador. Entre las ideas que exponía y su vida íntima, mediaba un abismo. Encontré en él un caso, el caso típico de la doble personalidad. Y desventuradamente, porque le había tomado simpatía, tuve ocasión de advertir y de conocer como nadie el empapelamiento de Bazaga.

En cuatro palabras. Bazaga, que cayó por La Mota diez años atrás, auxiliar administrativo de la Banca Sandes, fue paso a paso haciéndose de la confianza de no sólo don Abilio, hombre reputado de incredulidad en los hombres, desconfiado y falso como un mulo, sino de la fe de Nemesio, medio hermano de don Abilio, hermanastro y muy menor, y a quien nadie en La Mota daba el Don, título y tratamiento que se confiere hoy a toda persona bien portada.

Neme era, ni aun para aquel que no le tratara, no don Nemesio, ni Nemesio; era Neme, el pequeño, pequeño en edad y gobierno de los Sandes. Y es que Nemesio Sandes resultaba en todo como la miniatura de su hermano don Abilio: menos en tamaño, de talla altísimo; pero por ademanes, voz y eficacia, Ilio se le debió llamar: el Eco.

Sí, uno por uno, Bazaga conquistó al personal todo en la Casa de los Sandes. Un defecto no había corregido Carlos Bazaga: al pasar en el Casino ante los espejos de pared, se miraba, componía la imagen, a hurtadillas.

¿Devoto? Don Carlos. Diariamente, al caer de la tarde, y había pasado el día entero en la Banca atento al que más a la prosperidad de la Casa, se encaminaba acompañado de alguno de sus fieles, y ya le diré quién y de qué catadura me parecieron aquellos satélites, subía al castillo y regresaba del castillo a la ciudad rosario en mano, deteniéndose en cada una de las estaciones del Calvario en La Mota.

¿Cómo don Abilio pudo caer en la trampa? Tomaba don Abilio el tono de gran mundo, importado de sus frecuentes viajes de negocio: ese estilo de tratar los mayores intereses con ironía de gesto y de palabra, y esa incapacidad de admirar porque ya el admirar le sumía en un sentimiento como de inferior y no le era tampoco de lo más fácil encontrar en La Mota motivos de admiración verdadera.

A Carlos Bazaga le llevó años hacerse con la confianza del gran Sandes. Le costó; le exigió multiplicar su ingenio en el arte del halago, no sobresalir, no dar paso en falso fuera de la Casa. Esto, los pasos en falso, el acto reprobable, es lo que en mí condenaban, dijo, y de lo que se prestó a liberarme.

¡Don Carlos! ¡Qué gracioso! Un tipo de corruptor de mayores. Sabía la cuerda a

tocar, los obsequios que hacer, la ocurrencia de reír, el cumplido insólito, el favor personal inolvidable... Pero tuve en mis manos el sumario. ¡Contradicción viva la de este enigma humano! Don Carlos era tímido: luego... bebería.

Pero, no. Me reprochó una y mil veces los escándalos en que había yo intervenido en La Mota, con los estudiantes y, en alusión delicadísima, la presencia de Eve, aquella nochevieja de 1931. ¡Concho! Se las sabía todas...

Llegó a comprar a los segundones de la propia familia Sandes. Que le adoraban. Criticaba lo justo de uno, por su bien, y ante todo por la Casa. Neme, de sobrenombre *Pitillo*, larguísimo desde la mocedad, no tan lejana, era la debilidad misma y adorado de las mujeres. Su confidente, don Carlos: luego... andaría de mujeres.

Parece como si ahora todo me fuera fácil, tras el conocimiento profesional que tuve en el asunto. Hago lo posible por ir diciéndole a usted el proceso de Carlos Bazaga, el proceso personal, según lo supe por mi trato: cuando parecía la honestidad misma, laborioso, ejemplarísimo; y cuando le sobrevino el derrumbamiento, para siempre. Mi intervención en ese escándalo me regaló experiencias impagables para un observador del corazón humano: los secretos de una ciudad levítica, el mundo del vicio en La Mota y sus conexiones con Madrid.

¿Cómo de otra suerte hubiere yo podido averiguar la embriaguez sistemática, silenciosa, de Carlos Bazaga, funcionario probo? En una fiesta del Casino —y en la que por cierto el propio don Abilio participó, desde su callada altura, sonriente, los ojos inmóviles, rodeado de una corte de aduladores y la visita continuada y aún más halagadora de las muchachitas, sorprendidas y contentas de verle allí, honrando el casino de sus bailes—, Carlos Bazaga tuvo ocasión de aconsejarme prudencia en la bebida, mucho más cuanto que me acompañaba Catalina.

Pues claro que me excedí en aquella fiesta, y bebí, y bailé, y promoví algún ruido: por ejemplo, a las tantas de la madrugada, di un bastonazo a las serpentinas que engalanaban entre farolillos venecianos el salón. Al día siguiente la directiva del Casino se reunió para ver qué medidas se podían tomar con un socio de conducta tan vehemente.

No, no me expulsaron. Todo quedó en agua de cerrajas. Pero, de forastero a forastero, Bazaga, que debió de, seguro, defenderme en la directiva, no se perdió la ocasión de aconsejar: que me mirara en él. Diez años de probidad le había costado hacerse con La Mota. Y que yo podía beber, no faltaba más: a solas. O con él, si lo deseaba; bien que, si con él, a las siete de la mañana; me informaría, nos veríamos.

Luego bebía. Y llegó la bomba. Otra mañana, mediada, Carlos Bazaga me avisó por un botones: necesitaba de mí, quedaba a la espera, aguardándome, en un escondido bar. Pensé: ésta es la primera. No se ha atrevido a mantener la hora de su invitación, las siete; desconsiderada, tanto, que la marcaría como pura broma. Y me llamaba para beber. ¡Canastos! Yo conocí a un compañero, encantador, que en su agenda interrumpía a veces los trabajos de la jornada: *6 tarde, emborracharme*. Pero se trataba de un muchacho que muy bien podría hallarse entre los bohemios o los

artistas y literatos de este Gran Café. ¿Don Carlos?

Y don Carlos, el mismo que viste y calza, al entrar yo en la tabernita, de persianas echadas, solitaria, oficialmente cerrada, a la que el botones me condujo y en cuya puerta me dejó, se me vino a los brazos en un hipo, tremendamente deshecho, desfigurada de emoción la faz y tardó unos minutos en hacerse entender. Cerré del todo la puerta, me senté al velador donde me esperaba, le animé a explicarse, y dijo:

—¡Me pego un tiro! ¡Pobre Herminia! ¡Pobrecita mía! ¡Un tiro!

Carlos Bazaga se hallaba en descubierto. Faltaban algo más de cuarenta mil duros en la caja de los Sandes. Se confesaba a mí, pedía consejo y no acertaba a razonar, a encontrar la causa de su desorden. Resulta que era un desordenado. ¡Vaya por Dios!

Se le había anunciado un arqueo a veinticuatro horas vista. Me pareció hombre al agua. Y me brindé a visitar a don Abilio; a que el asunto quedara entre don Abilio, Bazaga y yo, sin que ni aun Neme Sandes supiese. Veríamos de tapar el desfalco.

Fui a la Banca. Me anuncié a don Abilio. Exacto: tras la mesa ministro de su despacho, a la mano derecha la copa de licor rosa, el habano recién encendido, la caja al lado, tendida al visitante, la sonrisa impecable, los ojos esa mañana levemente movidos de curiosidad.

Su fe en Bazaga era incommovible. No me valía la perífrasis, el rodeo con que quise ir poniéndole en situación: no acababa de entender. Pues, señor, es eso: un descubierto, un estado de nervios ante la confusión del balance preparando el arqueo, un no sabe qué. Pero si no se le facilitan esas doscientas mil y pico de pesetas, se pega un tiro.

Esta resolución extrema le hizo ver. Apagó el cigarro. Se echó atrás en el sillón. Se aflojó el nudo «windsor» de su corbata gris. Volvió adelante y fue a ponerse en pie. Se contuvo y sin sonrisa, los ojos de tigre, destellantes, durísimos, con palabra lenta, repitiendo:

—¡Que se pegue el tiro!

No hubo argumentos, no hubo manera ya de convencerle del daño de escándalo ni la posibilidad de una justificación de los debes, la reposición del descubierto...

—¡El desfalco! —rectificó.

Se le había derrumbado la confianza en el hombre de su confianza. Lo arrollaría todo.

Lo arrolló. Tenía razón que le sobraba para no tapar. Tras ese descubierto, vinieron otros descubiertos: el desfalco se acercó al millón de pesetas. De ahí que en enero de aquel año, hace tres, yo viniera a Madrid a unas gestiones de familia en busca de dinero con que proveer a la libertad condicional de Bazaga. Fue entonces cuando se puso en escena *Le cocu magnifique*, ¿recuerda? No lo vio. Pero a lo que alguna vez en el curso de la conversación esta noche hemos aludido.

Me vi, consecuencia de aquella primera concesión, llevado a otras posteriores concesiones. Algo así como a defensor de Bazaga. Sin carácter oficial; no acepté aquel asunto. Resulta que yo había conocido y había empezado a tratar a Bazaga

semanas antes. Y aun monitoriamente; recibiendo de su amistad, espontánea, para de más recibo, consejos y advertimientos de conducta en evitación de actos reprobables que me condenarían a los ojos de la sociedad de La Mota. Ahí tiene usted.

El pliego del desfalco, las diligencias que tuve ocasión de ver aquellos días, me enseñaron en el conocimiento de los hombres más que diez años de estudio, si lo hubiere, en esta materia de psicología: el arte de tener mundo. Era una maravilla.

Usaba de procedimientos elementales, como el suma y sigue en cuya cifra agregaba un cero al total de la suma anterior, traída de página aparte, alteraba números de su propia mano, con que transformando el cero en un seis sustraía sesenta mil pesetas. Unía a los efectos psicológicos las maniobras manuales. Me contó historias sin fin, que complicaban a decenas de amigos y conocidos. Fue un desfalco bola; chantajeado por compañeros avispadísimos, acallando a los que temía, la bola engordaba.

Entre los rufianejos que operaron sobre Bazaga debo destacar este capítulo; es capítulo importante: las zorras y burdeleros que se aprovecharon de su máscara de marido fiel, Bazaga no tenía hijos, y hombre cabal a la vista de todo motense ilustre, generoso para los más, los otros motenses desheredados. Ahora le contaré. Servir a Bazaga los pocos días que le serví, me llevó a un mundo insospechado en La Mota. Hube de visitar, pues ¿cómo citaba a domicilio, a mi despacho?, las casas llamadas alegres. Dos casas de camas y una tercera, de compromiso, que allá por los años de mi llegada se debió de autorizar.

La Mota putana ¿se me alarma? Un cura —ya le dije—, Francisco Delicado, cantor de las procesiones de Martos, su ciudad natal, vicario coadjutor de Cabezuela del Valle, muy arriba en la Alta Extremadura, escribió *La lozana andaluza*, novela jovialísima, año más, año menos del saco de Roma. Hay en ese libro un capítulo, Roma putana, de lectura licenciosa:

«Nota Roma, triunfo de grandes señores, paraíso de putas...».

Lo recitaba don Josechu. Me dejó el libro y en sus páginas encontré una santa: Nefija, la que se daba por limosna, y que no hubo manera de que figurase en el santoral de mi compañero...

Pues, como la gran urbe, también tiene La Mota su mancebía. Mire: ahí, junto al convento de franciscanos, como es de rigor. Eran las amigas de Bazaga, las particularísimas devotas de Bazaga. Bazaga a una le dio para la operación quirúrgica de un familiar; a otra para el arreglo de la casa. Y sucesivamente.

Fui a verlas. Gobernaba una de las casas la Lola; la casa vecina era la de Raquel. De la tercera casa, casa de citas, hablaremos; no entró en los negocios de Bazaga.

Lola era sorda, quizá sifilítica, noble de reacciones, brutal, ronca la voz, crapulosa. En el comedor con vistas a la huerta del convento, en el curso de mi primera visita, y eran las cuatro de la tarde, apareció una rubia jayana acompañada de un negrito, muchacho no de raza negra, muy moreno, que seguro no le alcanzaba puestos de pie, y se retiraron a una de las habitaciones donde la rubia ejercería su

horizontal oficio.

Permanecí esa tarde hasta los entreluces. Ya con la noche, al salir, tuve una impresión extraña de La Mota; me recordó a Compostela: las estrellas marinas del cielo de Galicia, el verde pálido de los musgos en la piedra. Llovía una finísima agua, cernida, templada, le diría a usted. El sitio de La Mota putana está, como el convento, a las afueras, y junta dos valles. Fue ése el primer convento de La Mota, el primero que se fundó. Subiendo, desde su espadaña es La Mota un fondo de torres de arrogancia severa, un punto cruel.

La otra casa llana, la casa de Raquel, es el portal y escaleras que derechamente llevan al piso; la casa empieza en el entresuelo. Ardiente y marchita, Raquel me impresionó: era una ruina putísima. Inteligente mucho más que Lola, manejaba la red de chantajistas que hicieron lo suyo en el hundimiento de Bazaga.

Y ésas eran las casas de la ramería oficial de La Mota, donde nunca se le vio. Entraba a la hora de las despedidas: aquella de las seis, las siete de la mañana, o la madrugada si en invierno, a que, quizá en una servidumbre a la subconsciencia, pensó invitarme cuando me dijo:

—Las siete —y a no sólo beber.

En efecto, las cuentas de Bazaga en las casas de trato sumaban partida considerable. Lola tardó en confesar. Raquel, rápida, aumentaba los conceptos. A Bazaga le convenía justificar. ¿De ese modo? Era un desdichado, mire usted. Le saqueaban. Tuvo que ver con una tal Tina, Paloma Tina, de aquí, de Madrid. ¡El prestigio de Madrid! La mantuvo en una de esas casas. Seleccionaba, ¿comprende? Se las hacía traer.

Alguna, Belén por ejemplo, no acabó mal: Bazaga la dotó, la casó con Carriles, un tipo a su mandado; ¡Belén, la Cojuda, señora de Carriles! Sólo yo creo estar al tanto de estas intimidades de Bazaga y no descubro secretos, todo ya pura anécdota y aun justificante de los errores del hombre espejo de ciudadanos de La Mota. Porque Bazaga no se pegó el tiro. Le ponían en libertad, provisional, y tornaban a detenerle, y a soltarle. En una de las salidas, cuando muchos dudaban de su culpabilidad, media Mota no aceptando la realidad de los hechos, Bazaga desapareció.

La Raquel le había enredado en una maraña que lo empavorecía, con el terror de que sus actividades secretas fueran publicadas y llegasen a conocimiento de la esposa. ¡Pobre! Una bendita. ¡Una idiota!, coronada de cuanta vanidad quepa en sesos de cabeza femenina: Herminia, un caso de boba guapa elemental. Y Raquel, digo, le metió en líos mil a Bazaga. Tenía imaginación. Ligaba. Retirada por edad, ejercía con la mente. Y ahí se me fueron apareciendo, tercerón tras tercerón, el Divino, proxeneta madrileño; el Melones, chulo de ley; la Macetona, ilustre maduro alcamonías que le esquilmba...

Como no me hice cargo de la defensa y, de añadidura, Bazaga huyó, seguro que por la sierra, quizá a Portugal, no insisto. Aunque no, tampoco dejaré de relatarle mi descubrimiento anejo. Las casas públicas eran dos: de siempre dos. En la ocasión de

Bazaga, a la sazón diríamos, regidas por Lola y Raquel. Pero, de pasada, le hablé a usted de una tercera casa.

En efecto: La Mota abrió, poco antes del escándalo Bazaga, otra, tercera casa, junto a las tradicionalmente reguladoras del sexo mozo virilísimo de la ciudad y su partido. Y era esta nueva casa, la de la Juliana. Más a la última. De postín.

En ella una noche me presentaron a Engracita, la Irlandesa. Huésped, Engracita, sorprendente en aquel lugar. Tomé unas copas, hablé con dueña y alcahuetas, celebré al acordeonista, aquel zambo de otras más gloriosas ocasiones. Y no me quedé. Hubo su cierta lucha con Engracita, pero no me quedé. Prometí, fuerza ya de mi costumbre, volver, de día, a las cuatro de la tarde. Ahí me tiene usted casi por el camino de Bazaga. Sólo que mis horas siguen pareciéndome como más razonables.

Se me coló un poco Engracita. No, no seré vanidoso. Me pidió, ¿ve qué capricho?, la estilográfica; en prenda. Sabía. Volví, a recoger la estilográfica. Y Engracita la Irlandesa, que era de Badajoz, nacida en la barriada 6.^a, estación de Badajoz, me dio un curso en disciplina, más corriente de lo que nos figuramos, y cuya divulgación evitaría muchos y serios disgustos a matrimonios y varones.

Engracita era por de pronto un cuerpo todo belleza; traía la voz niña y las proporciones acordadas. Se desnudaba enteramente desde que entraba en la alcoba. Engracita estatua, blanca y flexible, por fuera cálida, de cabeza estremecedoramente fría, calculadora; los pechos altos, separados, pequeños y redondos.

Engracita la Irlandesa se encontraba en La Mota invitada de la Juliana. Sus favores le pertenecían:

—Si me necesita, estoy a tal hora; me llama.

Le caí bien. Y hablamos la tarde, la noche, la madrugada, sin salir del cuarto. Engracita la Irlandesa estaba casada; le conoció de fiesta, en un cortijo, y se vio llevada, empujada hasta la chimenea; el final es siempre una pared. En ese momento, al echarse atrás, se cayó una estatuilla. Y dijo sí. Casó con hombre de fortuna, distinguido, pero ahí lo tiene. Con sus palabras mismas lo voy a decir:

—Mucho carabritear... y gatillazo.

Engracita la Irlandesa no fue conocida de su hombre en cuatro meses de matrimonio. Es engaño de reyes: Luis XVI se pasó siete años, a contar de la noche de bodas con María Antonia, sin poder escribir en su diario más que esta palabra: *Rien*.

El marido sudaba. Tras la separación, no el abandono, vino ella a Madrid con ilusiones de un trabajo en la biblioteca nacional. En su pensión, en la calle, donde fuera, Engracita la Irlandesa, que era de Badajoz, se veía acosada. Se hizo de un amigo en algún café. Buscó con el amigo, una noche, dispuesta a todo, habitación para dos, de casa en casa, calle tras calle. Inútil. En una de las puertas, esperando que les abriesen, miró al amigo y sin espanto le dijo lo que pensaba o veía:

—Tienes ojos de asesino.

Engracita la Irlandesa no era un portento de imaginación. Le he dicho a usted: razonadora, hasta odiosamente razonadora. No encontraron habitación y, a media

noche, les pareció que sería cosa de los astros.

A propósito: Bazaga, la mañana que estaba esperándome en el confesonario laico de la tabernita donde me dio la primera noticia de lo que ante don Abilio tan piadosamente calificó de un descubierta, sacó de su cartera, entre sollozos sordos, un horóscopo. Lo llevaba siempre consigo; me lo entregó:

—Ahí tiene: un destino tronchado.

Había nacido el 4 de agosto. Era el estilo de todo horóscopo. Aguarde. Lo conservo:

«A ti, niño o niña, que naces hoy. Alto y bajo, generoso y egoísta, lanzado hacia la cumbre y derrotado, brillante como el sol que te simboliza y capaz de rozar en muchas ocasiones las tinieblas. En tu carta natal hay una mezcla de planetas benéficos y de influencias malignas que harán de tu vida un continuo desplazarse de lo más elevado a lo más sórdido. Sólo te será posible el triunfo cuando anules la parte maléfica de tu personalidad».

—¡Ayúdeme a anular esa parte nefasta! —gritó—. ¡Ay, hubiere yo nacido cuatro días antes! Cinco días: porque el 30, en julio el 30, ¿lo sabía usted?, destaca una conjunción importante, Mercurio-Saturno, la que precisamente rige los destinos de un genio: Einstein.

No pude menos de echarlo a broma:

—¡Caramba! Pues hubiera usted pasado su vida en La Mota tocando el violín —le contesté—. Vamos, déjese de niñadas.

El hombre, ¡ese muñeco de la gran farsa! ¿Lo ve? Y no he terminado con lo de Engracita la Irlandesa. No les admitieron en ninguna fonda. Entonces ella, otro día, se fue a la del amigo, invitada por el amigo, en la calle de su santa Patrona: Santa Engracia. Y al terminar el almuerzo, se colaron en la habitación del amigo. Dejaron la puerta abierta. Temían la llamada al orden. Ella se echó; y el amigo, ¡fiasco!

Engracita ha insistido. Accedió ya en Badajoz, regresada sin triunfo de los Madriles, a un paseo a ver salir el sol en los Viveros, ese camino bellísimo que lleva a Portugal. El amigo la esperó en una churrería. No habían dormido: el amigo, lo sé porque se lo dijo a ella; tampoco durmió ella, de impaciencia y temblor. En los Viveros, de repente, el amigo la tumbó, sobre la tierra. Engracita me dice que se defendió por incitarle: apretó las rodillas. El amigo la miró a los ojos, y le pidió perdón.

¿A qué más? La tarde toda, la noche, cenamos en la alcoba, la madrugada, con Engracita, oyéndole casos de malogramiento: actos fallidos, intentonas, chascos. Ahora, cuando le ocurre, y me asegura que le ocurre las más veces, aun después de haberse echado a rodar, se queda pensativa, mirándolas, observando, estudiosa como una alumna aprovechada de anatomía.

¿Y se figura usted la reacción de La Mota en el asunto Bazaga? Unánimes contra mí, a quien tenían por abogado defensor. Le digo que... Además, al hablar con los satélites del grande hombre, que los tenía, y guardaespaldas, fidelísimos, corazones

elementales, agradecidos, me di cuenta de que yo estaba en un cerco de brasas: rodeado, eso estaba, de maleantes. Mis amigos, los maleantes...

Porque la cosa no acaba con el desfalco de la Banca de don Abilio. Los maleantes empezaron a crecer y multiplicarse, junto a mí. Sólo que en la fase de sus andanzas, según me necesitaban, acudían a mí, y o yo me desentendía o iba al pierde. Porque aún no le he hablado a usted de la sierra.

La sierra es los contrabandistas. Aquel legendario contrabando a caballo de Gibraltar a Ronda o, en el caso de La Mota, el paso de las mugas Portugal acá, a la sombra de San Mamede, San Pedro y la Sierrilla. Romanceado tanto como el de la mar y no menor en riesgo y aventura. Café, tabaco, la droga: la morfina; no había otra en la circunscripción. Muchachos, nos alucinaba la leyenda de una dama de la alta sociedad: la vizcondesa viuda, que se drogaba. Rondábamos en Alcándara, temerosos, el palacio del misterio.

Y de repente, allá que me encuentro en La Mota con la droga. Sin duda esos contrabandistas tuvieron que ver en el desfalco de Bazaga, porque de Bazaga nunca más se supo, sino que debió de fugarse por la cadena de sierras que mandan para Portugal. Y, de Portugal... ¿Quién nos dice que no esté en Angola, o Mozambique, y aun que prospere, tan íntegro como capataz de un ingenio o experto en blancas?

Tuve un asunto de drogas. El asunto Alberca, *Almirante*. Alberca hizo el servicio en la Marina y de ahí el sobrenombre, *Almirante*, que él recibía con particular complacencia, sosegado y risueño, de sus amigos. Y aun le regalaron un bastón de mando. Apenas licenciado, Alberca se casó con mujer rica, en Los Hocinos, pueblecito a la medida de Centenera, aunque de otro partido; uno de esos caseríos que se aperdigonan, preciosos, en la vista panorámica del castillo de La Mota.

Alberca trabajó y puso carácter en los negocios de su cónyuge: pretendieron con todas las de la ley unos vecinos transformar ciertas heredades medianeras en regadío y allá que se llegaba Alberca, bastón de mando en mano, y la emprendía a patadas con los indicadores de la obra. Juzgados, transacciones, lo que usted quiera, pero le dejaban al fin por imposible y no había regadío.

—¡Con la Marina no se juega! —exclamaba jocundo, feliz.

Terrateniente mayor de Los Hocinos, en pocos años la almiranta le dio seis o siete hijos. A todos los metió en las faenas de la tierra desde la más tierna edad. ¡Para lo que había que ver en el mundo!, comentaba Alberca, y en sus ojos se adivinaban lejos de melancolía. Alberca se drogaba.

Conseguir la morfina era empresa cada vez más difícil: los hijos mayores de Alberca andaban la sierra a la caza de contrabandistas que pudieran proporcionarle al padre paz momentánea y un paso más de cercanía a la catástrofe. Se aficionó el *Almirante* con motivo de unas heridas de guerra que le procuraran no sólo el gusto de la morfina, sino honra y provecho, porque de ésas blasonaba cuando alguien se le ponía en contra de sus intereses.

Llegó a ser alcalde. Empedró de lanchas las calles todas del pueblo. Precioso

pueblo. Alberca, ya muy acabado, en su burrita cana, desplegando, como el general en batalla las operaciones, el tajo, de sol a sol. Con la declinación de los años, se rindió: accedió a que lo trataran. Le internaron en un sanatorio de los primeros de desintoxicación. Yo le vi a la salida de la clínica, hundida la faz, amarillento, viejísimo el pobre *Almirante*: curado. Con la enfermedad, se le fue la vida.

¿Que qué explicación le doy a las reacciones de La Mota en el caso Bazaga? No dijeron «tenía que ser»..., que es lo que en negocios así se dice. Entonces, se volvieron contra mí.

—No acabará bien; no le irá bien nunca al que se aleja del común en el tiempo o el carácter.

Eso dijeron. Yo estaba con las mías de abandonar La Mota. De momento, nada: no cerré. Principié a ir y venir. Las atenciones a Bazaga, el viaje, inútil, que por él hice a Madrid en busca de unos parientes suyos adinerados que ni me escucharon, hundió aún más mi situación. Nunca me pude resarcir de aquellos gastos. Pero aproveché para visitar a Galiano.

Le conté mil cosas. Mi genio, bien que lo sufre usted esta noche, no es el de pensamiento; me entrego a la palabra. Le pinté la vida de La Mota. ¿Por qué no abría bufete en Madrid? Idea tentadora. Guardaría en La Mota la familia: Catalina y los niños, y en aquellas fechas no teníamos sino un niño, sí que Catalina ya en estado de buena esperanza. ¿Catalina? Usted no la conoce. La vocación más grata a Catalina es la estrechez: apretarse el cinturón. ¡Adelante! ¿El dinero? ¡Para qué el dinero!

Sí, señor: el dinero es el precio del tiempo de quien, como yo, no tenía, ni tengo, nada más que tiempo: mi tiempo. Eso en La Mota. ¿En Madrid? Yo soñaba que en Madrid el dinero me fuese el pago de la individualidad. ¿Será tan amable de alcanzarme esa jarra?

Gracias. Galiano en su gran bufete llevaba sólo asuntos civiles. Le apenaba esa manquedad. Es, como usted no ignora, el despacho más afamado de Madrid. Deseaba que otro, ¿un discípulo?, ideal, un discípulo en quien creía, hecho a su medida, se encargase de los grandes procesos. Para mí suponía un zarandeo tremendo: no me sentía yo a la altura de los criminalistas; mal que bien me defendería ante una sala, en provincias. Por la experiencia vivida en La Mota, me encontraba incapaz del trato directo con el cliente. Quedaba el viejo deseo de la tesis. A caballo de lo privado y lo político.

Galiano lo allanaba todo. Primero, que yo no tratería directamente con la clientela: sólo papeles. Confiaba en mi palabra, la oratoria forense, ante el Supremo. En tanto, podía rematar y defender mi tesis. Uno de sus ayudantes me consiguió habitación en barrio no lejano: un estudio. Llamé, en seguida, aun para instalación provisionalísima, a Catalina.

Aproveché aquel año y me dispuse a la prueba de la tesis. Y aquí ahora le he de contar, en cuatro palabras, mi desventura máxima. El ayudante de Galiano, no olvide usted este nombre, Nicolás Dávila, el que me proporcionó el estudio, dos

habitacioncitas con balcón a la calle de Lagasca, resultó para mí el miserable mayor que en la vida podría uno tropezar. ¿Por qué Nicolás Dávila vio en mí un rival en potencia? ¿Por qué tan mezquinamente, en un colmo de ruindades y de hipocresía me aniquiló? Yo creía en él. Ayudante de Galiano, era, quería yo que lo fuese, fraternal amigo. Pues, ¡ande!

Víspera de la lectura de mi tesis, tan poco ortodoxa en civil, y de ahí el riesgo de su defensa, Nicolás Dávila me acompañó a casa desde el viejo caserón de la Universidad. No es que haya tanto de San Bernardo a Lagasca, pero se me hacía tarde; Catalina, sola, aguardaba; me entretenía a cada paso Dávila y, en definitiva, son kilómetros para hombre como yo, sedentario, agotado por el esfuerzo de trabajo de los últimos días. Cuando estoy fatigado, es un humor de perros.

Habían pasado una, dos horas de la acostumbrada, y Catalina miraba, nerviosa, en el balcón. Al doblar, y verme, Catalina dio un grito. Los transeúntes, pocos, se detuvieron; alzaron los ojos al balcón. Aquello, ante Nicolás Dávila, que era mi sombra —y a quien no le fue fácil, porque al oír el grito yo le miré, retirar lo rápido que hubiera pretendido una sonrisa irónica, sardónica—, me alteró vivamente. Ya habrá notado, señor, que tengo el sentimiento del ridículo. Sufro mucho de ello. ¿Cómo? Soy así.

Se empeñó en subir al estudio para justificar mi retraso, para saludar a Catalina. ¿Por qué lo permití? Cosa que, en fin de cuentas, no haría sino retrasar aún más la hora del almuerzo. Subió. Y Catalina y yo tuvimos una escena, primera de nuestra vida, y en presencia de un extraño. No conocía Catalina a Nicolás Dávila sino de nombre. Figúrese, un matrimonio sin experiencia de situaciones, joven, impetuoso, a trastazos, verbales naturalmente, ante el desconocido: testigo, y falso, testigo de mi ser... Una respuesta, la suya, la que usted me da, de hombre en sus cabales. Pero yo no estaba precisamente en mis cabales.

Total. Llegó la noche. Consiéntame estas intimidades: soy, de natural, descontento; yo me recuezo. Y a mayor amabilidad de Catalina, crecía su torpeza arregladora y, de mi parte, la crítica insaciable amarga de los dos. La noche la pasé en vela. Imaginaba, a oscuras, en el dormitorio, mil fantasías desoladoras. Una noche en blanco puede en cualquier hombre desencadenar el suicidio. ¡Se ve tan fácil! Y, comprenda, es lo único que se ve.

A la mañana, cuando llegué a la Universidad, tempranísimo, mi estado no sólo físico, de cansancio extremo; mi estado mental, era nulo: un caos. La tesis se me hundió. Sólo sentía la tentación de asesinar. Ya habrá usted adivinado: Nicolás Dávila siguió atento mis inconexiones y las caras de tribunal y público. Debió de ver en mí, al retirarme, una decisión tan resuelta, ciegamente homicida, que no se me acercó. Fui de un grupo en otro, alguno amigo; muchos, espectadores. Y ya no encontré a Nicolás Dávila.

Esto es lo que me persigue. Es la primera vez que lo digo. Si le cuentan otra cosa, no lo crea. Estoy harto de mi realquilado. Le miento. Miento a modo. Pues, ¿qué?

Venga de fisgar y venga. Pero necesitaba esta confesión. El mentís que descarga mi conciencia. ¿Sabe usted ese estúpido que tengo en casa cómo la llama?: «conciencia de alquiler».

Escuche: hablo muchísimo con el realquilado. La primera noche, cuando aún no vivía con nosotros, cuando era un vecino que rondaba para venirse a casa, me sorprendió: me lo figuré poco menos que inquisidor de mi vida. Hablé. Hablé. Por eso, esta noche, necesito rectificar: quitarme las falsas joyas. Al fin, no es una confesión lo que hago; eso: es un mentís. No, no crea usted nada de lo que le digan. ¿Entiende? ¡Qué feliz me hace! Es eso: harto del Métome-en-todo, le he mentado, a él, y la mentira pesa.

¿Por qué mentí? Por temor: ¡época, la que se avecina! Por fantasía. Por rabia. ¿Soy un desconfiado? La hora que vivimos, la servidumbre al temperamento, autorizan una mínima cautela. ¿A santo de qué iba a decirle toda la verdad? Es médico; se especializa en psiquiatría, estudia métodos nuevos de psicoanálisis. No observa; experimenta conmigo.

Y me pareció, en principio, inmoral; como no consiguió indignarme, miré de tomarlo a juego: seguí la broma. Porque es que en todo me busca consecuencias. Pues, no ve en mí; apoya sus lecturas, me adapta a su idea del hombre: un determinado hombre, que hasta puede que no sea yo.

Entonces, me pongo a fabular. Es un huésped curioso, insoportablemente preguntón. Y yo fabulo. No he tenido ninguna persecución directa en mi vida. Mi sentimiento de acosado es otro: es el de todos, ahora. Y fue, los años de que le hablo, el sentimiento de un forastero en La Mota. Pienso: forastero del mundo, el clima de estos días, la situación de hoy, Madrid, domingo, 21 de junio de 1936...

Eso es todo. No anduve en líos de estudiante; mi licenciatura la seguí por libre; me atribuí en las declaraciones al psicoanalista otros muchos personajes: en el caso del estudiante perseguido, asumí la peripecia de Luis Peña, hermano de mi mujer. No he vivido el sentimiento de las ideas nuevas, el éxtasis de ninguna idea nueva.

¡Por favor! Nadie que le dice «he mentado», le va a mentir. He mentado y por eso, a usted, no le mentaría. Me libero con usted de esa mentira gratuita. ¡Cualquiera sabe lo que el médico va a urdir con ella! Lo que va a hacer con las cosas que le dije. Y las que no dije. Es devoto de Dostoievski.

Pero ¡cómo puede usted pensarlo! Oh, no censura esa dedicación. Si no me ofendí al catalogarme como «conciencia de alquiler», es porque se apoyó en una referencia, es que esas palabras las cita Dostoievski. ¿Se me puede pedir más respeto? Dostoievski recoge una expresión de su pueblo, según la cual expresión, común allá, tópica, un abogado es una conciencia de alquiler. No, desde luego, no he comprobado la veracidad de la referencia; no soy especialista en Dostoievski. Es, en cualquier caso, una cita literaria.

No me he resentido. Creo en la nobleza de mi oficio. Ejercí. Si de algo noto hoy nostalgia es de la profesión, dignísima, de letrado. Mi maestro arguye de este modo:

el abogado siempre triunfa; si pierde, es que triunfa el contrario, abogado también... Y no puedo añadir, a mi sensación de nostalgia, la grandeza, en mi actual estado, en mi grado, dentro de la profesión: soy, ahora, señor, oficinista, ni más ni menos. Es usted muy generoso conmigo; especializado, oficinista especializado: un pasante. Pero...

Las mentiras eran no sólo de concepto. Le hablé de Centenera: incluso de paisajes de mi tierra. Y de personajes. Me alarmó cuando le oí que se proponía ir él a Centenera: conocer personalmente, contrastar. ¡Concho! Y entonces también mentí: le desvié. Por ejemplo, por una vez sola: no hay ninguna doña Paula en Centenera, ni en consecuencia podía esa inexistente doña Paula ser viuda de un coronel. Ni tener tres hijas y un varón. Quien existió en Centenera, cuando yo niño, y feliz de ser niño en Centenera, es doña Natalia: una situación desde luego parecida a la ficticia de doña Paula.

Muy amiga de mi padre, doña Natalia es viuda, mujer de carácter y madre de dos hijas: Ignacia, Laura; siempre de luto. Ignacia, docta en bolillos; menor que Ignacia, Laura: Laurín Rubio, de los mismos años que yo. Éramos novios de familia: a los diez años, los once años, nos veíamos y pasábamos un rato, silenciosamente, dichosos. ¿Ve usted?

¿Que del dinero? Pues hablaremos aún del dinero, y de Dios en La Mota; y la vida; y la muerte. Basta con muy poco: escúcheme.

—He demostrado irrefutablemente que el alma puede prescindir de la caridad y que para ingresar en el cielo basta la fe.

Esas cosas les decía, con soberbia, y no sabía que ya estaba muerto y que su lugar no era el cielo.

BORGES

Historia universal de la infamia, 1935

¿QUE VAN A CERRAR? ¡Caramba! Siempre lo mismo, siempre cortan en lo mejor. Pero todavía se nos podrá servir una copa.

¿Se fijó usted? El miedo provinciano de no estar informado... Un miedo pueril. Resulta a veces grotesco. Usted da noticia de ultimísima hora: un accidente que acaba de producirse y que, de todos, sólo usted, porque lo ha visto, podía conocer. Le contestan ásperos, despreciativos:

—Ya lo sabíamos...

En secreto les muerde que sea usted el hombre informado. Eso mismo le concede al forastero una cierta base de triunfos. Llega usted a La Mota, llega de Madrid, y se puede permitir unos días, unas veladas de consideración general por las informaciones que usted lleva: personajes a quien haya visto, o de los que se hable; el inmenso mentidero político de Madrid. Le escuchan arrobados.

Vendrán a espaldas suyas los comentarios, no me hago ilusiones; dirán de usted, unos, que fantasea, otros que para qué le sirve, en la pobreza como está. Pero, en tanto usted habla, el interés se hace manifiesto. Por lo demás, ¿cómo evitarlo? Ni aquí. Los apuestos, también aquí sienten celos de cada presencia, cada brillo. Difunden bajo cuerda especies desfavorables. La diferencia es que en Madrid, este Gran Café por ejemplo, todos están en el juego. En La Mota...

¡Vaya! Nos han servido con prontitud. Sí. Eso es que cierran. ¡Pena! Hará mejor tiempo mañana. Esta semana ha sido como de primavera; primavera de Madrid, inquieta, hasta fresca. Llevamos unos días en que no sale usted tranquilo sin paraguas. ¿Estuvo en San Antonio? San Antonio, y llueve. ¿Se encontraba en Madrid por San Isidro? San Isidro y llueve. ¿Semana Santa? No la olvidaré fácilmente: esta Semana Santa no ha sido cómoda en Madrid. El 12 era domingo de Pascua, pero el 12, en que se cumplían cinco años de las elecciones de 1931, Madrid vivía la congoja de sus vísperas: a cuarenta y ocho horas del desfile, el 14 de abril.

Lo que le iba diciendo: ¿qué Semana Santa no ha visto usted suspenderse los pasos de alguna procesión, República aparte? Y por San Isidro, si es aficionado, ya me dirá: yo no recuerdo abono sin que me hayan devuelto el importe de más de una corrida. Y eso que unos toros no se suspenden así como así. De acuerdo, ¿verdad? Ni una procesión.

Pero hoy hace ocho días, el de San Antonio, con sus romeros a los Goyas de la Florida, hubo en efecto modistilla, pañuelo blanco y mantón. Y veía usted a las madrileñitas bajo el paraguas, porque un aguacero se iba y ya teníamos otro encima. Yo crucé el puente. Sabe usted que vivo en carretera de Extremadura, con vistas a la Casa de Campo. Y me acerqué a la Florida. ¿Por qué va a desaparecer esa fiesta?

Madrid no ha sido nunca centro de religiosidad. Sólo un extremismo engendra otro extremismo. Fiestas como la de San Antonio, creo yo que tendrán cabida en el Madrid de ahora y de siempre. ¿No ha oído y en más de un sitio, «Madrid typical»?

Ea, tiene usted suerte: le han doblado su copa. ¡Este Darío! No era yo partidario de bebidas blancas... Pero soy un hijo fiel. Me aficioné de la manera más simple; mi

padre se hacía poner en el café unas gotitas de ron. Éste, este ron. ¿Fuma? ¡Ya sé que fuma: llevamos paquete y medio esta noche! Digo si fuma cigarros. Sí, alguna que otra vez. Humedézcalo en ron. Yo voy a encender este puro. Por eso le he dejado solo con nuestro anís. Eran ya muchas palomitas. Y me dije: me paso al ron. Ron, habanos: que se arome este rinconcito de Gran Café.

Realmente comprendo que los cafés deseen acabar con las noches en blanco, las afamadas noches de Madrid que las relata usted y abren la boca en el Casino los moteños, los señores. En el fondo cada ser vive sus sueños: sueños de fortuna, o de flores, o de amor. Pero me hago cargo: comprendo que los cafés tiendan —los cafés, no hablo de bares, y salas de cante y baile—, que pretendan cerrar a primera hora de la madrugada. ¿Ve usted aquel grupo?

Estoy en que han dicho de cerrar, porque se nos presentó aquí ese grupo. No es hora como para que cierren. Lo veremos. Es la patosería del borracho. No me tome por moralista; no, tampoco he nacido para el elogio sistemático de Madrid. Es que el borracho, así, en manada, no me divierte. Hay que saber beber. Yo, no si supiera, si me fuera posible, sería borracho. Ha dicho usted muy bien: quien sabe beber no es borracho. Nunca. Estúpidamente borracho. Pero, como no...

Lo del elogio de Madrid lo decía en función del lenguaje. No el arnichismo. Arniches les está inventando un idioma a los madrileños, que no es el idioma madrileño. Madrid, para mí que, ya lo hemos comentado esta noche, es la gracia expresiva. ¿La superficialidad? Madrid es el ingenio. Sí, Madrid la expresión vivaz y el despejo: alegría. Acogedor, conversacional y locuaz. Leve y versátil. Barroco Madrid, todo agudeza y arte, tertuliente. Parlería pura. Concedo.

Y Madrid usa de un vocablo adecuadísimo a esa embriaguez tonta, molesta, pesada, triste: patoso. Un hombre así es el patoso. Viene de recalada, que es lo peor, lo que más irrita al establecimiento. ¡Claro que sí! Vida externa; ciudad literaria, Madrid es el culto a la forma, la chispa, el chiste intencionado, la ironía de la frase feliz, la filigrana verbal... De acuerdo. Y el patoso fastidia.

Pues, por todo esto necesitaba yo una confesión, un mentís, en descargo de mi conciencia, ¡«conciencia de alquiler»! No bebe el psiquiatra, mi realquilado. Y ¿ve usted? Es un pretencioso. Me vine a Madrid, le decía; fracasé absurdamente en lo de mi tesis y, desde entonces... No, escúcheme este sucedido: frecuenté yo niño a un médico de carácter, hombre preparado no sólo en Medicina. Ya conoce usted la frase de Letamendi: «el médico que no sabe más que Medicina, no sabe ni Medicina». Eso. No es que, en un pueblo, se pretendiera Marañón. Hombre leído, era de nivel intelectual elevado para el pueblo en que ejercía.

—¡Este pueblo, este pueblo! —exclamaba—: si le han de entender a uno, tiene que decir los diagnósticos y poner el tratamiento en calderilla...

Aquel médico, ¿por qué secreto fracaso?, se aniquiló. No había matado a nadie. No le conocimos mal paso. De pronto, se abstuvo de recetar. Discutió un día en la plaza con una mujeruca y, exasperado, recetario en alto, le gritaba:

—¿Pero no ve, no lo ve usted? Yo con esta receta la puedo despachar al otro mundo...

Quizá efectos de su propia voz, oyéndose, le aterró la posibilidad que le había arrancado su enojo. Podía matar. Extendía un papelito, y al otro mundo. Se encerró en casa. No volvió a ver un enfermo. Perdió la titular y la salud. Fue un loco pacífico. Y con quien, siempre que fuera tema ajeno, desinteresado, hablar por hablar, se podía también hablar de Medicina. Su memoria, su inteligencia, no habían sido afectadas. Le hundió una aprensión. Algo así como el fracaso de mi tesis. Empecé a ver maldades, persecuciones, en lo que no era sino mezquina rivalidad profesional.

Y le decía que, desde entonces, me resultó angustioso continuar recibiendo el auxilio económico, de crédito, de mi maestro. Sus ayudas: basadas en el préstamo de honor al posgraduado, que en cualquier país no incivil existe; su fe en una esperanza, destruida. ¿Cómo pagarle? ¿Cómo corresponder? Me ofrecí de pasante.

Era aceptar el plato de lentejas en aquel gran bufete. Era, y esto es triste, muy duro para mí, la distancia insensible en las relaciones con el maestro. No porque yo ahora fuese el fracasado. Ante todos, podría yo insistir: trabajar otro tema. El fracaso era mi secreto, y de más graves fracasos me he llegado a absolver. No, es que yo pasaba a ser un empleado de la casa.

¿He sido cobarde? Me he rendido. Me he adaptado, de momento, a la seguridad. La seguridad es la modestia. Mi día feliz será aquél en que Nicolás Dávila gane cátedra. El día en que no le tenga que ver más.

Catalina iba y venía entre La Mota y Madrid. La llamé, definitivamente; pusimos casa. La vida no nos va de lo mejor. Eso mismo del realquilado se lo prueba. Catalina se ha puesto a dar clases. Los niños crecen, el dinero huye. ¡Ay, si me huye!

Mire, le voy a confiar una anécdota de infancia. Y, qué curioso, porque es ahora cuando lo advierto, vivida en La Mota. La anécdota; yo no vivía en La Mota. Yo era todavía niño. Había ido de Centenera a casa de unos amigos de mis padres, las Pueblas, la familia de don Sancho, Sancho Puebla, senador del Rey. Me llevaba muy bien con las hijas, de más o menos mis años, y me invitaron a las fiestas de La Mota.

En casa me daban muy poco dinero. No admiten que los niños necesiten dinero. Yo a los míos, desde que empiecen a trabajar, desde el colegio, les pondré sueldo: unas perritas, pero el pago, la paga, de sus trabajos. Bueno, esas cosas no es que no se entiendan; es que entenderlas es sentir la marcha del mundo, el progreso y tal.

Anduve de caseta en caseta y gasté mis monedas rápidamente. En el ferial se me habían acercado unos golfillos que merodeaban la casa de las Pueblas y amistaros y aun me acompañaron en alguna salida a solas de la casa amiga. Me veo y tiene usted razón que le sobra: yo era lo que se dice un trasto... No; yo, señor, era hijo único.

Gasté mis dineros y los muchachitos me aconsejaron que, si tenía algo de valor, fuésemos a ver a un tipo que daba dinero. Conformes. Volví a casa, la casa de mis amigas. No era tan fácil salir, nuevamente. Pero en un descuido me eché a la calle y los golfillos, al acecho, me llevaron, y se quedaron lejos, de espera, a otra casa: la

casa del señor Alejandro.

La Banca Sandes Hermanos es también caja, elemental, de ahorros. Pero la gente no entra por el ahorro en las cajas. No es que se tenga mucho que guardar; es que en los pueblos el que tiene algo de guardar lo mete en los más inverosímiles escondrijos: el colchón, un calcetín, debajo de un ladrillo. El dinero, ese dinero que es el único que circularía y es dinero del sudor de la frente, del trabajo, de los pobres, bien sumado podría ser un tesoro, el tesoro nacional.

En La Mota, los conflictos de dinero se solucionaban acudiendo a donde yo iba: la casa del prestamista. El señor Alejandro, prestamista. Quien necesitaba unas pesetas, no pensaba en la Banca. ¡La Banca! Se iba al prestamista.

Todo, sí: el tipo convenido, perfecto. Alto, flaco, la nariz corva, horroroso, el avaro de teatro. ¿He dicho «todo»? Su nombre, no. Se llamaba, no Isaac, ni Raúl, ni Ibrahim, ni Samuel, ni Efrén... Hubiera sido lo fácil. Y éste era un bandido, un miserable, lo que usted quiera: un hombre. No una caricatura. Se llamaba Alejandro, señor Alejandro. Engañaba. Desde la pila de bautismo, engañó: desde el nombre. Su oficio era ése: engañar. Sabía su oficio. Engañaba:

—*Yo soy Alejandro el rey.*

—*Y yo, Diógenes el can...*

Aprendía esos versos, «Las dos grandezas», de Campoamor, y le recordaba:

—*Vengo a hacerte más honrada
tu vida de caracol.*

—*¿Qué quieres de mí?...*

—*Yo, nada;
que no me quites el sol.*

Le he tratado después, en La Mota. Entonces, la primera vez que fui a verle, es cuando yo niño, en La Mota, me había quedado sin dinero y no me atrevía a pedir. Tenía yo unos gemelos, unos prismáticos de ópera, en oro, preciosos, que naturalmente eran de mi padre, pero que jamás iba mi padre a necesitar. Me los había llevado de Centenera a La Mota, por si convidaban a una función de teatro: para postín. Llegué a la tienda y ofrecí los prismáticos. ¡Oiga: ni me miró! Creo que no pronunció palabra; dijo no con la cabeza, acaso con sólo un gesto: ni hablar.

¿Se acordaría de mí, a los diez o doce años de aquello, en que empecé a ejercer en La Mota? ¿Sabría al yo ofrecerle en venta o préstamo los prismáticos, quién era, de quién, aquel niño? Nunca he recibido una sensación tal de desprecio. Hoy me hace sonreír. Hoy aquella actitud me la explico. El señor Alejandro veía a la primera. ¿De

quién serían los gemelos? ¿Engañar a un niño? ¡Líos a él!

El señor Alejandro era un excarcelado; se hablaba de un crimen pasional. Pasó en presidio unos años, media docena de años. El señor Alejandro es en La Mota hombre poderoso. Cuando le volví a ver, le noté más egoísta y más duro, quizá de pensar que la juventud se le acabara irremisiblemente. Viudo con doncellas, las muchachas de servicio, le preguntaban si tomaría a casarse, y Alejandro a su vez:

—¿Para engendrar huérfanos? A los veinte se las halaga, a los cuarenta se las padece. Y si está usted ligado, indisolublemente, encadenado, ¿qué?, con la Perpetua... Si me es preciso, tomo otra doncella. ¡Casarse! Yo a conciencia no engendro huérfanos.

Lo había sido: huérfano; nació huérfano, podríamos decir: la madre murió al tenerle, de sobreparto. Le dio la vida infancia y mocedades picaras, espejo de Buscón. Y se mostraba fiel a Quevedo, lector de Quevedo. Ahí lo tiene. Lo que del todo Quevedo prefería es el poeta moral. No el satírico, ni el político: el Quevedo de los sonetos de la muerte.

La trastienda del señor Alejandro, a quien hube de visitar por una diligencia de embargo, en nombre yo del embargado, y le debo decir a usted que se mostró complaciente y humano en grado sumo, era un cuartito empapelado de recortes: estampas de periódico pegadas en la pared; y un anaquel con ediciones varias de Quevedo. Pasé largo rato contemplándolas.

—Con un autor hay para toda la vida —dijo—. La cuestión es profundizar. Me gusta releer. En las mujeres, aunque se diga lo contrario, y en los libros, no es el estreno lo que más agrada. En las mujeres, ¡en todo! Cuando oigo música, la primera vez no me dice nada.

Terrible, el dominio del dinero en los pueblos. La riqueza es siempre bien recibida, dicen: aquí, allí. Más allí: el hombre en La Mota es considerado en proporción a sus rentas. La camisa del señor Alejandro lucía, limpiísima; vestía franelas gris oscuro; no usaba corbata; no le vi nunca de corbata. Humillaba. Era eso. Aquí la cosa resulta menos visible; se diluye. La crudeza de valoración por sólo intereses monetarios se pierde entre el millón de pobladores que bullen y se desviven a saltos en la gran ciudad. Y luego, es todo tan relativo... Un rico de La Mota, ¿aquí? Usted me dirá.

¿Reparó en ello? Pues, sí, en La Mota se lee. Las Pueblas tenían en mucho a Pedro Mata. No las niñas, pero doña Dolores leía y releía *Corazones sin rumbo*; para repuesto, al lado, *Un grito en la noche*. Pedro Mata, y era autor atrevido. Como lo es Insúa. O, no digamos, eso no lo hubiera leído ni la senadora, nuestro paisano Trigo, Felipe Trigo.

¿También lo cree usted? ¡Qué alegría me da oírsele!: el que más de todos ellos, pero que muchísimo; ni para descalzarle, todos estos escritorcitos de la *Nova novorum*.

Se lee, se lee. No en el Círculo de Artesanos, desde que el vocal bibliotecario,

aquel ilustre presentador de don García, tuvo la idea, genial como suya, de hacer que enrejasen los estantes. Por cierto, ya fuera de La Mota, y no veo a nadie de allí, no tengo relaciones con La Mota, he sabido que el vocal bibliográfico, expositor al Timbre, veraneaba en casa de familia, en San Sebastián. Y que ha hecho cisco su carrera política.

Es un pollo pera. Acompañaba a su mamá en una que otra escapada a París, de almacenes. Le ganó París. Y me han dicho que se largó el año pasado con una elegante, una putita, más conocida por el apelativo, ¿no se dice así?, o el nombre de guerra, de *Culo de Terciopelo*.

¡Supiera usted cuánto hablé de José Julio, se llama José Julio, José Julio Gozalo, ¿se lo dije?, pues, cuánto hablé de él aquella tarde y aquella noche y aquella madrugada con Engracita! ¿No será con quien se fuera a París? Engracita la Irlandesa, que era de Badajoz... Un muchacho serio, tan aprovechado... Se le ruborizaban los pechos a Engracita: los pechos, ya ve usted; enrojecían como cuando se le suben a uno los colores a la cara. ¡José Julio, concho! A mí estas cosas me acongojan. ¿Verdad? A usted también. Amigo mío, usted tiene corazón.

Pues, sí, el dinero me huye. Le doy a la lotería sin saltarme sorteo. Poco: uno, dos décimos. Y en lo que llevamos de año, ni la pedrea. ¡No le digo! En Artesanos jugué alguna partida, algún póquer. Gané. Me horrorizó. Las pasiones me turban. No he insistido. Quizá en ese escondite estuviese mi fortuna. Sólo a mí debo reprocharme. ¿Qué podía perder?

Se equivoca. ¿Afortunado en amores? Tuve un amor, ajeno al matrimonio, un amor no sacramentado. Como usted no comparte la vida con nosotros, no se lo oculto. Se me casó el amor. Se casó con un necio.

Y pensé: quieto; a esperar que el rival se gaste y consuma y disuelva en sus necesidades propias. ¿Lo sabía? Ya. ¿Que es ése el tema de Don Juan? El de Kierkegaard. Escucho. Déjeme que anote: *Diario del Burlador*.

Uno: con ella, un hombre digno de respeto, amable, pero insuficiente. Se nota ella superior, desprecia, no encuentra su ideal. Dos: que ella sienta, al tercero, presente; entre ambos. Que llegue a odiar el amor común. Tres: el burlador, en tanto, observa. Pero actúa: hace experimentos... Ya: tiende trampas psicológicas, intrigas, estrategias de método lento, de artista del amor.

¡Que maravilla! He leído, de Kierkegaard, *El sentimiento de la angustia*. No lo tome al pie de la letra; quizá no se titule así. ¡Ah, *El concepto de la angustia!*, exactamente. ¿Se da cuenta? Da gusto hablar con usted. Desde luego, también yo tengo mi poeta; leo versos, perdóneme. Hago míos en lo referente al amor los versos de este retrato:

*Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
... mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.*

¿Sentimiento de viejo, dice usted? Antonio Machado me parece un hombre serio. No abunda España en hombres serios. ¿Leyó usted un artículo de Camba sobre Marañón? ¿Quién lo diría! Para Julio Camba, el doctor Marañón no es hombre serio: su natural, indulgente y optimista, le lleva a conformarse, a falta de cosas reales, con una simulación de las cosas. Un hombre serio podrá ser partidario de la cultura, o podrá no serlo. Lo que jamás admite es una apariencia de cultura. No. Al decir de Camba, Marañón podrá no haberse reído ni haber hecho un chiste en su vida, y le sabe puntual y cumplidor, persona de palabra; pero no le parece un hombre serio.

Yo Antonio Machado no sé si será o no será masón. No, ¡si no me importa! Pues, ahí es nada, el problema de Dios... Ya le contaré mis relaciones con el clero: Dios en La Mota. Sólo que, para contrapunto de amargura tanta y vileza y plebeyez de esta conversación anegada en sucios intereses, debo antes contarle un caso angelical. La historia en dos minutos, menos, ni dos minutos, de un corazón de oro: Berta, soltera y sola. Va usted a ver.

Se presentó en mi bufete. Era la imagen, la bondad misma. Pequeña; graciosa de nariz; la pupila azul en unos ojos para arriba, como su cara toda, unos ojos saltones; el pelo corto y liso, a raya, desordenado. La voz fina y a un tiempo ronca. Tenía dinero y un hermano. Se le había escapado su hermano y no sabía qué hacer del dinero: una fortuna. La historia termina ahí; por eso acudía a verme. Consiéntame que la retome unos años atrás, que coja onda.

Berta era hija de un ganadero inmensamente rico. Oriundos de La Mota: los Colomas. Ya sé que hay Colomas en Guadalajara. Naturalmente, usted no había oído hablar de La Mota. Pero es usted extremeño...

Bueno, los Colomas de La Mota se derramaron por toda la Andalucía del Guadalquivir; criaron reses, toros de muerte. Su hierro era de cartel. No ya en los tiempos del padre de Berta. Se dedicó el padre de Berta más que a la creación a la conservación del patrimonio. Tenía sólo esa hija. Enviudó. Al cabo de unos años, Berta mayorcita, de educación esmerada, Coloma padre habló con ella, le razonó, se volvió a casar. Todavía hubo de pasar algún tiempo. Y nació Enrique, hermanastro de Berta, veinte años menor.

Berta era buen partido. Pero fue dando de lado a sus pretendientes. El segundo casamiento del padre la obcecaba, le hacía ver la vertiente ingrata del matrimonio. Berta vivía consagrada al culto de la madre perdida. Y, un poco, al cariño del hermanastro, Enrique de Coloma, como en el presentimiento de que habría de cuidar de él.

En efecto. La madre de Enrique, la segunda esposa del viejo Coloma, también murió. Entonces, para Berta, el mundo estuvo, nada negro, resplandecido, claro de horizonte. Ya tenía misión: atender al padre, en su vejez; mimar al niño, desvalido y solo. Entregó Berta los últimos fulgores de su juventud a esa doble generosa tarea.

Y ahí verá usted que otra atardecida —el padre elegía para sus negocios la mañana, para los sentimientos la hora del atardecer— Berta oyó de labios de su padre

esta estupefacción:

—Berta, hija mía, yo sé que puedo contar contigo; la soledad moral, la nostalgia del matrimonio...

Total, que se casaba por tercera vez. Berta enmudeció. Tuvo sólo en mientes una palabra, un nombre: Enriquito, ese nombre... Y las horas se le pasaban pensativa del acontecimiento. Podía Berta haberse independizado, vivir su vida. Podía ir al matrimonio. Podía poner casa. Los bienes de su madre le fueron adjudicados, en láminas, por un alto valor de renta. Pero la vida para Berta eran su padre y su hermano de padre. No estaba por elegir. ¿Con quién contaría ante la catástrofe?

Veía a los hombres, débiles, insignificantes. Sólo Dios. Invocó a Dios. Se le iban las noches en una súplica a solas, que ésa es la verdadera relación de Dios y el ser humano. La religión, Berta la veía como un asunto, el único decisivo asunto, entre la divinidad y el hombre, cada hombre. Aquel domingo, en la misa mayor, había hecho Berta una promesa, había hecho un ruego y una promesa: que su padre no se casara. Y ella...

Volvió a casa. Enriquito andaba de paseo, seguro que en el Parque del Campanario, donde el aire es más alto y limpio. Entró todavía bajo los efectos de su ruego a lo divino. Se llegó en el silencio de la casa, tan grande para sólo ellos tres, al comedorcito de diario. Nadie. Llamó al padre. Nadie. Subió un punto temerosa y dio con los nudillos en la puerta del despacho. ¿Nadie? Empujó un poquito la puerta. ¿No era su padre, de espaldas, sentado, a la mesa de trabajo? Entró. Y era su padre. Estaba desplomado, de bruces en la mesa, fulminado por la embolia.

Para Berta, pasados los funerales, aquietada su alma, se le planteó este problema, este desgarramiento: su ruego, cruel, había sido escuchado. Le habían respondido las alturas. ¿Había ella matado al padre? Le salvó de la locura su bondad, y la parte de misión que aún le quedaba por cumplir, Enriquito, en esta tierra.

Se entregó a la formación del huérfano, tan huérfano como Berta misma, pero veinte años menor. La educación de Enrique ha sido modelo de diligencia y buen norte. Tiene hoy Enrique dieciocho años. Berta va a los cuarenta; ha embarnecido levemente; ha redondeado su figura. Ha dicho sistemáticamente no a cuanto pretendiente le saliera en las vueltas del camino. Su largo camino de soledad, de tristeza; con la esperanza de la llegada a puerto de Enrique. Y, luego...

Ése es el luego que se anticipó a sus previsiones y que la traía en consulta a mi despacho. Enrique ensayaba unos cultivos de henequén, porque Enrique avanzaba en su carrera de ingeniero agrónomo, en una de las islas menores de Canarias. Son trece islas, no siete como la gente cree. ¡Ah!, que ha estado usted en Canarias. La más hermosa Europa. ¿Las apunta al continente negro? Pues, oculte esa idea: ofendería. ¡Qué maravilla! Hablaríamos noches y noches de las islas ignoradas: Alegranza, Graciosa, Lobos, y los roques: roque del Este, roque del Oeste... ¿Falta una? Alegranza, Alegranza. ¡Montaña Clara! En fin, Berta...

Pues que ha recibido, tras dos meses de silencio y angustia, carta de Enrique

desde Venezuela. Escapó Enrique a Venezuela por repulsa, dice, del servicio militar... Figúrese. Una niñada: se hace uno de cuota. ¿Que ha desaparecido ese privilegio? Todo se arregla, hombre, todo, todo.

Berta, sola, dispuesta a depositar de alguna manera segura y rentable los bienes que puedan corresponder a su medio hermano, y no es tan fácil: menor, sin tutoría legalizada, sin consejo de familia: a cargo de Berta, y en paz.

Esto resuelto, ¿qué podría ella hacer de su fortuna, qué de su vida? No se atreve, no le agrada, ésa es la verdad, repetir la experiencia: adoptar, por ejemplo, a un crío. Pensó: adopto a un seminarista. De ahí que fuera a mi despacho. Pero lo quiere adoptar directamente, sin cuentas con la Iglesia. Yo vería. ¿Podrá ser? No tengo aquí más remedio que revelarles a usted mi impresión, no es un secreto, pura intuición mía: Berta no cree en Dios. Y Berta es la bondad misma.

¿Va ese reloj en hora? A ésta, los cartujos, en el coro, salmodian sus maitines. ¡Caramba, no! Se puede una noche hacer una confesión interminable, horas y horas hablando, y no ser lo que se dice un hablador. ¿Sabe usted? Eso de que los cartujos no hablen, es tópico. ¿Una verdad? Bien, una verdad exagerada. ¿Puede haber la verdad exagerada? Cuando usted presta juramento, o usted promete, se obliga a decir la verdad, toda la verdad y *nada más que la verdad*. ¿Ha observado usted cómo subrayo, *nada más que...*? Luego...

Sé de esto. Sí. Tenemos un hermano cartujo. Catalina tiene un hermano en la cartuja. ¡Viera usted qué contraste con el mundo del dinero! Ahora mismo, las agitaciones sociales han llegado a la cartuja donde come coles y contempla a Dios el hermano de Catalina. Se han ido unos manifestantes a tierras de la cartuja y han robado, impunemente, los trabajos de un año en la huerta. Es de lo que vive el cartujo. No tienen más. Alguna fundación y la huerta. Los cartujos se han dejado saquear sin un gesto, ni una palabra de acusación, sin protesta. Los han ayudado al expolio:

—¡Eh!, aquí, ¿pero no habéis visto?, ¡aquí tenéis una saca de harina! Trigo tremesino. Mal molido estará, como a mano; ¡qué se le va a hacer! Llevárosla.

Y han seguido contemplando a Dios y, no sé si ya puedo decir, comiendo coles. Lo hemos sabido por los propios manifestantes, que celebraban la generosidad y desasimiento con risas de bobo de Goya. Perdón: el bobo de Velázquez es el de Coria; yo creo que a éstos, como zaragozanos, les va mejor Goya. Muchas gracias.

Comprendo. Contemplación no es lo mismo que acción. Y no les niego, por ejemplo, a los partidarios de Acción Popular su amor a Dios, su servicio a Dios. En La Mota he tratado a muchos de sus amigos, los abogados de su causa. He tomado café algunas tardes en la casa arciprestal.

La primera vez, ¡qué ingenuo! Aún no había conocido en el asunto Berta; ¡era visita desinteresada, y me creí suficiente! No vea contradicción en lo que digo. No vea tampoco irreverencia: pensando, a la noche, las horas pasadas en el saloncito del señor arcipreste, me acordaba de Jesús en el templo. ¿Por quién? Ya lo supone: los

clérigos, en La Mota hay dieciocho clérigos, que nos acompañaban y el interrogatorio que suscitó. Hoy, siento que sería curiosidad cordial; la expectación que en el clero no menos que en los seglares de sociedad tan mínima y bastante como un arciprestazgo provoca la presencia, y aun concedo el término, la irrupción, del forastero.

En este momento, reparo; al hablar, uno piensa; pues cierto que yo no me he confesado en La Mota desde que llegué. Soy un abandonado pecador: Alonso Mora, pecador. Y no hablo de creencia. La Iglesia para un español no es problema de fe: es convicción; cosa de temperamento: una actitud ante la vida y la muerte; un sentimiento general de la existencia. Aunque no vaya a misa, creo; aunque no crea, voy a misa: la segunda naturaleza del hombre en un pueblo de España siglo IV, siglo XX.

Pero los demás, y en estos tiempos, se hacen problema: ¿quién, cómo, qué será ese forastero? ¿Desde qué punto de vista verá los acontecimientos de la Iglesia en el país?

El forastero mismo es tema, ¡y menudo tema! Don Josechu me pasó unos apuntes del forastero en la Biblia. El extranjero, el peregrino. Ni una sola de sus citas llevan al Nuevo Testamento: no se hace cuestión del forastero el Nuevo Testamento. En el Antiguo, Yhavé legisla en favor del peregrino, manda a Israel que se le dé el mismo trato que a los hijos de Israel. Luego no se le daba ese trato: trato de igualdad, de hospitalidad. En el Nuevo Testamento manos mercenarias de Roma matan a Cristo. No podían ocuparse del forastero: todos eran el peregrino en su patria. Exacto: un título de Lope de Vega.

He vuelto algunas otras veces, no muchas, a la casa arciprestal; no conozco al detalle la vivienda; no le podría decir a usted sin empalago más que esto: una salita alargada, de estantes en las paredes, y el escaño alrededor de un brasero inmenso, de cobre, rojeante aquella primera tarde en medio de la habitación.

Al fondo, a una de las ventanas, esperaba el señor arcipreste, tras una mesa cuadrada, los cantos matados y la falda granate. El sillón del señor arcipreste señalaba la presidencia del ágora en aquel saloncito, piso bajo y tres ventanas de reja a la plazuela del Altozano. Aquí. Este croquis nos está resultando. Malo es, pero... Aquí.

Habría media docena de clérigos. En el curso de la tarde acudieron algunos otros: curas y coadjutores y un capellán de monjas. En La Mota hay seis conventos. No se conoce desde los siglos de los siglos que el pueblo haya incendiado ninguno de esos conventos. Éste o aquél con los tiempos desaparecía, y en su lugar se fundaba otro.

Hoy, de esos conventos, uno es de frailes: el colegio de los franciscanos, ya sabe usted, de no santas vecindades, allá en la Ronda. Los franciscos siempre han fundado en las afueras. Otro es monjas de clausura. Y quedan cuatro, de los cuales cuatro, uno, el de las josefinas, es el que tiene de capellán al de monjas de La Mota, clérigo que, con el arcipreste, me parecieron de lo más en un clero de ciudad adusta. Y excepto ese capellán, los otros, naturalmente incluido el arcipreste, más bien viejos. Viejos de cuerpo y si no para mí puede que también de alma.

Sirvieron el café dos mocitas sobrinas del arcipreste. Nada tampoco jóvenes en el concepto de mocedad propio de los pueblos: andarían por los treinta años. Mocitas, pero aquí. La juventud es efectivamente concepto relativo. En el hombre, en las profesiones diríamos de carrera, o escalafón, la edad se mide sobre escala de grados: a los cuarenta años un sargento es viejo; un general, increíblemente joven. Una mocita es casadera según el censo de su pueblo: en el mío natal, hasta los diecisiete, dieciocho años; de veinticinco a treinta en Madrid; a esos años, se es vieja en La Mota.

Y le hablaba a usted de las muchachitas sobrinas del arcipreste. Esas dos sobrinas, de tan semejas, se me funden al hilo del recuerdo, ahora, en una sola, y junto asimismo sus nombres como en un lance de capicúa, porque no sabría atinar quién es Anamari y quien Mariana. Vamos a llamarlas como las llaman en La Mota: *las Gemelas* de don Ezequiel.

No lo eran, gemelas... ¡Ezequiel, Ezequiel! ¡Déjeme que haga memoria! Ezequiel, clamando: «Y el pueblo de la tierra oprime, roba, hace violencia... y al extranjero le veja contra derecho». Sí. Lo recuerdo. El profeta Ezequiel... Gemelas, no. Anamari le llevaba año y medio, eso oí, o era Mariana quien llevaba la ventaja de ese año y medio. Una pregunta muy sutil: en una mujer, año y medio más ¿es ventaja?

Vestían de tela y corte iguales. Ropas severísimas. Eran ese tipo, en miniatura, de mujer antigua morena clara, cuello alto y vencido por el favor de la nuca, descubierta. Las facciones equilibradas, como hechas a compás. La misma distancia desde el nacimiento del pelo al entrecejo que del entrecejo a la terminación de la nariz, y del labio superior al mentón. En óvalo de perfecciones y delicadeza suma.

He de agregar unas observaciones. No siempre me fue dado ver en la casa a *las Gemelas*. En alguna visita nos atendió un familiar. En otras, el ama de llaves. Pero le debo decir: a los tres años de mi primera visita, y no hice tantas, quizá con la última, en mi despedida de La Mota, volví a ver y largo rato, porque a mi llegada no estaba en casa el arcipreste y las sobrinas no consintieron que me fuese, volví a contemplar a Mariana y Anamari... No: le he dicho que no eran gemelas. ¡Ah, qué divertido! Y tuvo gemelas únicas..., dice usted.

El paso de esos tres, cuatro años, se acusaba doloroso en la semejanza, antes graciosamente sostenida, de las muchachas. La garganta grácil, ya tendinosa. En Anamari, ¿o será Mariana?, más descotada, de ropas un punto alegres, a tono con la evolución de los tiempos, aparecía en el arranque del cuello una mancha que antes nunca advertí y que en vano busqué en el cuello de la hermana.

Se distanciaban, poco a poco, se apartaban y caminaban cada cual su senda de la vida. ¡Triste, la vida, para aquella pareja de ángeles oscuros, aun en la sociedad de La Mota! Pues, ¿qué será de Anamari, qué de Mariana, cuando el pobre tío, el arcipreste, acuda, llamado al juicio final?

¡Cuánto de aguilucho, sarmentoso, de miembros estirados, la cabeza avellanada,

los ojos claros y la boca sumida, quedaba aún en la figura de espectro de don Ezequiel, arcipreste! ¡Los ojos, los ojos del arcipreste! Ahí estaba entera y vera la esencia de su personalidad. Desnudaban, esos ojos. Más penetrantes cuanto más en la ruina la armadura, alta y ya escorada, seca, adusta. Yo ahora no podría remedar su voz. Hablaba poco. Sonreía. Parecía situarse, cauto, más allá del bien y del mal. Clavaba al interlocutor unos instantes. Y sonreía.

La otra figura que me impresionó, el capellán de monjas: don Elias. Le abrumo a usted, le agobio de nombres. Los nombres que le doy acreditan que el personaje vive en mí, firmemente esculpido. Nombre y los estoy viendo. Digo don Elias, y el capellán de monjas se levanta con su tipo de asceta, pálido; las cárdenas ojeras en una faz socavada. Elegantísimo. Amante de la música religiosa y aun la profana.

—¿Hay —inquiría— música música, profana?

Buen organista, mataba las tardes en la penumbra de la iglesia de Santiago, a solas, ante el armonio, que ni un mal armonio consiguió en las josefinas, esas monjitas de su capellanía favorecidas del azul de los hábitos, distinguidas, serenas de su misión de enseñanza de la buena sociedad de La Mota, y que le adoraban cuanto le temían por la severidad de sus penitencias y la implacable admonición de las pláticas en el altar.

Ése era por dentro, en el círculo de las funciones clericales, don Elias, capellán de monjas. En su relación con el prójimo, ¡cuán otro! Parecería modelo de la llamada ética transeúnte que rige las conciencias todas de la época: sabía sonreír, tranquilo, sin impaciencia ni apresuramiento; en las situaciones tensas, ponía una gota de humor; prestaba ayuda, hasta los límites del compromiso; no le ganaba ningún contacto, de hombre a hombre en lo personal... Perfecto.

Yo aquella primera tarde salí desencantado. Esperaba que me preguntasen por mi idea de la hora: la desdivinización de los mundos. Perdóneme, señor: ¡qué mal me expreso! ¿Qué porvenir se ofrece al hombre? Todo falla; no veo nada, incluso dramáticamente, problemático. Todo en torbellino. ¿Se titula una novela de estos días? ¿Cómo? *Tornillo sinfín*. No la conozco. La técnica, no la ciencia; la masa, no el público, dejan fuera a este hombre que soy: el hombre Alonso Mora. Temas así...

Me hablaron de los Luises. Soñaban con organizar un club de jóvenes a la manera de los Luises, en La Mota. Había yo visitado los Luises de Alcándara, allá, frente por frente del Instituto, en un caserón: la casa fuerte de unos comendadores, con su puerta de gran dovelaje, ventana, escudos a los lados y recuadro poderoso, de roca.

Eran los Luises el señorito; pasaban las horas de entre clase, y aun algunas de clase, jugándose las perras al billar. Si hubiere de condensar en uno aquellos Luises de Alcándara, de los tiempos de mi bachillerato, yo diría: Paulinito.

Como casi todos, usaba nombre compuesto; si la composición de los nombres no era tradicional, la convenida de Juan José, José María, José Antonio, Juan Ignacio, no dudaban en subrayar el segundo nombre; así Paulinito, a quien jamás se le pidió el suyo propio, sin que respondiese: Paulino María... Un muchacho menudo, de

maneras reposadas, el ademán grave; usaba gafas enormes, de concha; su cabeza no se correspondía con la talla del cuerpo en cuyos hombros estaba esa cabeza. Sentado, se le tuviera por hombrachón. Traía las manos cuidadas y la voz fina. Estudioso. Bueno.

¿Por qué no era mi tipo, el compañero por ejemplo, o amigo, Paulino María? Le apodaban unos *Monseñor* y, más francamente otros, *Lagarto*. Yo dejé una medio novia, una muchacha que me encantaba, a la segunda de sus cartas. ¿Sabe por qué? Por lo inteligente de sus cartas; la mujer demasiado razonadora se me hace insoportable. Defecto que no cargo a los demás: defecto mío; pero la dejé. Paulino María se mostraba educadísimo, y era astuto como una amante sin pasión: calculista. No había modo de cogerle; jamás vi que se comprometiera; no daba paso en falso. Sí, *aurea mediocritas...*

En los años mozos, menos que mozos todavía, ¡qué sublevación para los muchachos inconscientes, temerarios, irregulares, hasta escandalosos!: los muchachos; no habría que decir más. Una laude en la catedral de Badajoz relata las hazañas de quien, bajo la piedra, yace y... no yace: no llegó a ser sepultado allí. Tampoco, no, le voy a contar la historia ni a retratar el personaje. Una expresión, un rasgo mínimo de su persona, se me clavó para siempre: «Éste en la juventud hizo según la edad...». Y seguía la relación de hechos de armas y de grandezas políticas del caballero; que guerreó en Granada y, embajador del rey Católico, fallecía en Venecia muy a principios del siglo XVI, hora de España.

Nadie como Paulino María en su destreza de la amabilidad. Convencía, sobornaba, sabía estar a la disposición, hacerse el indispensable... Señor: todo hombre es necesario; por el solo hecho de ser hombre, el más ínfimo de los seres me parece necesario. ¿Indispensable?

Paulino María era diestro en el callar, en el insistir. Mentía: algo, sin excederse. Se conducía con modestia; no aparentaba más independencia que la particular precisa. ¿Qué me dice usted? Seguro que hoy, y es en edad así como de mis años, Paulino María ya luce calva, digamos, de canónigo: una corona de madurez; y que será solemnemente el padre de familias.

En La Mota 1931, o hacia 1932, sí, era el 32, buscaban unos jóvenes de ese corte: muchachos selectos, de palabra fácil. Nunca oí a Paulino en la tribuna. Su voz la recuerdo fina, pero ésa es voz de orador; con el discurso la voz se caldea, se crece. Palabra viva, facilidad de palabra, era *sine qua non* para las ilusiones del colegio clerical de La Mota: pretendían organizar actos, ir formando a los jóvenes en el arte de la retórica. Hablar, hablar, infame vida...

En fin, todo eso que también y de tan largo tiempo aquí hemos visto: Congregación de los Luises, o el germen de la Asociación de Propagandistas, y de la Unión Patriótica, y la Acción Popular. ¿Cómo? ¿Acción Popular? No sabía que vinieran de tal rama las JONS de Valladolid.

Estábamos llegando a la cumbre de la discusión: la aceptación entusiasta o el

repudio con ira del «posibilismo». No era ése el término; sí la idea. Yo soy templado en política. La ciencia del político, su virtud, la sitúo en la prudencia. Me inclinaba por el mal menor. No sé si allá en la tierra conoció usted al obispo Segura. El cardenal Segura, el Primado, fue obispo de la diócesis cacereña.

Hombre duro: el clero de La Mota le seguía, frenéticamente. ¿Quién renuncia a una legión tebana?, se explicaban, para juzgar de la posición del Primado, en la Santa Sede desde su expulsión del país.

Contaba y mucho el regreso de los estudiantes de La Mota y pueblos del partido, al ser cerrado el colegio de Villafranea de los Barros, donde estaban bajo la formación de los jesuitas, esos padres espejos del destierro.

Se habló de Gil Robles: ya hay quien veía ahí la cuestión: un Gil Robles de entonces, umbrales de la República, en que, si no es tanto los años de distancia, sí mucha el agua que ha corrido. Aquel Gil Robles no era ni sombra del grande parlamentario que conocemos hoy. Pero ya destacaría, digo, desde su puesto de redactor jefe, para los lectores de *El Debate*.

Se leía en La Mota con fruición, en el suplemento de *El Debate*, los cuentos, las estampas campesinas, de Reyes Huertas, director del diario católico de la capital. ¿Cómo habrá caído en La Mota, me pregunto, ese artículo del semanario *Arriba*, «Política de derechas»?

¡Oh, una delicia! Y pocas veces en política se puede enteramente adjetivar así: delicia. Trata la política de derechas de inculcar principios en la gobernación del país. Nada recusable; en definitiva, llevar unos principios a la política práctica, ¿verdad? Pues el semanario fascista resume de este modo esa política de derechas: «Religión, Patria, Familia, Orden, Propiedad, Calefacción y Debate». ¡Pero ya no estaba yo en La Mota cuando ese artículo!

Mis problemas eran tan otros... No existe una situación única para los hombres todos y, sin embargo, ¿cómo niego la situación de época? Dígame si no le hace pensar. ¿De acuerdo? Si no soy como se es, me salto la época y doy en el vacío. No, no: ¡qué he de ser totalitario! Transporto esas situaciones al plano de la relación hombre-Dios. Ahí sí que mi realquilado está fuerte: Dostoievski; es lo suyo.

Dostoievski, hace un siglo, coge este personaje, Kirílov, simpático, loco, y lo trae a situación límite. Kirílov concluye: «Si no hay Dios, yo soy Dios». Se suicida. El hombre que pierde la fe en Dios, debe suicidarse para ser Dios: eso piensa Alexiéi Nílich Kirílov. En este otro nivel, un hombre no se suicida: se frustra. ¿Cree que yo les hubiere servido en la tarea de formación de un cuadro de Luises? Pues, como no, aquí me tiene.

El hombre que se cotiza es el consciente de la situación: un ser libre de escrúpulos, que conoce a los hombres y los valora por sus cualidades medias y tiene éxitos de gestión; que está dispuesto a intensificarse hasta el virtuosismo en una especialidad, a vivir frenético, sin respiro, insomne, hechizado por su voluntad de subir e imponerse.

Cuando le hablo así, cuando sueño estas reglas, que implicarían un comportamiento de ademanes, manera de contar, estilos informativos, es que no me apunto al ideal de mi época, nuestra época: el hombre tiburón.

Agradezco sus ánimos. Los necesito. No ignoro que esta confesión puede suponer para mí una despedida, un balance antes de empezar la vida nueva. *Incipit...* La vida del hombre tiburón exige, al ser, el arrasamiento de sus recuerdos: una vida sin recuerdo; y sus ensoñaciones: una vida sin previsión.

No le aseguro nada. En esto me siento muy responsable. ¿A qué prometer? Ningún hombre es dueño de su futuro. Por otra parte, no sé lo que pueda hacer la época, pero sí que vive en la mentira. Tenía yo un amigo decidor de frases. Yo anotaba en mi agenda las frases que me gustaban: «La voluntad de libertad humana se trueca en terror que destruye toda libertad», y así...

Luego, descubrí que el amigo, el hombre de las frases, hacía lo que con respecto a él yo hacía: las tomaba de un tercero. Medio año se pasó diciéndome frases tristes del tercer tomo de *Corinne*. Llevase yo un libro de horas —lo ignoraba: *Libro de horas* es el del oficio de la Virgen; gracias—, pues, en mi *Libro de quehaceres*, pondría:

«Hago este voto el domingo, 21 de junio de 1936: *No recordar jamás*».

Y mire adonde nos ha llevado la evocación de aquella primera visita al clero en la sala de la casa del arcipreste. Porque no se puede usted figurar cómo he recordado aquella tarde. Cada acontecimiento, de los tantos que han sobrevenido en la política de este país, subían a mi memoria el saloncito, el capellán, *las Gemelas* del señor arcipreste. ¿Quién de todos entonces se imaginaría a Gil Robles aliado de Lerroux, o en el gabinete ministerial de octubre del año 34 tres ministros de la CEDA? No le digo, mayo del año pasado, con el propio Gil Robles jurando su cartera de la Guerra...

Y ¿estos días? Yo no sé usted; a mí la situación me tiene seriamente preocupado. Acabo de leer las insinuaciones de Jiménez Fernández, de apoyo a Martínez Barrio. Jiménez Fernández no es político; es un ideólogo; quiero decir: utopías; no tiene nada que hacer en el país.

La última vez que estuve, ya para traerme a los niños, en La Mota, la clerecía hablaba mucho de Jiménez Fernández. Era ministro de Agricultura. No, ni lo recuerda; hubo aquel año cinco ministros de Agricultura. Le llamaban «el bolchevique blanco». Invocó en el Congreso a León XIII. Yo le veo con simpatía íntima: trató de favorecer a los yunteros de Extremadura. De derechas, derechísima, sin duda. Pero un diputado, también derecha, de la no pensante, lanzó este exabrupto:

—Si desea su señoría quitamos las tierras con encíclicas en la mano, terminaremos haciéndonos cismáticos.

Debió esto de llevar horas y horas en las sobremesas del señor arcipreste. A Jiménez Fernández le decían «el bolchevique blanco»; ahora, a Largo Caballero, «Lenin español». ¡Cuánto mimetismo! ¿Ve?

Ese afán de imitador de izquierdas y derechas, de los modos y las ideas del

extranjero, no me gusta nada. Lo creo estéril. Y el problema está en que el margen de poder, tanto de unos como de los otros, es muy escaso; nos encontramos con dos pueblos dentro de unas mismas fronteras, dos ideologías, dos pretensiones, dos maneras de ver y entender la vida. Alguien ha dicho: dos cabezas y un solo cuerpo. Para que esto se ponga en marcha, mucho me temo que esto principie por acabar mal.

Mire usted, ya la República ha seguido dos fases: la primera, hasta noviembre del 33, a la izquierda; la segunda, hasta febrero de este año, 1936, a la derecha. Y ha habido dos no resignaciones, dos alzamientos: el de la derecha el 10 de agosto, 1932; el de la izquierda, octubre del 34. Piense usted ahora si el ciclo se repite: porque estamos en la tercera fase, de nuevo a la izquierda; ¿no es lógico el tercer alzamiento armado, de la derecha en esta tercera fase? ¿Cuándo? ¿Hasta cuándo? Piense, piense usted. Me ilusionaría, por un momento, tras esquematizar estas memorias, estas realidades, situarme en la casa del señor arcipreste.

No importa. Ya veo que el partido católico... ¿A usted no le escalofría escuchar, sin más, «partido» católico? Está como desconcertado, sin dirección. Derrotados en las elecciones, van al garete. La calle en armas, cada cual pensativo de su destino. Y aquellos hombres de La Mota, en su ratonera.

En los pueblos no hay posibilidades de eludir. No como estas grandes urbes, y estos personajes, que, las ven perdidas, unos u otros, y escapan incluso del país. Pero yo noto que el extremismo en un bando y el extremismo en el otro bando aprestan sus banderas.

¡Hombre! Pocos podrán charlar con la ecuanimidad con que esta noche estamos aquí resolviendo guerras y gobiernos, en ésa tan española estrategia de café. Todo en los más es politiquería vengativa, pasiones personales, radicalismo. Al hablarle de mis relaciones con el clero de La Mota nunca pensé que iríamos a caer en conversación tan tópica. Soñaba haber iluminado, hablando, el problema de los problemas: Dios. Perdóneme.

¿Vio la Patrona en fiestas? Ése era el retornado de aquella tarde a curas. Tenía yo muchas ganas de presenciar y de participar en la fiesta grande. Me había instalado en La Mota, justo al día siguiente del último de las fiestas.

—¡Ay, lo que se ha perdido usted! ¡Y su señora de usted! ¡Lo que se han perdido! La Mota no hay quien la conozca en su día de la Virgen.

La de todo pueblo: 362 días, de los 365 del año, represando la alegría del vivir; y de repente, la casa por la ventana. Es decir: el toro, la puja del ramo en la ermita, los bailes de salón. La Iglesia rural en esto ha sido siempre hábil: consentía el cura los bailes una vez por semana y fiestas de guardar. Permitía. Y limitaba: afirmaba su autoridad venida de lo alto, cuando, con la fuerza si era preciso, y se hizo tantas veces preciso en mi niñez, cerraba los bailes en tiempo de cuaresma.

Y al año, vaya, pasé las fiestas en La Mota. Trajeron a los salones un piano de cola para que aprendiesen a destrozar la música los entendidos de la juventud del Casino. En ese piano aporreaban con maldita gracia estribillos de risa. Interpretaban

de lo más solemne el baile apache: de la java al tango. ¿Sabía que el arzobispo de París ha prohibido el tango? El mete y ponga del tango...

Acompañaba un violín. El pianista cantaba «Mi caballo murió...» con énfasis de fonética arrabalera porteña. Acudía el violinista al ambigú que en La Mota sonaba *lambigú*, de pieza a pieza, y alternaba.

Era famoso; muy joven, provincianamente famoso; su número, ir de calle en calle, siempre para abajo, hasta las afueras y, a las claridades del alba, tocar «La leyenda del beso», bebidísimo y de pie en el brocal de algún pozo. No hay quien diera más; el heroísmo de Lucito Guijarro pasmaba de emoción a sus acompañantes: el elemento joven de La Mota.

Se había esforzado la comisión de festejos en traer ese año a La Mota una obra de calidad: *¿En Flandes se ha puesto el sol?* «Capitán de los tercios de España, /... Señor Capitán». Y el actor daba un taconazo terrible...

El otro año cayó en las fiestas de La Mota una compañía de «varietés». Un remedo de la compañía de revistas. Y un tío, que desde luego no era de La Mota, aunque, ¡vaya usted a saber!, tampoco de muy lejos, se enrijó de la ligereza de ropas y las ostentosas de una de las chicas; se arrojó al escenario y de un muerdo le arrancó media mejilla.

Había que traer algo muy serio. El caso del otro año no se podía repetir. ¡Un respeto a la cultura! Y fue cuando alguien se acordó del triunfo de Chamizo en Madrid y, sobre todo, Sevilla, y se pusieron al habla con la compañía de Alcándara. ¡Pues no faltaba más!: *Las brujas*, lo que ustedes quieran.

Es *Las brujas* poema dramático de ambiente extremeño, en tres cantos y en verso. Me parece estar viendo los carteles; se escandía así, como le digo: poema dramático / de ambiente extremeño /... Se estrenó en el otoño de 1930, teatro Avenida. A los actos, tres actos, el autor los llama cantos. Y si mal no recuerdo, eran éstos: canto primero, «Los amores»; canto segundo, «Mal de ojo»; canto tercero, «La noche de San Juan», mucho en escenas. Con su música coral, los tres actos, y la acción en una dehesa extremeña, una cabaña de carboneros, época actual, febrero, abril, junio. La protagonista se llamaba Andrea Cortés y la acompañaban como una docena de personajes, más la zagalería: sí, zagales, zagalas...

Nadie me había dicho que la fiesta ese año presentaría espectáculo tanto en calidad, para el señorío de La Mota: la compañía de aficionados de Alcándara, donde más de un viejo amigo iba yo a ver. Función única. Estaba Chamizo en el cenit de la gloria. Era el Gabriel y Galán de la Baja Extremadura, sólo que extremeño cien por cien. ¿Gabriel y Galán? Natural de Salamanca, un pueblo de Salamanca. Pues, Chamizo, además, con su mirada en la raza; atento a la otra orilla:

*Porque sernos asina, sernos pardos,
del coló de la tierra:
los nietos de los machos qu'otros días*

Lo castúo, señor. La Mota es no muy admirativa de las empresas de extremeñidad. La Mota es un enclave, como encomienda de caballeros de Santiago y en tierra de órdenes: Alcántara, Calatrava, otras órdenes. Cosa que quizá ignoraron mis acompañantes de rondas en Alcándara.

Les fui fiel. Me uní a ellos desde la llegada del autobús hasta la hora de su marcha, agotados y radiantes de felicidad. Pensé no moverme de entre bastidores. Iba de camerino en camerino. Y en el momento último se le ocurrió al director, Marcos Lozano, que los presentase al público. ¿Y bien? ¿Qué podía ser aquello?

Me eché un pañuelo blanco, de seda, de alguna actriz, ¿dónde se había visto caracterización de tipo tal, pañuelo gaucho al cuello?, y aparecí, a telón caído, por fuera, junto a las candilejas. Créame; ni idea, ni memoria tengo de qué dije, aquella noche de gala, en la bombonera del Casino, que ése era el teatrillo de los señores de La Mota.

Acabada la función, escandalizamos actrices y representantes; el delegado de la Sociedad de Autores, siempre tan digno; el entusiasta que jamás se despegaba de la compañía, y el padre: cura relapso, excapellán de tísicos, a los que confesaba, invisible él en las sombras del confesonario, tras su careta, una máscara antigás de la primera guerra, que le consiguió otro hermano de predicación, en la Marina. Moraba el padre Esteban en la Preciosa Sangre y debía de tener un estatuto personal tácito, ganado a golpe de simpatía, junto con la admiración de los demás padres, frailes alemanes. Era alegre y cantaba, hueca la voz, romanzas de Miguel Fleta.

Vivíamos un momento de curas inquietos. Unos, como este padre Esteban, émulo de aquellos clérigos amigos de cómicos y de toreros. Su conducta resaltaba por la espontaneidad en la forma. Buscan otros la extravagancia que afecta al pensamiento: demagogos de una Iglesia adaptada —conformes, semiadaptada— a las corrientes políticas del país, puesta a divinizar la revolución en púlpitos y en periódicos; los abogados de un Cristo rebelde, hermano muerto con bandera de pobreza, de igualdad, de fraternidad.

Entusiasta de la muchachada, iba el padre Esteban de pueblo en pueblo con la compañía y solía presentarla en los teatros; el papel que a mí me asignaron aquella noche en La Mota, eso es. No las tenía todas consigo Lozano, el director, desde una función en que el padre Esteban se puso a hablar, y habló, habló, habló, con ademán tribunicio y libertades tantas, que se fue del escenario al pasillo central del patio de butacas en medio de la sorpresa y la risa contenida de los espectadores.

¡Ah, es fenomenal, un cura fenomenal! Gustaba en sus jiras de ponerse un gorro de papel, bien que en el papel, de periódico, pintaba la cruz, con que, a su manera, la ortodoxia quedaba a salvo. Se contaban de él cosas increíbles. Hablaba castelarinamente. En una ocasión, los espectadores de primera fila, arrobados, abrían

la boca prendados de su palabra; el padre entonces los escupió; se limpiaban y cundía el asombro y las ovaciones a ese pico de oro.

Y otras cosas, que no sé hasta qué punto pudieran ser pura anécdota. Porque al hombre de cosas, que tiene sus cosas, al irónico, se le atribuyen mil y una enteramente apócrifas. ¿Que usted es coleccionista? Hay coleccionistas de erratas. Y en La Mota, un tipo se ponía en las tarjetas: *Coleccionista de apócrifos*. Orgulloso de poseer, decía, la más importante colección de apócrifos...

Pues, como le venía explicando: al irónico se le cargan las mil y una ironías apócrifas. «Dijo Quevedo»; y no todo lo que se dice de Quevedo es Quevedo. O, estos años, ése ya no tan joven pensador catalán, Eugenio d'Ors, que a sí mismo gusta de proclamarse «el católico errante».

Quizá también ésta del padre Esteban, distancias aparte, fuera ingeniosidad atribuida, imaginaria. Se cuenta de él que una tarde, en el barrio noble de Alcándara, la calle solitaria, lluvioso el día, metió a una dama en un portal. Se arremangó el padre los manteos; le dio dos bofetadas a la dama y, airadamente:

—¡A mí, a mí! ¡Engañarme a mí, a un ministro del Señor!

Temo fastidiarle. ¡Es usted tan benévolo! Traían orquesta y número de variedades. No les bastó con la representación entonada, seria, de *Las brujas*, aunque en este caso la obra fuera de Chamizo y se la clasificase poema dramático en tres cantos y en verso. Pero la compañía, en todo el curso, en Alcándara, ensayaba teatro y música y números de baile, según el elenco de que dispusiera. Había que dar papel a todos. Porque todos eran la compañía, los aficionados de las tablas. Y las tablas, ya sabe, admiten, y aun lo requieren, amplia variedad.

De manera que representaban *Las brujas*, pero estrenaban una romanza, bien que de tenor murciano, y remataban la función, única, con el cuplé, aprovechando que el bailarín era amigo de la compañía y se encontraba en Alcándara cuando accedieron a la fiesta de La Mota. Ya *Las brujas* empieza por una canción, y el primer acto, el titulado «Los amores», principia con una coral y lo termina otra música; y todavía una tercera pieza, como todas cantada, cierra la obra.

Pero, déjeme que dé un sorbo y apure este resto de ron. De aquí a un momento nos echan, y quisiera antes pintarle un que otro personaje de la compañía. Lozano, ¿lo he dicho? Marcos Lozano. Es el director gerente. El hombre gordo. El hombre de los disgustos, a sólo superficie, y los recursos celebrados como geniales. Son tipos de toda mi simpatía.

—Usted no hace versos —se le debería decir, ¡a tantos!—: bien, pues sea poeta. ¿Cómo? Ponga la poesía en su vida.

Y Marcos Lozano, indotado para la escritura escénica, quizá soñándose autor de campanillas, tuvo en su rincón ese instante de clarividencia: acertó a vivir, y hacer vivir, dentro de su esfera, modestísima, el gran teatro del mundo.

Grueso, optimista, contagiaba felicidad. Se requiere ser en ese oficio lo que se dice un organizador. No lo crea. Como organizador, el organizador es las más veces

un desastre. Lo era, desastre al cubo, el director de aquella compañía. Y, sin embargo...

A Marcos Lozano le debe la juventud de Alcándara la ilusión de una compañía de teatro. Lo que supone estar a la última en textos, y en creadores, y gente de tablas.

Se llegó un día a casa. Estábamos Catalina y yo. Recién casados. Solos. No teníamos un céntimo. No pensábamos en el dinero. Me lo ha oído usted: ¿dinero? ¿Y qué es eso? Pues don Optimista Marcos Lozano se acercaba a vemos, pero a pedir; tal vez calculando: ya es hombre casado, estará de momento fuerte, o tendrá posibles, alguna reserva, se administrará, cincuenta duros...

En Alcándara, cincuenta duros no es una menudencia. Por cincuenta duros, en Centenera, arrendaba mi padre el Naípe chico: los pastos de un trimestre del novillero. Aquí, cincuenta duros, y es el sueldo, el mes, de un jefe de administración de primera. Cincuenta duros. ¡Concho! Me eché a reír. ¿Se molestó?

—¿Y un par de huevos fritos, podríais?

Se quedó a almorzar, felicísimo, sin más acordarse de los cincuenta duros. Que, seguro, no los buscaba para sí. Tenía autoridad; esa autoridad teatral, fingida, e indiscriminada: yo sufría de ver sus broncas de director a una actriz monísima, por ejemplo.

La primera de la compañía, y que hizo, y muy hecho, la Andrea Cortés de *Las brujas*, se llamaba África. Andaba Marcos Lozano buscando nombre para la compañía. Se reunían en un café de Alcándara que había sido hotel y se venía abajo: café Simón. La peña adoptó para nombre el de su *primma* dama: «África». A Marcos Lozano le contrariaba el que ese nombre fuera, además, de continente. ¿Cómo llamar a su compañía, compañía de África, por el modo en que se hubiera podido decir la compañía de Alcándara? Todavía no estará él resignado a la solución de tan íntimo problema.

África, la primerísima, podría con más precisión haberse llamado Nieves, sin para nada alterar las advocaciones del día de su santo, 5 de agosto. Blanca no lo era, sino morena clara, de ese tono pálido oscuro que da el paludismo a la raza extremeña, y aun a quien, como yo mismo, jamás haya padecido de tercianas. Pero ¿africana de fuego, mujer de temperamento? Nieve pura.

En la tierra ya sabe usted que se lleva lo negro. La campesina, en las faenas, cuando espiga, o de verano ayuda en la siega o la trilla, a todo sol, viste pantalón largo bajo las sayas y tapado al rito moro: la faz cubierta por el pañuelo de cabeza. África es palmera y nieve.

—Gran ventaja —decían unos, en la compañía.

Otros, maldicientes:

—No es que sea fría; es que es un caso, un riesgo si uno se aventura; porque no sé si os habéis fijado: Afriquita es muy estrecha.

¡Menudo conflicto, sí! África tenía talento. Digo tenía; supongo que se habrá casado, las habrá pasado fatal la noche de bodas, y no se la habrá vuelto a ver en las

tablas. Tenía talento para afuera: expresividad. Aquella noche, su papel, es que lo bordó.

La orquesta había sido reforzada. Habían subido a La Mota el piano del café Simón. Al maestro, que era organista de una parroquial, la que más en Alcándara, no le faltaban dedos; ni empaque. Ya con años, limpiísimos en sus horas de piano, el maestro Rosillo actuaba noche tras noche en el tablado del café. En el propio café, aguardaba Consolación, su esposa, muy señora. Cada tres, cada cuatro números, el maestro Rosillo se tomaba un descanso y bajaba a sentarse a la mesa de su mujer.

Debutó en La Mota Salvador Frutos, tenor, morocho, murciano, y de quien no sé qué le retuvo en Alcándara para vérselas en la compañía. Fue su interpretación de «bell canto», original de un alcandarino que también, como compositor, estrenaba.

Compositor y bailarín, de paso éste en Alcándara, y que en La Mota, al final de la pieza ofreció unos números aplaudidísimos, eran sodomitas. Conocidos; y más, por el amujeramiento de sus nombres propios: Ciprianito —para los muy finos, *Cipriano Opus 69*— y *la Amalia*.

¡Maricas, señor! Como esos que ve al fondo, ni más ni menos maricas, y que todavía hoy, cuando a usted y a mí nos echen del café, se las arreglarán para que el presumidillo del mostrador les deje a puerta cerrada, o en la cripta, abajo, continuar a media luz su noche sin sueño.

No enfermos. Exultan. Ógalos, en este Gran Café. Pero, sobre todo, mire, véalos. ¿No ha jugado nunca a las caras? La reducción de la muchedumbre a unos ciertos seres, unos tipos...

La Amalia baila prodigiosamente; cantaba mal. Es el bailarín gitano nato. No digo que fuese gitano: moreno de verde luna, no sé si gitano. Acabada la función nos metimos en la salita de socios, donde había un piano vertical, y estuvimos oyéndole y mirándole el taconeo y pitos hasta entrado el día. Naturalmente, *la Amalia* se llamaba Amalio. Un síntoma del uranismo: el ahembrar los nombres, el ponerlos en género femenino.

Le protegía una vieja cupletista, y sus relaciones con Alcándara databan de la dictadura. Promulgaba el dictador decretos fabulosos. ¿Se acuerda? No. ¡Era usted un niño! Aquella orden de que las mujeres caminasen por una acera y los varones a la otra acera, en evitación del piropo...

No se trataba de un capricho. La disposición nació de sangre. Fue, si usted lo quiere, despropósito: la exageración andaluza; el dictador era jerezano. Pero nació, le digo, de un hecho luctuoso: un piropeante y la reacción de no sé si un cadete que acompañaba a la piropeada y que terminó bañando en sangre la Puerta del Sol.

Otra de las disposiciones moralizantes del país imponía el destierro de pederastas de poco pelo: escandalosos. Con Benavente el general Primo de Rivera tuvo las más exquisitas atenciones. Benavente es que es genial. ¿Lo ha oído? El otro día se cruzó en la calle con un cafre. El cual, conociendo a don Jacinto, no se apartó.

—Yo no cedo la acera a los maricas.

A lo que Benavente, curvándose, gentil, le dio paso, y contestó:

—Yo, sí.

Bueno, pues *la Amalia* fue desterrado a Alcándara. No me exigirá que concuerde, formalmente, desterrada: nombre y verbo. Y en su destierro encontró amigos y colegas. Lo pasó no del todo mal. Le tomó cariño al santuario; subía y bajaba cada dos por tres a la sierra de la Virgen, y aun hoy, cuando le es posible, escapa unos días a la vieja Alcándara.

En cuanto al compositor, es, ¡sufra, amigo mío!, paisano; paisano de usted, paisano nuestro. Le llaman Ciprianito. Le corren la calle los perdularios y gritan, ¡es tan fácil!, «¡Ciprianito, Ciprianito: tócame el...!». No por eso el compositor estalla; no se incomoda, visiblemente.

Aquella noche, ¡lo hubiera usted visto!: acataba, sonreía. Se le da el piano. Porque el maestro Rosillo, dignísimo, y la esposa, Consolación Toca de Rosillo, se retiraron a sus habitaciones, la fonda, apenas cayó el telón en la bombonera del Casino. No nos acompañaron. Lo hizo, pero y que muy bien, Ciprianito.

Mejor que el propio Rosillo, aunque sin la serenidad majestuosa, y el gesto, y equilibrio del maestro; en quien hasta unas entradas, de calva incipiente, contribuían a elegantizar, si ello fuere posible, su figura. ¡Qué noche! El bailarín estuvo colosal. Colosal. No sólo pisando el escenario, sino en la sala: el recital que dio, en privado, para mí y unos cuantos golfos de lo mejor de La Mota.

Y vamos a cuentas. ¿Cree usted que el pueblo condenó la juerga de señoritos, ni el que en ella estuviera yo tan activo, sin mi mujer? Si llevo a mi mujer, ¡no quiero pensarlo! No. Lo reprobable a los ojos del motense fue mi pañuelo al cuello. No se hablaba de otra cosa en La Mota. Me lo dijo Bazaga, el cajero de los Sandes, en una de sus primerísimas monitorias con que me principió a distinguir. ¡Presentar una compañía de cómicos, y cómicos de la legua, todo un señor abogado! Aunque fuera en el casino de socios, pero en La Mota eso no se puede hacer.

¿Estaba yo bajo la influencia de los modales de Cipriano: el compositor, pues mire, hoy ya más que conocido? No me rebelé. Sonreía. No entraba en el juego: no me hacía cargo del paso, gravísimo, que acababa de dar. Tenía el cajero toda la razón. Tras las suyas, me iban llegando no menos simpáticamente servidas, no menos piadosas, palabras de confianza:

—Se lo digo por su bien...

Sólo hay otra frase que me horrorice tanto; esta frase: «Ya te lo decía yo...». Frase arrojada en medio de la desgracia, a la caída del desventurado. Pronunciada, las más veces, en público. Porque el hombre se justifica —ya te lo decía yo—, se aísla. Y entonces, seguro del consenso, condena.

Y ahí los tiene usted. Individuos dobles, triples. Individuos, esos del fondo, le digo, que viven más de una vida, que se muestran en las más varias realidades. ¿A usted no se le ha ocurrido hacer un listín, urgente, de los contranatura con que ha tropezado o conocido en su propia existencia? ¿Contra naturaleza? En la naturaleza

no se riza el amor; la naturaleza es instinto. Diré, contra costumbre. Emplearía naturaleza en su acepción jurídica.

La homosexualidad en alguno de los sexos, en la mujer, por ejemplo, me parece espontánea. No escandaliza. Va usted a un baile de pueblo. Las mujeres forman pareja. ¿Los hombres? Para la mujer no es vejatorio hacer de hombre. Para la voluptuosidad no es indispensable la conjunción de los sexos.

Ya sé que el hombre sodoma, innato, irreprimible, se refugia en el secreto, pero le prometí a usted un listín. Es el contrabandista. Sí, la hipocresía. El amor que no se atreve a decir su nombre. ¿Que a una hipocresía no voluntaria no la llama hipocresía? Quizá no le falte razón. Digo que se habrá de agregar, a ese listín, el apuntamiento de los tantos otros que uno advierte en el trato cotidiano. Lo traigo andadísimo. Le hago ahora mismo un croquis, una sinopsis.

Permítame que me valga de los elementos de mi profesión: el estatuto de la nacionalidad, la naturaleza del hombre. Hay homosexuales de estas posibles naturalezas: naturaleza de suelo, naturaleza de sangre, naturaleza obtenida, naturaleza ganada. El *ius solis*, el *ius sanguinis*, la carta de naturaleza, y la vecindad.

¿Le repeluzna? Entonces, no digo nada. Uno cuenta con el crimen, la realidad del crimen. Y cuenta con la inversión sexual. Soy en esto profesional puro. No comento. No critico. No juzgo. La moral, lo habrá oído, es las costumbres. Cambia con el cambio de costumbres. De un pueblo a otro de la tierra. De un tiempo a otro distinto tiempo de la historia. Amor griego, socrático, se le llamó; amor alemán... Para Sócrates —para Platón—, *ta erotiká* es las cosas del amor.

¡Cuánto deshonesto ha pasado por la vida de uno! Pero, le molesta... ¡Ah! ¿Que hasta le divierte? Ni usted ni yo somos dudosos. Podemos hablar de esta realidad, podemos echarle un rato de noche. Por lo demás, la realidad está ahí mismo, frente por frente, en este Gran Café. Y estará en otros cafés de Madrid. Y otras ciudades, otras grandes ciudades como Madrid. Y en las aldeas apartadas. En la calle. En la alcoba. ¡Qué quiere usted!

La realidad es la existencia de un tercer sexo: *Venus Urania*. Con todos sus grados y matices. A saber: Pederastia, Inversión, Afeminamiento. A saber: De la desviación a la perversión del instinto... Le interesa mi clasificación. ¿Vamos allá?

Primero —lo apunto en este papel—, primero, naturaleza de sangre. En ese apartado haría yo unas subdivisiones: por exceso, neutros, por defecto. Metería ahí dos arquetipos: el uranista de la hora orgiástica, y el aparentemente hombre de carácter. Cabe en la hora orgiástica distinguir: el ocasional; y el *eo ipso*, de exaltación fija.

Dicho así, puede no ser entendido a la primera. Convendría unos ejemplos. Esto es lo que le sugiero. Usted, en esa clasificación, incluye, como incluyo en la mía, los dorios que a lo largo de la vida fueron saliéndole al paso. Yo los tengo. En mi lista mental. Es inútil que dé nombres. Usted no los conoce; no adelantamos nada. Más bien, tipos. ¿No le ha entretenido a usted el juego de las caras? Se necesita de

inspiración: instantes en que va uno viendo al prójimo y lo va clasificando en unas, pocas, caras conocidas.

¿De acuerdo? El marica de naturaleza de sangre, por exceso, en la hora orgiástica, es el que denota su pecado nefando en una borrachera, por ejemplo; en todas las borracheras. Pero sólo en caso de borrachera. Su actuación, no bebido, es normal. El marica de naturaleza de sangre, por exceso, que en apariencia es hombre de carácter, está muy descrito: Vautrin, de Balzac; el barón de Charlus, de Proust; el invertido que públicamente maltrata a los que ama: efebos, especialmente.

Y en ese apartado mismo de la naturaleza de sangre, tiene usted los neutros. Hay el neutro absorbido y hay el inmoralista. Un inmoralista es el curioso de la aberración, el obseso sexual, que hace a todo, metódicamente; clínicamente, se diría. Inscriba usted escritores, periodistas de genio, procuradores del amante de su mujer.

Le digo un nombre de literato, por cierto que ha partido para Rusia, habrá ido a la muerte de Gorki, y veremos qué se trae de allá, porque es, ya habrá adivinado de quién le hablo, Gide, André Gide, la mente más lúcida de Europa; pero mente crítica; y a los efectos de nuestro *código*, ¿o será no sólo paciente?, ¿un bardaje, maricón por inmoralista?: por el «amok» del saber.

El otro, en el cuadro de los neutros, es el absorbido: el muchachito nunca salido de las faldas de la madre. Los ejemplos se le multiplican. Y en estos lindos por naturaleza de sangre, deberíamos considerar el caso defecto: los refinados. Orgiásticos, arrogantes, inmoralistas, absorbidos, y refinados. ¿Le entretiene? Pues, claro que los habrá visto, o los verá usted cualquier día, en cualquier rincón del mundo...

El ocasional, pero de ocasión previsible, bebedor, hipertenso; el vestido de varón, maduro en años, de gustos cultivados, que atormenta a los jóvenes y de quien jamás nadie sospecharía ese lado niffo; el curioso, que desea conocer la cara oculta de la luna y, de paso, obtiene un beneficio; el huérfano de padre, y con madre varona; el delicado, por la vertiente venusina que le da su naturaleza, alegre, ingenioso, que cita a los hombres —aquellos que le agradan— en femenino...

¿Cree usted? Me compromete, me exige un rigor que no había calculado en estos divertimientos. Y cuidado que lo traigo pateadísimo... ¿Ve que todas las noches, casi siempre a solas, me paso horas en el café, ¡Gran Café!, y escucho, y miro? Si alguna vez en una conversación del tema se encuentra cogido, avíseme: le doy nombres. Ahí la prueba es la evidencia.

Pero no veo solución. Es un error, ¿de naturaleza?, de perspectiva. Ya sabe usted la anécdota del chino que nos visita y, a la despedida: «Muy bien, muy bien —dice, resumiendo sus impresiones—, lo único que me parece raro es en ustedes la forma de los ojos». Ante la mujer, el uranista, si fuera él un dios, haría de ella lo que Neptuno hizo de una ninfa: transformarla en hombre.

Y el varón normal enjuicia al uranista, según épocas; hay épocas de condena, hay épocas de lasitud, de un cierto relajamiento de las convicciones. No condeno. ¿Mi

postura? No desprecio. No tolero. No compadezco. No me río. ¡Oiga usted! No me río.

¿Quiere que continuemos? ¿Va a tomar notas? Hemos paseado el panorama de los nefandarios por naturaleza de sangre. Entraríamos ahora en el segundo gran grupo: súcubos por naturaleza de suelo. ¿Sí?

Subdividimos: el mariquita local, que puede a su vez ser reconocido, el marimarica de cada pueblo y de existencia tan lógica como la del tonto del pueblo. ¿Quién no lo identifica, si es del pueblo? Y que ejerce, sin rebozo, pero no en su localidad; o si un día falta a esas elementalidades, será con tonto, ebrio, paria, algún irremiso; y se verá mentado y cencerreado sin excusa alguna.

También local, sólo que insospechado, tiene usted el garzón, que es profesor, por ejemplo, o militar de novia en plaza, y resistentes al matrimonio; el descubrimiento se produce por suceso ajeno que los complica y que no es de peinados; causan general sorpresa y abandonan el pueblo, por corruptores. Entonces, en el caso de que hubiesen tenido novia, la gente se explica el que rompieran relaciones; la moza se deja decir que ni la tocaba: con lo que aparece víctima, justificada y pura.

No hemos concluido la serie de adamados por naturaleza de suelo. Vendrían aquí los callejeros. He dicho el muñeco local; pues, ahora, el callejero. El cual es activo o es pasivo. Puede el activo llegar al ejercicio del secuestro de sus deseos; secuestradores, de común sorprendidos por la rareza de sus costumbres y la sospecha de que se hallaren, digamos, en una conspiración.

Los pasivos, usted los habrá visto de bar en bar, a estas altas horas de la noche, empinándose, en las puertas de vidriera, a la caza de sus maltratadores: acaban gustosamente violados; y bien que de cuando en cuando, corridos a golpes, con toda impunidad.

Placer infame, con su tanto de jactancia como de vicio, y que asume al hastiado y el libertino y el de inclinaciones desnaturalizadas y de esta o aquella anomalía.

Y en fin, los amariconados por naturaleza adquirida. Si en la sangre influía el temperamento, y la naturaleza de origen en el suelo, aquí se debe contar con las circunstancias de profesión o de estado o relaciones.

Una profesión vanidosa, pródiga en sarasas, es las tablas. En sus tres grados: creadores, divos y comparsa. Parece consustancial, de necesidad en los comienzos, o de rito. El artista popular hace el sacrificio de la integridad viril en la resignación primera con que, de ser mujer, entregaría su virginidad a la mayor gloria del arte. Lo exige la vocación: el arte. Y contagia. Se extiende como leyenda al frecuentador de espectáculos; modistas de tercera y otros de parigual índole, secundones, ayudantes.

Por razón de estado, creo posible, de una parte, encasillar a los de función pública: los sublimados en el ejercicio neutralizante del poder; cierto que a cuántos líderes se les atribuye el vicio por necesidad denigratoria de partido... Lo grave del acaponado político es que hace escuela.

De acuerdo: no que haga escuela; pero es seguido por sus representantes,

corrosivos, a los que une la clave del lenguaje esotérico propio de todo clan. Y no me olvido del estado en sentido estricto: familiar. Subdividiría: los angélicos, los impotentes.

El angélico es el giocondo, el adorado; quien tal vez contrae matrimonio con mujer varona que por amor y adivinación del esposo va tornándose hombruna; feliz él, protagonista de sus bodas blancas y organizador de exposiciones de folklore y arte, alma delicadísima. ¿No sabe que a nuestro gran poeta gitano en esos lavabos mismos se le insinuó un tipo, y que el poeta, airadísimo, le rechazó?

—Pero, cómo —dijo, sorprendido, el otro—, ¿es que no eres...?

—Por eso, imbécil: lo que me gusta es los hombres.

Y el impotente, el encuadrable en el caso Enrique IV, tan audazmente estudiado estos años por el doctor Marañón. ¡Ah, de éstos, en el campo de las letras, encontrará usted hasta la muchedumbre! Todos los que le bailan el agua a César, merodeadores de Eve; siempre hay en su casa acogida y despacho para secretarios de ocasión; cama para amigos de noche alegre. Es el de tercer hombre de alcoba.

No se lo niego: soportan el desprestigio social. ¿Le parecen a usted faltos de hombría? César. El grande. El César. Puede que lleve usted razón: ya no se es a un tiempo César y marica. No era hombre de defectos, César, Julio César. Sí de vicios: el marido de todas las casadas y la mujer de todos los maridos...

¿Que es lo más divertido de esta noche? Lo celebro. Vamos a terminar. Mis estudios concluyen con los cazoleros por relación: ya satélites, o putos simplemente. Cualesquiera de los clasificados extiende su mancha: forma discípulos, o compañeros de viaje; equipos del gran fileno. Se les descubre por esas relaciones mismas.

Y por su reacción ante la escatología del lenguaje de otro, conocido, que, ajeno a toda sospecha pero en la servidumbre del español, incapaz de acabar una frase sin colocar el ripio de un reniego, ¡ajo!, y que le sirve para sustituir el término preciso cuando no acude y así no vacilar, como Blasco Ibáñez, de quien se dice que, cuando se ponía a escribir, trabajaba sin descanso, y al tropezar en una palabra no se detenía:

—Sí —contaba—: cuando no encuentro la palabra que necesito, pongo una exclamación, ¡caño!, y paso adelante. Y después, cuando he terminado el libro, busco todos los ¡caños! y los reemplazo por la palabra que me conviene. Y me ha sucedido no haber espulgado bien el manuscrito y haberse ido a la imprenta con algunas de esas groserías... ¿Piensa usted que los lectores lo advirtieron?

Se valía de los ¡caños! para conseguir el ritmo propio, de períodos acompasados a la respiración, que ése es el fundamento, creo yo, del estilo. Me viene a la memoria esta frase de un texto de Preparatorio:

«Con el ritmo de la respiración; el oído, que rechaza la palabra no armónica, exige el fonema cabal de cada período...».

Pues, a cualquier satélite se le dice:

—Te he dado tal cosa, coño.

Y contesta:

—Pero, hombre, no seas mal hablado.

—Si te digo que te he dado tal cosa.

—Bueno, pero quédate con lo otro: yo no lo necesito.

Y a usted le dejan estupefacto. Y, ya está: el puto. Puede usted cerrar la sinopsis, porque el puto, pasivo por interés, el que comercia de maridoso, se corresponde con el primer tipo de nuestra clasificación: el marica hombre de carácter. ¿Qué tal?

Me he sentido muy triste. Porque estábamos en La Mota. Valle-Inclán en alguno de los esperpentos, espere, el titulado *Esperpento de los cuernos de Don Friolera*, pega este grito:

—¡En el Cuerpo de carabineros no hay maridos cabrones!

En La Mota, señor, no he tenido noticia de la existencia universal de los maricas. Caso extraño, ¿verdad?

No, yo no he encontrado en La Mota ni referencia de aquellos hombres-mujeres, descendientes de los habitantes de Sodoma, que fueron perdonados del fuego de los cielos. Porque estábamos hablando del cielo. ¿Cómo? *Las brujas* era función a la mayor fiesta de la Patrona; yo entraba y salía, en mis visitas al señor arcipreste: se hablaba de política, pero política de Dios: las derechas, el partido *in hoc signo...*, bajo el signo de la Cruz.

Y ésa es mi tristeza. Tristeza de la noche de la oración en el Huerto. El alma triste hasta la muerte. No hay otro problema; es el problema del hombre; y mi confesión, que no elude este problema, rodea por no hacérsele a usted desgarradora. Por no clamar: aquí tiene a un hombre sin esperanzas.

Sin ni siquiera en crisis: católico oficialmente, por dos razones: una, la segunda naturaleza de quien se sabe español; otra, la conciencia del daño a los demás. Si no hay Dios, yo soy Dios... No. No todo me es permitido. Si no hay Dios, yo soy nada. La muerte que me acompaña, y que me está viviendo desde la hora en que nací, es la muerte absoluta. ¿Entonces?

El motor de mis actos es el sentimiento de una vida frustrada; en esa manquedad, ahí, en el caso de la tesis, por darle a usted indicios, puede que se encuentre la raíz de mi descontento. «Como un amar sin ser amado y un como dolor que sentimos en miembros que no tenemos». Es —el descontento— ese echar de menos lo que no somos, el reconocernos incompletos y inútiles. Nuestra Señora del Descontento, mi advocación.

Pero, todo ello, ¿qué es ante el problema problema? El descontento lo resolvería el hombre indotado para el olvido, con una resolución heroica: se lanza. Prueba de nuevo. Prueba de mala fe: va al triunfo sin reparar en medios. Es, si triunfa, el Tiburón. No estoy seguro de mi porvenir. No estoy como para solemnemente afirmar que, puesto a tiro, me recuse de un papel de tiburón.

¿Y qué? He ahí el problema. Parecía haberlo resuelto, y sigo sin soluciones. Con la muerte dentro. Con la absoluta. La incredulidad: ésa es la situación ante la nada. Porque no hay remedio. En esto no se finge. La religión es asunto indosable;

personalísimo y críptico; asunto entre cada hombre y la divinidad. Guarda uno las formas por respeto a la dicha ajena. Felices los que creen. Y afortunados: si al final no hay vida eterna, tampoco se enteran. Así calcula el hombre tiburón.

El problema de Dios es para mí problema de vida. La moral natural me basta: no robo, no mato; miento, apenas; un poco a mi realquilado, ¡qué quiere usted! Pero me basta: respeto a los demás. El problema de Dios es el hombre ante la muerte. ¡Ay, temo cansarle! Y, sin embargo... Mi confesión no está completa si no le hablo de aquello. Entramos en la última fase: las postrimerías.

¿Sabe usted que la tierra, nuestra tierra, es propicia a las brujas? Lo sabe por historia. ¡Ah, y alguna leyenda: la noche de San Juan, en que las brujas andan sueltas! «La noche de San Juan» se titula el tercer canto de *Las brujas*, representado aquella noche en La Mota. ¿Se lo dije?

En esa representación corre el tema de la bruja, la «veora», la que ve por dentro, la que adivina: el caso que se da lo tuve entre los más abominables del despacho. El último de mis negocios de La Mota. Un tema de brujas: de amor y muerte. Lo seguí desde aquí, ya instalado con Galiano.

Le hablaré de ese negocio. Para mí que fue consecuencia de aquella noche. Al teatro en La Mota, de tan escasas ocasiones al año, acude el pueblo entero. No sé cómo se las arreglan, porque el teatro en sí, el local, es pequeñísimo. Pero todos, al día siguiente, a lo largo de la semana, no se hablan de otra cosa. Y ¿se encontraría en *Las brujas* aquella noche la madre de Elisa?

No sabe usted quién es Elisa. Comprendo. De Elisa y las brujas habría tela para cortar. Esa constante extremeña que viene de los iluminados de Llerena y que tiene raíz doble: de religión, de hipocresía. La religión degradada, la superstición y la hipocresía.

Admita que, de momento, le traiga un caso para necesario contraste. Había en La Mota un matrimonio joven, muy trabajador, atractivo. Y raro: un matrimonio de químicos. Pusieron laboratorio, a raíz de la muerte de Jacinto Rivas. El laboratorio que doña Manuela, viuda de Rivas, soñaba para el hijo. La Casa Grande, la casa de los Rivas, está marcada. No hay casualidad. Las situaciones se repiten y a eso llamamos el destino.

Todavía los dejé en La Mota. He sabido la noticia con dolor, con estremecimiento. Era mucha mi admiración de los Mariscal. Se llamaba ella Magdalena, química. Él, también químico, se llamaba Mariscal: Raimundo Mariscal. ¿Los unió la química, el estudio? Procedían de Astorga. No tuvieron hijos. La naturaleza es sabia.

Cuando Raimundo enfermó, el médico de cabecera mandó unos análisis y quiso que los análisis los hiciese un compañero, en la capital: Alcándara. Magdalena tomó el dictado médico a delicadeza. No se inmiscuyó en el diagnóstico.

Llegó el análisis, bajo uno de los tantos sobres del correo de Alcándara. Abrió el sobre en un acto de automatismo. Leyó. La fórmula daba leucemia. Y hasta entonces

no se había ido al nombre del paciente: Mariscal.

¡Terrible! Cuando Raimundo Mariscal murió, Magdalena encontró en un texto marginado por él, día a día, el proceso: «Martes, 28. Me quedan tres meses...». También él había conocido su enfermedad. Y había silenciado. Uno y otro, con el secreto royéndoles el alma; uno y otro, en esfuerzo heroico, por no denotar lo que sabían. Ocultándolo, engañándose los dos, hasta la muerte. Uno y otro... Señor: hay algo que hace más hombre al hombre.

¿Ha observado usted que únicamente la muerte despierta nuestros sentimientos?
Cómo queremos a los amigos que acaban de abandonarnos, ¿verdad?

ALBERT CAMUS
La caída, 1956

BIEN. Esto se acaba. Ahora va de verdad. Es el apagón del aviso primero. En La Mota llaman a misa, la misa cantada, con dos series de toques: tres, de campana; tres, de esquilón. Aquí empiezan por el recado, de mesa en mesa, de los camareros; viene luego el apagón general, momentáneo; otro par de apagones y unas palmadas. Y a lo último, cuando ya bajan el cierre y lo dejan a medias, quien no quiere irse no se va.

Ya ve el caso que hacen, allí, aquella columna. Todas las noches el mismo número: un poeta pasado, ¡cuánto me atrae Carrere!, Emilio Carrere estas noches de entre primavera y verano, ¿sacará su capa? ¿Se figura usted sin capa a Carrere? Pues un poeta de la escuela Carrere, un bohemio, se pone de pie en la silla y canta a la luna.

Es gran tipo. Hace unos días, en la calle, con otro de su edad, mayor acaso, organizó un escándalo divertido: simuló un desvanecimiento; el otro le daba aire, gemía, le llamaba hijo, desgarradoramente. Fue el público arremolinándose; reclamaban una ambulancia, guardias; crecía de gente el alrededor. Y entonces, el poeta padre, de súbito:

—¡Bueno! Vámonos para otra plaza.

Y se marcharon del bracete, muy serios, a paso lento, increpados por la multitud...

Ahora ahí aplauden. Pues ya verá. No falla. Inmediatamente, en la columna pareja, se yergue un joven, de melena y chalina, y recita su réplica. El que vale es el muchacho, juzgue usted. Parece como si fuera convenido con la empresa. Es cuando dan el segundo aviso. ¿Ve? Todas las noches la escena se repite: el bohemio grotesco, el émulo adorable. Sólo que ellos, protagonista y comparsa, se lo toman en serio. Pero que muy en serio. Ya tienen para el resto de la madrugada.

¿Las de La Mota? Inolvidables. Más de un amanecer desperté a Catalina. ¡Éramos tan jóvenes! Nos entusiasmaba el dormir juntos y el no dormir. ¿No dormíamos? ¡Maravilloso! ¡Arriba! Salíamos al campo; subíamos media sierrilla, tiritando de frío y de ensueños, y acechábamos en las altas breñas la aparición del sol.

Hay una hermosura impar en las amanecidas. Catalina es guaraní. En su lengua, elemental y canora, las gradaciones del amanecer cuentan con vocabulario propio muy matizado. Y es idioma parco; no tiene artículos, por ejemplo. Pero se demora en el nacimiento del sol. Déjeme ese papel; le anoto el «ralentí» de una clarecida: alba, *co'émbotá*; cuando la noche palidece, *coé-yu*; al rosiclear, *coé-pytangy*; al ir reverberando el sol, *coé-ti*; el clarear del todo, *coé-soré*; y salir el sol, *coé-mbá*.

¡Catalina en La Mota! ¿Sabe usted con qué ilusión iba yo de Madrid a La Mota hasta que logramos abrir casa en Madrid? Era un permanente estado de bodas; una noche de bodas cada amanecida, que es cuando llega de Alcándara a La Mota el coche correo, donde siempre hay uno o dos viajeros que consiguen meterse y empalman con la terrible noche de tren. Seguro que también a ella le entusiasmaba la ruta contraria, tan llena de peripecia. Recibir en La Mota un telegrama que yo había puesto, porque, no sé cómo íbamos a vivir en Madrid, en una pensión, cuatro días,

pero el otoño se prolongaba, cálido, y se me hacía inhabitable este mismo delicioso paseo de Recoletos, sin ella junto a mí.

Tenía que agenciárselas para trasladarse a la capital, Alcándara, etapa la más imprevisible y enojosa. Ahí volvíamos a ser el forastero. Si un día me tocaba asistir, profesionalmente, actuar en uno de los juzgados del partido, y pedía una bestia, aparte de que la tal montura fuese en definitiva penca, matalón, o mulo falso, o hasta borrico, insuperable en la sierra pero mostrenco, al que había de picar en las agujas para que no se parase, las resistencias al préstamo eran ofensivas; los comentarios, crueles:

—¿Qué se habrá creído? ¿Por qué no tiene él caballo? ¡Y vería si le gustaba que se lo pidieran!

La cicatería aldeana se cebaba. Mi situación no me permitía medios propios. ¿Coche? No había en La Mota sino el de línea, por Centenera, y el correo de Alcándara. Ni los Pachecos tuvieron automóvil. Sí que birlochos, tílburis y calesas. Al venirme de allá es cuando empezó a motorizarse la sociedad moteña, ya ve usted.

Aparte de que, en automóvil, lo normal sería no llegar nunca, no llegar a tiempo: la carretera, estrecha y dura, es un rosario de baches; los pinchazos se sucedían en el curso de cada viaje a la capital, de modo exasperante. Yo hice la ruta, en taxis de Alcándara, y llegué con una rueda llena de pasto, o una soga alrededor de la llanta.

Todo eso es lo de menos. Quería significarle a usted las dificultades del forastero en La Mota: la hostilidad en torno. Tropezaba usted, si ya el marido se avenía a dejarle cabalgadura, con la mujer de ese marido: o mandona o histérica. Provocaba usted el conflicto. Y no insistía.

Yo no he conocido una sola mujer cabal en La Mota. ¡Mire que las chiquillas son finas: guapas, delicadas! Naturalmente, analfabetas. Llegan a la madurez y ni a una sola he visto sin achaques: o les dolía la cabeza, jaquecosamente; o los riñones; o no sabían el qué, y eso era lo grave. Sensitivas, ¿verdad?

Lo que pasa es que en los pueblos la mujer lo hace todo: trabaja como una mula; y luego viene el desahogo, todas comadre, al acecho las horas muertas, despellejándole a uno o previniendo a la mujer de uno:

—¡Ay, señora, que no sabe usted lo mala que es la gente! Aquí tiene una que andar con cien ojos, porque ¡hay cada crítica!

¿Lee usted los artículos de Julio Senador? Fue notario en nuestra tierra; observa como nadie. Mira, y copia. Escucha y copia. El motense es muy pagado de su prestigio: es como un catedrático joven de universidad. Y le da o le quita ese prestigio el consenso general de la motensería. No lo dude. Usted ¿propone una reforma?

—Aquí lo que hace falta es dinero.

Refiere usted un acontecimiento, algo curioso:

—No cuenta más que mentiras.

No hace usted caso, y hay una burla continua de su candidez. Le asan a peticiones, eso sí; o aprovechan de verle en el casino, para una consulta, que no

puede uno decir la estudiaré, porque nadie le ha encomendado el caso y, además, pues ¡vaya un pozo de ciencia!, y que al fin uno les resuelve, de momento, y gratis.

—¡No le cobres el café! —conceden o, a voces—: ¿Se toma una copita?

En la cripta, aquí en Gran Café, seguro que todos esos irregulares que se apiñan, al fondo, y de los que antes tomamos pretexto para nuestra clasificación de un estatuto nefando, se refugian y principia para ellos la gran velada: la noche inacabable. El hombre, con lo que más goza es con una copa delante y la noche, la entera noche para hablar.

¿Que prefiere usted un paseo? Conformes. Me da la sensación de que el cielo ha quedado limpio, sereno. Tampoco es para sorprenderse: estamos en verano. Justamente ahora, en el paso del 21 al 22 de este mes de junio. ¿Eh? Sereno y templado. No sé qué voy a ir haciendo por ahí con el paraguas.

Nos podríamos acercarnos a Sol. Si no le cansa. Figúrese lo que habré andado allá en La Mota. ¡Y por qué calles! Pasear aquí es pura delicia. Verá usted, lo veremos, el Universal, y Colonial, y café de Levante, pobladísimos. En fin, todavía se podrá hablar lo que nos quede por hablar de un forastero en La Mota... ¡Andando! Usted primero. Pase, pase usted.

La muerte de mi madre me sacudió de arriba abajo. Y, con todo, esa muerte no me afectó más que al sentimiento. Murió mi madre en mayo. Venía yo de visitar a Catalina; un caserío junto a la raya de Portugal. Habíamos, en despedida larguísima, andando, andando del caserío a la salida del autobús, acordado el casamiento. Fueron unas jornadas pasionales; muy intensas para mis relaciones con Catalina. Inmediatamente me dispuse a la terminación de la carrera: los últimos exámenes.

Mal que bien, acabé: licenciado. Estudiante yo de los primeros cursos, practicaba en una de las notarías de Alcándara. Inútil; no aprendí lo más mínimo de procedimiento. Y se trataba de pasar en Procedimiento. Tuve luego ocasión de trabajar en bufete amigo, rematada la carrera. En ésas se me fue el verano. Pero en verano hay desestero en los Tribunales, se suspenden las vistas. Fui al ejercicio, directamente, confiando en procurarme la formación por la práctica de cada día.

La vida con mi padre, viudo, se me hacía de lo más difícil. Tampoco yo contribuía con ningún ingreso a las necesidades de la casa. ¿Sabe usted en qué se me iba el tiempo? Leía. Recibía carta diaria de Catalina, carta desde la misma Alcándara, de casa a casa. Teníamos un botones, un cromo. Yo era caprichoso: mis dinerillos personales me los gastaba así. Soñaba.

Catalina habría de marchar, al término del verano; continuaba al frente de una escuela de niñas en la frontera. Yo no podía seguir otro curso yendo y viniendo, como si tal, ni en casa de mi padre, tan afectado por la viudez. Era preciso acelerar los trámites, regular nuestra situación. No pensarlo: casarse. Enteramente dispuestos, felices, pero como quien se arroja al agua: sin más. Y nos casamos.

Fue una conmoción, para los dos, y un disparate a los ojos de la familia. ¡Qué se le va a hacer! El dueño del café de la compañía de aficionados me prestó para documentos. ¡Insólito!, dice usted. Procuraré que el caso no se repita... Me refiero a los hijos, mis hijos. Me lo he prometido. Es niñería hablar de casamiento de unos hijos que andan ahora por los cuatro años, menos, tres años y recién cumplidos. Ya comprende usted: lo que hago es transportar el propio caso: no intervendré, no me opondré al casamiento, acertado o inmaturo, de mis hijos.

Por lo demás, en nosotros, con los entorpecimientos de costumbre, ¿atinaban? Ni impidieron la boda ni aun lograron, si es que se lo habían propuesto, retrasarla. Sí que nos dejaban a la intemperie. Ante la vida solos, escandalosamente jóvenes. Bueno, mire: casado, mi padre hubo de otorgar un poder a mi nombre para la liquidación de la herencia de mi madre y la venta de unas fincas comunes; me emancipó, al fin; fui mayor de edad por escritura pública. Sin medios. No es una frase: ni camisa que ponerme.

Vivimos, de momento, en casa de mi suegro. Nos pareció mejorar trasladándonos a la de mi padre. Imposibles una casa y la otra casa. Fue entonces cuando me arriesgué. Cuando, forastero en mi casa, subí a La Mota; abrí bufete en La Mota.

La peripecia principiaba. Me he jurado ser esto: mi destino; fiel como un personaje de tragedia griega. No sé, en la literatura griega, si hay esa situación, esta pieza trágica: el Forastero. Digo, protagonista. El Forastero, claro que es personaje, y desencadenante de situaciones mil en la vida helénica. Alquilé un despacho en las peores condiciones.

Iba a La Mota. Venía de La Mota. Las horas en el consultorio me las pasaba solo, y en cuanto se echaron encima los fríos de la sierra, aquel otoño temprano y duro, a la soledad se le llegó el acompañamiento de una miseria humana: la jaqueca. Terribles dolores de un intoxicado por la combustión del brasero de encina, de tarama mal quemada.

Ya sé, los diccionarios no lo recogen, pero en la tierra se dice así: tarama. Jamás, ni antes ni después de esos braseros me ha dolido la cabeza. Se me ocurrió hacer algo que no fuera lo que un hombre puede hacer en un despachito oscuro al que nadie asoma: solitarios. Me llevé una baraja y no tendrá a cosa de arrogancia el que le diga: soy diestro en el arte de los solitarios.

¿Quiénes, hoy me pregunto, podrían acercarse al abogado nuevo? Era plaza saturada: letrados, unos, viejos en el ejercicio; otros, de familia situada. Solventes todos. Yo estaba casado, yo disponía de un poder de emancipación legal, yo no era mayor: no era aún hombre. ¡Qué locura! ¿Qué grado de confianza iba a ofrecer a quien pesa y mide y calcula y consulta, antes de meterse en pleito? ¿Qué especie de clientes acudirían a mí?

Ahora, con la distancia, con los años, veo lo increíble de aquella posición. Porque, en efecto, caían por mi despacho. Yo escondía la baraja... Esto de la baraja no lo tome en serio; no es que invente, ni que esta noche use con usted de broma

alguna; escúcheme: ni una sola de las palabras que le he dicho se apartan en mi intención, en mi conocimiento, de la verdad, «la áspera verdad»...

¿Por qué ese énfasis? «La verdad, la áspera verdad»: son palabras de Danton, el lema que toma Stendhal a Danton, para *Rojo y Negro*. Lo del naípe me duró unos días. Yo puedo ser un apasionado. Pero serio. Las horas de soledad de mi despacho empecé a llenarlas; se me iban en el estudio. Llegué a enamorarme del Derecho. Y eso, es de reconocer, eso, reconozco, es lo que le debo a La Mota.

Pues, en efecto, acudió algún cliente. Pero casi todo lo que me entregaban lo hubiera hoy estimado inaceptable. Entonces, en situación no sólo de indigencia, de inseguridad, ¿me estaba permitido elegir? Mi temperamento, acaso, ¿mostraba disconformidad con la elección imposible? Me hice cargo de cuanto enredo apareció por el bufete. Aun de economía más desahogada, como por una desgracia tuve ocasión, al poco tiempo, de comprobar, también habría tomado el encargo de cuanto defendí.

Derecho puro. Los que venían al forastero eran el descontento, el inadaptado, el repudiado por mis compañeros, los señores de La Mota. Una casa de Banca más inteligente que la Sandes me pudo salvar y quizá evitarse el escándalo de aquel desfalco de su cajero, hombre de confianza. Mire, el Sandes menor es un cretino; llevó una temporada la caja. ¿Sabe lo que hacía? No recordaba la clave de la caja. Y sólo se le ocurrió esta fórmula mnemotécnica mágica: escribir en la propia caja los números de la clave para abrir la caja...

Había en mí posibilidades; me veo, apartado, miro como si yo fuera otro, y le digo que yo tenía juventud, no sólo de edad, alma joven; tenía entusiasmo. Recién salido de las aulas, mi práctica era nula; mis conocimientos estaban a la última.

Pues, todo me fue una sucesión de actos reprobables. En el ejercicio de la profesión y en los primeros pasos. Primeros y últimos, que en cuanto vi un respiro escapé. Del pueblo escapé; de mi vida. Todo, la mínima alegría cotidiana, el dolor y la suerte, me eran de estreno. Había de padecer las disciplinas, las durezas de la existencia, naturales al novicio. Acepté. No me paré a pensar en lo injusto de que también esas durezas le tocara sufrirlas a los míos: Catalina.

Salía Catalina de una vida burguesa, más o menos de casa en caída, y ahora, a ella le correspondía, ¿por qué?, la peor parte: el no aprecio de la sociedad, insufrible cuando se pone insufrible, de los situados; la estrechez económica. ¿Me escucha?: la trampa. ¡Ah, no puede usted figurarse lo que eso es para el forastero, el hombre de quien nadie quiere, de quien nadie se atreve a responder!

Fueron tiempos de temporal, crueles. Y es ahora, aquí, a salvo, cuando lo advierto. Enamorados jovencísimos, acatamos hasta con ilusión aquel contigo pan y cebolla de las admoniciones familiares. La vida toda por delante, nunca se nos representó amarga tanto como en el fondo era. Quizá no del todo amarga. No había un humillado que en nosotros no encontrara portal y brazos abiertos.

¡Qué quiere usted! Si pudiera poner un punto de orden, aun repitiéndome, en este

relato, haría incluso para mí un balance, rapidísimo, de mis asuntos de La Mota.

Nos habíamos casado en la intimidad. La muerte de mi madre, y el consentimiento más que forzado de las familias, se conjuraban para suprimir toda ceremonia. ¿Cree usted que nos importó? Catalina no ha ido a su noche de bodas con traje de novia. Nuestra base partía de los regalos de esos cuatro amigos que nunca, ni en ocasiones como la nuestra, tan desaprobada, faltan.

Vamos a ver. Me acerqué a La Mota, y no es fecha que se me olvide, al final de las fiestas patronales. Celebra La Mota su día bajo la advocación del castillo, la aparición de la Virgen en el castillo, cuando la Iglesia propone la conmemoración de la Natividad de María.

No iba yo a misa, esas misas de hombres fuera del recinto, pero no podrá usted decir que, en punto al santoral, me expreso muy alejado de las tradiciones. Le hubiera dicho, sin más, el 8 de septiembre. De manera que el 8, día mayor, y otras dos fechas, 9 y 10, de fiestas no estrictamente religiosas. Llegué, pues, a La Mota el 11 de septiembre de 1931.

¿Usted ha visto un pueblo que aún no se determina a estar en el siguiente día? Tristeza infinita. Suciedad. Desánimo. Y algunos secretos en el mocerío, algún arreglo de parejas, de una dicha invisible para casi todos; imagínese, para el forastero. Arribaba yo, forastero, y a quedarme, en el momento de cierre de esos tres días de hospitalidad, de acogida al extraño. ¿Se podría haber entrado con peor pie?

Yo ahora no recuerdo qué era de la semana aquel 11 de septiembre. En la fonda, el fastidio se hacía general, el agotamiento. El zafarrancho enloquecía al recién llegado. Encargué unos anuncios en la imprentita, *La Opinión*, el influyente semanario de La Mota. Entonces sólo salía *La Opinión*, una hoja de artículos bobos y ecos de sociedad; no había aún nacido *La Luz*, de ideas contrapuestas.

Me pregunta usted, ¿qué ideas expresaba *La Opinión*? Y no sabría contestar esa pregunta. Yo me hice en la imprentita unos anuncios, manera insólita de abrir negocio en la milenaria, bimilenaria y mínima, ciudad.

Comuniqué en los juzgados mi alta. Y un procurador, un tipo al que siempre veo con su botellita de vino blanco al pie del asiento y el vaso vuelto sobre el cuello de la botellita, me consiguió un local: mi primer despacho. Ese procurador.

Le tuve en contra: obsesivamente, casi de cuestión personal. El despachito era de una vieja tía suya, una habitación, angosta, en una casita, de alquiler varias veces superior al de las casonas con escudo. Ya le hablé a usted de mis jaquecas, el brasero de tizones, de ese despacho.

Al cual iba yo los martes, día de mercado, cuando los pueblos del partido se dan cita en La Mota. Aguardaba, a la camilla, y hacía solitarios. Más adelante, seguí a la camilla y preparaba temas del doctorado. No aparecía nadie en el despacho. A la hora de almuerzo me echaba a la calle; daba una vuelta por el Casino, hablaba con la gente, almorzaba en cualquier tabernita, entre hombres y viejas de pueblo. Bebía. Tomaba café en Artesanos, recogía mis papeles en el despachito y me iba al autobús.

De regreso a la capital, ese autobús se detenía unos minutos en los paradores de la carretera, a la vista de mi pueblo.

Había partido, en el autobús, casi de madrugada; y tornaba entrada la noche. Envidiaba al capellán de las monjas, que se lanzaba por aquellas carreteritas, de tercera, cerradísimas, en motocicleta: moto. Se moría en moto. Se mataba, impunemente, en moto. Aún duraba, en los aniversarios, en la conversación, el recuerdo luctuoso de Eduardo Dato.

Hablaba yo en público, en una vista, y las reseñas aludían a la elegancia de ademanes de aquel político: Dato. De cuando en cuando, en los periódicos un suelto daba noticia de Casanellas, ¿se llamaba Casanellas, verdad?, uno de los pistoleros que asesinaron a Dato. Para la juventud, tenía la moto el atractivo del riesgo de la muerte.

¡Concho, me lo sé de memoria! A Dato le mataron el 8 de marzo del 21, el año del Desastre. Los pistoleros iban en moto. Eran tres: Luis Nicolau, Pedro Mateu y Casanellas. Ramón Casanellas, que logró huir, regresó a España al advenimiento de la República; y se estrelló en la carretera Barcelona-Madrid contra un automóvil: murió en moto.

A últimos de noviembre cayó en mi bufete el primer pleito. Un expediente de pobreza. Nada. Caso perdido. Pero bastante, para sostener el crédito que me había a mí mismo otorgado. Era cosa de pensarlo mejor. Y alquilé casa. No todo amargo, ¿ve? Teníamos casa. El día de la Pura, el 8 de diciembre de 1931, ya estábamos en casa; todos.

Todos, éramos Catalina, una muchacha de servicio y yo. Teníamos ya casa. El 9 se votaba en el Congreso de los diputados la Constitución. Recias inscripciones con pez envilecían en Alcándara los monumentos públicos; en La Mota, esas inscripciones, de parecida letra, de signo igual, manchaban los reservados de los establecimientos. Todo en España acababa de empezar.

La casa me encantaba. Nos la dejaron con algunos muebles, que ocupaban y no servían. Pero ¡viera usted qué agradecidos! Los estantes, por ejemplo, me vinieron muy bien. Y el gabinete: la sala de despacho de don Sancho Puebla, que fue senador del Reino, ejerció en La Mota, y una noche, en Madrid, se le alegraron las pajarillas en el teatro, con la segunda dama, y le montó un pisito de entretenida.

Ahí tiene usted. Un caso como el de José Julio, aunque sin París. Don Sancho no se escapó con su vicetiple y sus barbas solemnes de senador, ni volvió a La Mota. Murió meses después en el seno de la Iglesia, en Madrid, y a sus funerales asistió la comisión permanente y la grandeza de España.

Ya lo ha podido comprobar: no se me da el dibujo. No sé de qué pueden valerle esos croquis que mal tracé en el café. ¡Estuviéramos ante una mesa y, todavía...! Porque, ¿sabe usted lo que añoro? Aquella casa. Ciertamente que ¡habría usted de ver el pisito donde vivo! Allá en La Mota, la casa de los Pueblas. Las Pueblas; a la muerte del senador, la casa tomó el apellido en femenino de sus moradoras: doña Dolores, viuda de Puebla, y las hijas: Angustias y Verónica Puebla.

Me enamoró esa casa. La tuve por Catalina. Yo hubiera sido incapaz. Yo era de niño amiguito de Verónica. Iba de Centenera a La Mota, y me alojaba en su casa. Nuestra casa. Juntos... ya le contaré. Catalina, que para eso es fenomenal, desde la primera visita a las Pueblas se hizo idea de las posibilidades de que nos alquilaran la casa. Y nos la dejaron por nada, porque yo era Alonso, Alonsito... Catalina acertaba siempre, mire usted. Y le tendría yo que pintar aquí, pero ¿cómo, andando?, esa casa.

Salita con reja y al fondo alcoba. Me preocupa. ¿Se hará idea, así, mientras caminamos, por sólo la palabra? Ya he empezado mal. Vestíbulo y, a la derecha entrando, la salita. En la salita pasaba horas y horas Catalina, sin un quehacer, sin protesta. En la sala recibía las visitas de medio pelo. Una camilla a la reja, y ahí comíamos.

El vestíbulo sigue por un pasillo al jardín: mínimo jardín, enlanchado, triangular, con un naranjo de alcorque. Traspuesto el jardín, vienen, a la derecha, las cocinas, inmensas, de matanza; a mano izquierda, las bodegas, de nivel más bajo. Tierra de vinos, la bodega es en La Mota pieza principal: tinajería corriendo los muros y un techo en bóveda colgado de jamones.

¿Que lo va viendo? Es usted tan amable... Vestíbulo. A la derecha del vestíbulo, salita; al fondo de la salita, la alcoba; al final del vestíbulo, jardín; y a un lado y otro lado del jardín, cocinas, bodega. Hasta ahí, visto. En el arranque del pasillo y a su izquierda, las escaleras a la planta principal. Pero antes, del vestíbulo a la izquierda, abajo, los dormitorios, tres o cuatro, comunicados uno tras otro; de rejas a la calle.

Arriba tenemos ésta, que es la salita de las muñecas y que debíamos, condición imperativa de doña Dolores, mantener intacta, tal y como en la infancia de doña Dolores, la senadora. Su juguetería toda se vino con ella a esta casa, que fue la casa nupcial. Consiguió, ¡a costa de qué sudores!, que sus niñas no alterasen nada. Y ya era de fiar en Catalina, el dejárnosla. Porque sabía que Catalina se encontraba en estado y ¿qué iban a hacer nuestros niños venideros? ¿Y cuántos podrían venir? Se resistió. No arrendaba a nadie la casa, de la que estaba deseando huir por un respeto a la memoria del marido, ingrato y lloradísimo; pero no alquilaba precisamente por su cariño a la salita de las muñecas.

El gabinete era precioso. No hubo nada que tocar. Lo usé tal estaba, para despacho. En el gabinete, que era el equivalente al salón de las casas de ahora, celebré mis reuniones con mil cuidados de no herir, de no molestar a los graves varones ni escandalizar a las damas dignísimas, las varias generaciones de familia que nos contemplaban desde sus óleos, de marcos suntuosos ornamentados, entre tapices pálidos y miniaturas delicadas.

Pasillos y despacho conservaban, y por mí continuaron guardándolos, sus armarios de libros protegidos de alambreras, en que tal vez se inspiró José Julio Gozalo para el aseguramiento de los libros del Círculo cuando fue elegido bibliotecario de Artesanos. Pero, le aburro, ¿libros?

Si he puesto una punta de interés en reconstruir, aun al paso, de modo tan

elemental, la casa que ocupamos en La Mota, es porque esa casa aduendaba retazos de mi infancia: en esos divanes del gabinete, junto a Verónica, yo viví sueños felices, a la escucha del piano cuando mis idas, niño, a las fiestas de La Mota.

Y porque ahí, en seguida, vivieron unos días con nosotros Eve y César para el primer escándalo de mi estancia aquel mes de diciembre de 1931. En su honor abrimos puertas y balcones. ¡La vida es así! César, ¡cómo gozaba! A otro, le diría más la presencia de las cosas y el paso de las generaciones en aquel gabinete.

Tuviéramos un gráfico y aquí, en esta pared mismo le marcaba el rincón de la casa, el escalón de subida a la planta noble en que los habíamos alojado, donde sorprendí a Eve practicando las teorías del amor que les son propias a César. ¿Será un masoquista? Le incluimos en la catalogación de nefandos: naturaleza adquirida, estado de familia, tercer hombre en la cama. A veces, ¿me sigue?, he dudado; me ha recordado a veces los personajes del marqués de Sade. Pero ¡tan dichosos, mire!

De manera que no todo en La Mota nos fue amargo. Vuelvo atrás, y me confieso que los sociales hubieran sido más duros con nosotros. No estábamos en el cogollito. Y ¿el pueblo? Una tarde se nos presentaron cuatro amigos de Alcándara. Hombres y mujeres. Algunos, en pareja. Venían a nada. A vernos, a charlar. Y bebimos, cantamos, bailamos. A media noche, la casa nos pesaba; pues, a la calle.

Vimos, al paso, en una especie de cochera, una función de auténticos cómicos de la legua. Unos títeres bajo techado. Se representaba una escena vodevilesca: el amante burlado. Debió de hablar uno de los nuestros en voz más alta de lo propio. Reíamos. Estábamos felices, alegres. El pueblo rechaza la alegría, ¿lo ha notado usted? El gozo ajeno le ofende; rebaja su dignidad natural. Y se nos siseó. Como no callábamos, se indignaron. Éramos el señorito... El pueblo solemniza, toma las cosas en serio.

¿Asiente? Yo era en La Mota el hombre sin amigos.

Y todavía más grave: sin enemigos; no acababa de tener, lo que se dice, un enemigo. Don Josechu un día me leyó este pasaje del Nuevo Testamento:

«Desdichados de vosotros cuando todos los hombres hablen bien de vosotros».

Don Josechu encontraba situaciones insospechadas en su lectura de la Biblia. Bueno, para empezar, don Josechu es, curas aparte, me apura usted y le diría, incluidos, curas incluidos, el único de mis conocidos que se ha leído la Biblia de cabo a rabo. Del alfa a la omega, precisaría don Josechu. Cuando un año terminó de leerla, así, de Génesis a Apocalipsis, don Josechu se aficionó a ese ejercicio estimulante de buscar su versículo cada día y hacerlo empresa de su día.

Don Josechu descubría situaciones que ni me atrevo a repetir, porque admiro la Biblia y respeto a los creyentes. ¿No se había usted enterado? La Virgen ¿tuvo cinco hijos? ¿O serán siete? Dos chicas, cinco chicos. Lea a San Mateo. O recuerde: la dictadura condenó a una mujer por decir eso, aquí, en la calle. Y la mujer citaba a Mateo, 12, 46 a 50; y a Marcos, 3, 31 a 35...

¿Conoce usted los versículos 11 y 12, capítulo 4, de San Marcos? Se los puedo

recitar:

«Cuando se quedó solo, le preguntaron, los que estaban en torno suyo con los doce, acerca de las parábolas;

»y Él les dijo: “A vosotros os ha sido dado a conocer el misterio del Reino de Dios, pero a los otros de fuera todo se les dice en parábolas, para que,

»mirando, miren y no vean: oyendo, oigan y no entiendan, no sea que se conviertan y sean perdonados”».

—Sí, de memoria —alardeaba don Josechu; decía—: los he leído mil veces; me los sé; no fallo una coma. Tampoco tiene mérito. Lo que pasa, y a lo que voy, es que no hay discusión posible, colega querido: es el Evangelio. Verdades de Evangelio. Y punto.

Don Josechu hacía párrafo con esa expresión, reiterada:

—Y punto.

Pero yo en La Mota he sido el hombre de los actos reprobables. Yo admitía en mi despacho la defensa de los arrendatarios de rústicas, y eso me apuntaba a los enemigos de la propiedad. La Mota vivía aquel momento crítico, anterior a la ley de 1935, 15 de marzo de 1935, y todo hombre de posición se colocaba a la defensiva.

Lo que más podían estimar en mí, el talento de abogado, me hacía, de ejercerlo, más odioso. Indeseado. Y yo era muy joven. Yo no sabía que, muchas veces, la inteligencia está en no usarla. A ese desencuentro con el capital, venía a sumarse mi economía misma: me iba entrapando, ¿qué quiere usted? Dilapidar, no; vivía. Con sólo malvivir, uno se entrapa.

Fui abogado de los contrabandistas de la sierra: servidores de la droga, los socorristas de Alberca, *Almirante*. Se me echó encima la familia del morfinómano. Se me pegó, en sus últimas, se me hizo amigo y a punto de socio Carlos Bazaga, desfalcador. Mi sentimiento, mi colocación junto a los maleantes, me presentaba a los ojos de La Mota de cómplice casi. Y no vi; hasta años después yo no sentí el escalofrío de aquellos compromisos.

Ya es bastante, dirá usted. El hombre quiere su propiedad; la aprecia más que a su vida; pospone la vida, la arriesga, en defensa de la propiedad. Pues, ¿la moral? A estos efectos, entiendo por moral las convenciones en sexo, amistades, respeto público. De entrada, los días de Eve en La Mota eran para aniquilar a un trapense. No pensará usted que aquellas salidas, aquella nochevieja, quedaran en el olvido. ¿Y qué se diría la sociedad moteña de una familia así?

Tuve después dinero. Mi padre dejó unos miles de duros en un cajón de la mesa de su despacho. ¡Caja ideal, amigo! Me daba fuerza ese dinero, ese respiro. Mi padre había muerto a finales de agosto de 1932. En las fiestas de La Mota aquel año, de la primera a la segunda semana de septiembre, llegaron mis amigos, los cómicos; yo me eché un pañuelo blanco al cuello y aparecí en el teatro, junto a las candilejas. ¡Ah, no guardé luto! Y aun me quedé entre los cómicos, de baile, acabada la representación. ¿Sabe? Y bailé. A los pocos días de la muerte de mi padre, bailé. Sin Catalina, que

tampoco me absolvía. Catalina en silencio, dramáticamente. Por la primera vez, al borde mismo del rompimiento.

Otro paso en falso, la amistad pública, por las calles y paseos, con el notario y la monja: ¡del brazo, la mantenida del notario y Catalina! ¿Cómo es posible? ¿Condenaban al notario? ¡A mí, señor!: al forastero. El notario, al fin, es fuerza viva, es de las fuerzas vividoras, de La Mota.

Eso de fuerzas vividoras a las llamadas fuerzas vivas, lo decía un chulapo, amigo, y se me adhirió por mi complacencia para las debilidades humanas. Era mayor y borrachísimo. No es que estuviese hoy bebido, y bebido mañana, o pasado mañana. Es que sólo se emborrachó una vez. Y le duraba. Había tenido un bar. Se lo bebía. Lo traspasó. Y era feliz entonces bebiéndose los dineros del traspaso. Recorría la calle de Toro, la principal de La Mota, a las altas horas de la noche, solo, y ponía a grandes voces en fila los árboles de las aceras:

—¡Firmes! ¡Maaar-chen!

Toro arriba, Toro abajo, sargento mayor de la alameda. Descansaba en cualquier umbral, y volvía con su voz de mando al desarrollo todo de la instrucción desde la primera a la última prueba de las ordenanzas. ¡Y era mi amigo! Baldomero, Baldomero, Baldo, a quien yo no sé, aquí, al cabo de estos años, si la cirrosis o los alcaldes habrán dado en tierra con sus sueños de militar.

Y... esto es muy serio, amigo mío. Es prueba inconcusa. Estuve una vez orilla de la muerte: pulmonía doble. Y bien que me la cogí. Yo siempre había sentido el temor de la pulmonía; desde niño. Con abrigo o a cuerpo, apenas fuere la hora del relente, en los nueve meses de invierno —nueve de invierno y tres de infierno, como en la meseta de Castilla— del año inhóspito de La Mota, me echaba al salir una bufanda al cuello. Huía las esquinas y las corrientes de aire. Mi tapabocas se hizo famoso. Era un pasamontañas, lana virgen. No hay tratamiento: ventosas y coñac.

Buen camino; entraba en la convalecencia. Y recaí. Eso es mortal. Desahuciado, recibía la solemne visita doble del médico: mañana y tarde. El médico de cabecera sugirió una consulta. Vinieron otros médicos. Ciertamente, le digo y esto es fácil de pensarlo ahora, que en ningún momento me noté como debe de notarse el que se va a morir. Catalina y los médicos no eran tan optimistas.

La Mota seguía atenta mi gravedad, el curso de mi mal. Acudió un sacerdote. Y Catalina se las arregló para, en mi nombre, decir no a los últimos sacramentos. No frecuentaba yo la iglesia en La Mota; pero decir no al cura que viene a prepararle a uno, eludir la extremaunción, es cosa muy seria.

Cuando me traje a la familia y abrimos casa en Madrid, definitivamente, entregué el bufete a don Josechu. No todos los asuntos. No cursé la baja, por cuidar en persona del más acerbo, el abominable, de cuantos negocios me han tocado dirigir: la tragedia de Elisa.

Encarnizadamente, desde aquí, he seguido sus trámites hasta el sobreseimiento de la causa. ¿Elisa? Una muchacha campesina, de fino porte. ¿Qué podía yo tener con

Elisa? Pero, si yo iba al baile, y yo iba, aunque no al Casino ni aun al Círculo, al Parque, bailaba con Elisa. Casado y solo, muchos años gusté del baile. Esto en los pueblos se tolera, con sus ciertas limitaciones.

Aquí es otra cosa. La muchachada en Madrid me sabe a siglo XIX. ¿Los oye hablar? Libertad, ideal, deber: sentimientos decimonónicos; no importa que, por convenido contraste, se proclamen uno que otro vanguardistas. Teoría pura: el clima en que viven es de veneraciones y de fanatismos. ¿Digo las muchachas? En la casa el patriarca, librepensador y burgués, pone un estrecho dogmatismo en las conductas: el imperativo categórico es el orden sexual. ¿O no estoy en lo cierto?

¡Qué diferente el caso, las relaciones medidas por el patrón hombre, en La Mota! A Elisa la conocí en un baile de disfraces. Un baile en el Círculo, con señoras no ancianas, apenas mayores, cerrando en los divanes el cuadro del salón, grandioso; todo es en Artesanos grandioso: las escaleras, los salones; y no vea usted, las salas de juego; a tono con lo que el pueblo siente mirando el juego: solemnidad pura.

Las relaciones en el pueblo son regidas no por la libertad, ni la igualdad; nada de eso: democracia auténtica. Lo que pasa es que la democracia en el pueblo toma este nombre: campechanía.

—Yo soy muy campechano —le dice el más rico de los analfabetos de La Mancha.

Y lo está usted inmediatamente viendo: cómo sufre de no ejercer con usted, por un respeto, su campechanía. Que es varia de gama pero, en la tosquedad, uniforme: saludarle a usted dándole una palmada en la espalda, que le desloma; contarle aquello que más le pueda fastidiar a usted, y en aumentativo; imaginar con gozo casi erótico burrada tras burrada, eso que bajo el epígrafe de gracia gorda se conoce como la broma de los pueblos.

Una de las barbaries de que se alababan los elementos jóvenes del Casino; estamos en Artesanos, pero hago este inciso porque la broma hay que refinarla, trasladarla al Casino, sede que es de los señores. Se trata ahora del grupo de herederos y algún estudiante que nos acompañó la nochevieja del 31.

Habían hecho en automóvil de alquiler una excursión a Yuste. Las aguas de la Jaranda son finas, claras; aguas trucheras. La trucha, la última pasión del emperador. Pasaron el día en aquellas soledades; ya sabrá usted que Yuste es un secadero de tabaco; no, nada de Imperio; y allí está la acrópolis del Imperio.

Regresaban al atardecer. Y en un recodo, en la carretera, una joven señora, feliz, trucha en mano, los saludó; los hizo parar. Ingenua, riéndose, muy nerviosa, les dijo que esa trucha la había cobrado su esposo, allá abajo, al fondo del recodo. Se le veía pescador, diminuto, curvado sobre su pozo, cosa de doscientos metros, en el escarpe.

Pues, ¿se le alcanza a usted qué hicieron esos bárbaros? Metieron a la señora en el automóvil y aceleraron hasta dos o tres leguas para que, en un descampado, eligiera cuál de las cuatro o las cinco «truchas» de sus raptos le parecía la mejor. Los oía usted, estupefacto, y las carcajadas eran unánimes. Pero ¡qué hijos de puta, qué

ocurrencias!, ¿eh?

Y, ¿a qué más? Estoy, como le venía diciendo, en Artesanos, en el baile del Círculo. Solo. Sin disfraz. ¿Por qué me mira esa mujer? Su antifaz era mínimo. Y para mí, innecesario: yo no la conocía. Me gustó la entrada de piernas que ponía en el baile. Por alguien que la llamó supe, Elisa, su nombre.

Escueta, galga de miembros, el cuello erguido, ágil de cintura. Me retó, me dijo que la volvería a ver y no la identificaría. Y apostamos. Yo estaba seguro de que sí; era único su estilo, su paso de baile. Entonces me contó que los domingos iban al salón del Parque; un baile de muchachas de nada, sin acceso, no le diré al Casino de señores, al Círculo aquel de los Artesanos. Y donde esa noche se encontraban por la audacia de la juventud y la bula de los disfraces.

Llegó el domingo. La sala del Parque —y había en el Parque dos salas: El Disloque y El Refregón—, en baile de entre tarde y noche y trapío de domingo. Era ésta la sala del Disloque. Contaba yo con la prueba del baile; no me fue precisa: por sólo su figura, en el acto, la reconocí.

No le diré si los más agradecían mi presencia, yo descendiendo, campechano, o si estaban deseándome la muerte. El ambigú era un rinconcito del salón mismo: vinos de la tierra —buenos vinos— y refrescos; no deje usted de pedir, si una mañana se nota con resaca, esta elementalidad: zarzaparrilla.

Tocaba en un garabito el zambo del acordeón a quien yo conocía de las noches alegres. Se entusiasmó de verme, le honraba el verme, y se echó abajo del garabito; alternamos en el mostrador. Fue mi aval. A partir de ese instante, la sala era mía. ¿Elisa?

Le he relatado a usted el origen de mis relaciones con Elisa. Vinieron los años y, de cuando en cuando, un baile. Camino yo de uno de esos bailes, recibí la noticia una atardecida en que, ya andaba a vueltas con Madrid, ya iba y venía, aunque sin la familia, acababa de llegar a La Mota y me disponía al acto reprobable: irme de baile.

¡Y mire! Pensativo de Elisa, a su encuentro en aquel baile, alguien se me arrimó —lo reconstruyo—, entre picaro y piadoso, y me dio la noticia: había muerto una muchacha. La Mota se estremecía. Elisa. Y había muerto de unas fiebres repentinas, no claramente diagnosticadas. Me volví a casa.

Vino a medianoche a verme, a presentarse, el médico nuevo. Joven, reciente en La Mota, y ya con cartel un tanto golfo. Había asistido a Elisa. Hablaba al abogado: me daba a entender que pondría dificultades; no certificaría muerte natural.

Me lo llevé a casa del forense: Merino, muy en baja desde la caída de los Pachecos. Le conoce usted, le he hablado de Merino: el padrino de Socorrito. ¡Ay, no estaba Merino en La Mota!

La noche era de verano y el año 34. Creo que no durmió nadie en casa aquella noche. Entraban. Salían. Se me llegaban comisiones del pueblo; desconocidos, que me invitaban a actuar: yo, el héroe. Siempre sobre la muerte de la muchacha. Acudí naturalmente la madre; la vieja, bisoja, madre de Elisa. ¿Tenía Elisa novio?

Muy de mañana, me acerqué al juzgado. Regresó del campo el forense. El secretario, que lo fuera de Laureano, juez años y años, juez en funciones, no tenía la menor gana de instruir. Con más conchas que un galápago, entendió a la primera: sospechó de mí, y temió por el novio de la muchacha. ¡Qué no habría visto aquel secretario, su vida toda en La Mota! Me ayudó ante Merino, y Merino accedió a certificar.

Pero había intervenido el otro, el joven médico: soltero, jugador, interino, sin clientela ni prestigio. Nos disponíamos a echar tierra al asunto. Elisa había fallecido de un abortivo; ésa era la impresión. Y pesaba en el secretario tanto como en el forense una suerte de solidaridad en las inmoralidades de familia, y sin remedio: una política de entendimiento. Yo estaba en alza: ganaba ante La Mota los puntos que da el ir y venir; mis relaciones en Madrid. No se notaban seguros los últimos de Filipinas de los Pachecos. ¿De acuerdo?

—¡Ah, yo no me juego mi carrera! —dijo el interino.

Incorrupto, el grandísimo corrompido... Oiga, un detalle: era uno de sus escándalos; a medianoche, y gritaba:

—¡Estoy virtualmente vestido!

Estar, estaba a los umbrales de una cualquiera de las casas *non sanctas*, y en pelete.

Comprensivo el forense, complaciente, había ya tomado la pluma para firmar: septicemia. ¿Acaso mentía? Pero ¡qué le íbamos a hacer! La autopsia no dejaba escape.

Se incoó sumario, y me personé en las diligencias; por de pronto, como defensor de la madre de Elisa. Tuve en mi bufete al novio: ese tipo, guapo de pueblo, cobarde, asqueroso, de cuyo nombre no se debe uno acordar. Muerto de miedo. Mintiéndome gratuitamente. Como si yo fuera el juez. Negando, sin convicción alguna.

Yo actuaba en homenaje a la muerta. Amparaba a madre y novio por el recuerdo de la moza, encantadora, con quien no cambié muchas palabras, pero a la que me gustaba bailar. ¿Qué había pasado allí? Permítame que vuelva a la actitud de los médicos. El joven se resistía. A otra cosa. El forense, astuto y a quien le faltaba no mucho para la jubilación, aparentó servirme.

Y aquí viene el aguijón oculto: una tarde, una de aquellas tardes, ya en trance de olvido el caso de la muchacha muerta, en tertulia de café con el jefe de policía de La Mota y algún otro amigo, sacó el forense a relucir el tema de los abortos, invocando opinión de autoridad, una advertencia para mí sutil, sin acabar de ver que por eso, por todo eso, tenía yo un pie fuera de La Mota y del incordiante mundo estrecho, malévolo, de La Mota.

No dejé la causa. Me vine y cada dos por tres telefoneaba, apremiaba al juzgado. Mi posición era ésta: ¿no ha habido intención?; no hay dolo. ¿A qué empapelar a la madre, la bruja, la vieja, que para mí es quien provocó la muerte? ¿Se propuso matar? Quería salvar la honra de su hija. ¿Cabría condena más atroz que las consecuencias

mismas del acto: la pérdida de su hija..., y de la honra, pública, de su hija? No tengo remedio, como ve.

Y ahora le confieso mi impresión íntima del asunto. Que naturalmente un día se encarpitó. Cada año mueren, no nacen, millones de criaturas. Pero no abundaba en La Mota el aborto. Por eso, a la primera, la envenenaron; le dieron unas hierbas, y la muchacha murió. ¿A quien se le ocurriría tal procedimiento?

Pues, mire usted. ¿Estaría la madre de Elisa entre el público de *Las brujas*, en aquella representación, La Mota en fiestas? ¿O no estuvo? Indagué. Y cuando averigüé ese dato, ese hecho de años atrás, vi claro. Vi la identificación de los tipos: Andrea Cortés-África-Elisa. África, primerísima de la compañía de Alcándara, en el papel de Andrea, la embrujada, la Andrea Cortés de la obra de Chamizo.

¿Que no conoce *Las brujas*? Bueno: es tema pueril. Y, sin embargo, la pieza tiene fuerza. Lo pueril de la pieza es sus elementos tópicos, su costumbrismo. Se estrenó en una época de teatro lírico. Para mí lírico no es la zarzuela. Poético. Ya: cuando *En Flandes se ha puesto el sol*. ¿Lo dije?: «Capitán de los tercios de España..., señor capitán», y ¡zas!, daba el actor un taconazo. Cuando *El Alcázar de las perlas*. Con las últimas de los años veinte.

La protagonista de *Las brujas* se llama Andrea; ha cumplido 25: quizá algo mayor para la edad de novia en un pueblo, ¿verdad? Vive con sus tíos, que la recogieron huérfana. Discurre la acción en unas cabañas y los hombres carborean la dehesa.

Los tíos de Andrea tienen un hijo. Andrea es novia de otro mozo, más joven, ajeno a la casa. La seduce, ese novio, pero se lo llevan a la guerra de África. Muere muy pronto, arma al brazo, heroicamente. Andrea lo sabe y siente que va a ser madre. Andrea manchó la honra de los Corteses. La honra es de la casta. Andrea Cortés ha faltado a la ley de su casta.

Quiere la tía de Andrea borrar la mancha, quiere impedir que nazca el hijo. El propio suyo, se descubre enamorado de Andrea. Son primos. Está resuelto a hacerse cargo de Andrea, y del hijo que Andrea tenga, el hijo del caído en África.

Actúa del principio al fin un personaje, la Veora: la que ve, la que trasvé, diabólica, la que enciende capuchinas llenas de agua, reza y bendice, se santigua aparatosa, lee en el fondo de los charcos, y en las estrellas, saca de hechizos o los da, sana un mal de ojo, consigue noviazgos, compone cocimientos, embauca, besa cruces de Alcarabaca, remedia honras y, acogotada, se defiende:

—Hombre, yo soy instrumento de tó el que me manda...

Pone inmediatamente en claro el mal de ojo de Andrea. Y luego, de acuerdo con la tía, trata de que la moza aborte. Andrea defiende el hijo de sus entrañas. Se entera el primo, enamorado ciego y se pone al lado de Andrea:

—Los que son honrados no matan.

Pero la madre del muchacho, tía de Andrea, le da un bebedizo a la sobrina. El bebedizo lo preparó la bruja. Andrea muere. Todo queda en cosa de brujas. Andan sueltas las brujas. A las doce en punto, las doce de la noche, huyen para el infierno.

Han sido las brujas...

Ese argumento se le clavó en la mente a la madre de Elisa. La madre de Elisa había acudido a La Residenta, aquella casa de campo donde encerraron a Socorrito a raíz del asesinato de Jacinto Rivas. ¿Usó allí del bebedizo con mejor fortuna? No lo debo decir secretos de la profesión, aunque ya sean historia. En el caso de su hija, Lucía ejecutó la receta al pie de la letra. Y mató a Elisa.

La vida es rica en situaciones; lo sabe usted muy bien: más rica, la vida, que no cualquier novela. Condensa la novela uno, muchos, episodios de la realidad. Ver en escena esos trances con que después uno se encuentra puede ser motivo desencadenante, factor resolutivo. La bruja madre vio, creyó...

El extremeño es sensible al misterio: el embrujamiento. Lo hemos comentado: desde los iluminados de Llerena a *Las brujas* de Chamizo, que la escribió o por la primera vez la leyó precisamente en Llerena. Allá se da un hombre invisible, el hombre que las seduce. ¿Tuvo en su momento dramático la madre premonición de la deshonra de Elisa, la hija grávida y soltera? ¿Se acordó entonces de aquel yerbajo de *Las brujas*?

No apuré en los interrogatorios. Me dijo muy pronto que había sido ella. No escarbé en la llaga; no soy novelista. Tampoco, de confirmarse mis indagaciones, de seguir la causa, habrían aportado elemento mayor a la defensa. Conseguí el cierre del sumario, sobreseído, y ahí acabaron mis días de hombre de leyes en La Mota.

Pero al evocar, estoy de nuevo entre bastidores oyendo, viendo aquel poema recio, tóxico, y lo que estoy viendo es, en lejanía, entre las sombras de un cuarto miserable, los manejos de la bruja, el alarido para adentro, el último sollozo ahogado de Andrea-África-Elisa, la muchacha inmolada al amor de muerte.

No hay más amor. Amor y muerte. La de mi padre que, sentimientos a un lado, se me presentaba como liberación, me dejó esta doble herencia: dinero y soledad. Dinero para una temporada de hombre orgiástico, a mí que tan refrenadamente sufriera, en mis primeros años de casado, la estrechez, la escasez económica. Y la herencia terrible —ya era yo el solo dueño de mi destino— de la soledad. El sinsabor de la soledad: esto no vale la pena; no vale, no, lo que cuesta. Y, sin embargo...

Le hablo a usted de Laurín. Estrellita, esa muchacha de Centenera de quien tanto he fabulado para mi psiquiatra, es Laurín. Estrellita no existe, fuera de las confidencias que me anota el realquilado. Estrellita es Laura Rubio, la menor de las hijas de doña Natalia, y vive en el pueblo.

La he querido siempre. Con ese cariño de infancia, de niños novios; que, avanza la vida, y le aparta a usted y al fin no se formaliza. Pero acude uno, se va un día a la vieja hoguera, apagada, y al remover en los rescoldos se le queman los dedos del alma. Entre la ceniza, la brasa...

Le había yo metido en la cabeza ideas a Laura, malas ideas, ¿verdad? Ausente yo, de vez en cuando pensaba: alguien va a morir por mi culpa. Ese alguien es Laura. La huí en dos ocasiones. Estaba yo en Alcándara y me telefoneó desde la estación. Tardé

en llegar a la estación. Era de noche, en la cantina. La dejé en el hotel; no entré con ella. La otra ocasión...

¿A qué insistir? Huía; no la olvidaba. Tardé en hacerme cargo de esta actitud: sin yo proponérmelo, representaba para Laura ese papel de que usted me ha hablado: el seductor a distancia. Un burlador imposible, porque era el amor puro y, la época, mis primeros años de casado. La deseé casada: me figuraba más idealizado ante Laura.

Ésa es la seducción. Me sentiría ella presente, yo entre los dos, en todo momento. Y ella aborrecería el amor cotidiano. Pues que no se habría casado por amor; ni con hombre valioso. Cuando hace unas semanas me enteré de la boda de Laura con aquel casi viejo funcionario del Ayuntamiento de Centenera, me felicité.

Empezará en seguida la desilusión: la descristalización de ese matrimonio. Sí, voy uno de estos días a escribirles. Escribiré al marido de Laura. Pero será Laura, la Estrellita de mi realquilado, Laura, Laura quien me lea... Provocaré la lucha en su corazón.

Me había yo manifestado siempre por la muerte de amor. Exaltaba para Laura la maravilla de un amor más allá de todo lo posible y, tras el acto, fijar ese amor con los cuatro clavos de la muerte. Morir de amor.

Nos vimos todavía en Centenera la noche de quintos. Tuve que sufrir en el pueblo el reconocimiento médico, la entrada de mi quinta en filas. Soy inútil, señor: exento de todo servicio; en mi certificado se dice: taquicardia esencial paroxística; un motor nervioso. Esto a cualquiera que me trate se le hace evidente. Mi padre era militar y lo fue el padre de mi padre; yo hubiere sido militar en situación distinta, en otros tiempos. Ser militar no es el ser soldado, etc.

Pensando ese tema, he derivado a veces, me he venido a este otro: el valor. Ya no hay duelos, aunque en duelo, allá por mis años de La Mota, perdiéramos a don Teodomiro, el padre de Jacinto Rivas: todo por la presencia en Alcándara de aquel senador uruguayo... Pero no hay, en España, duelos. En una guerra, ¿qué tal? ¿Me comportaría?

Me parece que si alcanzo larga edad no me avergonzaré de proclamar el valor como algo inútil al hombre. A mis años no se pueden decir esas cosas, perdóneme. No me ha faltado el valor de vivir, ni el pensamiento, no siempre ingrato, de la muerte.

En la línea de vida de todo hombre se reconocen instantes, pocos en uno, en otro numerosos, orilla de la muerte. Recuento, y me sé niño en la boca de un pozo de mina, saltando alegre, inconsciente del abismo; apenas salgo y me alejo, correteando, cantando, vengo a tierra entre un estrépito horrísono. Se había producido, precisamente en aquel pozo en cuyo brocal brincara, un hundimiento. Había yo vuelto a nacer.

Me veo en La Mota una madrugada, acabado el baile, en los bajos del salón, al fondo, bebiendo, apurando el gozo. El juego de las armas lo traigo de nacimiento, señor. En un raptó, al frenesí de la noche, ya casi el alba, echo mano, tiro de revólver

y agoto el cargador: disparo a través de los vanos abiertos, desde la salita donde quedábamos los últimos de la alegría, a la calle, en alto, desierta.

¿Lo ve? Había la salita, y la salita daba a un muy espacioso café con puertas a la calle. ¿Me escalofría imaginar que en esos momentos hubiera alguien podido cruzar ante la puerta? Un desconocido que fuera a su trabajo, una salida de urgencia, una enfermedad o un viaje. Habría recibido, no sé, dos, seis balazos. Una muerte gratuita.

En La Mota esas cosas se podían hacer, impunemente. Se le consentían incluso al forastero. No tenía yo licencia de armas. Nadie, ni allí, todos bebidos, ni después, reprobó aquel acto.

Estoy en La Mota. He trabajado noche arriba, hasta las tres, tres y media, y al apagar mi lámpara en el dormitorio me noto movido, siento como un mareo sin causa concurrente. Un extraño mareo, un movimiento de la cama de atrás adelante, de adelante para atrás. Cuestión de segundos, décimas de segundo, y no acierto. Catalina se da cuenta. No me atrevo a encender. ¿Se cae la casa? Me decido y doy al conmutador: veo entonces la lámpara de lado a lado, como en un sismo. Es evidente. Inmóviles, tomo la mano de Catalina, y digo:

—Los niños. ¡Pobres!

El terremoto acababa de pasar. Pero mi pensamiento de la muerte fue indudable. Me apenó la suerte de los niños, que dormían encima, en la otra planta, y no se enteraron de nada.

¡Y cómo la muerte, el amago de la muerte, hace reír! No se habló de otra cosa días y días. Le contaban a usted cada cual su caso: la percepción anticipada del riesgo en los animales, caballos que relinchaban y se estremecían golpeando los cascos en cuadras y corrales; los pájaros de la jaula, los perros...

La risa es ésta: en la casa del forense, el esqueleto que pendía en la consulta, puesto en movimiento, la danza de los huesos aterrando a la vieja criada que saltó de la cama y acudió tambaleándose, al ruido, al baile de la muerte... ¿Se lo figura usted? La carabina de Ambrosio, el cojo de La Mota, que no encontraba su pata de palo; y el *Almirante* cantando:

én cotér sü'r ü'n jánb dé buá^[1]...

¡La muerte! Mire: habría que imaginar un mito inteligible para los hombres de estos años treinta. La muerte, peste, sismo, poderes de estirpe apocalíptica. Y el forastero.

¿Induje a Laura a una muerte de amor? Yo creo en el crimen. ¿No ha jugado usted a matar moros? Vaya, ¡no se le ha ocurrido! Yo imaginando: se me concede el matar con sólo el pensamiento. Pongo tres nombres; se me consiente, pero se me limita: no puedo matar a más de tres. ¡Concho, es un fastidio! Pues, ¿a quién? ¿Me renovarán el poder otro año?

Usted no mata. Usted dice: «Fulano», y Fulano desaparece. Y ya Fulano

desaparecido, dice usted: «Mengano»; Mengano muerto. ¿Tres enemigos? De momento, no los encontraba; no tenía enemigos de muerte. Señor, entre los amigos de hoy está su enemigo de mañana. ¿Contrincantes? ¿Eh? La sola idea, el juego, ¿no le estremece?

Discúlpeme, no he leído lo bastante. ¡Ah, se lo diré a mi realquilado! Es uno de sus autores de cabecera. «Todos, alguna vez, hemos pensado en matar a nuestro padre». ¿Era esto? Dostoievski.

Yo espero que una tragedia colectiva, una guerra, por ejemplo, me libere, desvíe mis instintos. Una guerra asume los malos pensamientos, la mala sangre: el suicida, llega la guerra y puede matar (observe: no he dicho morir); luego no se mata. ¿Usted cree lo mismo?

En La Mota sólo tuve un amigo. Amigo de casa. Amigo de verdad. Un ser extraordinario. No lo denotaba. Un ser extraordinario es un ser ordinario que hace cosas extraordinarias. Era el registrador de la propiedad y, ni habré de advertirlo, no natural de La Mota. Arturo Bonilla, don Arturo.

Hombre de edad, menudito, enlutado, fino de maneras, cultísimo, y a quien le dio por venir a casa cuando nadie nos reconocía ni frecuentaba. De proponérmelo, de haberme ahora hecho cargo de ese regalo (déjeme, aunque no sea creyente, decirle; de la Providencia), ¡cuánto me hubiese beneficiado la amistad de don Arturo!

Es el amigo comprensivo, el consejero sutil, el hombre de experiencia. Acaudalado, no concedía a su fortuna el menor interés. Observador de la política, deducía de los acontecimientos, tantos, cavilaciones como para un arte de la vida. Eso decía: la vida es arte, la más difícil de las artes... Y apagando la voz:

*mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin error...*

Viudo, habitaba un palacete cercano a casa. Le atendían una o dos sobrinas, que nunca nos presentó. No la olvidaba, a *ella*, aquel enamorado de una sombra.

Espíritu independiente, no le afectaban las cosas de La Mota ni intervenía en las conductas. Comentaba apenas los dichos y hechos de los demás; no juzgaba. ¿Por qué venía, y se encontraba al parecer feliz horas y horas con Catalina, conmigo o, si a su llegada nos hallábamos fuera, se quedaba solo, sin impaciencia, aguardándonos?

Escuchaba yo sus reflexiones, lección de vida, lección de gobierno, y en el fondo me desentendía, repudiaba yo experiencia tanta. Hoy veo que la experiencia es lo único personal, lo no transmisible de hombre a hombre.

Hablé un día, al azar, de Galiano. Le hice recordar Salamanca, donde también él estudió, y pensar en Madrid: los compañeros, los situados. Puso una dulce melancolía en sus ojos y un trémolo de emoción, muy de pasada, alteró su voz. Habían sido

Galiano y don Arturo compañeros de aula.

Volvimos otras muchas veces a Galiano. Me veía don Arturo, aunque jamás de manera clara lo dijo, inadaptado en La Mota. No me sugería un cambio. Era delicadísimo. Nunca le oí decir no. Para oponerse a un argumento, preguntaba.

Aquella tarde abrió un libro, leído para mí:

—¡Mire qué bellas conjunciones de palabras! —subrayó.

Yo escuchaba, inquieto:

—«Elemento extraño, siempre estorboso, negativo y hostil; incoincidente, como todo lo ajeno y *fuera* de nosotros, como lo *forastero*».

Marcó el énfasis en los vocablos de familia: fuera, forastero. Y en otra página:

—«Transeúnte que roza *un momento* nuestra existencia».

¿Conoce usted esta observación? Jorge Simmel. La podríamos también aplicar a nuestro encuentro, a esta noche de Gran Café. Cito de memoria:

—«Las confidencias más radicales las ha hecho un hombre a otro hombre totalmente desconocido para él, que encontró durante unas horas en un vagón de ferrocarril o en el bar de una estación. Dos existencias, que un momento antes se ignoraban por completo, gozan de un roce subitáneo y fugaz en la inmensidad del espacio. Es la moral de la tangente, y acaso ella explica el tenaz mito del extranjero».

Infinitamente generoso, don Arturo, yo le debo mi venida a Madrid. Por él supe el traslado de Galiano. Acertó a entusiasmarme, e insensiblemente hacerme ver la vida nueva.

—No sé si tomó usted apuntes, si estuvo —me decía— en la clase de Político de don Agustín. ¡Lástima! Cursó por libre. Porque al margen del programa, y puesto que al programa ya contestaba su propio texto, magnífico, don Agustín dictaba lecciones magistrales, lecciones de una política aplicada a la vida. Cumplía sus deberes: daba en el curso los temas convenidos: Constituciones y todo eso. Pero además, se inventaba el deber: otro deber. A mi juicio, el más admirable... Para don Agustín el arte de la política discurría en cuatro fases sucesivas: arte de llegar, arte de prevalecer, arte de permanecer, arte de retirarse. No me negará que, lo transporta a los problemas de la vida y tiene ahí un código, o carta de marear, unas tablas por donde regirse. Estudie. Piense en ello.

¡Maravilloso don Agustín! Estaríamos otra entera noche recordándole, trayendo a conversación aquella palabra. Por ejemplo:

—En la vida hay la seguridad y hay la aventura. Es alternativa con variantes. Seguridad la encontraría en estos dos posibles tipos de existencia: la plaza de funcionario del Estado, las oposiciones; y, el otro tipo, los consejos. Las oposiciones, registrador, notario, juez, es el tema de la juventud, la tortura de nuestro tiempo. ¿Sabe la respuesta de Bergamín a un magistrado impertinente? Defendía Bergamín y se excedió, se exaltó en su discurso un punto, o dos puntos. El magistrado le reconvino, pero también se propasó; dijo: «Repáre el señor letrado en que no es lo mismo estar ahí que estar aquí». Y Bergamín, como un rayo: «¡Ya lo creo! Como que

ahí se sientan los que no han sido capaces de sentarse aquí...».

¡Anécdotas! Y tiene también —seguía— la seguridad de la empresa privada: los consejos. Vea de meter cabeza como abogado de una sociedad mercantil. Usted vale. Es capaz. Usted se entrega. Le aprecian. Escale, entonces: asesor, consejero... Presidente del consejo de administración de la empresa. O, si lo prefiere, si domina usted su temperamento, sus inquietudes, su corazón, arrójese a la gallardía de la inseguridad: el ejercicio, la profesión liberal...

Para concluir:

—En uno, en otro caso, no en La Mota. Márchese en cuanto pueda. Aquí será usted siempre el forastero. De eso a ser el incomprendido, no hay más que un paso. Es mal paso. Pero no sólo que sea usted el forastero; usted nació en un pueblecito del partido; es paisano, deberíamos decir. Lo diríamos, de vernos un día juntos en tierra extraña: en la Argentina, y no me parece buen ejemplo; en Alemania, Francia... Aquí, usted, el peor de los forasteros: el del pueblo de al lado. Padecerá todas las consecuencias del sentimiento tribal que opone pueblo a pueblo...

Ponía un punto de luz alegre en sus ojos:

—Le cuento un sucedido. Ejercía yo en Galicia; una pequeña ciudad rayana con Asturias. Me cogió allí la revolución de octubre. Abrieron enganche en aquel poblanchón. No se apuntaba nadie. No quería nadie meterse en líos. Apareció entonces un capitán, intuición pura; un hombre que sabía hablar y entender a los hombres; un hombre del pueblo. Se fue a la plaza. Mandó que se congregaran allí los vecinos. *Manu militari*, naturalmente. Y cuando la plaza estuvo llena, se subió a la cabina de un camión de soldados y, a toque de cometa, simplemente, los arengó: «¡Gallegos! ¡A ellos! ¡“A por” los asturianos!».

Aquella misma noche salían del pueblo caravanas de voluntarios dispuestos a machacar a los rebeldes del otro lado de la raya... Marche, márchese. Galiano comprenderá. Acuda usted a Galiano. Y en cuanto a las fases del arte de conducirse, piense que su actitud ha de ser, siendo la suya de siempre, muy distinta. No es la misma una visita cuando se trata de llegar que cuando se ha llegado; imagínese, esa visita en los momentos en que uno va de caída...

Escribí a Galiano. Sí. Lo bueno o lo menos malo de mi vida madrileña lo adeudo a don Arturo Bonilla, registrador de la propiedad, de paso entre nosotros.

Recién destinado, no permaneció don Arturo mucho en La Mota. Un día no fue por casa; no vino al otro ni otros muchos días. Mandé preguntar. Estaba de viaje. Poco tiempo después, una mañana, al echarme a los ojos el periódico, leí su esquila. Llamé a gritos, a Catalina. Corrió Catalina al palacete y no encontró a nadie. Le habían operado. En Madrid. Cuidó de que no avisaran a la familia. Cuando llegaron las sobrinas a la clínica, le quedaba media hora de vida.

Señor, me sentí muy solo. Más solo que nunca. Más que huérfano. Ahora sí que era el extraño: el forastero. En La Mota. En el mundo. El forastero de este mundo. ¿Habría otro?

Me vi como soy: un hombre que no juega el juego. Que dice no, cuando se le reconviene o recuerda el código de las costumbres: su «tienes que...». Pues tienes que contestar las cartas: no contestaba; era de novios y Catalina la que, de los dos, escribía: carta diaria; ninguna mía a Catalina.

Entre ambas actitudes, la que me fuere natural y la debida, la obligada a los otros, observaba siempre la natural: me producía en la disonancia. Como tampoco daba pésames, y Catalina lamentaba esa tal desconsideración, se me ocurrió redactar con carácter fijo, como en piedra, un telegrama de estilo. Y de consecuencias funestas: por exceso, por defecto, según el grado de relación social, ese telegrama caía como un disparate; en algún caso, como ofensa increíble por su petición de distancia, gratuita.

Me vi como soy, exactamente. Fríamente: un condenado a muerte. Sí. Todos lo somos. Mi condena era a muerte de sociedad. Y es lo que me ha expatriado. Lo que me ha hecho partir, al fin, de una tierra mía, y venirme de forastero adonde los más son forasteros: a la sentina de la gran ciudad, este Madrid,

*... remolino de España, rompeolas
de las cuarenta y nueve provincias españolas.*

¿Podré aquí eludir esa condena? Mi sentimiento es el de evadido de una prisión, La Mota, donde para el forastero hay pena por el solo hecho de ser lo que es: forastero. ¿Llueve? Me arrojé al mar. ¿Que es un acto pueril? Se equivoca: no me he traído conmigo mi sentimiento de terror; no me noto perseguido esta noche de junio, alta, ya serena, de cuyo cielo acaban de huir las nubes, las últimas de la primavera.

Comprenderá usted, si me trata, si nos volvemos a encontrar, que no lucho por justificarme. Reconozco el fantasma de mi pensamiento, la realidad de los hechos. He visto lo que hay de sexo en el amor. ¿Es culpa mía el que los demás no lo hayan visto, que aún no hayan visto? El amor, no degradado; elevado por el sexo.

Y la muerte, la deseada. Le he citado los dos placeres inmensurables. ¿Los ponemos al límite?: el crimen pasional. No se mata a quien no se ama. ¿Lo había oído usted? Y hay que amar mucho, muchísimo, para situarse en la locura de matar lo que se ama.

En definitiva, yo no soy mi juez. El juez en La Mota es el Cornudo. Pero es el juez. El mundo está bien hecho... ¡De cojones! ¡Bienhecho!

¡Dice usted Gran Café! Hemos bajado Recoletos y hemos dejado atrás Cibeles. ¿Lo va viendo? Círculo de Bellas Artes, Casino de Madrid... Todo abierto. Podríamos para la despedida, para la espuela, asomamos al Universal. Gran Café se está pasando, en su obsesión del cierre. Ningún otro echa a la gente así, tan a la primera, dentro de lo que son las horas, la noche, de Madrid. Y los hay que ni cierran, ya ve.

Me gusta el Universal. Es el café de los espejos. A media mañana quizá, preferiría el café Levante: ¿se figura usted las peñas, los veladores, y Jardiel en su rincón, mirando, escribiendo? ¿Le ha visto trabajar? Pide tintero y pluma, frasco de goma, tijeras, un rollo de cinta de papel, de serpentinas de carnaval, blanco. Tacha rigurosamente, toma las tijeras, corta el trocito preciso de cinta, pega sobre la tachadura y vuelve a escribir; son, cuando termina, cuartillas al relieve.

Y eso, a media mañana; si de noche, a la sobremesa de cena, en una de las peñas veríamos al dueño, como un tertuliente más.

¿Dice usted Sol, bar Sol? Yo a medianoche me iría al Colonial; recitaría de camino los versos de Carrere, Emilio Carrere, el farolillo de los bohemios, rruiseñor de Madrid; cantando:

*... corazón del Madrid bullanguero y jovial;
tahúres en Correos, toreros en Levante,
cupletistas y cómicas del Café Colonial.*

Pero ¿qué pasa? Sol está lleno. ¡Vamos! ¿Ve los corros? ¿Qué hace esa gente? Ahí. Algo ha ocurrido, señor. Hay un accidente, se produce un suceso, de madrugada, así, Madrid poco menos que desierto, y ve usted cómo en un abrir y cerrar de ojos se ha poblado la calle. ¿De dónde podrá salir tanto curioso?

¿Qué? No hay manera de averiguar nada. Aquél es el coche del juzgado. En el más denso de los corros. Claro que habrá, ¡qué sé yo!, doscientos mirones. Ese otro, la policía: el coche celular. Por allá los romanones despejan; todavía a los guardias de Seguridad los llaman romanones... Ya viene abriéndose camino una ambulancia. Mire de qué modo se encaraman, en el mismísimo trole, en el tranvía, los chicos de la prensa.

No hay error: ya los ve yendo, viniendo, bloc en mano, todo indagándolo. Venga por aquí. ¿Eh? En Espoz y Mina, confluencia de San Jerónimo, no se han enterado. ¡La bien pagá! Muchachos y mozas, mire con qué alegría bailan y cantan... Madrid es algo fabuloso.

*Bien pagá, bien pagá,
bien pagá fuisté,
mujé.*

Madrid contagia, señor. ¿Por qué no nos metemos aquí? Presiento que saben lo ocurrido; la gente se arremolina en el Barflor. ¿Le preocupa su peso, lo sigue? A mí, por unos céntimos... ¿Ve? 57 kilos. A mis años, con mi talla, ¿qué?

Escuche. El camarero está a sus anchas, de mesa en mesa, contando.

—¡Ah, que habían estado en el bar!

Minutos antes.

—¿Los sirvió usted? Denos un anís con Lozoya, unas palomitas.

Me paso al anís, le acompaño.

—Y lo que a usted le fastidia es que ahora le llamará el juez y todo eso... Gajes del oficio, ¿verdad? Traiga, tráiganos ese anís.

No le incomodamos, ¿comprende? Es su ocasión; es ahora personaje. Vamos a esperar. Siéntese. Y nos dirá qué pasó.

¡Un crimen, señor! Se conoce que ella le quería y le engañaba. Él ¿estaba loco? Se la comía, en ese rincón. ¡Caramba!

—Lo que hablaban, usted qué sabe, ¿verdad? Usted mira para otro lado, naturalmente. ¿Y le dieron propina?

Generosa propina. Y luego, lo que todos han visto: tres tiros. La gente, que echa a correr. Se ve que ella esta noche no estaba dispuesta a seguir, a acompañarle. Total: que se la ha cargado y en la mismísima Puerta del Sol.

—¿Y no eran tan jóvenes?

Bueno, que tampoco él es lo que se dice un carcamal. Ella gustaba a cualquiera, por lo visto. Y se la comía.

—Entiendo, sí: que se la comía.

¿La muchacha no le hacía ascos? Pues, ¿entonces? Uno, así, se desorienta.

—¡Ah! ¿Conque bien vestidos?

En resumen: una mujer de una pieza, él un poco mayor, más bien corriente.

Le pregunta usted al camarero por la corbata, y no se fijó:

—Uno ya no repara en tanto —dice.

Ahí lo tiene: la Puerta del Sol, la madrugada, y un despechado de amor que da de tiros, ¿tres?, tres balazos a su prójima. Con las apariencias todas de un crimen pasional. Y la deja seca, hoy, al filo del verano, en el corazón de España. Por eso le digo que el amor existe y que yo, forastero, creo en el amor y la muerte.

Y no hay más. Por supuesto, dice que donde digo Gran Café, usted oye Monólogo para una novela. Pues, lo celebro. Atropelladamente, yendo, viniendo, sincerísimo, le he hablado de mí. No de mí, no soy tan arrogante: de un forastero. En desorden. Al hilo de la memoria. Palabras, palabras. Ahora es cosa de usted el irse al mito: derechamente, el mito del Forastero. Me basta, Pedro de Lorenzo, con que guarde un recuerdo no demasiado ingrato de esta noche, otras, allá, en aquella mesa de nuestro Gran Café...

ACTA EST FABULA

La Quintana, verano de 1971.



PEDRO DE LORENZO (Casas de Don Antonio —Cáceres—, 7 de agosto de 1917 - 20 de septiembre de 2000) fue un escritor y periodista español.

De entre su obra cabe destacar *Los cuadernos de un joven creador* (1971), conjunto de cuadernos en los que repasa su vocación y concepción literarias, y el movimiento de la Juventud Creadora; y *Viaje de los ríos de España* (1968), su ensayo más conocido, llevado a una serie documental de RTVE en 1975.

En segundo lugar, su obra sobre Extremadura: *Y al Oeste, Portugal* (1946), *Extremadura la fantasía heroica* (1961), *Capítulos de la insistencia* (1975), *Despedida por extremeñas* (1992), *Redoble para Extremadura* (1997) y *Siete alardes al asedio de Extremadura* (1997). El lema de Pedro de Lorenzo fue: "Amó a su tierra; escribió las memorias de sus muertos". Manifestó en numerosas ocasiones: "No quisiera ser nada si para serlo tuviera que dejar de ser extremeño". Por eso Extremadura es protagonista en buena parte de su obra. La ve como una fantasía en cuatro actos, en devenir: Mérida o la romanidad; Badajoz, reino moro; Cáceres señorial y Trujillo, expansivo, abierto a América, junto a Guadalupe y Yuste.

Por último, el grupo de *Novelas del descontento*. Están protagonizadas por un *alter ego* del autor llamado Alonso Mora. Para el novelista forman "una novela de una familia en una familia de novelas". Su estilo es sumamente preciosista y de gran riqueza léxica, con resonancias de Gide, Azorín y Gabriel Miró. Su argumento gira en torno a los avatares de la vida de Alonso: su infancia en *Los álamos de Alonso Mora*, su noviazgo y adolescencia hasta el año 31 en *Cuatro de familia*; su desencanto

y huida analizados en la noche del 21 de junio de 1936 en un monólogo extenso, *Gran Café*; los días de la guerra, con un tiempo reducido a la tarde-noche del 23 de agosto de 1938 a base de diálogo dramático en *La soledad en armas*; esos mismos días pero en narración de cuadernos en *Una conciencia de alquiler*; la cuarentena franquista en *Episodios de la era del tiburón*); retiro y declive del personaje en *El hombre de La Quintana*.

Notas

[1] *Un cautère sur une jambe de bois...* <<